Google

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com

Span 5537.1.35

Harvard College Library

FROM

Wm. B. de las Casas

EL

EVANGELIO

EN TRIUNFO.

EL EVANGELIO

EN TRIUNFO,

Ó

HISTORIA

DE

UN FILÓSOFO DESENGAÑADO.

NUEVA EDICION.

ADORNADA CON LÁMINAS.

TOMO SEGUNDO.

PERPIÑAN,

En la Librería de *J. Alzine*, Impresor de S. A. R. Monseñor, Hermano de S. M.

1823.

Span 5532.1.35

~~Span 5532.1.35~~

HARVARD COLLEGE
Jan 23, 1925
LIBRARY

William B. de las Casas

DE LA IMPRENTA DE BELLEGARRIGUE, EN TOLOSA.

26-1 08
16-4

EL EVANGELIO EN TRIUNFO.

CARTA XII.

EL FILÓSOFO Á TEODORO.

Ya te dije en mi última, querido Teodoro, la impresion que me hizo el discurso del padre; y apenas pude sosegar el tumulto de mis ideas, cuando procuré refrescarlo, coordinando todas sus especies en mi memoria. Me pareció que para instruirme bien, y poder entrever este plan tan concertado y armonioso, de que me hablaba el padre, seria bueno hacer un resumen para mi uso, que, apuntando cada especie, despertase mi memoria. Con este fin dí mas estension á mis notas, y te envio una copia por si quieres hacer uso.

El padre me ha dicho que la religion empieza con el mundo; que Dios, criando á Adan, que fue el primer hombre, le hizo conocer á su Criador, y le impuso leyes; que el hombre ingrato y débil las violó; que Dios en castigo le despojó de una parte de sus dones; que esta pena se estendió á su posteridad, que heredó su flaqueza y miserias; pero que Dios, que enmedio de sus iras nunca se olvida de sus misericordias, prometió á Adan un Mesías, un reparador, un re-

dentor, y que este redentor debia ser el objeto, el autor y consumador de la religion;

Que los hijos de Adan y sus descendientes se multiplicaron con el tiempo, de manera que les fue preciso separarse primero en pueblos, despues en naciones; que pocos conservaron pura la luz de la ley natural; que el mayor número, flaco y débil por su naturaleza degradada, se entregó á los placeres de los sentidos y á la depravacion de sus gustos; que, como por una parte los hombres y sus vicios se multiplicaban, y por otra se alejaba el tiempo y la noticia del castigo de Adan, se fue poco á poco debilitando la memoria de las promesas; que entonces la razon humana, cada dia mas degradada, mas entorpecida y mas entregada á sus pasiones, llegó á olvidar casi por entero la memoria de estos hechos primitivos, y hasta la de una promesa tan alta como era la de un redentor; que habiendo perdido de vista las ideas religiosas, y el verdadero culto de Dios, apenas era ya capaz mas que de errores, como lo acreditó la esperiencia de dos mil años, en que abandonada á sí misma no supo inventar otra cosa que idolatrías groseras, y vicios odiosos;

Que para restablecerla en su dignidad y derechos perdidos fue conveniente darla nuevas luces con otra revelacion, que la enseñase el culto que Dios exige de los hombres, y la renovase la esperanza de su reparacion; que Dios se dignó de hacerlo; que para preparar los caminos escogió la familia del fiel Abrahan, á quien mandó se separase de las naciones corrompidas, y le renovó esta promesa, añadiéndole que

le daria una numerosa posteridad que ocuparia la tierra que le habia destinado, y que de ella naceria el Mesías ó el Redentor;

Que el mismo Dios repitió á su hijo Isaac las mismas promesas, y despues á su nieto Jacob, hijo de Isaac, particularizando á este que el Redentor naceria de la rama de Judá, esplicándole el tiempo y las preeminencias que por esta causa obtendria esta tribu sobre todas las demas;

Que los doce hijos de Jacob se multiplicaron tanto, que cada familia pudo hacer una tribu diferente, y que Dios escogió este pueblo, que quiso hacer mas particularmente suyo, para comunicarle la revelacion, imponerle su ley, y constituirle instrumento y depositario de sus promesas;

Que esta historia, que contiene hechos tan estraordinarios, pareciera una fábula, si Dios no se hubiera dignado de apoyarla con pruebas tan evidentes, con documentos tan irrefragables, y con monumentos tan visibles, que por poco que se detenga uno á contemplarlos, no es posible resistir á la fuerza de su demostracion:

Porque estos descendientes de Jacob que componian las doce tribus de Israel llegaron en breve á multiplicarse tanto, que su número pasaba ya de seiscientos mil combatientes, y que á pesar de su multitud vivian infelices y esclavos en Egipto, oprimidos por aquella nacion que los avasallaba; pero que habiendo llegado el tiempo en que Dios quiso librarlos de aquella esclavitud, y enviarlos á la tierra que habia prometido

á sus padres, para empezar á cumplir sus promesas, les suscitó un caudillo, un capitan, ó un conductor;

Que este conductor fue Moises uno de ellos, á quien Dios habló y ordenó que sacase á los Hebreos de Egipto, y los condujese á la tierra de Canaan; que les promulgase la ley que les dictó, para que todos la obedeciesen; y que al mismo tiempo escribiese la historia que queda referida, desde la creacion del mundo hasta entonces, para que se conservase la memoria, y jamas olvidasen los Hebreos lo que debian á su Dios;

Que al mismo tiempo le mandó continuase escribiendo todo lo que sucediera en adelante; que Moises por esta órden de Dios, y con su inspiracion escribió los libros que tenemos con su nombre; que en los primeros refiere todo lo que va dicho y pasó desde la creacion al punto en que recibió la órden, y en los otros lo que le sucedió á él y él mismo hizo, tanto para sacar del Egipto á los Hebreos á pesar de los Egipcios, como para promulgarles la ley de Dios, y conducirlos por el desierto;

Que así Moises no solo sabia todo lo que escribió, no solo fue veraz, sino profeta inspirado por Dios;

Que los libros que hoy tenemos son auténticos, y han llegado á nosotros, sin haber sufrido jamas alteracion;

Que su autenticidad se prueba,

Por la manera con que hablan del pueblo Hebreo;

Por la correlacion esencial que tienen unos con otros;

Por los indubitables milagros que los autorizan;

Por las profecías que contienen, y los sucesos que las verifican;

Por la doctrina que incluyen;

Por la revelacion del pecado de Adan, y la maldicion de su posteridad;

En fin por la promesa de un Libertador ó del Mesías;

Porque este Mesías vino al fin, y fue Jesucristo:

Lo que prueban todas las profecías, especialmente las de Jacob, Daniel y Ageo;

La conversion de los Gentiles;

La imposibilidad de observar despues de mucho tiempo la ley de Moises;

El estado actual de los Judíos, su dispersion y conservacion á pesar de todos los obstáculos humanos;

En fin que cada una de estas cosas, y todas juntas demuestran que Moises fue suscitado por Dios, que obró por órden de Dios, y que probó su mision con milagros tan repetidos, tan públicos y notorios, que no es posible dudarlos; y que todo esto se hizo para preparar la venida de Jesucristo, y con ella la redencion del género humano.

Este era mi resumen; y apenas llegó el padre al otro dia, y yo se le presenté, se complació con mi exactitud y diligencia, y me dijo: Vos pareceis, señor, la buena tierra del evangelio, en que la semilla da fruto; Dios quiera echarla su bendicion. Sí, señor, ya habeis empezado á divisar este magnífico y augusto principio de la religion; por lo menos ya conoceis su genealogía, el tronco de su descendencia que es Dios, y presto veréis como, por línea recta, viene á parar

en Jesucristo; porque de aquí adelante la luz crece, las pruebas se aumentan, los milagros se multiplican; y vuestra razon que ya está en camino, se verá tan empujada al termino por tantos y tan fuertes impulsos, que no podrá cejar ni desviarse.

Es verdad que cuando esperaba encontrar en el Mesías un rey, un conquistador, un dios, podrá asombrarse de no hallar mas que un hombre condenado á muerte, y cubierto de ignominia. Este ha sido el escándalo del Judío endurecido, la locura del Gentil ciego, y la irrision del filósofo soberbio; pero los que estan instruidos por las mismas profecías, que la cruz de Jesucristo es la ciencia y la fuerza de Dios para sus escogidos, reconocen que Jesucristo es nuestro Salvador, precisamente porque ha sido crucificado en ella: sus humillaciones y su muerte se les convierten en pruebas, porque han sido claramente predichas; y no es posible dejar de contemplar con un respeto religioso el admirable retrato en que los profetas dibujan los oprobrios y las amarguras del divino Salvador, su sacrificio y las circunstancias que le acompañan, en fin su muerte y los frutos que se esperan; todo está pintado con rasgos tan claros y visibles, que mas parecen una historia que una profecía.

Isaías habia dicho que el Mesías seria condenado á muerte por el pueblo que le aguardaba, y que le desconoceria; que el silencio de Dios en su sacrificio hará pensar que le abandona; que su paciencia aunque libre y voluntaria será tenida por flaqueza; que su

inmolacion será deshonrada con la compañía de los delincuentes; que se le maniatará como á un malvado, y que será declarado tal por un juicio público; que lejos de justificarse ó de librarse con milagros, parecerá tan mudo y débil como el cordero que degüellan; que espiará los pecados de los hombres con sus sufrimientos; que les merecerá el perdon con sus dolores; que los sanará con sus heridas; que será una víctima tan pura, tan santa, tan agradable á Dios, que aplacará su cólera.

¿Os parecen estas bastantes señas? Pues oidle todavía otras que no son menos positivas: Que muriendo y pareciendo vencido obtendrá la victoria; que los hombres no se desengañarán sino por su resurreccion, y por la prodigiosa multiplicacion de su familia, que será fruto y prueba de ella; y que lo verán mas claro cuando los otros pueblos y sus reyes abandonarán sus mentidas divinidades para adorar la cruz; que entonces se conocerá que el crucificado era el justo, el rey prometido á Sion; que será grande y elevado en gloria entre los Gentiles, parecido á Josef, que primero fue vendido por sus hermanos, y despues dueño de Egipto.

Daniel ve al Rey por excelencia, al Santo de los santos, al mismo Cristo entregado á la muerte, sin que nadie se declare por él. Su muerte, aunque reputada como suplicio merecido, da fin al pecado, y se hace principio de una justicia eterna.

David le vió sentado sobre un trono mas durable que el sol, en la luz de los santos antes de la aurora,

y saliendo en la eternidad del seno de su padre. Le llama pontífice que no tiene sucesor, porque es inmortal, y que no sucede á ninguno, porque lo es antes de todos los siglos; y despues que le ha celebrado con tanta magnificencia, le representa de repente sumergido en un abismo de dolores, rodeado de la tropa de sus enemigos, abandonado de los suyos, clavado, inmóvil, estendido con violencia, espuesto á las miradas insultantes de los mismos testigos de su suplicio, en fin saciado de hiel y vinagre.

Lo que es mas, el mismo profeta descubre al mismo tiempo los gloriosos triunfos de estas ignominias; pues añade que el que está atado á la cruz es la luz de las naciones; que la conversion de los pueblos será el fruto de su inmolacion; que establecerá un sacrificio universal para perpetuar la memoria de su muerte y de su resurreccion, y para dar á Dios públicas y eternas acciones de gracias; que los pobres y los ricos serán convidados á este sagrado banquete; y que todos quedarán satisfechos y llenos de bienes y de gloria.

Estas son las profecías: comparadlas, señor, de buena fe con la historia, y decidme si el Mesías que predicaron los apóstoles no es el mismo que predijeron los profetas, y si estos han anunciado un rasgo que no se haya cumplido perfectamente en Jesucristo. Los incrédulos se escandalizan de la aparente bajeza; pero los Cristianos saben que á pesar del velo con que el Mesías cubrió su divinidad, le es mas glorioso haber sido anunciado con estas

imágenes ignominiosas, que podia serle parecer mas grande á los ojos de los hombres, sin estar anunciado por los oráculos divinos. Los hombres son malos jueces en materia de grandeza, y, segun hemos dicho otra vez, lo que ellos llaman tal no es la que convenia á Jesucristo.

No solo los profetas predijeron los misterios futuros del Mesías; todo el antiguo Testamento es un magnífico cuadro en que Dios dibujó con su mano lo que debia acontecer al Libertador prometido. El Mesías, como la serpiente de bronce, será levantado sobre el leño que ha escogido para mostrarse desde allí á toda la tierra, y, como ella, dará vida y salud á cuantos le miren con fe, y pongan en él su esperanza. El Mesías rogará, como Moises, con los brazos estendidos; con esto ahuyentará á los enemigos y nos dará la victoria; como Jonás calmará la tempestad, apaciguará la ira de Dios, será tragado por la muerte, resucitará al tercero dia, y predicará la penitencia á los Gentiles con mucha felicidad.

Como Josef será aborrecido por sus hermanos, y entregado á los Gentiles; y despues de haber sido enterrado en la tumba, y salido como él, salvará al Egipto con su sabiduría; como Abel será muerto por sus hermanos, en odio de que Dios aceptó su sacrificio con agrado; como Isaac será sacrificado por su padre, pero sobrevivirá como él á su sacrificio, y como él despues de su muerte será padre de una numerosa posteridad: la bendicion de todas las naciones será el fruto de su obediencia.

Como el cordero pascual será degollado, y á la aspersion de su sangre todo Israel deberá su libertad; como el sumo sacerdote, entrará en el *Sancta Sanctorum* el dia de la espiacion general; y permitiendo que su carne sea destrozada por los clavos, los tormentos y la muerte, romperá el velo que impide la reconciliacion de los hombres y su entrada en el cielo; se cargará de todas las iniquidades cometidas desde el principio del mundo, y de las maldiciones pronunciadas contra todos los hombres; se ofrecerá á la justicia terrible de su padre, sufrirá todo el peso de ella, y la convertirá en misericordia; preparará con su sangre un baño saludable á los leprosos, y consentirá en morir por restituirnos la libertad, la inocencia y la vida.

En fin sellará la nueva alianza con una sangre mas digna de Dios que lo era la antigua; hará la aspersion sobre el pueblo; por eso su testamento en que nos instituye sus herederos quedará irrevocable y eterno, y sustituirá á las purificaciones legales, que no podian santificar á los que se fiaban de ellas, un sacrificio único, cuyo valor será infinito, y su efecto perpetuo y general; de modo que todo el viejo Testamento, todos los ritos y ceremonias de la ley antigua eran emblemas y profecías de la nueva. Jesucristo era el término y la realidad de todas aquellas figuras, el cumplimiento de todas sus promesas, el centro en que venian á parar todas sus imágenes, y, para decirlo mejor, el grande y único objeto de todas las santas Escrituras.

Al fin depues de tantos y tan largos preparativos; despues de tantas promesas y esperanzas, de tantos gemidos y deseos; despues que tantas profecias anunciaron su venida, y tantas figuras representaron desde lejos sus misterios; despues que tantos justos clamaron para que se apresurase; despues que los hombres cubiertos de tantas llagas suspiraron por este médico que los sanase; y enfin cuando, despues de haber computado el tiempo que habian señalado los profetas, creyeron que habia llegado el término, y que ya todos le esperaban; Jesus hijo de María, descendiente de David, parece sobre la tierra, y nace en la ciudad de Belen, donde los profetas habian declarado que el Mesias debia nacer.

Siendo este mismo el Mesias debia restablecer el reino de David, porque así estaba profetizado; y Jesus no solo le restablece, sino que le mejora: no de la manera mundana y terrestre que el grosero Judío se habia figurado, sino de otra mas espiritual y sublime, tal como la indicaban las mismas profecías; pues trajo á los Gentiles la salud, la vida y el reino eterno que la ciega sinagoga mereció perder. Esta asombrosa sustitucion es tan pública como indubitable, y está á nuestra vista. Las iglesias cristianas se formaron de los Gentiles, y una gran parte de los Judíos se obstinó en su ceguedad. Este hecho solo basta para no dejar pretesto á la duda; pues los mismos libros que los Judíos guardan y reverencian predijeron tanto su terquedad como la docilidad de los Gentiles.

No hay mas que considerar por menor la historia de Jesucristo, su vida, sus dogmas, sus primeros discípulos, sus trabajos, sus conquistas, y la formacion de su Iglesia, para no poder dudar que él fue el verdadero Mesías tan anunciado y caracterizado por los profetas, y que no es posible haya sido ni lo pueda ser otro. Dios ha querido, para consuelo y seguridad de nuestra fe, que el depósito precioso de las Escrituras del nuevo Testamento que existe y gobierna la sociedad de los Cristianos, esté revestido, ademas de los títulos con que califica su divino orígen, de todos los requisitos que puede exigir la fe mas escrupulosa de los hombres para prueba de la verdad.

El primer caracter de autoridad y autenticidad que tienen estos libros sagrados, es haber sido escritos por ocho autores contemporáneos: San Mateo, San Marcos, San Lucas, San Juan, San Pedro, San Pablo, Santiago y San Judas, todos testigos oculares que habian visto los hechos que refieren; todos habian conocido las causas y los motivos, y todos en los puntos importantes dan un testimonio uniforme que trasladan á los siglos futuros, esplicando que los han visto con sus ojos, que los han oido con sus oidos, y que los han tocado con sus manos.

¿Qué otra historia en el mundo puede jactarse, como el Evangelio, de tener tantos garantes, y garantes tan sin tacha? Así la religion cristiana, sin hacer mencion de su divinidad, y sin considerar otra cosa que el número y caracter de sus historiadores, junto con el tiempo y circunstancias en que escri-

hiéron, aventaja sin comparacion á todas las otras historias creidas por los hombres en fuerza de testimonios humanos; por consiguiente los hechos que la sirven de fundamento tienen tal grado de certidumbre, que deben someter todos los espiritus en quienes la razon conserva algun imperio.

Y no es posible dudar que estos historiadores fueron contemporáneos y testigos oculares, pues la fe pública y la tradicion constante lo aseguran. Y no se podria oscurecer esta verdad sin destruir todas las historias, abriendo un caos ó un abismo impenetrable entre nosotros y los tiempos antiguos. No solo los Cristianos, sino los Hereges, Judios y Gentiles reconocen que los apóstoles y evangelistas escribieron estos libros, y que escribieron lo que vieron; todos estan conformes en los autores y sus fechas; pues las iglesias de diferentes pueblos los recibian á medida que se escribian, se los comunicaban unas á otras, y todas los guardaban con el mayor cuidado y reverencia. Así ni Celso, ni Porfirio, ni Juliano, ni otro alguno de los enemigos del cristianismo se atrevió jamas á excitar la menor duda contra esta tradicion.

Es verdad que despues de la muerte de los apóstoles, y cuando ya estaba estendida la Iglesia, dos novadores, Marcion y Manes se atrevieron á proferir que los evangelios habian sido alterados. Para sostener una pretension tan nueva, y trastornar la posesion tranquila de la Iglesia, era menester por lo menos mostrar otros originales que comprobasen la diferencia, ó alegar otras pruebas que fueran decisivas; pero

esto era lo que no podian hacer : y cuando se les estrechó á probar una temeridad tan inaudita se les vió reducidos al silencio; y su confusion fue una nueva prueba de que en el orígen mismo del cristianismo no se pudo oponer nada sustancial á la tradicion perpetua de la Iglesia sobre punto tan importante.

¿Ni como era posible alterar unos escritos que recibia la piedad con respeto, y custodiaba con esmero la devocion? ¿cómo puede sospechar infidelidad ó alteracion el que reflexione el modo con que estos escritos se distribuian y custodiaban? Cada apóstol fundaba diferentes iglesias, y las visitaba sucesivamente segun las ocurrencias; escribian sus epístolas á aquellas de que estaban ausentes: la iglesia que recibia una epístola ó carta de su apóstol, la leia en público, remitia una copia á las otras iglesias mas vecinas, ó á aquellas con quienes tenia mas correspondencia, para que se aprovechasen de aquel tesoro de doctrina y de luces; pero todas las guardaban con el cuidado mas religioso, y hubieran tenido por sacrilegio la menor alteracion. Así se han conservado, y han llegado á nosotros siempre puras; y por este medio se propagaba la instruccion al mismo tiempo que se aseguraba su exactitud.

» Solas las epístolas de San Pablo, dice Bosuet, tan » ardientes, tan propias del tiempo, de los negocios, » de los movimientos de entonces, y de caracter tan » sublime; estas epístolas, repite, que recibieron las » iglesias á quienes fueron escritas, y que comunica- » ron á las otras, bastan para convencer que todo es

» verdadero y original en los escritos que nos han » dejado los apóstoles ».

En efecto, sin hablar del zelo ardiente, tierno y valeroso que caracteriza estas obras divinas, y que la impostura no es capaz de imitar, yo quisiera que se me dijera, ¿cómo, por ejemplo, un hombre que no hubiera convertido á los Galatas se hubiera atrevido á escribirles con la fuerza y la vehemencia de que usa en su epistola San Pablo? ¿cómo los Corintios hubieran sufrido la autoridad que se toma el autor de las dos epistolas que les son dirigidas, si este autor no fuera San Pablo, ó si San Pablo no hubiera sido su apóstol?

¿Cómo hubiera podido un impostor erigirse en maestro y árbitro de las diferencias que habia entre los Judíos y los Gentiles de Roma, si no las hubiera habido entre ellos? y, supuesto que fuesen ciertas, ¿qué derecho podia tener para injerirse, y decidir una cuestion tan importante como la del orígen de la jústicia, y humillar á unos y otros un hombre cuya mision no hubiera sido reconocida y autorizada con milagros?

Es tambien de observar que estas epístolas de San Pablo, y los demas escritos del nuevo Testamento fueron dirigidos á naciones diferentes, los Romanos, los Efesios, los Gálatas, los Hebreos y otros muchos; que estos pueblos reunidos en sus iglesias los recibieron en el tiempo mismo de los apóstoles, y que mostraban los originales; que así para que estos escritos sean supuestos, es menester ó que todos esos pueblos de la tierra se hayan confabulado para fabricarlos y esparcirlos con nombres imaginarios, ó que todos ellos hayan sido engañados.

Pero, ¿cómo millares de hombres han podido dejarse engañar sobre un hecho tan simple, y cuyo error es tan fácil descubrir? ¿cómo ó con qué interes tantos han podido contribuir á dar crédito á esta impostura? ¿se puede imaginar que los que promueven una religion que detesta la mentira y no enseña sino la verdad; que abandonan por ella todas las esperanzas humanas, y se esponen por ella á las persecuciones mas violentas, hayan querido hacer una conjuracion tan dificil para engañar á todos los siglos, dando por obras divinas sus propias invenciones, ó las del impostor que se atreviese á citar á los apóstoles como testigos de hechos que no existieron?

Y cuando esto fuera posibe, ¿cómo ni las divisiones de las iglesias particulares, ni la diversidad de intereses, genios y circunstancias de tan innumerable multitud de cómplices, no han podido determinar á ninguno á descubrir el fraude y desengañar al mundo? Pero esa quimera no merece ser refutada seriamente.

Por otra parte todos los libros del nuevo Testamento son públicos, y han sido conocidos desde el principio del cristianismo; todos han sido citados por los grandes hombres contemporáneos de los apóstoles, como San Ignacio, San Clemente, San Policarpo y otros; tambien lo fueron por los primeros discípulos de estos, tales son San Ireneo y San Justino. Así es innegable que estos santos y venerables personages los habian leido, pues citan en sus obras muchos testos de ellos; tambien lo es que estaban persuadidos de que los apóstoles y evangelistas

gelistas eran sus autores pues los citan como de ellos, y que no lo podian dudar pues vivieron con ellos.

Añadid á esto que esos primeros testigos que son tan respetables por sí mismos, estan apoyados por los otros que los siguieron despues, y que no son menos dignos de crédito. San Ireneo cita á San Clemente, este á San Ignacio y San Policarpo, que citan á los mismos apóstoles: ¿ qué podrán hacer todas las conjeturas frívolas de la incredulidad contra esta cadena de testigos que empieza con los hombres apostólicos, y de edad en edad, de siglo en siglo llega hasta nosotros sin interrupcion, y siempre con el mismo enlace y la misma autoridad?

La crítica severa y rigurosa con que los primeros Cristianos discernian las verdaderas Escrituras de las falsas, y el principio decisivo de que se servian para discernirlas, escluyen toda posibilidad de falsedad ó alteracion. Muchos hereges de los primeros siglos tuvieron la osadía de componer evangelios y publicarlos como si fueran de los apóstoles; pero esta sacrílega empresa presto fue conocida y rechazada con indignacion.

Los fieles que se tenian asidos á la antigua tradicion se oponian á estas escrituras, solo porque eran nuevas, y decian: Hasta ahora no las hemos conocido, ni las conocieron los apóstoles en cuyo nombre parecen; ninguno las dió á sus iglesias; no hay iglesia que las haya recibido de su mano; jamas han sido conocidas ni esplicadas en nuestras juntas; son posteriores al establecimiento de la religion, y de la misma fecha que los errores que favorecen; es inútil examinar

títulos cuya falsedad es clara, pues son nuevos. Ya se ve que los que se gobernaban por estos principios no podian admitir nada que no fuese auténtico; así despreciaban todo lo que era mas reciente que el establecimiento de la religion: lo que no traia el caracter de la antigua veneracion general era proscripto por el único pero invencible argumento de la novedad.

La Iglesia ha conservado en todo tiempo una profunda veneracion á la memoria de los apóstoles, en todo tiempo ha respetado sus escritos como inspirados por el espíritu divino, siempre ha creido que quitarles ó añadirles algo es impiedad y sacrilegio: de esto ha nacido la escrupulosa atencion con que ha velado para que no se alterase la pureza de este depósito sagrado.

Por otra parte era imposible; porque, ¿cuando se hubiera podido corromper ó alterar la historia del evangelio? Desde el establecimiento de las iglesias las copias se habian esparcido con ellas por toda la tierra; las diversas naciones cristianas que las formaban y las habian recibido las respetaban como un monumento divino; cada fiel tenia las suyas, y eran el título fundamental de su grandeza y esperanzas. Las leian continuamente en las familias, en las casas particulares, y en las juntas públicas de la religion. Así era imposible que su fidelidad se alterase ni por la revolucion de los siglos, ni por el arrojo de los novadores.

Si algun incrédulo se atreviera á sostener que estos libros han padecido alteraciones, deberia esplicarnos cuales, y decirnos el tiempo, el motivo y los autores

de ellas. Se le preguntaria, ¿quiénes son los que han podido hacer esta impostura? ¿Son los Gentiles? Pero éstos no lo podian hacer mas que para abatir al cristianismo que nacia, y sostener la idolatría que vacilaba. ¿Pues cómo han dejado en ellos la elevacion de sentimientos que estaban forzados á admirar, y la pureza de su doctrina tan superior á la de sus filósofos? ¿cómo no han suprimido tantos milagros que prueban la divinidad de la religion? ¿y cómo, si los Gentiles tuvieron un proyecto tan loco, los Cristianos de todo el universo no se apercibieron ó dejaron correr con indiferencia su ejecucion? ¿cómo abandonaron sin resistencia á los idólatras unos monumentos que tanto veneraban, y cuya verdad defendian á costa de su sangre?

¿Son los Judíos? Pero sin repetir lo que hemos respondido á la absurda imputacion de los Gentiles, y que tiene para con ellos la misma fuerza, que se nos diga, ¿porqué, si estos han podido alterar los libros santos, han dejado en ellos tantos baldones vergonzosos contra las vanas tradiciones de la sinagoga, contra la hipocresía de los sacerdotes y doctores de la ley, contra las supersticiones del pueblo, y contra los vicios y ceguedad de la nacion? Sobre todo que se nos esplique, ¿porqué no han borrado tantos prodigios que son en favor del cristianismo, y que los convencen á ellos á los ojos de toda la tierra de su dureza y de su deicidio?

No quedan pues mas que los Cristianos á quienes se pueda atribuir este fraude; pero, ¿es posible que

todos los Cristianos del mundo se hayan concertado para corromper lo que veneraban como mas sagrado, de modo que no hubiese ninguno que se opusiera á una empresa tan sacrílega, y que levantase la voz para salvar su fe, y preservar á la posteridad del error? Si se responde que uno solo ó un pequeño número ha podido hacer el engaño, se incurre en mayores absurdos; pues es decir que un pequeño número ha podido seducir á todos los demas, corrompiendo el libro que se leia todos los dias, que estaba grabado hasta en la memoria de los niños, que se habia multiplicado en una innumerable multitud de ejemplares, que estaba depositado en todas las iglesias y familias, y en fin un libro que cada fiel tenia para su uso.

¿Quién podia ser bastante temerario para concebir un designio tan loco? ¿quién tan insensato que esperase conseguirlo? Si el pueblo no hubiera conocido el delito, ¿podia esconderse á los pastores? Si los pastores le hubieran cometido, ¿los fieles le hubieran sufrido tranquilamente? Y si los pastores y los pueblos se hubieran reunido para ejecutar empresa tan sacrílega, ¿los enemigos de la religion no hubieran triunfado con solo echarles en cara semejante escándalo?

Esto parece natural; y no obstante ninguno de ellos imputó jamas á los Cristianos esta temeridad. Por mas que se esforzaban á combatir con todas sus fuerzas la doctrina de los libros santos, jamas dudaron de su autenticidad; siempre los reconocieron íntegros

y puros : finalmente, cuando el silencio, el olvido ó la indiferencia de los enemigos del cristianismo no hubiera descubierto este proyecto insensato, los partidos que poco despues se formaron en la Iglesia, y que son casi tan antiguos como ella, hubieran sido un obstáculo invencible.

Porque, poco despues de la muerte de los apóstoles, se vieron hombres indóciles y temerarios que rompieron la unidad; hombres que con orgullo y deseo de la independencia formaron sociedades separadas. Desde entonces era imposible introducir la menor novedad en las Escrituras. Si los ortodoxos se hubieran atrevido á la menor innovacion, ¿con qué fuerza todas las sectas désunidas les hubieran dado en rostro con esta prevaricacion? Es verdad que, como os he dicho, los hereges, por apoyar sus opiniones, intentaron alguna vez injerir algunas palabras en el testo sagrado; pero la Iglesia confundió al instante su temeridad sin otra diligencia que la simple comparacion de los ejemplares antiguos.

Y si es imposible hallar los autores de una falsificacion que no existe, lo seria mucho mas determinar su época. Porque, ¿en qué tiempo se podrá fijar? ¿será en el que precedió á los Ireneos, Justinos, Clementes, Ignacios y Policarpos? Pero este es el de los apóstoles; pues los citados son sus discípulos que vivieron con ellos, y les sucedieron inmediatamente en su ministerio y autoridad; y á vista de tantos testigos y tan incorruptibles, toda mudanza era impracticable. ¿Será en los tiempos posteriores?

Pero esto no es posible, porque el nuevo Testamento que hoy corre es el mismo que citan estos primeros escritores de la Iglesia, como lo evidencia la multitud de testos que citan en sus obras. La perfecta conformidad de unos y otros demuestra que los libros santos han sido los mismos en todo tiempo.

Por otra parte, para acreditar esta alteracion, seria menester suponer un motivo, un interes; y aun esto no bastaria, porque no siempre el interes prueba el hecho. Seria pues necesario decir positivamente: Ve aquí lo que al principio no estaba en vuestras Escrituras, y lo que se ha añadido despues; ve aquí lo que se leia antes, y ha sido borrado por vuestros padres. Esto seria natural si fuera cierto; pero jamas la incredulidad ha dicho nada de esto. Ella se permite todas las sospechas; pero no se cree obligada á probar ninguna; de modo que para confundirla es menester combatir tanto lo que dice como lo que calla, y demostrar la imposibilidad mas que las pruebas de los hechos.

Digamos pues que hombres que veneraban los escritos de los apóstoles y de los evangelistas como palabra de Dios, y que habian aprendido en ellos el odio de toda mentira, y el amor de toda verdad; que hombres que renunciaban á todos los bienes de la tierra por seguirla, y sacrificar hasta su vida por defenderla, no eran capaces de impostura tan sacrílega; y añadamos que no se observa en los libros santos nada que sobre ó falte para servir de fundamento á tan temeraria imputacion.

Si hubiera podido haber falsarios, hubieran suprimido lo que puede ofender á los espíritus soberbios, ó lo que hace estremecer á la naturaleza corrompida; pero estos libros estan llenos de misterios incomprensibles que confunden á la razon humana, de preceptos ásperos y severos que combaten todos los vicios y refrenan todas las pasiones. ¿Qué es tambien lo que se pudiera haber añadido? ¿los milagros de Jesucrito? pero, estos milagros no se pueden dudar, pues eran los que hacian las conversiones, y los que multiplicaron los Cristianos. Es claro que no era menester añadirlos, pues es necesario suponerlos; y se deberia concluir que todos los libros por entero son falsos, y abrir la puerta á todos los absurdos que hemos dicho, porque los milagros son la basa de los libros. La doctrina de las costumbres y la fe de los misterios se apoyan sobre ellos; y si la suposicion entera de las Escrituras parece imposible, la adicion fraudulenta de los milagros no debe parecerlo menos.

La incredulidad se deleita cuando dice que las versiones no son conformes, y que desde los tiempos mas antiguos se disputó en la Iglesia sobre la autenticidad de algunas de las obras que hoy hacen parte de los libros canónicos. Pero, ¡qué vana es esta satisfaccion! En cuanto al primer improperio muchos no dificultan convenir en que, por inadvertencia de los copistas, se han podido introducir en la serie de los siglos algunas ligeras diferencias en cosas de poca importancia en algun lugar de las versiones ó copias; pero es indubitable que en todas ellas se ve la misma moral, las

mismas profecías, las mismas promesas, y los mismos hechos de la historia; que de todos los manuscritos, de todas las traducciones y de todos los libros, se saca la misma doctrina, la misma legislacion, la misma fe; que todos sin excepcion nos representan á Jesucristo haciendo milagros, predicando la misma doctrina nueva y sublime, juntando sus ovejas, formando su Iglesia, muriendo enmedio de dolores é ignominias, resucitando por su propio poder, enviando á los apóstoles á predicar en toda la tierra, ascendiendo á los cielos, y enviando desde ellos su Espíritu á la Iglesia, que entonces comenzaba.

Tambien es seguro que todos refieren uniformemente la predicacion y los trabajos de los apóstoles, las conversiones que hacian, la ruina de la idolatría, el establecimiento de la fe en Jesucristo, la doctrina de la justicia cristiana, su orígen, su excelencia y su caracter; que todos anuncian un Dios criador, un Jesucristo redentor, un Espíritu santificador, el mismo bautismo, el mismo sacrificio, el mismo término, el mismo camino para no incurrir en los mismos suplicios reservados á los delitos, y obtener las mismas recompensas preparadas á la virtud. Ve aquí lo esencial; esto es el fundamento y la sustancia de todo; y yo quisiera preguntar, ¿qué mas podíamos pedir á la Providencia para estar seguros de que estos sagrados monumentos nos vienen de su mano, y que los tenemos en toda su integridad?

Es verdad que alguna parte de las Escrituras pareció

un tiempo dudosa á algunas iglesias particulares; pero, ¿qué importa esto á nuestra fe? Si alguna iglesia dudó algun tiempo de la autenticidad de alguno de los libros santos, esto no prueba sino el cuidado y examen que ponian todos para recibirlos. No se atrevian á decidirse por sí mismos; pero al instante que la Iglesia universal declaraba que era obra de los apóstoles, todos se sometian, y los reconocian. Por otra parte basta el verlos para reconocer que esos libros que fueron dudosos no contienen nada nuevo, nada contrario á lo que se hallaba ya en los otros libros que de todo tiempo estaban reconocidos por indubitables.

Queda pues probado con evidencia que el nuevo Testamento es obra de los apóstoles y evangelistas, y que hoy le tenemos tal como salió de sus manos. Por consiguiente nos queda por examinar si estos libros son verdaderos, y merecen nuestra confianza: para aclarar esta duda dejo aparte todos los títulos que tienen para ser tenidos por inspirados, y no quiero, para apreciarlos, valerme de otras reglas que aquellas de que la crítica humana se sirve para estimar el valor de los escritos, y el crédito que se debe á sus autores. Y sin seguir mas que estos principios, probaré que no hay libro en el mundo que merezca mas confianza que los evangelios.

Estos libros no son como la mayor parte de los otros, no refieren sus autores las invenciones de su propio espíritu, no hacen narracion de hechos pasados en otro tiempo ó lejos de ellos. Solo cuentan sucesos de que

fueron testigos oculares, y las mas veces principales instrumentos; en una palabra, hechos que vieron ó que hicieron ellos mismos. Por otra parte en estos escritos manifiestan una razon sana, un juicio profundo, una cordura consumada. ¿Qué mas es menester para que merezcan crédito? La reunion de todas estas circunstancias aleja toda idea de error ó de ilusion.

Supuesto pues que no pudieron engañarse, veamos si es de temer que quisieran engañar. Pero yo veo que estos autores no han trabajado de concierto, que no han escrito ni en el mismo tiempo, ni en el mismo lugar; y que á pesar de esto estan perfectamente conformes en lo sustancial, tanto en la doctrina que esponen, como en los hechos que refieren. Es cierto que en las cosas indiferentes se les observan algunas ligeras diferencias; pero esto mismo es una nueva prueba de que sobre los objetos importantes solo los ha reunido la misma verdad.

Ellos confiesan su ignorancia, su flaqueza y sus faltas con tan ingenua sencillez, que persuaden y edifican. Se dan por lo que son, esto es por pobres pescadores que no conocian mas que su barca y sus redes antes de su vocacion al apostolado. No ignoran que el orgullo es el vicio mas contrario al espíritu del evangelio, y con todo no ocultan el deseo que tuvieron de distinciones y preferencias, sin disimular que hasta los últimos momentos de la vida de Jesucristo, la ambicion y los zelos produjeron entre ellos disputas y murmuraciones.

Confiesan que todos habian prometido á Jesucristo

seguirle hasta la muerte, y que una fuga cobarde y vergonzosa fue la resulta y el castigo de su presuncion. Cuando refieren las tres veces que uno de ellos le negó, no omiten nada de lo que puede hacer mas grave su cobardía y su desvío. ¿Y porqué tanta sinceridad, tanta humildad? ¿era necesario publicar tantas y tan vergonzosas faltas? ¿no hubiera sido mas útil á la propagacion del evangelio esconder las miserias de los que debian predicarle? Así hubiera pensado la prudencia humana; hubiera creido que era mas prudente esconder en el silencio faltas y flaquezas, cuya noticia podia desacreditar á sus apóstoles, y servir de obstáculo á los progresos de la religion; pero no pensó así el Espíritu divino.

Lo que acaba de imprimir al testimonio de los apóstoles el último caracter de verdad es el valor y la constancia con que sufrieron la muerte por sostenerla. Se puede concebir que un hombre se deje seducir, y se arraigue en su error, cuando se trata de sostener dogmas abstrusos, ó máximas especulativas. La educacion, los ejemplos y sus propias reflexiones pueden formarle opiniones fuertes, y darle á su alma sentimientos profundos; el temor de Dios puede añadirles una fuerza nueva, con la aplicacion de este principio general, que todo debe sacrificarse á las ideas puras de la religion; y entonces no es estraño que con mas zelo que ilustracion sea uno víctima de su error.

Pero, ¿cómo se podrá concebir que haya muchos seductores que, sin interes ni motivo, se propongan hacer adoptar no una opinion que tienen, sino

hacer creer un hecho que ellos tendrian por falso? ¿que para esto se espongan á todo el rigor de los tormentos, á los horrores del suplicio, á los remordimientos de su conciencia, y á los castigos de Dios? ¿y todo esto sin esperar nada por obstinacion tan loca, antes sí con la certidumbre de ser condenados por la eterna verdad á quien ofenden? Esto seria una especie de delirio que no cabe en lo natural; la historia no presenta ejemplo alguno. Y pues los apóstoles lo sufrieron todo, y sacrificaron su vida por atestiguar hechos públicos y palpables que habian visto, y sobre cuya existencia no se podian engañar, ¿quién puede dudar de su verdad? El que dudare no busque este error en su entendimiento sino en su voluntad.

Esto es lo que pudiéramos discurrir hablando humanamente; pero, ¿qué será si consideramos que estos libros son divinos, y que sus autores fueron inspirados? ¿y cómo dudarlo, si es verdad, como hemos probado, que son los mismos que los apóstoles escribieron? ¿Qué nos dicen en ellos? Que Jesucristo les prometió una luz sobrenatural, una revelacion inmediata que los dirigiria en la publicacion de su doctrina. Ve aquí sus palabras (1): » El Consolador ó el Espíritu Santo, » que mi Padre os enviará en mi nombre, os lo en- » señará todo, y os hará acordar de cuanto os he » dicho... Cuando el Espíritu de verdad venga os » enseñará toda la verdad; porque no hablará por sí » mismo, sino que os dirá lo que ha oido, y os anun- » ciará las cosas futuras ».

(1) *Joan.*, XLV., 26.

No puede ser mas clara ni mas general la promesa de la inspiracion ; y los mismos apóstoles y evangelistas que aseguran haberla recibido, añaden que ya estaba exactamente cumplida ; y por esto á cada paso nos repiten que no son mas que los órganos y los intérpretes del Espíritu Santo, que Jesucristo habla por su boca, que el que desprecia sus palabras desprecia á Dios con cuyo espíritu se esplican. Y el grande apóstol dice á los de Tesalónica (1) : Que no se han engañado en oir sus discursos con el mismo respeto que si fueran la palabra de Dios, porque era en efecto su palabra : *Non ut verbum hominum, sed, sicut est verè, verbum Dei.*

Es pues evidente que los apóstoles decian que hablaban y escribian inspirados por Dios ; y lo singular es que no solo lo decian, sino que lo probaban. ¿ Y cómo? Haciendo milagros. Con una palabra sola en nombre de Jesus curaban todas las enfermedades, sanaban los cojos de nacimiento, mandaban á los paralíticos que marchasen, y su palabra poderosa obtenia todo lo que ordenaba. Hasta la muerte respeta en ellos el imperio absoluto de aquel que se llamó *Resurreccion y Vida.* Penetran los mas ocultos rincones de la conciencia, y el rayo no es mas rápido que la muerte con que castigan la hipocresía y la mentira. Y estos prodigios eran tan públicos y tan frecuentes, que los Gentiles los creyeron dioses, y quisieron ofrecerles sacrificios. Esto era demasiado ;

(1) 1. *Thessal.*, 11 *y* 13.

pero á lo menos no se puede dejar de creer lo que dicen hombres que hacen estas cosas.

¿Y qué decian? Que todo lo que hacian no lo hacian por su propia virtud, sino por la de Jesucristo; que si ahuyentaban los demonios, si curaban los enfermos, si resucitaban los muertos, y si comunicaban á otros los dones del Espíritu Santo, era únicamente en nombre del Crucificado, y con el fin de persuadir al mundo que Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres, y que la religion cristiana es la verdadera. Los apóstoles pues estaban persuadidos ellos mismos. ¿Y quién pudo persuadirles sino el mismo Jesucristo? ¿y cómo no se hubieran persuadido, habiendo contemplado con sus ojos el grande espectáculo de su poder, de sus virtudes y de su doctrina?

Toda la vida pública de Jesucristo desde el principio de su ministerio hasta la consumacion de su sacrificio fue una serie continua de milagros. El hombre Dios disponia de la naturaleza como que era su árbitro soberano. Daba vista á los ciegos, agilidad á los impedidos, y salud á los enfermos: al imperio de su voz los muertos salian del sepulcro, y abrian otra vez los ojos á la luz. Mandaba á los vientos y á las tempestades; el mar igualmente sometido le obedecia. Entre sus manos omnipotentes pocos panes se multiplican de manera que exceden lo que necesita el inmenso pueblo que le sigue. En fin no fuera posible hacer toda la enumeracion de sus milagros. Pero detengámonos á considerar algunos para sacar las mismas consecuencias que sacó Jesucristo.

El de la multiplicacion de los panes anuncia manifiestamente al Criador de todo. El que con tan poco pan satisface á cinco mil hombres es el mismo que con la misma bondad y el mismo poder satisface todos los años á cuantos viven en la tierra, dando fecundidad á las semillas. Este prodigio nos sorprende menos, porque es mas ordinario; pero, dejando aparte estas reflexiones, me detengo mas en aquel milagro, porque, si es cierto, él me descubre grandes consecuencias.

Es imposible dudar de su verdad, ni cabe en él sospecha de impostura ni de ilusion. La relacion que hace el evangelio es natural y sencilla, y no puede admitir engaño, pues se hizo á la vista y en favor de una muchedumbre inmensa. Los apóstoles sabian bien el pan que habia, y no pudieron dudar de su aumento; pues por sus manos le repartian en el pueblo. Y yo digo que si éste milagro es verdadero, se sigue que Jesucristo es Hijo de Dios, y era el Mesías; porque el mismo Jesucristo al tiempo de hacerle dijo que él era el pan de vida, el pan venido del cielo, que da vida al mundo; y el que cree en él tendra la vida eterna. Pues que dijo estas palabras haciendo aquel milagro, es necesario creerlas.

Jesucristo da vista á un ciego de nacimiento (1). El prodigio fue tan público como innegable. Los esfuerzos que hicieron sus enemigos para oscurecer su evidencia y debilitar la impresion, contribuyeron á

(1) *Joan.*, IX, 1.

darle mas notoriedad y certidumbre. ¿Cuál fue el motivo de esta obra divina? El evangelio nos lo dice: Hacer ver á los hombres que Jesucristo era el Hijo de Dios, excitarlos á creer sus discursos y adorarlos. Pues no se puede dudar del milagro, tampoco se puede dudar de sus consecuencias.

¿Y quién podrá rehusarle sus adoraciones y su fe, si considera todas las circunstancias de la resurreccion de Lázaro (1)? Jesucristo estaba ausente cuando se le dió noticia de su enfermedad, y al instante declara que Dios no lo ha permitido sino para manifestar su gloria, y probar la mision de su Mesías. Lázaro muere, y habia cuatro dias que estaba ya enterrado. Su muerte es pública hasta en Jerusalen, pues muchos habian venido de allí á consolar á sus dos hermanas. Despues llega Jesucristo, y desde luego anuncia con magestad que él mismo es la resurreccion y la vida. Exige que Marta le reconozca por Hijo de Dios vivo, y le asegura que su hermano resucitará no solo en el último dia, sino de allí á pocos momentos.

Despues de esto se acerca al sepulcro acompañado, no solo de las dos hermanas del difunto, sino de otros muchos Judíos que habian traido las circunstancias. Manda que se levante la piedra; da gracias á su Padre de que siempre le oye favorable; le pide que le oiga tambien en aquel caso, para instruccion del pueblo que lo mira; y llamando á Lázaro con aquella poderosa voz con que otra vez hizo salir al universo de la nada,

vuelve

(1) *Joan.*, XI, 1.

vuelve á la vida y á la luz un cadáver que la muerte y la putrefaccion tenian ya desfigurado.

Todas las circunstancias de este hecho manifiestan su publicidad, pues pasó en presencia de tantos testigos. Así no pudieron ignorarle los sacerdotes y los fariseos; y los evangelistas añaden que, no pudiendo oscurecer su notoriedad ni soportar su efecto, se determinaron á hacer morir á Jesucristo. Tambien añaden que el deseo de ver al resucitado Lázaro hizo venir muchos Judíos de Jerusalen á Betania, y que esta curiosidad, que dió motivo á la conversion de muchos, sirvió tambien para irritar á los sacerdotes contra Lázaro. Ultimamente dicen que este milagro contribuyó mucho á las aclamaciones con que pocos dias despues fue Jesus recibido en Jerusalen.

Ahora pregunto, si todos estos hechos son falsos, ¿cómo los apóstoles y evangelistas se atrevieron á escribirlos y publicarlos? ¿cómo los han escrito con tanta simplicidad; y porqué los describen tan por menor, y con tantas circunstancias? ¿cómo osaron citar como testigos tanto número de personas vivas? y sobre todo, ¿cómo pudieron esperar que fuesen sus cómplices los mismos que tenian tanto interes en desmentirlos? Porque observamos que no solo los indiferentes y los simples, sino los mayores enemigos de Jesucristo atestiguaban sus milagros.

Es verdad que para destruir su efecto calumniaban el principio. Decian que los hacia en nombre de Berzebú; con una contradiccion tan ridícula, que afirmaban que arrojaba á los demonios con la virtud

de su príncipe, como si este le sirviera contra sí mismo. Le improperaban que si daba vista á los ciegos, y sanaba á los paralíticos, era profanando el santo dia del Sábado; pero estos recursos necios, que no podian tener otra causa que el odio y la envidia, eran una confesion manifiesta de que no podian negar lo que todos veian, y con ellos certificaban la verdad de los hechos. Su malignidad les daba un grado mas alto de certeza.

Los Judíos mas enemigos de Jesucristo se vieron tan convencidos de sus operaciones milagrosas, que esta tradicion se ha conservado en su posteridad, y hoy mismo se hallan vestigios de ella en sus antiguos monumentos. En el Talmud, al capítulo XII, dicen que Jesucristo debia este poder á la magia, que habia aprendido en Egipto, y al secreto que sabia de pronunciar bien el nombre de *Iehovd*. Nosotros no necesitamos de los Judíos para saber con que virtud hacia los milagros; pero estas ridículas salidas prueban que no podian negarlos, y esto nos basta.

Tampoco los Gentiles se atrevieron á negarlos. Celso, que atacó la religion con tanta malignidad y saña, no los negó jamas. Juliano nunca los puso en duda, y solo procuraba disminuirlos, dándoles el nombre de prestigios: confesaba que habia curado cojos y ciegos, que habia ahuyentado los demonios; pero no le parecia que estas fuesen grandes obras ni dignas de memoria. Y si estos implacables enemigos del cristianismo, que estaban mas cerca de los sucesos, no se atrevieron á chocar contra una tradicion tan

general y tan constante, ¿con qué osadía pretenden los incrédulos modernos estar mejor instruidos que ellos, y que su temeridad prevalezca contra diez y ocho siglos de respeto y de prescripcion?

Los incrédulos nos preguntan si estos milagros fueron ciertos, ¿cómo no se convirtieron todos los habitantes de Jerusalen y de la Judea? ¡Pero cuanto la incredulidad es injusta y ciega! No se espantan ellos de lo que falsamente creen, esto es, de que Jesucristo no haya hecho milagros, y de que sin ellos haya convertido muchos Judíos y gran número de naciones, y les parece imposible que con los milagros no hubiera convertido á todos los Judíos. Pero debieran advertir que los profetas vieron con mejor luz que la suya, pues predijeron que Israel veria grandes prodigios, y que no obstante su incredulidad seria casi general: de suerte que lejos de que la incredulidad de los Judíos sea prueba contra los milagros, nos prueba antes bien que Jesucristo es el Mesías; pues, cumpliéndose con ella las profecías, nos da doble prueba de su divina mision.

Por otra parte no es difícil de esplicar el enigma. Los Judíos eran como son casi todos los hombres, que no se aplican ni se afanan por apurar lo que no interesa sus pasiones. La verdad por sí misma, cuando no la anima el interes, no les presenta un atractivo bastante poderoso para que la busquen como un bien á costa de muchos afanes. Sucederia lo que sucede de ordinario. Los unos que solo oyeron hablar de estos milagros, ó no los supieron bien, ó no

sacaron ninguna consecuencia, porque no se aplicaron á verificarlos. Otros pudieron estar mas informados, y quizá tambien mas conmovidos; pero esta impresion pasagera pudo borrarse por la mala disposicion de sus corazones. Creyeron mientras vieron, y desde que dejaron de ver no volvieron á pensar.

Los fariseos y doctores de la ley fueron los mas ciegos, porque eran los mas apasionados: forzados á confesar los milagros porque los veian, los atribuyeron al demonio. Muchos de los que siguieron á Jesus mientras vivia, no pudieron despues soportar el escándalo de la cruz. Esta ignorancia era tan contraria á las ideas y á las esperanzas de la multitud, que debió borrar ó esconder á sus ojos la memoria de sus primeras obras. Añadamos que los milagros no producen mas que espanto, sorpresa, y un efecto esterior y pasagero, cuando la gracia no llega á ablandar los corazones, cuando no vence su resistencia y la secreta aversion que tienen á toda verdad que mortifica los sentidos.

En fin, despues que Jesucristo habia dado tantas pruebas de su divinidad, dió la mayor con su resurreccion gloriosa, con la que se debieron borrar todas las impresiones que dejaron las aparentes bajezas de su muerte. Ya hemos visto que este grande suceso es la basa y fundamento de la religion cristiana; que él solo basta para demostrar lo que la precede y la sigue; que por esto Dios se ha dignado de darle tan alto grado de claridad y certidumbre, y que ninguno de los otros hechos, que pasan entre los hombres por

indubitables, ha sido tan probado, ni puede parecer tan seguro;

Que ninguno ha sido referido por tantos autores coetáneos, todos testigos oculares, dignos de fe, y dispuestos á firmar con su sangre lo que habian escrito; que el mayor número sufrió la muerte por sostener su testimonio; que ningun otro hecho ha podido dar menos lugar al engaño ó la ilusion; que ninguno necesitaba de tanto valor ni obligaba á tantos sacrificios para ser atestiguado; que ninguno ha podido estar tan conexo y dependiente de otros hechos indubitables; que ninguno ha sido tan creido por tantos pueblos y por tantos siglos; que ninguno ha mudado tanto el aspecto del mundo; y en fin que no hay otro en que sea tan visible, que solo las dudas interesadas y temerarias, solo las suposiciones arbitrarias y absurdas pueden atreverse á combatir su verdad.

Se ha echado en cara á los apóstoles y discípulos una credulidad ligera; pero su misma relacion los justifica. Ellos mismos confiesan que ya no esperaban la resurreccion de su maestro; que las ignominias de la cruz les habian borrado de la memoria sus predicciones, destruyendo las pocas esperanzas que tenian. Tan desconfiados estaban que no quisieron creer las primeras noticias; y cuando el mismo Jesucristo se apareció en medio de ellos, se figuraron ver una fantasma. Fue preciso que les dijera (1): « Ved

(1) *Luc*, XXIV, 39.

» mis pies y mis manos. Yo soy, tocadme, y consi-» derad que un espíritu no tiene carne ni huesos ». Le veian, le tocaban, y apenas lo podian creer; en fin, para quitarles toda duda, les pide algun manjar, come delante de ellos y con ellos. Despues les recuerda lo que les habia dicho en vida. Era menester, les dice, que lo que está escrito de mí en la ley de Moises, en los profetas y en los salmos, se cumpliera.

¿Qué pruebas mas positivas y mayores podia darles Jesucristo de su vida y presencia? ¿quién podia imaginar que, despues de su gloriosa resurreccion, conservase las cicatrices de sus llagas, y que descendiera á esperiencias que no parecen dignas de su inmortalidad y de su gloria? Pero todo esto era menester para que los apóstoles se asegurasen: apenas se rindieron á tantas pruebas, tal era su desconfianza.

Jesucristo no se contentó con darles estas pruebas ó demostraciones esteriores, tambien los iluminó interiormente: les comunicó la inteligencia de las Escrituras; les dió el encargo de predicar á todos los pueblos la penitencia y la remision de los pecados; les prometió una fuerza sobrenatural para sostener el peso de tan elevado y difícil ministerio; les ordenó que fuesen á Galilea, y les nombró la montaña en que queria le viesen con todo su esplendor. Así estas apariciones no eran súbitas, no eran representaciones de imágenes, no eran mudas. Jesucristo les habla, les recuerda lo pasado, les da nuevas órdenes para lo por venir, en fin habla con ellos como cuando estaba vivo.

Y pues los discípulos en número de mas de quinientos fueron á Galilea en obediencia de sus órdenes, y volvieron de allí contando lo que habia pasado, y mas persuadidos que antes de la resurreccion de Jesucristo, ¿cómo es posible dudar que sus apariciones fueron ciertas, que sus órdenes fueron positivas, y que su resurreccion es incontestable? Si en un hecho en que los mas estúpidos no son capaces de ilusion, pueden bastar las simples sospechas ó las dudas voluntarias para recusar la deposicion de quinientos testigos, y acusarlos á todos de la misma alucinacion, ¿dónde se hallaria la certidumbre histórica? Seria menester abrir las puertas al mas insensato pirronismo.

¡Ay, señor! cuanto mas se examinan los historiadores sagrados, tanto mas seguros parecen los hechos que refieren, y el de la resurreccion se hace mas indubitable. San Lucas en sus actos lo comprendia en poco: solo dice que Jesucristo se apareció con frecuencia á sus apóstoles despues de su muerte, y que les hizo ver con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por espacio de cuarenta dias, y hablándoles del reino de Dios.

¡Cuántas cosas estan encerradas en estas cortas palabras! Las apariciones son muchas, diferentes y continuadas por cuarenta dias. No son, como hemos dicho, rápidas ni mudas, sino acompañadas de largos discursos, de instrucciones relativas á la Iglesia de que los apóstoles eran pontífices, á los sacramentos de que eran ministros, á las verdades eternas de que debian ser los primeros predicadores, y en fin á la

gerarquía y disciplina del nuevo reino que Jesucristo iba á fundar sobre la tierra.

De modo que aquí no hay solamente unas manos que tocan la carne, unos oidos que oyen la voz, unos ojos que ven y se aseguran de la presencia del cuerpo resucitado; hay reunida con todo esto una asombrosa interpretacion de las profecias mas sublimes, una luz que ilumina las Escrituras mas oscuras, una manifestacion completa del plan general de la Iglesia, de esta Iglesia que debia empezar en Jerusalen, recibir despues en su seno todas las naciones, y, á pesar de las persecuciones y heregías, mantenerse firme hasta el fin de los siglos. Ahora pues, si los apóstoles no han creido la resurreccion sino despues de tantas pruebas y prodigios, ¿quién se atreverá á llamarlos crédulos? Pero, ¿cómo se podrán llamar aquellos que despues de tantas y tan convincentes pruebas se obstinan en no creerla?

¿Cómo podremos llamar á otros que piensan que los apóstoles mismos no la creyeron? Que nos digan, ¿cómo ó porqué se empeñaron en persuadirlo al mundo? ¿Les parece verosímil que todos, y con ellos los demas discípulos, se atreviesen á fraguar una mentira tan peligrosa como delincuente? ¿que ninguno de ellos se opusiese? ¿que ninguno previese las terribles consecuencias? ¿que el temor de Dios ó de los hombres no atajase á ninguno? ¿que ninguno sintiese la locura de aventurarlo todo por nada? ¿que á nadie detuviese la manifiesta imposibilidad del logro? ¿que ninguno se separáse de esta inicua sociedad

de malvados que aspiraban á inventar una religion, fundándola sobre la impostura y el perjurio? ¿y que en fin ninguno se haya desmentido jamas estimulado por la conciencia y el temor?

Pero, ¿quiénes son estos hombres á quienes se atribuye esta ciega y tenaz perfidia? Los discípulos de un maestro que les habia enseñado á imitar el candor y la sinceridad de los niños; que les habia recomendado ser siempre verdaderos, y merecer esta reputacion para no tener necesidad de usar de juramentos; de un maestro en fin que les habia advertido que darian cuenta á Dios hasta de una palabra ociosa.

Estos mismos hombres sufrieron las pruebas mas rudas. La persecucion les duró hasta la muerte, y los mas de ellos la padecieron cruel y violenta. Con todo admiramos su valor, y nos parece que sufrian constantes sus tribulaciones; porque las sufrian por la justicia, y los sostenia el consuelo interior del Espíritu divino. Pero, si la resurreccion no es verdadera, estos hombres no son mas que falsarios, dignos de eternos castigos por sus imposturas, y en este caso yo pido que se me espliquen los motivos de su constancia.

¡Qué! estos hombres saben que Jesucristo ha muerto, que no ha resucitado, que es un muerto como todos los otros, que por consiguiente no puede librarlos de sus perseguidores ni recompensarlos de sus sacrificios, que ya no pueden esperar nada de él, y no obstante se atreven á forjar y sostener, que ha

resucitado. Los condenan á los tormentos y á la muerte únicamente á causa de esta impostura: su conciencia, lejos de poder consolarlos, debe devorarlos con remordimientos. Sufren dolores atroces; se pueden libertar con sola una palabra, y prefieren espirar en las agonías mas dolorosas, por no pronunciar esta palabra que daria gloria á la verdad, y les daria una vida tranquila y sosegada. ¿Quién puede imaginar una hipótesis tan monstruosa y que tanto repugna á la naturaleza y á la razon?

Pero, no es esto solo; porque miéntras los hombres atormentan su cuerpo, la idea de Dios debe aterrar su espíritu. Con todo vemos que enmedio de los tormentos que padecen, estan dando gracias al mismo Dios que irritan; á ese Dios de quien no pueden esperar mas que los castigos con que amenaza á los impostores y perjuros. Pero ellos imploran su socorro, tienen sin cesar en sus labios el nombre de Jesucristo, le invocan como testigo de sus penas, le ofrecen su martirio, y confian en que corone sus trabajos. ¡Y todo esto no seria mas que una apariencia de virtud, una máscara para cubrir su hipocresía, un velo con que ocultar su loca obstinacion, mayor que todo el rigor de los suplicios!

Si para ser incrédulo es menester devorar absurdos tan enormes, me parece muy vergonzoso serlo. Por lo menos yo lo estoy de consumir el tiempo en escusar de mentira y fraude á hombres cuya virtud no solo asombró, sino que convirtió al universo. Porque desde que el Espíritu Santo los llenó de sus

dones, no les quedó de humano mas que lo que era necesario para el ejercicio de su zelo. Se espusieron á todos los ultrajes, no los detuvieron los peligros, y superaron todos los obstáculos para retirar á los hombres del abismo de los errores y vicios en que se veian sumergidos. Su humildad no tuvo término, su dulzura fue inalterable, su paciencia invencible, y su valor intrépido. Lejos de que en nada disimulasen, pronunciaron las maldiciones mas terribles contra los corazones falsos, les cerraron para siempre las puertas de la Jerusalen celeste, y los amenazaron con el fuego eterno.

Ya hemos visto, señor, que Jesucristo resucitado pasó cuarenta dias en consolar á sus discípulos, en instruirlos, en confirmar su fe, y echar los cimientos de su Iglesia. Ya hemos visto que, habiendo llegado el momento de dejar la tierra, los conduce al monte de los olivos, les anuncia otras nuevas y sublimes verdades, les añade promesas del mayor consuelo, levanta las manos, los bendice, y se eleva á los cielos; una nube le cubre, y unos ángeles hablan con todos ellos. Todo esto pasó á la vista de todos; todos lo ven, todos lo oyen, todos lo testifican.

Pues, ¿cómo es posible oscurecer ni dudar de la verdad de este prodigio? Porque el monte estaba á la vista de todos, los testigos son muchos, todos conocen á Jesus, todos reciben las mismas lecciones, todos oyen los mismos discursos, todos escuchan las mismas predicciones, todos ven la misma maravilla y sienten la misma sensacion, todos se regocijan de

la gloria de su maestro, y de la esperanza de tener parte en ella; todos dan gracias, y van á juntarse para esperar en el retiro y la oracion el cumplimiento de las promesas. Esta reunion de circunstancias y testimonios escluye toda posibilidad de impostura y de ilusion. Así es como los hechos de la resurreccion y de la ascension de Jesucristo se sostienen recíprocamente; pero la venida del Espíritu Santo que les siguió tan de cerca les añade otro nuevo grado de evidencia.

Jesucristo acababa de decir á sus discípulos que se separaba de ellos para subir al cielo; pero que les enviaria el Espíritu Santo; que este los llenaria de una virtud divina, y los transformaria en otros hombres; que les enseñaria toda verdad; que ellos convencerian al mundo de haber cometido un enorme delito, crucificando al que vino para ser su redentor; que el príncipe de las tinieblas por este delito, de que fue principal autor, seria despojado del imperio tiránico que habia usurpado sobre el género humano; y que el Hijo de Dios desde el seno de su padre seria mas poderoso para conducirnos á la verdad y á la justicia.

¡Con qué fidelidad, señor, con qué magnificencia justificaron los sucesos la verdad de estos oráculos grandiosos! Los discípulos de Jesucristo, que eran la Iglesia cristiana que entonces empezaba, estaban juntos en una casa, y hacian oracion; un impetuoso viento se siente repentinamente, y la conmueve; aparecen visiblemente lenguas de fuego que se reposan

sobre las cabezas de los discípulos. Ve aquí las señales públicas y esteriores de la venida del Espíritu divino, del Espíritu consolador que les enseñaria toda verdad, y que les habia prometido Jesucristo; ve aquí el momento de su efusion interior en aquellos corazones, y el símbolo de su fuerza invencible.

¿Y cuáles fueron sus efectos? Al instante los discípulos no pueden contener el ardor de que se sienten penetrados. Salen de su retiro, se derraman por las calles de Jerusalen, y en presencia de sus habitadores y de la multitud de Judíos estrangeros que habian venido á celebrar en el templo la solemnidad del dia, increpan á los grandes, y echan en cara á los sabios de la nacion haber crucificado á Jesus, que era el Mesías por quien tanto habian suspirado sus padres. Publican altamente su resurreccion, afirman consentes haberle visto y hablado, esplican con fuerza y claridad cuanto habian predicho los profetas de su muerte y de sus ignominias, de sus virtudes y de su gloria, y del imperío eterno que debia ser el fruto de su sacrificio. Los pueblos estraños de tantos y tan diferentes lugares de la tierra los entienden; á pesar de la diversidad de lenguas, cada uno entiende en la suya lo que dicen estos hombres sencillos, y se llenan de asombro.

¿Y quién ha enseñado tan de repente á los apóstoles tantas lenguas diferentes? ¿qué perspicacia les hace discernir enmedio de tantos idiomas tan súbitamente infusos el que conviene á cada uno, sin mezclarle ni confundirle con los otros? ¿cómo hom-

bres criados en la bajeza y la ignorancia han podido elevarse de golpe á tan alto grado de ilustracion é inteligencia? ¿quién les ha dado el poder de transformar una muchedumbre tan indócil y endurecida en un pueblo nuevo que se penetra de amor, y se somete á la penitencia?

El hecho es que su primer discurso convierte tres mil, y el segundo cinco mil. Y no se diga que los apóstoles debieron tan prodigiosos progresos á espíritus dispuestos en su favor, ó que estas conversiones fueron tan superficiales como rápidas; porque los hombres que convirtieron, y que obligaron á adorar á Jesucristo, fueron los mismos que le crucificaron: los que poco antes no creyeron en Jesus, porque no veian en las Escrituras mas que recompensas temporales, son los que ahora le reconocen por su Mesías y su Dios; los que no ha mucho no sentian otro interes que el de los bienes visibles y presentes, son los que ya van á venderlos para poner su precio á los pies de los apóstoles; en fin esos Judíos tan carnales y groseros se transforman en ciudadanos del cielo por sus deseos, que no aspiran mas que al logro de los bienes eternos; ya forman un pueblo de cristianos, que no cuidan mas que de amar á Jesucristo, y de imitarle.

¿Quién puede dejar de reconocer en revolucion tan grande y súbita la presencia del Espíritu Santo y de su operacion omnipotente? ¿qué mano, sino la suya, podia en un momento producir virtudes tan sublimes, aniquilar el amor propio, transformarlo

en una caridad pura, ardiente y generosa; reformar los corazones corrompidos, y fundirlos de tal manera en el fuego del amor divino, que no formen mas que un solo corazon y una sola alma? Esto no se puede dudar; y si es cierto que segun la promesa de Jesucristo el divino Espíritu ha descendido, no puede dejar de ser cierto que Jesucristo es el Mesías, que ha resucitado, y que ahora, lleno de vida, está sentado á la derecha de su Padre, ejerciendo el mismo poder, pues que sin todo esto no hubiera enviado el Espíritu consolador, autor único de tantas maravillas.

Yo temo, señor, que mis largos discursos molesten vuestra atencion; temo que mis repeticiones la fastidien, y con todo no siempre me atrevo á suprimirlas; porque si algunas no parecen necesarias, á lo menos podrán ser útiles. Pero no digo todo lo que pudiera, y por no ser difuso omito grandes verdades que pudieran ser excelentes pruebas. Ayer hablamos del viejo Testamento, hoy del nuevo; ayer empezamos por la creacion y llegamos hasta Jesucristo, hoy hemos visto á Jesucristo cuando vivia, y le hemos seguido hasta dejarle en el cielo. No es esto todo, aun me queda que deciros mucho. Si me dais licencia, mañana podemos continuar.

El padre se fue, y yo quedé sin poder alentar ni tener fuerza para responder una palabra. Cada vez que se iba este padre me dejaba con un peso que me oprimia el corazon; pero esta vez me parecia que me habia echado un monte acuestas, y que no me

dejaba respirar. Yo hacia reflexiones por todos lados; procuraba fijar mis ideas; le escuchaba con toda la desconfianza que naturalmente me inspiraba un hombre á quien su educacion y su estado debian dictar aquellas opiniones; pero no veia como desenredarme de su fuerza, ni como cerrar los ojos á su claridad.

Sobre todo me hacia temblar cuando lo miraba probando la divinidad de Jesucristo con razones que me parecian convincentes, y que sin réplica me llenaban de un temor espantoso; y decia de mí mismo: Si Jesucristo es Dios, ¿qué suerte tan desastrada será la mia? ¿qué será de Teodoro y de todos los otros amigos? ¡ay del infeliz Manuel! Estas ideas me consternaban, me destrozaban el alma, y me despedazaban el corazon. En la carta que sigue te contaré lo que me pasó al otro dia. A Dios, amigo.

CARTA

CARTA XIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio : Apenas llegó el padre al otro dia, cuando me preguntó si habia hecho nuevo resumen de la conferencia precedente, y yo le leí el que habia formado, que decia así :

El padre me ha dicho en su discurso de ayer que las humillaciones y la muerte de Jesucristo eran la prueba mas clara de que era el Mesías tan prometido y tan esperado, porque estas circunstancias estaban positivamente profetizadas.

Despues de haberlo probado con las profecías de Isaías, de Daniel, de David y de otros, ha añadido que todo el Testamento antiguo, y todas las ceremonias, ritos y sacrificios de la ley de Moises no eran otra cosa que un cuadro en que estaban dibujados de antemano los misterios del Mesías;

Que en los libros del antiguo Testamento se predicen la obstinacion de los Judíos y la conversion de los Gentiles, y que esta sustitucion tan cierta despues, como entonces inverosímil é imposible de prever, es otra prueba de que el Espíritu divino los ha dictado;

Que la verdad de cuanto contienen los libros del Testamento nuevo, sin considerar la divinidad de su orígen, y siguiendo solo las reglas de la fe humana, no puede revocarse en duda;

Que ninguna otra historia ha sido escrita por tantos autores contemporáneos y de tanta calidad; pues siendo ocho, todos fueron testigos oculares, y la mayor parte instrumentos de los hechos;

Que la fe que la tradicion ha conservado á estos libros es tan pública y segura, que jamas los enemigos de la religion se han atrevido á negarla; porque los escritores de los tiempos apostólicos citan á cada paso testos sacados de aquellos libros;

Que la misma tradicion confirma su integridad y la imposibilidad de toda alteracion; porque jamas ha podido señalarse ninguna, porque no se descubre quien tuviese interes en hacerla; y es claro que muchos le tenian en no sufrirla, y que si se hubiera podido hacer alguna, los enemigos de la religion al instante lo hubieran advertido, y aun echado en cara;

Que los autores del nuevo Testamento estaban instruidos de los hechos que refieren, y que eran verdaderos; por consiguiente que no pudieron engañarse ni engañar;

Que si solos estos principios bastarian para establecer su autoridad, cuanto debe ser mayor cuando se prueba que estos libros son divinos, porque sus autores fueron inspirados;

Que los milagros de Jesucristo prueban la divinidad de estos libros, así como prueban que él era el Mesías prometido, y que era Dios como su padre lo es;

Que tambien lo prueban los milagros que hacian los mismos autores; pero que sobre todo lo prueban

la Resurreccion, la Ascension y la venida del Espíritu Santo, porque todos estos hechos estan probados por otros innumerables testigos todos oculares, íntegros y puros, que confirmaron estas verdades con el sacrificio de su vida, sin que ninguno jamas se retractase.

El padre escuchó mi corto estracto con agrado, y despues de haberme dicho que era exacto, continuó así:

Repárese, señor, que en lo dicho habia lo bastante para quien busca la verdad de buena fe, y con sincero deseo de encontrarla; pero nuestra santa religion abunda en pruebas, y desde luego os pido que observeis como la divina Providencia se ha dignado de multiplicar las luces, vertiéndolas á manos llenas, y de manera diferente, para alumbrar toda especie de espíritus, y para que ninguno pueda disculparse, si cierra voluntariamente los ojos para no ver su claridad. Observad que tanto como ha cubierto de tinieblas los misterios para dejar todo el mérito á la fe, tanto ha manifestado que es Dios el que nos manda creerlos, para que nuestra obediencia se someta.

Ayer dejamos ya á Jesucristo sentado á la diestra de su padre, despues de haber probado al mundo por las profecías verificadas en su persona, por sus milagros, en especial los de su resurreccion y ascension, que Dios habia cumplido su promesa enviando al Mesías, y que este Mesías era el mismo Dios. Ahora vamos á ver que el mismo Jesucristo,

estando ya en el cielo, ha probado de nuevo esta verdad con lo que se ha dignado de hacer posteriormente.

Desde que Jesucristo dejó al mundo, empezó á formarse su Iglesia. Sus apóstoles empezaron á congregar los fieles, y componer con ellos diferentes sociedades ó iglesias particulares. Y Jesucristo derramó en ellos con tanta abundancia sus dones milagrosos, que los continuos milagros que se hacian en ellas multiplicaban cada dia el número de los fieles; pues probaban igualmente la asistencia del Espíritu Santo, el poder de Jesucristo, y la verdad de la religion que habia fundado. San Pablo habla de la efusion de estos dones como de una cosa pública que todos veian. No lo refiere para instruir á los que no lo saben, ni para persuadir á los que dudan, lo supone como una cosa sabida, y que todos conocian.

Lo que escribe sobre este asunto á los Corintios y á los Galatas fuera insensato, si ninguno de ellos hiciera milagros, si ninguno sanara los enfermos, invocando el nombre de Jesucristo, si ninguno tuviera el don de profecía, ni hablara las lenguas estrangeras. San Pablo les escribe suponiendo todo esto, y no solo les escribe sino que los increpa sobre el abuso que hacen. Seria pues menester pensar que San Pablo queria persuadirles que ejecutaban los prodigios que no ejecutaban. Y si esto era así, ¿cómo se atreve á tratarlos de hombres ciegos y carnales, que despues de haber creido en Jesucristo y haber recibido del Espíritu Santo el poder de

hacer milagros, buscan la gracia estéril de vanas observancias?

Es pues evidente que entonces aquellos dones eran no solo públicos y verdaderos, sino tan multiplicados, que los apóstoles creyeron conveniente interponer su autoridad para reglar su uso, y darles un órden. Y si estos dones existieron, ¿á quién se pueden atribuir, sino á Jesucristo que los habia prometido, á Jesucristo, que dijo (1) que se le habia dado todo poder en la tierra y en el cielo? ¿y qué se debe inferir de todo sino que la Iglesia cristiana es obra suya?

Las profecías y los milagros bastarian para demostrar la divinidad de la religion cristiana; pero no nos detengamos en esto, y vamos mas arriba. Contemplemos el plan mismo de la religion que concibió Jesucristo. Examinemos la naturaleza de los medios de que se sirvió para establecerla y propagarla, la luz sobrenatural con que predijo los sucesos y la exactitud y precision con que se verificaron, y veréis que todo es necesariamente divino en esta empresa única é inaudita.

Volved los ojos á ese Hijo de Dios, y contempladle en aquel momento en que salió de aquel retiro en que habia pasado la mayor parte de su vida oscura, para empezar su augusto ministerio. ¿Cuál era su designio? El mayor que era posible imaginar; nada menos que el de instruir y de reformar al universo.

---

(1) *Matth.*, XXVIII, 18.

El pueblo de Israel era el primer objeto de su mision; y Jesucristo emprende persuadirle que sus sacrificios, sus ofrendas y demas ceremonias legales en que tiene tanta confianza, no son mas que sombras vanas, ceremonias ineficaces; intenta someterle á un culto mas interior y espiritual; pretende apartarle del amor de los bienes temporales, elevarle á esperanzas mas altas, mostrarle una justicia superior á la que conocia y de que vivia tan satisfecho, y en fin convencerle de que la que puede ejercer meramente por la ley, no es mas que un vano orgullo tan condenable como los vicios de las demas naciones.

En el mismo plan concibe Jesucristo la idea de estender estos mismos principios y doctrina á las naciones en quienes la razon estaba oscurecida por los errores de la idolatría, y estas son las que cubren toda la estension de la tierra. Su designio es despertarlas del largo y mortífero letargo en que yacen, sacarlas de las espesas tinieblas en que estan sumergidas, echar por tierra los templos del demonio, destrozar sus ídolos, probar á los filosófos que su ciencia es locura, uncir con el yugo de la fe á los príncipes idólatras, mudar hombres de carne y sangre, groseros y sensuales, en hombres espirituales, castos, desinteresados y fieles; reunir todos los pueblos de la tierra en un solo culto, y hacer recibir una ley sola que fuese comun á los Gentiles y los Judíos, aunque contraria á las ideas y pasiones de los unos y los otros.

A estos designios ya tan asombrosos añade otros

que parecen mas elevados y sublimes ; pues viene á enseñar tanto á los que viven sin ley, como á los que viven bajo de la ley, que todos nacen pecadores, malditos y enemigos de Dios; que entre ellos y la gracia divina hay un espacio inmenso ; que sus esfuerzos para salir de aquel abismo son insuficientes, y casi no harán mas que aumentar sus males, porque añadirán la presuncion que los hará incurables ; que todos necesitan de un mediador que los reconcilie con Dios ; que este mediador es él mismo : quiere que le reconozcan por tal, que no esperen mas que de su intercesion la vida eterna, y que sepan que sus obras nada aprowecharian sin el valor de sus méritos.

Este es el plan que concibió Jesucristo, plan que vino á ejecutar, que tuvo siempre á la vista, y que comunicó desde luego en toda su estension. ¿ Quién no ve que era menester una inteligencia infinita para concebir un designio tan vasto ? ¿que solo era capaz de ejecutarle el que dispone de los sucesos á su arbitrio, el que está seguro de no hallar obstáculos ó de poder vencerlos, en fin el que puede reformar cuando quiere las obras de sus manos y restituirlas su primitiva perfeccion ?

Pero, lo que debe aumentar nuestra admiracion es considerar que para ejecutar este plan tan inmenso no quiso valerse de los medios que el entendimiento humano podia creer proporcionados, y que pudieran oscurecer su gloria. Por eso, dejando á un lado los grandes y los sabios de la nacion, escoge para instrumentos de su triunfo hombres pobres y oscuros, sin talento

ni ciencia, sin bienes ni poder. Estos son los instrumentos con que ha confundido y subyugado á los sabios y poderosos de las naciones; estos son los héroes que han conquistado el mundo, y que han ocupado los primeros empleos de su nuevo imperio.

¿Y qué es lo que les promete Jesucristo para inspirarles el zelo y la constancia de que tanto necesitan para ejecutar una empresa tan ardua? Sin duda que para esponerse á tantos riesgos es menester que los halague con poderosos atractivos. Jesucristo no ignoraba la flaqueza del corazon humano; conocia los resortes que le mueven y las inclinaciones que le determinan; sabia que todo lo invisible estimula poco, que una recompensa futura parece muy distante, y es difícil compararla con la pérdida de los bienes presentes. ¿Sostendrá acaso el valor de sus discípulos con la esperanza de grandes ventajas que pueden animarlos?

Pero lo que les presenta es un destino parecido al suyo. Desde luego les anuncia que serán como él perseguidos, aborrecidos, injuriados y tenidos por dignos de serlo, tanto, que se creerá que es hacer un obsequio á Dios el condenarlos á la muerte. Si estas fueron las esperanzas que les dió; si estos fueron los estímulos con que supo animarlos, y si en efecto los apóstoles no se desalentaron, sabiendo que la infamia, los tormentos y la muerte eran lo único que podian esperar de sus trabajos en el mundo, es menester inferir que Jesucristo era dueño de los corazones, y que podia moverlos á su gusto; pues ciertamente no

tomó los medios que la prudencia hubiera aconsejado, y prefirió los que antes del suceso debian parecer mas bien obstáculos que medios.

Así todo era divino en la obra de Jesus, todo era superior á las ideas de la prudencia humana. ¿Quién podia prever, cómo podian los apóstoles imaginar que la muerte de su maestro, que parecia deber arruinar todas sus esperanzas y abortar todos sus designios, fuese el medio necesario de lograrlas? ¿que de las humillaciones que debian acompañar esta muerte dependiese la fecundidad de su ministerio? Era imposible adivinar esto.

Es verdad que Jesucristo se lo habia predicho, y esto prueba su prevision y omnipotencia. Se me prepara, les dijo, una muerte cruel y afrentosa; pero por ella he resuelto vencer al mundo, y al que despues de tanto tiempo se hace adorar en él. Yo me atraeré todos los pueblos de la tierra que se hincarán de rodillas delante de mi cruz; y haré de ella un altar de espiacion, un trono de misericordia. Solo el Judío se mantendrá endurecido, incrédulo y rebelde (1); los Gentiles vendrán de todas partes á sentarse con Abraham, Isaac y Jacob, cuya fe imitarán: los hijos del reino, esto es los Judíos, serán arrojados vergonzosamente, y condenados á lágrimas eternas.

Esta profecía es muy clara, muy positiva; pero entonces debia parecer estraordinaria é incompren-

(1) *Matth.*, VIII, 11 *y* 12.

sible, y fuera de todos los términos de la posibilidad. Solo su literal cumplimiento ha podido hacerla verosímil; porque si no creian los Judíos que eran testigos de todos los milagros del Mesías, y que respetaban á los profetas que le habian anunciado, ¿cómo se podia esperar que los infieles, que no conocian ni los profetas ni el Mesías, creyesen en él sin oir ninguno de sus discursos, ni ver el menor de sus milagros?

La prediccion que hizo Jesucristo de la desgracia de Jerusalen no fue menos clara ni menos contraria á todas las verosimilitudes. Los Romanos estaban entonces en el mas alto grado de poder; ya estaba subyugado cuanto habia querido resistirles: los Judíos como otros muchos pueblos se habian sujetado al yugo, y estaban tan acostumbrados, que nada indicaba en ellos ni la voluntad ni el poder de recobrar su independencia: á pesar de apariencias tan contrarias Jesucristo predice que Jerusalen se rebelará (1), que se obstinará, que llegará á los términos mas estrechos, y que esta ciudad tan floreciente entonces será arruinada de manera que no quedará piedra sobre piedra ni en sus fortalezas, ni en su templo, ni en sus edificios.

Añade que perecerá por un asedio que será sostenido con furor; que la circundarán con trincheras; que se verá tan estrechamente cerrada, que no le quedará salida alguna para que se salve parte alguna

(1) *Luc*, XIX, 43 *y* 44.

de sus habitadores; que será tomada por asalto, y que al fin padecerá todo lo que la podrán hacer sufrir sus enemigos, irritados de su larga resistencia.

Jesucristo predijo tambien que algunos de los que le escuchaban y le veian derramar lágrimas sobre la ingrata Jerusalen serian testigos de estas desgracias espantosas; y, lo que es mas digno de ser observado, es que no las anuncia como simples sucesos futuros, sino como un castigo con que la amenaza, y que se ejecutará por sus órdenes.

Jerusalen oyó entonces sin sobresalto estas amenazas formidables. Los ejércitos que debian reducirla á ceniza la parecian lejos, ó los creia imaginarios; no se persuadió que estuviesen tan prontos para obedecer á Jesucristo: pero esto mismo acredita mas su prediccion de sobrenatural; y pues los sucesos la verificaron en todas sus circunstancias, es claro que el que la hacia era el Hijo de Dios, el Soberano del cielo, cuya severidad esperimentaban los Judíos, porque despreciaron su clemencia.

Tal es el caracter de todas las profecías de Jesucristo: primero la inverosimilitud, luego la claridad y la precision. Sus discípulos eran hombres débiles, incapaces de toda empresa que necesitase de valor, y con todo les promete que los transformará en hombres esforzados; que nada podrá intimidarlos ni abatirlos, y que ni los tormentos ni la muerte los podrán acobardar. No les disimula nada de lo que debian padecer; pero al mismo tiempo les asegura que lo sufrirán con ánimo constante; les promete una

victoria parecida á la suya, y el triunfo del evangelio; les asegura que sus progresos se estenderán desde la Judea á las provincias comarcanas, y hasta las regiones mas remotas; les advierte que no se ocupen acerca de lo que han de responder á los magistrados y los reyes, porque les inspirará lo que deben decir, y que no serán mas que los órganos de su espíritu, que les dictará las respuestas.

Estas fueron las promesas; veamos como se cumplieron. Apenas empiezan los apóstoles á predicar el evangelio, cuando su luz se propaga con una celeridad incomprensible: pasa de Jerusalen á toda la Judea y la Samaria; se irrita la sinagoga, imagina que, enviando dispersos á los discípulos de Jesucristo, logrará apagar este súbito incendio; pero con aquel medio no consigue mas que hacer volar mas lejos las centellas. Los apóstoles se dividen en los diferentes pueblos que deben convertir; y antes que terminen su carrera, la fe ya está anunciada en todo el mundo. La voz de sus predicadores ha resonado en las estremidades de la tierra.

Lo mismo sucedió con las desgracias que predijo á la ingrata Jerusalen. La ciega y obstinada nacion judía vió muy presto sus terribles efectos. Los Romanos vienen con armas, arrasan hasta los cimientos de la ciudad, y arruinan, incendian y destruyen el templo que era toda su gloria. En vano Tito, general de las tropas y su emperador, hace los últimos esfuerzos para salvar este edificio augusto: un órden superior le habia condenado á su infeliz destino. Era menester

que su estrago hiciese creer al mundo que no hay vida ni salud sino en Jesucristo; que irrita á Dios el que ofende á su Cristo; que su omnipotente mano venga sus injurias, y que los endurecidos y rebeldes serán víctima eterna de su cólera inexorable.

El Judío antes hijo, pero ingrato y obstinado, se halla en un momento degradado, desheredado y arrojado de la casa paterna; pierde sus privilegios, sus promesas, la inteligencia de las Escrituras, la alianza, el Mesías, la vida eterna; y ve pasar todos estos bienes á las manos de sus enemigos, sin quedarle otra cosa que los terribles castigos que durarán tanto como su impenitencia y ceguedad.

Es bien estraordinario que los Gentiles vengan á postrarse reverentes á los pies de aquel mismo á quien condenó su propia nacion, como usurpador del título y de la gloria del Mesías. Es muy singular que la ignominia de la cruz no sirviese de obstáculo para adorarla, á hombres que no juzgaban los objetos sino por la estimacion de sus sentidos; pero Jesucristo habia predicho que los pueblos vendrian de todas las partes de la tierra á unirse en la fe de Abraham, y era preciso que á pesar de las apariencias contrarias esto se verificase.

El mismo efecto tuvieron las demas promesas. Los apóstoles no solo no se intimidan con las amenazas; no solo no titubean con los suplicios, sino que se estiman felices cuando se les da parte en las humillaciones de su maestro: toda su ambicion era unirse á sus sufrimientos y su cruz, para acompañarle en su

triunfo; y se muestran invencibles, apoyados en su amor y proteccion.

La luz que los alumbra es igual á la fuerza que los sostiene; sus discursos al pueblo y al supremo consejo de la nacion son monumentos repetidos de la sabiduría celestial que los ilumina. Combaten generosos contra el falso zelo de los Judíos y Gentiles, contra la elocuencia y la filosofía humana que pretende deslumbrar y arrebatarse las opiniones, y no presentan ni tienen otras armas contra ellos que la simplicidad de su predicacion, y la locura aparente de la cruz.

Pero, ¿por quién quedó el campo? ¿quién obtuvo la gloria del combate? ¿por quién se decidió la victoría? ¿quién fue el vencido que se vió forzado al silencio: el apóstol ó el doctor de la ley? ¿cuál de las dos sabidurías cedió: la que el mundo trataba de locura, ó la que los Cristianos llamaban insensata? Que respondan, señor, la conversion del mundo, y el establecimiento de la Iglesia. Pero todo esto con ser mucho no fue sino la menor parte de su triunfo;

Porque cuanto en la tierra era terrible, sabio y poderoso se reunió para defender la idolotría, y ahogar á la Iglesia en su cuna. Los príncipes promulgan edictos feroces, los magistrados los ejecutan con rigor bárbaro, millones de víctimas se sacrifican, y rios de sangre corren por todas las ciudades del imperio; pero, ¿que consiguen con esfuerzos tan inhumanos? ¿qué alcanzan los hombres contra el poder de Jesucristo? ¿qué pueden las empresas que se opo-

nen á su gloria? El fuerte armado fue vencido y aprisionado por su rey legítimo. El demonio, que habia subido á los astros para hacerse adorar, fue arrojado de ellos y precipitado en los abismos: sus templos fueron cerrados ó destruidos; sus altares se vieron por tierra; sus estatuas reducidas á polvo. La idolatría aterrada y vergonzosa huyó del suelo que alucinó tan largo tiempo, y ocultó en las cavernas sus infamias y supersticiones.

Dios no quiso que los apóstoles vieran toda la estension de un espectáculo tan dulce como glorioso; pero la Iglesia que dejaron fundada y sucedió á su autoridad, fue la heredera de sus promesas, y continuó las conquistas. Nada en sus principios parecia tan despreciable y débil como la sociedad cristiana; pero en poco tiempo se mostró como una alta montaña, y mas floreciente que otra alguna: todas las naciones vinieron á arrojarse en su seno, como los rios se arrojan en el mar; todas quisieron ser adoptadas en la familia de Jacob, y reconocer á los patriarcas por sus padres. La Iglesia ve á sus pies sus dos soberbias enemigas, la sinagoga y la idolatría, y sobre las ruinas de ambas se levanta sublime y magestuosa.

Es verdad que la persecucion arrancaba todos los dias del seno de esta casta esposa millares de sus hijos; pero ella se consolaba, porque su esposo la habia dicho que debia triunfar, multiplicarse y estenderse con el sacrificio de muchos Cristianos, y confiaba en la bondad de Jesucristo, que no dejaria

largo tiempo á sus siervos en el oprobrio y la opresion; esperaba no tardaria el dia de su gloria, el dia en que la cruz saldria de la oscuridad de las cavernas para servir de adorno al solio, el dia en que las cenizas de sus víctimas saldrian de las catacumbas para ser colocadas con honor en los altares, en que él mismo renovaria su inefable sacrificio.

En efecto, señor, antes de mucho, estos cuerpos que fueron abandonados á las fieras de la tierra y á los pájaros del cielo volvieron á parecer con gloria. El pueblo lleno de veneracion los recogia con respeto religioso, y los hijos de sus mismos verdugos se les postraban reverentes, de modo que sus tiranos no hicieron mas que coronarlos. Su muerte fue victoria; la miseria y tormentos que sufrieron, la causa de su gloria actual; y los instrumentos de su suplicio son hoy las palmas que hermosean la pompa de sus triunfos.

Observad, señor, que aquí hay tres puntos indubitables: la certeza de esta mutacion, la magnitud de los obstáculos, y la pequeñez de los medios que la hicieron; y á la vista de estas verdades es natural preguntarse ¿comó mutacion tan asombrosa, tan difícil y tan contraria á todos los gustos y á todas las pasiones se ha podido obrar con medios tan débiles, y á pesar de tantos obstáculos? ¿qué causa secreta y poderosa pudo mudar así la faz del universo? ¿quién á podido obligar á los hombres á que abandonen sus ideas, sus inclinaciones y su culto para adorar un Dios crucificado por su propia nacion,

y

y adoptar una religion que mortifica tantò á la naturaleza? ¿qué luz tan alta descubrió de repente á los ignorantes las verdades mas sublimes y los misterios mas profundos? ¿quién ha inspirado á tantos filósofos orgullosos sumision tan humilde, y docilidad tan perfecta? En fin, ¿cómo la cruz de Jesucristo ha sido preferida á las riquezas, á los placeres y á las pompas de la gloria humana?

La incredulidad se atormentará en vano, si busca una razon natural de sucesos tan inauditos. No hay mas que un modo de entenderlos y esplicarlos, y es que Dios lo habia resuelto en sus consejos eternos; que él mismo los habia anunciado desde el principio del mundo; que Jesucristo los habia predicho, y era dueño de los corazones; que quiso hacer las cosas mas grandes con los instrumentos mas débiles, por no dar parte de su gloria ni á los hombres ni á los medios humanos; que sus milagros tan estupendos como multiplicados abrieron muchos ojos; que muchos corazones oyendo su voz llena de fuerza y eficacia, reconocieron su Libertador y su Dios; y que los pueblos al reclamo del Pastor divino vinieron en tropas á entrar en el rebaño de su Iglesia, para formar esta familia querida, esta nacion santa prometida al Mesías, que debia ser su heredad, y la recompensa de sus humillaciones.

Hasta aquí, señor, no os he representado el edificio de la religion sino por defuera; pero ahora voy á abriros las puertas de su augusto templo: ahora vais á ver que todo lo que hay en él es digno de la grandeza

de Dios, y perfectamente proporcionado á cuanto el hombre necesita. Es verdad que los primeros objetos que Jesucristo presenta á nuestra vista son misterios incomprensibles, que mortifican al orgullo y humillan á la razon; pero despues que nos ha convencido de que él es Dios, ¿le podemos disputar su autoridad? ¿no merece que el hombre añada al sacrificio de su corazon el de su espíritu? El que dió el ser á la razon ¿no la podrá obligar á que crea lo que no la permite comprender?

¿Dónde estan los títulos, cuáles son los derechos de esta razon tan presumida que quiere sujetar á su examen hasta los oráculos de Dios? Muy pervertido está por sus pasiones el que sostiene pretension tan absurda; debiera reflexionar que de la inmensidad del Ser supremo nacen correlaciones infinitas cuya profundidad es insondable, y que es delirio querer juzgar de su autoridad por nuestra dependencia, y de su luz por nuestras tinieblas; y pues sabe que en Dios todo es verdadero, justo y santo, debe concluir que todo lo que se dignó de revelar es merecedor de sus adoraciones, aunque exceda la esfera de sus luces.

Que nos digan los que disputan á la soberana verdad esta debida sumision, si la naturaleza no les guarda ningun secreto. ¡Ay, señor! á cualquiera parte que volvamos los ojos tropezaremos con objetos de que se nos ha concedido el uso, porque nos era útil; pero que se nos quitó su inteligencia que pudiera excitar la curiosidad mas que la gratitud. ¡Cuántas verdades que son tan indubitables como incom-

prensibles ! ¡ cuántos objetos vemos sin que los podamos comprender ! ¡ esta luz tan admirable en sus movimientos , ese fluido llamado el aire tan imperceptible á la vista , y tan activo y terrible en sus fenómenos ; este fuego tan oculto en su esencia , y tan espantoso en sus efectos ! ¿ Quién conoce los principios de los elementos , la variedad infinita de sus combinaciones , y otras muchas maravillas naturales que los ojos ven , que la razon no entiende , y que se atreveria ella misma á negar si no las viera ?

Si los secretos del órden físico son tan impenetrables , ¿ cómo no lo serán los del órden sobrenatural ? ¿quién es capaz de levantar el velo que los cubre ? La razon conoce con claridad la necesidad de un Criador infinito que dé la existencia á cuanto mira ; pero, cuando se acerca á registrar esta magestad soberana , se deslumbra y se siente rechazada por su gloria. Sabe que Dios es eterno , que no puede tener fin quien no tuvo principio ; pero, ¿cómo sabrá penetrar su eternidad ? ¿ cómo sondear este abismo que se traga todos los tiempos , y no presenta la menor orilla ? Sabe que Dios es soberanamente inmutable , no ha menester esfuerzo para reconocerle estos dos atributos ; pero, si quiere conciliarlos , se pierde en sus propios pensamientos.

Si de Dios pasamos al hombre , ¡ qué nuevo abismo de oscuridad ! El hombre nace infeliz é injusto. No pudo salir así de las manos de Dios , que es la bondad infinita , y la santidad por esencia ; es pues preciso que él mismo sea la causa de sus males. Pero , ¿ cómo

ó cuándo se hizo delincuente? Jamas la filosofía humana podrá resolver esta cuestion. Ve aquí otra: Dios sacó al universo de la nada, y siendo Dios es consiguiente que le gobierne con una justicia que iguale á su poder; ¿porqué pues tantos malvados gozan de la prosperidad, y tantos justos viven en la opresion? Tampoco el espíritu humano sabria por sí solo resolverla.

Y si en el órden físico y moral, ó, lo que es lo mismo, en el de la naturaleza y la razon, se encuentran á cada paso barreras de que es imposible salir, ¿qué mucho que en el órden sobrenatural de la revelacion se hallan verdades superiores á nuestra inteligencia? Sin duda debe haberlas; pero, desde que sabemos que son dogmas revelados por Dios, y que tienen testimonios, y el caracter que debe someter á los corazones derechos, y á los espíritus juiciosos, ¿cómo es posible dejar de respetarlas?

El incrédulo repite que no puede ser dogma revelado, ni venir de Dios, lo que es absurdo y contradictorio. Pero yo les pregunto, ¿si es tan cierto, si está tan probado que estos dogmas son contradictorios, como está probada la revelacion? y despues les vuelvo á preguntar, ¿cómo es posible demostrar ni aun percibir esta contradiccion? Porque para decir que hay contradiccion en un objeto es menester ver con claridad la incompatibilidad de los términos que la constituyen, tener ideas claras, seguras y completas de estos términos, y poder registrar con el espíritu la totalidad del objeto.

Siendo esto así, ¿quién puede pretender tener nociones tan claras y perfectas de cada uno y de todos los misterios, que pueda jactarse de conocer su fondo y todas sus relaciones? Los que se atreven pues á decir que las ideas que se incluyen en nuestros misterios son inconciliables y contradictorias, dicen lo que no saben, juzgan de lo que no entienden, y abusan de su razon con el pretesto de usar de ella.

Bosuet decia: Los incrédulos toman por guia á su razon; pero esta no les presenta mas que oscuridades y conjeturas. Los absurdos en que caen son mayores y mas estravagantes que no dicen ser las verdades que los asombran, y no pueden negar misterios incomprensibles sin despeñarse en innumerables errores. Despues de todo, ¿qué otra cosa es su triste incredulidad, que un error sin fin, una temeridad que todo lo arriesga, un atolondramiento voluntario, un orgullo que no puede sufrir el único remedio que le podria sanar, esto es la legítima autoridad?

El incrédulo no se cansa, y vuelve á decir que los misterios repugnan al buen sentido y á la razon; y no advierte que cuando mas pondera esta repugnancia, da mas armas contra sí; porque se le preguntará, ¿cómo, siendo tan repugnantes, tan increibles, han sido tan creidos, y lo son todavía? Dejemos aparte todos los argumentos; pero á lo menos no me podrá negar que estos misterios de que se burla, y que no quiere creer, han sido predicados á los Gentiles mas entendidos, y que estos los creyeron, pues que tantos millones se hicieron Cristianos.

Tampoco negará que estos misterios que le parecen tan increibles, han sido creidos, no en un rincon oscuro de la tierra, por pocos hombres ignorantes y groseros, sino en todas las partes del mundo, y por naciones ilustradas y cultas. Los apóstoles encargados de propagar el Evangelio le predicaron en todas partes. En el oriente y occidente, en el septentrion y mediodia publicaron la palabra del Señor. Los Gentiles entraban por tropas en el rebaño de Jesus; las ciudades, las provincias, los imperios adoptaban y creian estos misterios que parecian increibles; y no era el pueblo solo el que los creia, no los ignorantes y los bárbaros, sino los mayores ingenios, los hombres de mas erudicion, y los que pasaban por filósofos y sabios.

Para convencerse de esto basta abrir los libros de los padres antiguos; y, sin considerar á estos doctores mas que como sabios y filósofos, seria menester no tener gusto ni discernimiento para no admirar la estension de su doctrina, la penetracion de su ingenio, la elevacion de sus pensamientos, la fuerza de sus raciocinios, la hermosura y energía de sus espresiones, y hasta la gracia y la delicadeza de sus frases elocuentes, ingeniosas ó patéticas.

No eran ciertamente ni espíritus superticiosos, ni talentos frívolos, ni ingenios limitados, á quienes era fácil deslumbrarlos ó hacerles creer cualquiera cosa.

Añadid que estos misterios tan increibles no fueron creidos porque se apoyaban en opiniones agradables, ó en principios cómodos que favorecian al nacimiento, á la educacion, al interes; lejos de esto fueron creidos

á pesar de la severidad á que obligaban : durante muchos siglos los Cristianos, por la mayor parte, no se componian sino de los Gentiles nacidos en el paganismo, y educados en la idolatría. Para persuadirles nuestra religion era necesario destruir todas sus ideas, arrancar de su corazon todas sus aficiones, y sujetarlos á máximas severas. Si era difícil hacerles creer cosas increibles, abandonando sus antiguos dioses, sus ritos y su culto, no lo era menos obligarlos á observancias austeras; y no obstante todos los dias se multiplicaba prodigiosamente su número. Esto debia parecer al incrédulo mas increible; y es lo que ha sucedido : los Gentiles se convertian, los idólatras abandonaban sus errores, los falsos sacerdotes se enfurecian, disputaban, amenazaban, perseguian; pero el Evangelio se estableció sobre sus ruinas.

Y no olvideis que se adoptan con facilidad opiniones que acomodan á la naturaleza ó lisonjean el gusto; que se dejan correr con indiferencia máximas que no obligan á ejercicios penosos ó difíciles; pero cuando una religion nos dice que el hombre debe aborrecerse y reprimirse, que es menester resistir á los deseos mas naturales, abrazar su cruz, llevarla sobre sí cada dia, y revestirse de toda la mortificacion evangélica; esto no se cree ligeramente, esto no se practica con facilidad, y nadie se deja persuadir sino cuando no puede mas, cuando se ve precisado por pruebas tan evidentes que no le es posible resistir.

Pero lo que mas os debe admirar es que estos misterios han sido creidos con fe tan viva, tan firme

y eficaz, que los hombres, para practicar estas maximas austeras, y para defenderlas, lo sacrificaban todo, bienes, grandezas, placeres, salud, reposo y hasta la vida. ¡Qué combates sufrieron los Cristianos desde el nacimiento de la Iglesia! ¡cuánta sangre derramaron! Se les veia continuamente desterrados, proscriptos, encerrados en calabozos, compareciendo ante los jueces, entregados á los verdugos, y atormentados con los martirios mas atroces que podia inventar la barbarie. ¿Y porqué se dejaban atormentar tanto? ¿porqué sufrian tantos dolores, muertes tan horribles? Por sostener y defender estos mismos misterios que el incrédulo llama increibles.

En fin han sido creidos con fe tan constante, que, á pesar de todos los obstáculos, se creen despues de mil y ochocientos años, y, segun la promesa de Jesucristo, se creerán hasta la consumacion de los siglos. Todo el poder humano ha conspirado contra ellos: los halagos del mundo por un lado, y por el otro las demas pasiones combinadas con el orgullo de la filosofia los han combatido siempre. Pero, como las olas del irritado mar se rompen contra el peñasco que las resiste, así todos los esfuerzos de sus enemigos no los han podido desquiciar, y su fe, siempre inalterable, hoy cree y enseña lo mismo que creyó y enseñó desde su nacimiento.

Ahora me vuelvo yo al incrédulo, y le digo: Tú no me puedes negar que estos misterios han sido creidos en el mundo con uniformidad, fuerza y constancia en todas las naciones; que los han creido idó-

latras, bárbaros, salvages, filósofos y sabios, ricos y pobres, grandes y pequeños, en las cortes, en las ciudades y en los campos; esplícame pues, ¿porqué dices que son increibles? ó esplicame, ¿cómo han sido creidos con una notoriedad tan incontestable y evidente, y creidos con estas circunstancias? Es menester que me confieses que hay en esto un secreto que no entiendes. Esta es la verdad, y yo voy á descubrirte este secreto.

Sabe que un Agente superior á la naturaleza ha dirigido esta obra, que era suya; sabe que no cesa de dirigirla con los impulsos ocultos de su providencia; reconoce esta divina mano, póstrate y adorala; avergüénzate de tus burlas ridículas con que la ultrajas, y confiesa que cuanto mas abultas las ponderaciones de su incredulidad, tanto mas ensalzas su omnipotencia, pues ha podido superarlas.

Es pues verdad, señor, que Dios nos ha propuesto verdades incomprensibles y oscuras; pero no lo ha hecho sin grandes y sólidos motivos. La tierra es para los mortales un pasage rápido, un lugar de destierro; no es pues de estrañar que no gocen en ella del glorioso privilegio de ver la verdad sin velos de nubes, como la verán en el seno de la misma verdad. Ahora caminan por el desierto de este mundo como el pueblo de Israel, despues de su salida de Egipto, caminaba á la tierra prometida. La antorcha de la revelacion es la columna luminosa que dirige á los Hebreos; alumbra lo suficiente para dirigir sus pasos, para descubrirles los precipicios, para librarlos del engaño y

del error; pero alumbra todavía imperfectamente hasta que llegue el dia dichoso en que el sol de justicia, mostrándoles todos sus resplandores, los ilumine de lleno, y los haga eternamente felices.

Observad que esta claridad imperfecta, ó esta mezcla de luz y de oscuridad nos era necesaria en esta vida. El primer hombre quiso deberse á sí mismo su ciencia y su felicidad. Por esta doble presuncion mereció ser abandonado á la perversidad de su corazon, y al delirio de su entendimiento. Dios no obstante quiso por su misericordia perdonarle; pero quiso convertirle por medios proporcionados y capaces de humillar y corregir tanto su entendimiento como su corazon. Para este fin, como santidad inalterable le impuso el tributo de sus acciones y deseos, y como verdad suprema exige una sumision pura y entera á la verdad de su palabra. Con esta doble dependencia el hombre entero vuelve á entrar en el dominio de Dios; su entendimiento desengañado de sus errores ve la verdad, y su corazon curado de sus heridas se restablece en la virtud.

Porque la fe no solo reprime el orgullo, sino tambien impide sus estravíos, arregla, estiende y purifica las luces del hombre, le preserva del choque de una multitud de opiniones falsas que le agitan, le enseña el camino que debe seguir, y le conduce al puerto librándole hasta del miedo del naufragio. Este medio que Dios escogió para la reparacion del hombre es admirable. No le volvió la sublime inteligencia y sabiduría que perdió por el pecado; pero hizo con

él lo que hizo con el ciego de nacimiento, á quien poniendo lodo sobre los ojos parecia poner un obstáculo á su curacion, y no obstante le curó con el lodo.

Así ha curado al hombre, no dejándole ver mas que la afrenta de la cruz : este es el lodo que pone sobre nuestros ojos, la oscuridad de los misterios, y la claridad de sus virtudes. Nos obliga á llevarle sin vergüenza, y nos promete que si le lavamos con su sangre nos servirá de luz. En efecto la recompensa de la fe es descubrir tesoros de ciencia, de fuerza y de santidad en misterios que parecen obstáculo y locura, hallar ganancias infinitas en el sacrificio de la razon, y alcanzar á comprender que el que no cree es el que está en tinieblas.

Ya hemos dicho otra vez que la fe no escluye á la razon, ni la impide hacer uso de sus luces; que esto fuera calumniar á la religion y desconocerla; pues, lejos de temer la luz del dia, muestra á todos sus títulos, sus pruebas y sus documentos. Exhorta á todos los hombres á instruirse en sus anales, y á descubrir en ellos el evidente y augusto caracter de la revelacion que la autoriza. Ella dice á todos los que tienen inteligencia : examina, inquiere, averigua si es verdad que Dios nos ha hablado, si estos oráculos que la religion presenta han salido de sus divinos labios. Este es el objeto sometido á tu examen; pero, cuando una vez reconozcas este divino orígen, nuevo examen por lo menos es ya superfluo; la razon se le debe prohibir, porque debe conocer su insuficiencia;

y tiene á Dios por garante de lo que no puede comprender.

Así el Cristiano que usa de toda su razon para serlo, desde que lo es, no la consulta mas, ni la toma por juez cuando la religion habla. No entiende lo que cree, pero sabe con evidencia que lo debe creer. La sana razon fue la que le condujo á la revelacion, porque le convenció de su realidad y certidumbre, le tomó por la mano, le llevó al santuario; pero allí le entregó á la religion, y ella se retiró con admiracion y silencio. Al despedirse dijo al hombre: Escucha un maestro que sabe mas que yo, y no escuches mas que á él; si yo me voy y te dejo, es porque quedas en mejores manos. Era necesario que yo te acompañase para inquirir si Dios ha declarado estos misterios, porque yo no debo creer sino en él, ni fiarme sino en su verdad; pero pues ya estas cierto, ya no me has menester, ni te queda otra cosa sino creer y adorar.

De este modo la razon iluminada por la fe no solo se somete á los misterios de la religion, sino que descubre en ellos manantiales inagotables de luz, y motivos sin fin de gratitud y de consuelo. Por ejemplo, ¡qué riquezas, qué maravillas no la presenta el solo misterio de la encarnacion! Permitidme que en su consideracion os haga algunas ligeras reflexiones.

Era consiguiente que pues Dios crió al hombre á su imágen y semejanza, quisiese tambien servirle de modelo; pero Dios era invisible, y el hombre despues del pecado nó tenia ojos mas que para los bienes de

la tierra. Era pues necesario que Dios se hiciese visible al hombre, porque de otro modo no parecia posible esplicarle su voluntad, ni hacerle ver el dechado á que debia conformarse; porque la maldicion pronunciada contra el hombre en castigo de su desobediencia era un obstáculo insuperable. La magestad divina tan infinitamente distante de los hombres por la elevacion de su naturaleza, lo estaba mas por la severidad de su justicia. Este doble motivo de grandeza y de cólera producia en el hombre dos terrores: el uno nacia del esplendor de tan alta magestad comparado con el sentimiento de su bajeza, y el segundo de su inviolable santidad comparada con nuestra injusticia.

El hombre estaba pues perdido, si las cosas quedaban en este estado, ni siquiera podia imaginar el remedio; Dios solo le encontró, y Dios solo le podia encontrar. ¿De que reconocimiento no debe penetrarnos un Dios de amor, que con su encarnacion nos sacó de este abismo, y nos ha restituido á nuestro primer estado? Con el velo de nuestra carne cubre una magestad que nos asombra, y desarma una cólera que nos aterra; concilia los derechos del Criador con los intereses de la criatura; rinde á Dios lo que se le debe; merece para los hombres lo que les falta; y, juntando en su persona dos estremos tan distantes como la naturaleza divina con la humana, forma, si es permitido decirlo, como un punto de contacto y comunicacion en el inmenso abismo que las separa: Dios se nos acerca, pues se hace hombre; y Dios se

nos aplaca, pues se une con los hombres con la mas estrecha de las alianzas.

Pero no es esto todo; la bondad divina hizo mas que unirse con el hombre: tanto se compadeció de su flaqueza, que quiso ser su fuerza. Antes de su encarnacion era luz de todas las inteligencias. Pero aunque esta luz descubriese á los hombres cuanto conocian, no la conocian á ella misma; todo lo veian por ella, pero á ella no la veian. ¿Qué hizo pues? Se les puso delante; y como sus ojos débiles no hubieran podido sostener su resplandor, se proporcionó á su flaqueza, se revistió de nuestra carne, y se encubrió con este velo. Entonces pudo excitar nuestra admiracion con sus instrucciones y milagros, nuestra gratitud con sus beneficios y promesas. Nos acostumbró á verle y amarle, y cuando dejó de ser visible se retiró á nuestros corazones; su amorosa industria inventó el medio de hacerse allí un santuario, nos advirtió que habitaria en él, que le buscásemos allí, y que le escuchemos como al único maestro que merece nuestra confianza.

Así se ve que Dios ha seguido en la reparacion del mundo moral el mismo plan que formó para la creacion del múndo físico. Despues del pecado el espíritu del hombre estaba lleno de tinieblas, su corazon dominado por las pasiones, toda correspondencia con su Criador éstaba rota, vivia olvidado de Dios, y no obstante vivia tranquilo. Habia perdido su gracia y los derechos á la celeste herencia, y esta pérdida no le afligia. No solo se le habian hecho im-

portunas las obligaciones que le impuso el Autor de su ser, sino que habia casi perdido la memoria. Así los hombres, por la mayor parte, eran para Dios seres mudos y sordos, y el mundo espiritual era un vasto cementerio, en que reinaba el pavoroso silencio de la muerte. ¡Qué horrible situacion!

Para que cesase tan injusto desórden, para que los hombres recobraran su felicidad perdida, y se restableciera en el órden moral la armonía que hace toda su hermosura, era menester un mediador omnipotente, un mediador que tuviese la naturaleza de Dios para merecer infinitamente, y la nuestra para merecer por nosotros; que pudiese amar á Dios tanto como es digno de serlo, y que nos pudiera elevar para dar con él y por él á nuestro Criador un culto y una adoracion que fuese digna de su inmensa grandeza; y todo esto lo hizo su bondad divina. ¡Qué don! ¡qué dignacion! ¡qué misterio tan augusto y sublime! ¡con cuánta ventaja se ha restablecido la armonía que destruyó el pecado! El hombre levanta su corazon para amar y glorificar á su Criador; pero, ¿qué puede hacer por sí solo? ¿cómo una criatura débil puede presentarle un obsequio digno de su magestad? ¿cómo su corazon terreno puede elevarse á tanta altura? Pero, un mediador hombre como él, é igual á Dios, le presta el suyo, y con él vuela hasta el trono inaccesible de su luz.

Al incrédulo soberbio le parece que el estado de bajeza á que el Hijo de Dios se reduce en su encarnacion no es digno de la suprema magestad. No

quiere acabar de conocer que las ideas de su orgullo no son la regla de la conducta divina : un poco de reflexion le debiera hacer ver que eso mismo que su falsa ciencia le persuade ser bajo y poco digno de Dios en este misterio, nos era útil y necesario, y que desde que nos era necesario y útil, era digno de Dios, porque nada es mas digno á sus ojos que hacer bien á sus criaturas. Era menester, para sacarnos del abismo en que nos habíamos precipitado, que Jesucristo bajase mas abajo que nosotros mismos, y que se redujese á una vida mas pobre, mas laboriosa y mas espuesta á todas las miserias que lo es de ordinario la vida de los hombres.

Era menester un objeto de tanta fuerza, para despertar su atencion; para que se asombrasen de ver que la Divinidad descendia por su amor hasta este estremo; para que pasaran del asombro á la confianza, y se atrevieran á descansar en su bondad; para que conociesen que hasta allí se habian fatigado inútilmente con el deseo de ser felices; y en fin para que Dios, que en realidad no se puede abatir, levantase al hombre de la tierra, y le sostuviese con su propia virtud. Así los abatimientos de Jesucristo, lejos de hacer titubear nuestra fe, la fortalecen; porque sabe que no los produjo la necesidad, sino la eleccion; que no fueron flaqueza, sino misericordia; no debilidad, sino condescendencia; pues que sin dejar de ser grande nos elevaba, sin empobrecerse nos enriquecia, sin perder su propio ser nos comunicaba

caba á nosotros el suyo, y en fin nos mostraba su amor conservando su grandeza y su poder.

Observad tambien, señor, cuán propio es este misterio para descubrirnos los atributos divinos, y cómo estos resplandecen mas cuando se considera su término, que fue el sacrificio que Jesucristo ofreció en el Calvario por los hombres. Ved á Jesucristo sobre la cruz, y allí veréis su magestad y su fuerza. En ella está como dueño de la vida y de la muerte, como árbitro soberano que abre el cielo á los que le reconocen, y deja á los incrédulos en su obstinada impenitencia. La cruz le sirve de tribunal, y en ella decide los destinos eternos de los hombres. Un dia toda la tierra se verá forzada á comparecer en su presencia.

La cruz es un altar en que el pontífice de la nueva alianza consume su propio sacrificio con caridad infinita, y soberana libertad. Sus verdugos son los que ejecutan esta obra de su misericordia; y, abandonándose ellos á su inicuo ministerio, con aquel delito completan sus designios, y el mismo Jesucristo acaba nuestra redencion. La cruz es una cátedra en que se presenta al universo como su legislador supremo, confirmando con su ejemplo lo que nos quiso enseñar en su mision augusta; es un trono en que está elevado, y aunque una ignominia pasagera esconde su magestad, desde allí descubre toda la estension de su virtud y de su imperio.

Habia predicho que cuando seria puesto en la cruz, todo lo atraeria á sí; y ya todo lo atrae; ya ve á

los reyes humillados, y á las naciones puestas á sus pies. Estiende una de sus manos al oriente y otra al occidente para recoger sus escogidos, que estan en diversos lugares, y son de diferentes siglos. Hace titubear, como Sanson, á la ignorancia y á la impiedad, que son las dos columnas del templo en que el demonio se hacia adorar; y cuando con su soberano poder alumbra, persuade y atrae á los que su Padre le envia, rompe, vence y destroza todo lo que se opone á su reino, todo lo que resiste á su victoria.

Pero lo que en este misterio debe interesarnos mas son los evidentes testimonios de su infinita bondad, y del amor incomprensible que tiene á sus criaturas. ¿Cómo es posible no enternecerse hasta lo mas íntimo del alma, viendo que el Hijo único de Dios desciende en medio de nosotros, se une con nuestra naturaleza degradada, se asocia á la familia humana tan despreciable y desgraciada, se hace el primogénito y el mas perseguido de los hombres, toma sobre sí las humillaciones y castigos que habíamos merecido, se alimenta de los frutos amargos que produce la tierra ingrata, habita en un suelo maldito, y recoge para sí todos los horrores de la ignominia, del dolor y de la muerte para procurarnos á tanta costa suya la inocencia, la paz y la inmortalidad de su gloria?

¿Y por quién hace tan grandes y tan inauditos sacrificios? Por nosotros que éramos sus enemigos, y que no estábamos pesarosos de serlo; por nosotros que á tantos delitos de la flaqueza añadimos otros mayores de incredulidad, de obstinacion y protervia. Una

sentencia que parecia irrevocable habia ya pronunciado nuestra condenacion. Dios se la debia á su justicia; pero entonces habló por nosotros su misericordia, y entonces fue cuando este Padre piadoso nos sacrifica á su Hijo único, eterno objeto de su amor, y entonces fue cuando este Hijo divino consiente gustoso en morir por nosotros.

Este prodigio de bondad en favor de pecadores tan injustos como ingratos será eternamente un abismo á que jamas alcanzarán las celestes inteligencias, y todas se postrarán temblando en la presencia del Altísimo sin poderle medir ni comprender. ¿Cómo le alcanzarán pues las inteligencias humanas? Pero, por lo mismo que está tan arriba de sus pensamientos, es mas digno de Dios, y nosotros mas inescusables de querer hallar en la inmensidad del beneficio un pretesto á nuestra ingratitud.

Así es como la inmensa bondad de Dios derramó de lleno sus riquezas para la reparacion del hombre, sin que su santidad y su justicia perdiesen ninguno de sus derechos. Desde que la maldicion fue pronunciada contra Adan y su posteridad, Dios no se podia aplacar sin una satisfaccion correspondiente, y sin que el hombre hiciera penitencia. Pero, ¿qué penitencia podia hacer el hombre, si Dios no se la inspiraba con su gracia? ¿y cómo podia inspirársela miéntras era objeto de su cólera por la vista de su iniquidad? ¿Cómo podia su justicia dispensarle tan alto beneficio, sin que estuviese reconciliado? ¿y cómo reconciliarle sin que estuviese su justicia satis-

fecha? El órden que quedó trastornado por el pecado no podia restablecerse sino por el castigo del delincuente, y la magestad de Dios ofendida exigia la pena de la culpa. Jesucristo cortó todas estas dificultades; se revistió de la naturaleza humana, para que la justicia divina se satisfaciese en ella; se sometió á la maldicion, y sometiéndose la destruyó.

De este modo todos los intereses se acomodaron. La justa indignacion de Dios quedó vencida y desarmada por una satisfaccion que igualaba y aun excedia la malicia de la ofensa. Su magestad suprema fue mas glorificada con la muerte y obediencia de su Hijo, que pudo ser ultrajada con la dosobediencia del esclavo rebelde; y en fin los méritos del Hombre Dios, destruyendo el pecado, aplacaron la justicia cuya severidad amenazaba al pecador, y excitaron en su favor las dulzuras de la misericordia.

Me he detenido, señor, en este misterio para haceros ver que no obstante que es incomprensible, contiene en sí para nosotros grandes instrucciones, dulces consuelos, y admirables ejemplos. ¡Qué grande es Dios, pues solo las humillaciones del Hombre Dios podian ser satisfaccion proporcionada á su grandeza! ¡qué santo es Dios, pues era menester la sangre de un Hombre divino para que le fuese la víctima agradable! ¡qué justo, qué terrible es Dios, pues sola la muerte de un Hombre Dios le podia aplacar! ¡qué horrible es el pecado, pues para borrarle y perdonarle ha sido necesario tal pontífice, tal sacrificio, tal hostia!

De la misma manera todos los demas misterios nos son útiles; y aunque el hombre no los comprenda en esta vida, no hay ninguno que no tenga su utilidad particular. Todos sirven de basa á la religion, á su doctrina sublime, y á su moral pura. No se citará una verdad útil que no la haya enseñado en ellos Jesucristo, desenvolviéndola en toda su estension y plenitud. Ese divino maestro es el único que ha dado al hombre una idea justa y digna de su Dios; es el único que le ha hecho conocer su Criador, este Criador que habia abandonado para sustituirle divinidades engañosas. ¿Qué otro legislador ha esplicado con tanta grandeza y dignidad la naturaleza de este Dios escondido? ¿quién nos ha descubierto con tanta claridad sus perfecciones, sus designios, y, sobre todo, los juicios que hace de las acciones de los hombres?

Escuchad lo que os han dicho de este Dios los legisladores mas ilustres, los filósofos mas sábios. Sus limitadas concepciones no podian figurar mas que dioses conformes á sus pequeñas ideas. Por mas que se esforzaban á volar con su débil espíritu, no podian levantarse mas arriba de su corta esfera; se perdian en los espacios que querian correr, y su imaginacion confundida y estraviada volvia á caer en el vacío de su pequeñez, ó producia abortos monstruosos de su delirio, y poco dignos de la suprema magestad. Los unos le hacian indolente; los otros le multiplicaban, y hacian dioses que se les parecian á ellos; pues les daban las mismas pasiones que ellos tenian, y hacian

consistir su felicidad en placeres groseros que no los hacian felices á ellos mismos.

¡Qué diferencia de esto al Dios que nos enseña Jesucristo! Era menester ser Dios para conocerle tan bien, y poderlo esplicar con tanta grandeza y propiedad. Así fué el primero que pudo dar á los hombres ideas tan altas y sublimes de su naturaleza. Este Dios *es el que es*, el que existe por sí mismo, el ser por esencia, la plenitud y el principio del ser. Es único y solo, porque, siendo el que es por su propia naturaleza, es necesariamente indivisible, no puede tener compañero; es el señor de todo, porque todo lo ha criado; es inmenso, infinito, y está presente en todo, porque, todo lo llena con su gloria, porque todo lo sostiene con su poder, porque todo lo dirige con su sabiduría, y todo lo dispone con su providencia.

Desde el centro de su inaccesible eternidad, en que era para sí mismo reposo, felicidad y tromo, desenrolló toda la serie de los siglos, ordenó las generaciones futuras, señaló á cada criatura, aun antes de sacarla de la nada, el espacio que debia ocupar en el universo, y la destinó las funciones de su ministerio. Es la luz universal que ilumina las inteligencias de todos los lugares; es un testigo secreto pero vigilante que penetra los rincones mas ocultos del corazon, y hasta el pliegue mas recóndito de la conciencia; es la verdad inflexible, la regla inmutable de nuestros pensamientos, juicios y acciones; pero regla viva, que muestra al hombre obligaciones que le confunden cuando las viola, ó le consuelan cuando las desempeña.

Es santidad por esencia : condena todo lo que no es justo y arreglado ; se ofende de lo que nos mancha y envilece. Es la justicia soberana ; y si sufre que por un tiempo el pecador viole su ley, oprima á la virtud ó persiga á la inocencia, no es por insensibilidad ni por flaqueza, pues despues que deja triunfar pocos momentos á los malos, destruye su falsa alegría, y los hace tan infelices como fueron culpados. Pero los castiga como por fuerza, y por la necesidad de su justicia, pues es por sí mismo bondad infinita. Nos ama como sus hijos, y miéntras nos dura la vida, nos aguarda y excita al arrepentimiento y penitencia. Es el último fin, y el soberano bien ; de su excelso trono sale un rio de paz y de gloria ; su felicidad será la nuestra, si la deseamos y la merecemos, si le servimos sin buscar mas aprobacion que la suya, y si con ella nos consolamos del desprecio y la censura de los hombres.

Ve aquí el Dios que nos ha descubierto Jesucristo, el Dios que nos hace adorar, Dios que los hombres no habian conocido, y que él solo nos ha manifestado. Pero, ¿cómo podian conocerle, si no se conocian ellos mismos? Antes de su venida ignoraban su propio orígen, su naturaleza y su fin ; cuando perdieron la gracia no perdieron el deseo de su felicidad, pero confundieron todas sus ideas, y no les quedó ninguna para discernir los bienes verdaderos de los falsos. Toda la esfera de su ambicion estaba confinada en esta breve vida, sin desear ni considerar que habia otra que debia ser eterna.

Jesucristo fue el que les descorrió el velo que habia puesto sobre sus ojos el pecado. Les enseñó que su orígen es celestial, que fueron hechos á la imagen de Dios, y que le son semejantes; les hizo ver la excelencia de su naturaleza, les descubrió los estravíos á que los sentidos los arrastran, les hizo examinar su propio corazon, para que sintieran que nada les puede satisfacer mas que la suprema verdad cuando la vean claramente y sin velo, los instruyó de la grandeza y santidad de su destino, y en fin les hizo ver que fueron criados para ser eternos, que son mas grandes que cuanto debe acabar, y que no pueden sin vileza sujetarse ni depender sino de tan soberano Criador.

No fue para excitar su orgullo el descubrir Jesucristo á los hombres tanta gloria, pues al mismo tiempo que les manifestó su noble orígen, y sus excelsas esperanzas, no les dejó ignorar ni el peligro de sus males ni la profundidad de sus miserias; y para convencerlos les declara que todos son culpados, todos enemigos de Dios, incapaces de recobrar su gracia con solos sus esfuerzos; que sin su luz quedarian en tinieblas eternas; que sin su sacrificio serian condenados á la muerte del alma; que la verdadera vida consiste en conocerle y conocer á su padre que le ha enviado; que el principio de la vida, que debe ser eternamente feliz, depende de la fe en sus merecimientos; que toda religion que no le adora es supersticiosa y vana, y que toda filosofía que sin su nombre promete reformarlos y hacerlos felices, es impiedad y delirio.

En fin Jesucristo ha sido el único que ha dado ideas justas de los bienes y los males verdaderos. El divino legislador elevó las almas inmortales á pensamientos dignos de ellas. Puso por fundamento de su religion una vida futura, en ella una gloria sin fin ó una desgracia eterna; nos descubrió en un rasgo los males de que es preciso huir, y los bienes que debemos buscar; nos persuadió que la virtud no es nombre vano, y que tiene derecho para aspirar á dichas inmortales; que debe ser preferida á todo, aunque alguna vez en la tierra se vea oprimida y desdichada; que la volundad de Dios es la suprema ley; que el hombre le debe una obediencia sin reserva, y que no puede sostenerse ni ser feliz sino por ella; que todo lo que existe en el mundo huye y se desaparece como el humo; que solo las acciones morales tienen una existencia que dura mas allá de los tiempos, y que el que no las ha conformado á la divina ley no puede hallar en la eternidad mas que dolores que no acaban, é ignominías que no cesan.

No solo Jesucristo nos ha declarado sin oscuridad estas verdades espantosas, sino que las anunció con tal autoridad, á pesar del terror que inspiran, y de la repugnancia con que debia oirlas una naturaleza flaca y corrompida, que logró millones de victorias, y desde su tiempo á nuestros dias ha continuado sus conquistas, perpetuando en innumerables corazones el efecto de su persuasion. Él supo superar en ellos todos los obstáculos del mundo y de la carne, sometió todas las resistencias, disolvió todos los argumentos,

disipó todas las dudas, sosegó todas las agitaciones, y puso fin á todas las solicitudes. Jesucristo nos propuso tan poderosos motivos, y nos los hizo tan sensibles, que consiguió convencer el entendimiento, y tambien calmar al corazon; pues el ejercicio de sus maximas le hace esperimentar aquella dulce paz que solo puede darle la posesion de la verdad.

De estos principios ha nacido la hermosura de la moral cristiana, moral cuya pureza y elevacion jamas los hombres habian podido conocer, moral digna de Dios, y la única que los hombres han visto proporcionada á su flaqueza, y que es remedio entero de sus necesidades. Echad los ojos.... Pero, señor, veo que me iba á echar al mar con imprudencia. Este es asunto vasto; pide tiempo, y ya es tarde. Por otra parte veo que abuso de vuestra paciencia. Si sois tan bueno que todavía no estais cansado de mi importunidad, mañana podré tratarle con vuestra licencia. Verdaderamente, Teodoro, que yo no podia mas; te confieso que ya no me cabian tantas ideas en la cabeza, y como que me sentí aliviado de que él mismo se interrumpiese. Le dí gracias, y se fué citándonos para el otro dia.

Pero, ¡cómo quedé, Teodoro mio! Estaba como un hombre que, habiendo pasado muchos años á oscuras, se le diera de repente luz, y se le presentaran con ella en perspectiva grandes y bellos objetos que nunca hubiera visto, templos magníficos, fortalezas formidables, jardines deliciosos, palacios suntuosos en que brillara la pompa mas lúcida: él creyera

ver todo esto ; no pudiera dudarlo, pues los tiene delante de sus ojos, y fija en ellos la vista : con todo aturdido de la novedad no se determina á tenerlos por ciertos, teme que no sean vapores, apariencias ó fantasías de un sueño, y que él mismo se seduce ; recela que una ilusion mágica le engañe, y esta inquietud de espíritu le atormenta mas de lo que le recrea tan deliciosa vista.

Este era el efecto que producian en mí los discursos del padre. Me mostraba cosas grandes, magníficas y nuevas para mí, que sorprendian mi imaginacion, y la llenaban de asombro. Yo me espantaba de hallar tanto que yo no sabia, y que me hacia parecer muy pequeño á mis propios ojos ; pero todo esto lejos de consolarme me inquietaba, porque solo veia verdades que me inspiraban terror cuando volvia los ojos sobre mí.

Ya empezaba á divisar este plan prometido, ya traslucia alguna cosa del órden admirable, de la armonía y arreglado concierto que me estaba anunciado. Las profecías me parecian tan difíciles de prever en su orígen, como fáciles de entender con los sucesos. Yo le escuchaba razones sin réplica, reflexiones llenas de evidencia ; buscaba donde podia estar el error ó el engaño, y no encontraba mas que razon y solidez. El designio de Jesucristo me pareció vasto, su intento de reformar los hombres le tenia por divino, su logro me llenó de asombro. Sentí todas las dificultades, admiré los medios, y despues de esto decia entre mí : sus predicciones son tan

justas, sus milagros parecen tan probados, que casi es imposible no confesar que es Dios; pues solo Dios es capaz de todo esto.

Pero, ¿es posible que sea verdad?... ¿Cómo es posible que no le sea, si tantos testigos?... ¡Ah, Teodoro! ¡qué hubiera dado por tenerte allí, y á todos nuestros amigos! ¡qué hubiera dado porque hubieras oido lo que yo, para ver lo que podias decir! ¡qué hubiera dado para que el intrépido Roberto, que con su Voltaire que sabe de memoria, es tan inexorable en sus violentos sarcasmos contra la religion, hubiera escuchado á este buen padre, que parece tan sencillo y modesto! Apuesto á que le hubiera hecho bajar el tono, y que hubiera perdido su insolencia. En fin yo no sabia como desenredarme del embarazo en que me habia metido. Empezaba á temer acabar por ser víctima de su persuasion, y hacia cuanto podia para armarme contra tantos prestigios. En la que seguirá á esta te contaré lo que me dijo sobre la moral del Evangelio. A Dios, amigo.

CARTA XIV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

APENAS, Teodoro mio, al otro dia vino el padre, cuando yo le presenté mi estracto concebido así :

El padre ha probado hoy la verdad de la religion cristiana por los dones milagrosos que hizo Jesucristo á su Iglesia primitiva, y la verdad de estos dones por el testimonio de los apóstoles y de los escritores de aquel tiempo, por la rápida multitud de conversiones que produjeron, y por el testimonio constante de la no interrumpida tradicion.

Ha esplicado el designio de Jesucristo cuando fundó su religion, que era iluminar y reformar á los hombres, persuadir á los Judíos que su culto era ya insuficiente, y elevarlos á otro mas espiritual; despertar á los Gentiles de su letargo, echar por tierra sus templos, desterrar sus ídolos, llamar á la fe cristiana los idólatras, y transformar hombres groseros y sumergidos en la carne y la sangre en hombres espirituales, castos, desinteresados y santos; enseñarles verdades duras, pero útiles y necesarias, sobre todo que nacieron pecadores y enemigos de Dios, que no pueden con solos sus esfuerzos salir de tanta miseria, que necesitan de un mediador, que este mediador es Jesucristo, y que deben reconocerle y adorarle;

Que una empresa tan inmensa y difícil, que ningun

hombre podia imaginar, fué ejecutada por Jesucristo, y con medios tan débiles, y aun tan contrarios, que mas debian parecer obstáculos; pues para consumarla escogió pocos hombres, y estos pobres, ignorantes y sin autoridad;

Que lejos de animar su zelo con la promesa de ventajas temporales, no les dejó ver otra perspectiva que la de tormentos, aflicciones y muerte;

Que á pesar de todo esto unos instrumentos tan débiles perfeccionaron una empresa tan ardua;

Que las predicciones de Jesucristo, que entonces parecian tan inverosímiles, se verificaron á la letra con la mas exacta precision;

Que la que hizo de la ruina de Jerusalen se cumplió literalmente, y la vieron cumplir muchos de los que la oyeron;

Que sea que se examine la religion cristiana en sí misma, en sus obstáculos, en sus medios ó en sus efectos, es indispensable concluir que no puede ser mas que obra de Dios;

Que los incrédulos son injustos, cuando baldonan á la religion que propone misterios incomprensibles; porque Dios puede mandarnos creer lo que quiera, aunque nuestra razon no lo comprenda; porque en el órden de la naturaleza y en el de la razon, ó en el órden físico y moral, hay tambien arcanos que no podemos comprender, sin ser por esto menos ciertos, pues que son palpables;

Que los misterios de la fe no son contrarios á la razon, sino superiores;

Que Dios por su bondad y su sabiduría, y tambien por su justicia, debia proponer á nuestra fe misterios incomprensibles; porque la sumision que Dios exige no solo es justa, sino que tambien nos es útil, porque la razon bien dirigida es la que nos conduce á su creencia, porque en ellos resplandecen los atributos divinos; y para dar un ejemplo ha desenvuelto el padre esta idea en el misterio de la encarnacion, y en el sacrificio de la muerte de Jesucristo; y porque en fin toda su doctrina está fundada en estos misterios, y que de ella nacen la hermosura y la elevacion de la moral cristiana. Iba á hablar de esto, pero se interrumpió reservándolo para hoy.

Es verdad, dijo el padre, hoy debo hablaros de la moral cristiana. Y desde luego os aseguro que si me ha sido fácil manifestaros que cuanto la religion nos manda creer viene de Dios, y es digno de su grandeza, me lo será igualmente probaros que todo lo que nos manda practicar no lo es menos, ni menos saludable y proporcionado á lo que el hombre necesita. Jesucristo dió en un solo discurso, en el primero que hizo, y que se llama el de la montaña ó de las bienaventuranzas, mayores y mas útiles lecciones que las que pudo dar la razon humana en mas de cuarenta siglos. ¡Qué sublimidad de pensamientos unida á la simplicidad de las palabras! ¡cuántas virtudes nuevas que el mundo no conocia! ¡qué ideas tan contrarias á las que los hombres respetaban!

La moral del mundo era un edificio sin cimiento; todo era vacilante, incoherente y arbitrario: moral

sin autoridad, pues sus predicadores no presentaban títulos que les diesen derecho para imponer leyes: moral sin fundamento ni motivos, pues no prometia nada para despues de esta vida, ó sus promesas eran tan vagas, tan inciertas y oscuras, que no alcanzaban á contrastar el impulso de las pasiones: moral sin fuerza, que se contentaba con ostentar maximas fastuosas al oido, pero que no podian entrar en el alma en donde estaba el daño, pues la filosofia no penetra hasta allí ni con su vista ni con sus remedios: moral falsa, pues que no arregla mas que el esterior, dejando el corazon en su corrupcion y su malicia; y en fin moral sin utilidad, pues no podia glorificar como se debe al Ser supremo, á causa de que no le reconocia ni por principio, ni por regla, ni por último fin.

Tampoco era capaz de santificar al hombre, y conducirle á una felicidad eterna; pues le dejaba ignorar su primitiva grandeza, su posterior degradacion, y no le presentaba medio alguno para restablecerse en su inocencia. ¡Qué diferente es la moral del evangelio! Ella nos declara nuestras obligaciones, esplica los fundamentos, propone los motivos, arregla la estension, y nos estimula con los castigos ó las recompensas.

Lo primero que nos prescribe es adorar al soberano Autor de nuestro ser, concebir de sus divinos atributos la idea mas alta que puedan alcanzar nuestros esfuerzos, suponer siempre que es perfecto en todo y la regla de la perfeccion, verle con el respeto mas ilimitado,

ilímitado, amarle con el amor de la preferencia mas universal, con un amor tal que dirijamos á su gloria cuanto recibimos de su bondad, con un amor que llene toda la esfera de nuestro corazon, que purifique sus deseos, que santifique sus inclinaciones, y ennoblezca sus esperanzas.

Léanse los libros mas alabados de la antigua gentilidad, y no se encontrará en ellos nada que sea comparable á estas dos palabras del evangelio (1): *Amarás á tu Dios con todo tu corazon, y á tu prójimo como á tí mismo.* Ningun filósofo, ningun mortal que no tenga mas luz que la de la razon, en fin ninguna religion, sino la verdadera, ha dicho que era menester amar á Dios. Y este sentimiento tan dulce y tan legítimo, este deber tan indispensable y tan justo, que hasta el corazon mas bárbaro le esperimenta, cuando no le endurecen sus pasiones, hubiera sido olvidado sin el aviso de nuestra religion.

Ya hemos visto, señor, que porque Dios es la suma verdad, debemos creer cuanto nos dice, y esperar cuanto nos promete; que por esto la religion de Jesucristo exige de nosotros una fe pura, que no mezcle con la palabra divina ninguno de nuestros pensamientos; una fe humilde y sin curiosidad, una fe viva que se anime con el amor, y nos una de corazon con la verdad eterna. Pues del mismo modo la religion nos manda tener una esperanza firme y generosa, que transporte nuestro corazon al lugar en

(1) *Luc*, x, 27.

que habitan los bienes verdaderos; una esperanza que nos inspire tanta alegría, elevacion y nobleza, que despreciemos cuanto se acaba con el tiempo, y que, como una áncora inmoble, fije nuestra alma, y la mantenga firme entre las tempestades de esta vida.

Del mismo modo, porque Dios es la suprema justicia, y porque nos ha dicho que prepara grandes castigos á los que desprecian sus amenazas y abusan de su paciencia, debemos temblar de la severidad de sus juicios. El nombre de Dios es infinitamente excelso y adorable; no debemos pues pronunciarle sino con profunda reverencia, y con temblor religioso.

Nuestras necesidades son infinitas; el corazon humano siente en sí mismo un vacío inmenso: debe pues recurrir á la bondad de Dios, que solo le puede llenar; debe buscar en este inagotable manantial de amor y de beneficencia los socorros que necesita, para conocer y cumplir con sus obligaciones, para curar sus profundas llagas, para sostener su flaqueza, y marchar con pasos seguros en el camino de la vida eterna. Pero, como el cielo no le debe nada, ni él merece obtener nada por sí mismo, es preciso que implore y haga sus ruegos en nombre de Jesucristo, por cuyos méritos puede obtenerlo todo; es preciso que pida con una íntima persuasion de que solo por su divino mediador puede acercarse al padre, y que nada es agradable á Dios sino lo que va santificado con su oblacion divina. Y una consecuencia natural de estos principios es que cuando ha obtenido los bienes que ha implorado, debe usar de ellos san-

tificándolos tambien con una verdadera humildad y gratitud.

La voluntad de Dios es la suprema ley, y, siendo de Dios, es necesariamente justa y buena. Nada sucede en el mundo que no lo sea por su causa; pues solo puede acaecer lo que el mismo Señor ordena, ó lo que permite. Este principio basta para que en todos los sucesos la voluntad propia, que es naturalmente inquieta, orgullosa y enemiga de la dependencia, someta sus caprichos á la fuerza de su reflexion; y esto debe bastar para suprimir toda impaciencia é inquietud: la queja ó la desconfianza serian infidelidad.

En fin pues que Dios es el soberano bien y el último fin, debe ser tambien el objeto y el término de nuestros deseos. Debemos pues trabajar sin descanso en purificar nuestra alma de las aficiones injustas y carnales, para establecer en ella el reino perfecto de la justicia; porque, para poder llegar á la patria de las dichas, en que solo reina la caridad, en que podemos ser felices, es preciso que aunque seamos tan incapaces de imitar bien la soberana perfeccion de Dios, ella sea nuestro único modelo. Ve aquí las promesas y reglas mas esenciales de la moral cristiana, reglas que la razon sola hubiera podido conocer á no estar tan corrompida; y es claro que la religion que las propone como la parte principal de su moral, debe ser la verdadera religion.

Pero no basta que instruya al hombre de lo que debe á su Dios, tambien debe enseñarle lo que se debe á sí mismo; y, para enterarle de esta deuda, era

indispensable hacerle conocer al mismo tiempo su caida deplorable, y lo que le queda de su primera elevacion; era menester mostrarle la causa de este confuso y desordenado tropel de sentimientos opuestos que agitan sin cesar su corazon; porque, si era peligroso mostrarle su dignidad sin instruirle de su degradacion, era muy útil hacerle conocer lo uno juntamente con lo otro, para que formase ideas justas de las contrariedades con que batalla, á fin de que, descubriendo su principio, aprendiese el modo de conciliarlas.

Pero, ¿quién podia darle vista tan perspicaz que pudiese penetrar en tanta oscuridad? No es ciertamente la filosofía humana, pues esta jamas ha podido conocer el punto principal de que depende la buena conducta de los hombres, y por este defecto todas sus lecciones son á lo menos defectuosas. Los filósofos que han querido ser guias de los otros, siempre los han descaminado; porque, ó lisonjeaban su orgullo que era conveniente abatir, ó aumentaban su desaliento que era menester animar: los unos les inspiraban los sentimientos de mucha grandeza, y no era este su estado; los otros los degradaban hasta reducirlos á materia, tampoco era esta su constitucion: ninguno acertó á descubrir que su caracter no es justo por sí mismo, pero que puede serlo con la gracia; ninguno supo hacerle humilde, y al mismo tiempo inspirarle confianza.

Jesucristo, y Jesucristo solo llenó con perfeccion este importante ministerio. Abate al hombre mucho mas de lo que puede hacer la razon; pero no le de-

sespera. Le eleva mas de lo que puede hacer su propio orgullo, pero ni le deslumbra ni le ensoberbece. No le quita los bienes que le han quedado, pero tampoco le disimula la profunda miseria en que ha caìdo. En su escuela el hombre se humilla á proporcion de lo que espera, y cuanto mas aprende á desconfiarse de sí mismo, tanto mas se aumenta su confianza. Le enseña á unirse con su Redentor, que le puede procurar una suerte mas feliz que la que ha perdido. Y cuando por una parte considera lo que la eterna bondad le dió en su primer orígen, y por otra lo que la bondad encarnada le restituye en esta nueva regeneracion, se consuela, con la esperanza del recobro que se le ofrece, mas de lo que puede afligirse de la degradacion antigua en que nace.

Ve aquí, señor, el título esencial de nuestra dignidad y de nuestra gloria, y este es tambien el fundamento necesario de nuestras obligaciones. Nosotros no somos ya nuestros, porque hemos sido rescatados. Jesucristo nos compró con el precio de su sangre, nos dió un nuevo ser; es nuestro único recurso, nuestra sola esperanza. Y pues en él estan todos nuestros bienes, pues no hay justificacion sino por sus méritos, salvacion sino por su nombre, reconciliacion sino por su sangre, ni vida sino por su intercesion, es evidente que la primera obligacion del hombre, y el mayor de sus intereses, es unirse invariablemente con Jesucristo y marchar con él siguiendo sus pisadas, estudiar su voluntad, alimentarse con su doctrina, vivir con su espíritu, depender en todo de su ley, y conducirse por ella en

todas ocasiones como quien vive por él y para él, como quien ocupa su lugar, y que es uno con él.

¿Cómo era posible llegar á este amor, y á tanto desinteres, si la moral cristiana no nos hubiera instruido de la tiranía de la triple concupiscencia, que es la raiz de todos nuestros males? Ella sola pudo convencer y libertar al hombre de los peligros de su orgullo. Los sabios de la antigüedad ni siquiera conocieron esta enfermedad del corazon humano; así no podian pensar en su remedio: sus maximas eran vestidos pomposos pero inútiles, pues solo cubrian una parte de nuestros males y no curaban ninguno. No se halla en toda su moral nada que estirpe la vanidad del alma; cuando mas, condenan la imprudencia de descubrirla, y aconsejan esconderla; pero la dejan en el corazon, y la humillacion y el desprecio de los otros no podian hacer mas que irritarla; pues cuando el hombre se ve tratado con escarnio, se erige altares dentro de sí mismo, se da incienso, y él mismo es su propio adorador.

No procede así la filosofía del evangelio. Ella nos enseña que los hombres por sí mismos son nada; que es verdad que los dones de Dios los adornan y perfeccionan, pero que les dejan su mal fondo natural; que no pueden envanecerse cuando los obtienen, porque se les dan por gracia y por misericordia; que no pueden retenerlos por su propia fuerza; que, no teniendo en propiedad mas que su miseria, no pueden por sí mismos dar un paso hácia la virtud, ni formar siquiera un buen deseo, ó tener un pensamiento

saludable; que todo nos viene de arriba, y desciende del padre de las luces; y que debemos implorar continuamente su bondad.

Esta filosofía superior es la que nos desengaña de todas las ilusiones del amor propio: nos ilumina para evitar todo lo que condena la verdad eterna, y nos da fuerza para conseguir todos los dones por el conocimiento de nuestra propia flaqueza; nos excita á dar gracia de lo que hemos recibido, á temblar de que se nos quite, y á pedir lo que nos falta. Así nada es tan capaz de confundir toda vanidad y abatir todo orgullo, como la sabiduría cristiana; ni nada puede descubrir mejor las ventajas de la humildad, porque ella sola nos hace conocer su precio, y hasta su nombre.

Digo hasta su nombre, porque solo la moral evangélica instruye bien al hombre de la bajeza á que le reducen sus sentidos; ella sola puede darle medios para librarse de tan vergonzosa esclavitud. No se contenta con mostrarle las desastradas resultas del vicio, sino que, para inspirarle mas horror, le hace subir con el espíritu hasta las nociones primitivas del órden, y le hace ver en ellas que, por sus reglas inmutables, lo mas noble y perfecto debe tener mejor lugar que lo que es menos; que lo que es inferior por su naturaleza debe tener el lugar inferior; y que estos principios eternos del órden se trastornan, y cuando el espíritu que nació para mandar se somete á la carne que debe obedecer, y cuando esta insolente y rebelde le domina, y le sujeta á sus caprichos.

Le hace sentir que esta es una depravacion y locura del alma, que con esta conducta se envilece, que prostituye la nobleza de su orígen, la excelencia de su naturaleza, y la santidad del fin para que fué criada; que se confunde con la materia, prefiriendo á las castas delicias de la virtud los groseros placeres que la degradan; y en fin la advierte que vuelva en sí y se detenga; porque si, abandonando su grandeza, y sacrificando sus esperanzas inmortales, se hace esclava de sus pasiones, no encontrará en ellas mas que la vergüenza, el dolor y la muerte.

A esta doctrina de un santo desengaño añade el cristianismo otras verdades que dan á la virtud motivos mas sublimes. Le dice que por la sagrada consagracion del bautismo los miembros de un Cristiano se trasforman en un santuario en que el espíritu de Dios reside con toda su gloria y magestad; que los templos materiales en que la religion nos congrega, aunque tan respetables, solo son figura del templo vivo de un Cristiano bautizado; y que el altar esterior en que se ofrece cada dia el sacrificio de la nueva alianza, aunque tan santo y venerable, no es mas que la imagen del altar invisible del corazon del justo. ¿Qué mayor barrera pudiera presentarle para atajarle en su despeño? ¡Qué horror el de profanar el templo de Dios vivo! ¡qué infamia puede compararse á la de volver á encenagarse en el lodo del vicio, despues de haberse lavado en la sangre del cordero, y de haberse asociado á la Divinidad!

De este modo no hay pasion para cuya victoria

no le presente el evangelio un motivo poderoso; y, para combatir el amor de los honores y riquezas, solo el cristianismo puede dar armas invencibles; porque él solo hace conocer su vacío, su nada, y nos inspira su desprecio. Algunos filósofos lograron redimirse de la ambicion y de la avaricia por la vanidad y el orgullo; pero esto era curar un mal con otro. Solo Jesucristo sabe hacer desaparecer los vicios, desengañando de sus errores. Él nos enseñó que los tesoros verdaderos son la inocencia y la virtud; que el menor grado de caridad eleva al Cristiano mas que el imperio de todo el universo; que es mas seguro no aventurarse á los peligros inseparables de la grandeza y de las riquezas; que solo son dichosos los que desprecian los bienes de la tierra, y no estiman mas que los del cielo. Quiere que miremos como indigno de nosotros lo que un mundo insensato y corrompido estima y admira, que lloremos sus gustos y placeres, y nos alegremos de sus aflicciones y persecuciones.

En ningun tiempo la filosofía habló tanto de socorros, ni dió tantas lecciones de humanidad como en nuestro siglo; pero, ¿qué puede obtener la ostentacion de sus declamaciones, cuando son tan flojos sus motivos? La religion es la única potencia que da fuerza á los hombres, para que se amen y se ayuden con sinceridad. Ella sola nos propone motivos tan sublimes, que nos hace dulces los oficios de una beneficencia recíproca. Ella nos descubre el orígen divino de la caridad, establece sus fundamentos, arregla su ejercicio, supera los obstáculos, y forma

entre todos los hombres de toda clase, y sin ninguna excepcion, una alianza y asociacion tan inviolable y santa, que ningun motivo humano, ningun interes particular, ni la misma ingratitud y persecucion la pueden romper ó debilitar.

¿Y cómo nos conduce la religion á perfeccion tan alta? Por un medio tan simple como elevado, haciéndonos reconcentrar en Dios únicamente todos los afectos de nuestro corazon, haciéndonos sentir que Dios es el principio de todo, que nos lo da todo, que se lo debemos todo; y que este padre de todos, que nos ama á todos, quiere que todos nos amemos por él, quiere que todo lo que por su amor nos ha dado, lo partamos y comuniquemos por su amor con todas las demas criaturas racionales, que tambien ama; porque todas las hizo á su imagen y semejanza, y todas estan destinadas como nosotros á verle y gozarle por todos los siglos.

Así Dios nuestro padre universal es el manantial inagotable, de donde salen todos los bienes que su amor comunica á todas sus criaturas. Puede tener sus razones para repartirlos con mano desigual; pero quiere que aquel á quien aventajó en la distribucion comunique por su amor á aquel á quien le falta, que no sea mas que el ecónomo que en su nombre socorre al que lo necesita, para que de esta manera todos sus hijos enlazados entre sí, y amándose por razon de su padre comun le tributen las gracias que le deben.

Con esto la religion nos enseña que la íntima y

necesaria relacion de los hombres con Dios debe producir otra entre los mismos hombres que es tan sagrada como la de su orígen, pues no es mas que una dependencia suya; pero que no pudiera existir sin ella, como el efecto no existe sin causa. Porque, ¿qué otra cosa es amar á los hombres, que desearles y procurarles todo el bien que nos deseamos y nos procuramos á nosotros mismos? Pero, para podernos elevar á disposicion tan perfecta, es menester empezar por despegarse el corazon de todos los bienes propios; porque estos son limitados, se disminuyen cuando se parten, y por eso nosotros los codiciamos, y procuramos retenerlos. ¿Y cómo podremos despegarnos de todo lo que tanto nos interesa y nos halaga, sino poniendo únicamente nuestro corazon en el verdadero bien de toda criatura inteligente, en Dios que basta á todos por su plenitud, en Dios que solo puede llenarle, y que le poseemos mas cuando repartimos mas sus bienes á los necesitados?

Es pues la religion el único móvil de la caridad, el único principio que, haciéndonos amar á Dios, es el seguro fundamento de nuestro amor para los hombres. Por eso la generosidad cristiana es la sola virtud que nos puede hacer superar al amor propio, que puede desterrar de nuestro corazon las inquietudes vanas, los zelos viles, las envidias malignas y los deseos injustos. Ella sola nos puede excitar á derramar nuestro tesoro, á comunicar nuestros bienes, y á multiplicar los compañeros de nuestras dichas. Pero, ¡qué puede amar el que no ama á Dios! Alguno

puede ser humano por temperamento, ó benéfico por ostentacion; pero, por lo comun, el que se encierra en el estrecho círculo de su amor propio, nunca obedecerá mas que á su interes, y no amará mas que á sí mismo.

La caridad que Jesucristo nos enseña es constante, sincera y desinteresada; sobrevive á todo, porque nada puede estinguirla. Nunca puede imaginarse lastímada, porque siempre la pone su humildad mas abajo de lo que pudiera ponerla la injusticia; jamas sufre ni turbacion ni mal humor. No tiene que esconder nada con el velo de la paciencia, porque no es hipocresía; no consiste en demostraciones ni en palabras, porque habita en el corazon: está pronta á sufrirlo todo, y todo lo sufre, cuando su dulzura y humildad pueden cooperar á que los otros conserven ó recobren su inocencia. En fin; si es menester, morirá por ellos, porque Jesucristo le dió el ejemplo y le impuso la ley; y si espera alguna recompensa de sus sacrificios, es menos para ella misma, que para aquellos que no pudieran ser ingratos sin dejar de ser justos.

La moral del evangelio no se contenta con imponer al hombre estas obligaciones generales, sino que como un mentor atento y cuidadoso le sigue, le acompaña, le dirige en todos los estados y situaciones en que le puede poner la Providencia: como hace la felicidad, y el bien estar de la sociedad entera, la hace tambien de los individuos que la componen: no hay género de grandeza y perfeccion que le sea estrangero; no

inspira menos la dicha de los estados que la de las familias. Él solo es el que hace las virtudes sólidas y constantes, las arraiga en el corazon, las sostiene en las tentaciones y combates, y las esfuerza con sus recompensas.

El incrédulo dice que la religion intimida y enerva el corazon del hombre; pero con esto acredita que no la conoce: es menester no haberla visto ni aun de lejos para imaginar este delirio. ¿Cómo es posible que un culto que trasporta al hombre de la tierra hasta el cielo, y eleva su corazon mas allá de su natural esfera, pueda aflojar la energía de su alma? ¿Cómo un estímulo tan sublime y elevado puede debilitar los sentimientos generosos de que nacen las altas empresas y los hechos heróicos? Porque, lejos de destruir ninguno de los motivos legítimos que los producen, añade ella otros superiores que los refuerzan; y no solo añade otros, sino que los ennoblece á todos, pues que les da un objeto mas digno, y un fin mas excelente y elevado.

La filosofía humana es la que debe enervar el corazon, porque no puede dar á la virtud mas que motivos débiles y caducos; pero, ¡la religion! La religion se los presenta sólidos y permanentes; pues los suyos subsisten aun cuando los otros se disipan. El Cristiano hace sin testigos lo mismo que hiciera en presencia de todo el universo; no juzga de la virtud por los sucesos, y cuando la ve perseguida, redobla su fidelidad; porque la religion le añade nuevos derechos á sus esperanzas. ¡Ay! señor, si todos los hombres

observaran la moral del evangelio, la tierra sería como el cielo la mansion de la felicidad, y la virtud no necesitaria de los esfuerzos que el contraste del vicio la hace necesarios.

Por una contradiccion muy comun en los incrédulos, el mismo que acusa la moral cristiana de apocar los corazones y sofocar la simiente de las virtudes heróicas, se queja de que su sistema es demasiado perfecto para nuestra flaqueza. Este baldon es tambien injusto, y solo pudiera convenir á la filosofía; pues aunque ella no exija demasiado, aun para lo poco con que se contenta no propone motivos que puedan promoverlo, porque son insuficientes en sí mismos, y no puede sacarlos mas que del orgullo, que es la mas injusta de las pasiones. Así, lejos de curar el mal, no hace otra cosa que empeorarlo; pero no lo hace así la religion; pues aunque imponga obligaciones duras, aunque presente caminos ásperos y un término dificil, y que para repechar la cuesta sean necesarios grandes esfuerzos y continuos sacrificios, tambien socorre nuestra flaqueza con auxilios poderosos, y nos anima con promesas magníficas.

Jesucristo, para darnos lecciones de moderacion y de virtud, no se contentó con mostrarnos su ejemplo, y hablarnos por la voz de sus milagros. La vista de su santidad y de su gloria hubiera asombrado á los hombres, pero sin sacarlos de su letargo é insensibilidad. No hubiera bastado para curarlos de sus errores, y corregirlos de sus pasiones. Sus males necesitaban de remedio mas íntimo y mas eficaz. Por eso el divino

Mesías les hizo ver en otro órden superior al de la natureleza otro imperio, otras maravillas y efectos mas estraordinarios de su omnipotencia.

Por eso tambien los prodigios que obró sobre los cuerpos por la autoridad de su palabra, fueron en su intencion la imagen y la prueba de los prodigios invisibles, pero admirables, que obra sobre los corazones; porque derrama en ellos una luz viva y penetrante que disipa sus tinieblas, una uncion secreta que muda sus gustos y sus inclinaciones, que ablanda su dureza y supera sus resistencias; cria deseos mas puros, afectos mas santos, y restablece con una operacion dulce y poderosa lo que el pecado destruye y desfigura. En lugar de la ley de amenazas de que Moises fue ministro, Jesucristo nos forjó una ley de gracia y de favor, una ley dulce que da lo que manda, que, al mismo tiempo que intima el precepto, inspira su amor, y que perfecciona en el hombre hasta su misma libertad.

¿Qué otra virtud que la de Dios podia producir la milagrosa renovacion que obró en el mundo la moral del evangelio? Apenas se oyó la voz de esos pocos hombres que fueron escogidos para ser sus predicadores y modelos, cuando se vió salir como de un enjambre un nuevo imperio, un pueblo nuevo que anuncia la verdad, no con declamaciones estériles y pomposas, sino con ejemplos prácticos y sacrificios difíciles, mostrando que la tierra es el destierro del hombre, que el cielo es su patria, que todo lo que se acaba es nada, que, no pudiendo la fama, las riquezas y los placeres seguirnos á la otra vida,

no merecen ocupar á una alma que no muere, y otras maximas tan inauditas y nuevas, que jamas habian salido de los labios humanos.

Este mismo pueblo junta al conocimiento de lo que debe saber la mas perfecta sumision á la voluntad divina, la caridad mas activa y mas pura para todos los hombres, la paciencia mas invencible en las tribulaciones mas injustas, y un desinteres universal y nunca desmentido. Este fue el caracter de los primeros Cristianos; estas fueron las armas con que combatieron contra el mundo, no para dominarle, sino para sacarle de sus errores; no para adquirir poder, honores ó riquezas, sino para enseñar á los hombres los caminos de la justicia y de la felicidad.

No ignoraban los primeros predicadores del evangelio que su empresa debia procurarles una multitud de ultrajes y de tormentos; pero nada los detiene, y se esponen á la muerte con una intrepidez que manifiesta una grande indiferencia de la vida. ¡O Sócrates! ¡ó Platon! ¡porqué no estabais en la tierra cuando los apóstoles dieron el asombroso espectáculo de virtudes tan magnánimas! Vosotros hubiérais hallado al justo de que habeis hablado tanto sin haberle mostrado nunca; vosotros hubiérais visto no uno sino muchos varones constantes, cuando apenas esperabais encontrar uno; vosotros en fin hubiérais reconocido que el cielo se habia apiadado de la tierra, que ya habia enviado la luz que debia producir la virtud, y habia puesto en el cristianismo su modelo.

La Iglesia que formaron los apóstoles en Jerusalen era

era una sociedad de ángeles mas que una asamblea de mortales. La caridad, la union, la concordia, la fraternidad, la simplicidad de corazon, el desinteres, el desprecio de todo lo transitorio, la oracion continua, las acciones de gracias incesantes, la paciencia, la dulzura enmedio de las persecuciones, en fin todas las virtudes habian desterrado de ella todo sentimiento terrenal.

Pero no era la Judea sola el teatro de una mutacion tan completa. Muy presto todas las naciones se asocian á la esperanza de Sion, y se incorporan con ella para tener parte en sus bendiciones. La palabra de Dios sale de Jerusalen, y se derrama por toda la tierra. Los Gentiles forman iglesias parecidas á la primera. Roma, Corinto y Éfeso, tan sumergidas en sus delicias, y tan famosas por sus excesos, otras muchas ciudades populosas en que despues de tantos siglos dominaban tiránicamente errores monstruosos y abominaciones que practicaba su antigua y desmedida supersticion, vieron nacer en su seno hombres justos, religiosos, humildes, dulces, sinceros, caritativos y enemigos de los placeres.

Esos hombres de una especie nueva juntan con el profundo respeto con que adoran al Dios vivo, el mas ardiente deseo de hacer á sus prójimos todo el bien que pueden, una obediencia inalterable á sus superiores aunque fuesen injustos y violentos, una fidelidad sostenida en el desempeño de todas sus obligaciones aunque fuesen oscuras y penosas, y un amor perse-

verante á sus hermanos aunque fuesen ingratos y perseguidores.

No se puede leer sin asombro lo que los apóstoles escriben de las virtudes y milagros de estos Cristianos primitivos. Al mismo tiempo que les escriben para reformar algun abúso, ó para consolarlos en sus penas, los llaman santos, les dan el nombre de bienaventurados, de escogidos; se congratulan con ellos por las obras de su fe, les dan la enhorabuena de los trabajos de su caridad, de la firmeza de su esperanza; y cuando los apóstoles dán este glorioso testimonio á los fieles de su tiempo, ¿se les acusará de engañarse en lo que veian con sus propios ojos? ¿se podrá sospechar que quisieron pasar por impostores, publicando hechos cuya falsedad debia ser notoria?

Si del oriente venimos á nuestras regiones meridionales, veremos que en ellas las mismas luces y las mismas virtudes sucedieron á las mismas tinieblas y á los mismos vicios, y veremos ademas que la estabilidad de nuestras luces y gobierno fue otro beneficio del evangelio. Nuestros padres siempre armados y siempre errantes debieron al fin la union social, que hace la felicidad de los pueblos, á los resortes poderosos de la religion.

En efecto, examinando todas las partes del imperio divino que fundó Jesucristo, se verá en ella que el caracter propio é incomunicable de la religion cristiana es sacar al hombre de sus errores, y libertarle de sus pasiones; instruirle, santificarle y fortalecerle de tal manera en la virtud, que ni los halagos del mundo puedan seducirle, ni sus agitaciones conturbarle.

Antes de Jesucristo las desgracias del género humano parecian de algun modo el escándalo de la Providencia. La filosofía se jactaba de su valor y constancia, hablaba con ostentacion de la independencia de su alma, de su desprecio de la muerte, y de su firmeza en los reveses; pero eran vanas jactancias, porque jamas pudo ella descubrir el orígen de nuestros males, y menos endulzar su amargura.

¿Ni cómo podian los infelices hallar consuelo en un sistema que sujetaba á sus secuaces al yugo inexorable del destino; que no les presentaba ni la idea de un castigo merecido para sufrirle resignados, ni la de una prueba meritoria que sostuviese su constancia; que jamas moderaba el rigor de lo presente con la esperanza de lo futuro, y que no podia ofrecer al dolor otra cosa que alivios mas crueles que el dolor mismo?

Un filósofo antiguo dijo que la constancia del justo que lucha contra el infortunio era un espectáculo digno de la Divinidad; pero este apotegma es mas brillante que sólido, y no tiene sentido en los principios de la filosofía profana. Porque si el hombre no ha pecado, si es infeliz sin ser delicuente, si padece sin mérito ni causa, si una gracia interior no es el principio de su fuerza, ni la justicia la medida de sus penas; es evidente que entonces aquel justo lucha contra una necesidad ciega, que no emplea en este combate mas que sus propias fuerzas; que si vence se debe á sí mismo la victoria: y convidar al Ser supremo al espectáculo de este triunfo seria llamarle á ser

testigo de su injusticia, y hacerle ver que en cierta manera el hombre era superior á Dios.

El evangelio es el único que nos ha enseñado el arte sublime de ser uno feliz; porque cuantos aspectos pueden presentar los sufrimientos á un Cristiano, son para él otros tantos motivos de consuelo. ¿Qué son las aflicciones para el Cristiano? Penas del pecado, la ejecucion de una sentencia infinitamente justa, amarguras saludables que se derraman en los objetos que nos embelesan, para que los deteste nuestro corazon y se convierta á los bienes puros y verdaderos; castigos paternales, tormentos de misericordia, segun la espresion de un padre; sacramentos de amor, accesion honrosa de lo que nos grangeó la pasion de Jesucristo, títulos de conformidad con este divino modelo, finalmente pruebas pasageras que expian las culpas, que purifican las virtudes, que aumentan los méritos, que consuman la santificacion, y que deben ser coronadas con todo el resplandor de la gloria. Decidme, ¿qué filosofia podrá presentar al hombre tantos y tan altos motivos para ser paciente y valeroso en las desgracias?

Si á estas divinas lecciones se añade el atractivo interior con que la religion alienta los corazones, y les hace amar lo mismo que padecen, es preciso confesar que Jesucristo es el grande, el único consolador del universo; y entonces se entiende porque tantos Cristianos han encontrado paz, serenidad y dulzura en el dolor, en los oprobrios y en la muerte; porque tantos mártires invocaban ellos mismos los suplicios,

desafiaban el furor de los tiranos, y fatigaban la crueldad de sus verdugos, entregándose á los tormentos que los conducian á la patria bienaventurada.

Y esta intrepidez de los héroes cristianos no era singularidad estraña, ni tampoco entusiasmo pasagero; era un sentimiento permanente, comun y profundo, una disposicion habitual y meditada. Era sin duda grande prodigio, pero de casi todos los dias en los primeros Cristianos. San Pablo decia en nombre de todos: ¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? Nada: ni la afliccion, ni los tormentos, ni la hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la violencia; porque de todos estos males nos saca victoriosos el que nos ama; y ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las altas, ni las profundas, ni criatura alguna podrá separarnos jamas del amor de Dios en Jesucristo señor nuestro.

Es muy digno de observacion que mientras la espada de los perseguidores estaba colgada sobre el cuello de los Cristianos, la religion se mantuvo con un aspecto agradable y sereno, y que al fin salió mas brillante y fervorosa del seno de las tribulaciones; pero que cuando la paz, la calma permitieron á los carnales introducirse en la Iglesia, y con ellos sus vicios, entonces se vió obligada á hacer mayores esfuerzos para elevarse sobre las aguas impuras del siglo. Entonces muchos, para evitar el contagio que temian, buscaron su remedio en el retiro. Otros que aspiraban á mayor perfeccion, dejan el mundo, y se acogen á

la soledad. Los desiertos se pueblan, los yermos se trasforman en pueblos. Los que deseaban vivir únicamente con su Dios se ven forzados á dejarlos de nuevo, para esconderse en soledades mas profundas, y la vida del Bautista, que fue el asombro de la Judea, se hace el modelo comun que imitan tantos solitarios.

Allí ocupan los dias y las noches en cantar las alabanzas del Señor, en derramar su corazon en su presencia por medio de la oracion continua, en escucharle sin intermision meditando las santas Escrituras, en estrechar con mas fuerza los lazos de la caridad que los reune, y en trabajar con sus manos para socorrer á los pobres. Si, escondidos á los ojos humanos se libran de una muerte violenta en el suplicio, es para entregarse á otro martirio acaso mas penoso, porque es mas prolijo y doloroso, y que no tiene mas testigo que el Dios por quien le sufren. Pero parece que, superiores á su débil naturaleza, han dejado en el mundo todo lo que tenian de humano, y que ya viven menos en la tierra que en el cielo.

Con todo estos solitarios aunque escondidos en el secreto de Dios no pierden de vista los intereses de su Iglesia: en el fondo de su retiro saben sus bienes y sus males, ven las tempestades que la agitan, tiemblan de las desgracias que la amenazan, se afligen de los escándalos que la deshonran, y, postrados dia y noche en presencia de aquel que manda á los vientos y refrena al mar, le representan con dolor y confianza

que sus hermanos peligran ; piden por ellos , y ya que no pueden salvarlos con su ministerio , los salvan con sus oraciones y gemidos.

Cuando les parecen los riesgos mas urgentes , salen de su soledad para oponerse á los que quieren alterar la fe , ó corromper la disciplina. Las promesas de los prevaricadores no pueden nada con su desinteres , las amenazas no detienen un instante su valor. ¿ Qué delicias pueden seducir á los que solo aspiran á tormentos ? ¿ qué calabozos pueden espantar á los que ya no viven sino en tumbas ? ¿ quién puede acobardar á los que solo desean derramar su sangre por amor del que primero la derramó por ellos ?

Estos son los efectos que ha producido la moral cristiana , estos fueron los frutos del evangelio. El mismo espíritu le acompañaba á todas partes , y en todas se veian las mismas resultas. Estos son hechos públicos y notorios que no es posible dudar ; todos los escritores contemporáneos y testigos nos los refieren , y jamas han sido desmentidos. Uno de ellos Justino , hombre muy sabio , que de filósofo gentil se hizo cristiano , decia á los enemigos de la religion :

» ¡ O doctrina celestial ! tú no formas poetas , filó-
» sofos ni oradores ; pero tú de mortales nos haces
» inmortales , de la tierra nos elevas al cielo , y nos
» haces participar de la naturaleza divina. Esto es lo
» que me ha trasportado de admiracion , esto es lo
» que me ha hecho abandonar mis antiguos errores ,
» y abrazar la doctrina pura y sublime del evangelio.
» Venid á mí , aprended lo que he aprendido ; y pues

» yo era lo que vosotros sois, no desespereis de ser » algun dia lo que ahora soy. La doctrina evangélica » se sostiene por su propia virtud. Es secreta, pero » eficaz; pues purifica el corazon, reprime los afectos » sensuales, nos hace ver la luz y gustar de la paz, » desterrando la inquietud y el desórden de las » pasiones ».

¿Y con qué medios un mortal tan severo y tan contrario á las inclinaciones naturales pudo sujetar á tantos hombres corrompidos? La respuesta es muy simple: con la fe. Como la religion fue demostrada con tantas y tan evidentes pruebas, no era posible dudar de su verdad; y los que la creian verdadera era consiguiente que creyesen tambien la moral que predica, las dichas que promete, y las desgracias con que amenaza. Jesucristo habia dicho á sus discípulos (1): « No temais al mundo, yo le he vencido ». ¿Y cómo le venció? con la fe que nos vino á enseñar.

San Juan escribió á los primeros Cristianos: ¿Que es, hermanos, lo que nos ha dado la victoria para triunfar del mundo? nuestra fe. Y esto es muy claro; porque, ¿con qué medios nos pierde el mundo? con sus errores que nos engañan, con sus halagos que nos corrompen, con sus amenazas que nos intimidan, y con el respeto humano que nos avasalla. Pero, ¿de qué modo la religion nos hace superiores á todos estos estímulos, y nos da la victoria? ve aquí el cómo; y vamos por partes.

(1) *Joan.* XVI, 33.

Es visible que el mundo está lleno de errores, y de errores los mas palpables y groseros; tiene muchas maximas falsas, y se ha forjado con ellas principios que le parecen incontrastables. Por ejemplo, el ambicioso que estima la fortuna mas que todo, se la propone como el objeto mas digno de sus deseos, y la busca á todo precio. El avaro que hace su dios de las riquezas, se persuade que no vale sino á proporcion de lo que tiene, y piensa que el afan de aumentar sus bienes es el negocio de mayor importancia. El voluptuoso que no imagina estar en la tierra sino para lisonjear sus sentidos, no conoce mayor felicidad que la de contentar todos sus gustos. El hombre de estado que se ocupa en los intereses públicos, se figura que la primera virtud es la prudencia humana, ó aquella política astuta que inventó el interes y que sostiene el amor propio. Ve aquí los principios, las reglas de conducta que el mundo sigue. El que no las adopta pasa por un hombre débil, se dice de él que no es bueno para nada; y el que quisiera contradecirlas pasaria por hombre del otro mundo.

Pèro, á pesar de que estan generalmente establecidas, cuando se examinan de cerca no se halla en ellas ni razon, ni humanidad, ni buena fe. La religion nos descubre su falsedad, porque discurriendo con mejores principios saca consecuencias opuestas. ¿Sobre qué principios establece el mundo sus erradas maximas? sobre el amor propio, sobre las inclinaciones de la naturaleza corrompida, sobre las pasiones del corazon. No es estraño que de raices tan in-

fectas vengan frutos dañados y podridos. ¿De la mentira qué puede salir sino otra mentira? Pero, la religion tiene ideas diferentes, sus maximas se fundan en principios muy puros, como son el respeto mas rendido y la mas inviolable obediencia á la ley de Dios, el amor del prójimo hasta de sus enemigos, el despego del mundo y de sí mismo, el desinteres, la fidelidad, la rectitud del corazon, la mortificacion de los sentidos, la santificacion de su alma, y el cuidado de su salvacion.

De esta contrariedad de principios nace necesariamente la contrariedad de las maximas, ó de las reglas de la vida; por eso un Cristiano es un hombre que debe precisamente pensar y obrar de otro modo que el mundo; y esta es la primera victoria que la religion ha obtenido y obtiene cada dia, haciendo que muchos de los que eran mundanos se desengañen de sus falsas opiniones y descubran su ilusion y su peligro. El mundo se burla, lo tiene por locura; pero el Cristiano sabe que esta es la verdadera cordura, y que aun consultando solo á la razon, todos los principios del evangelio son útiles y justos.

Se observa que desde que con la edad empieza á entibiarse en un hombre el fuego de las pasiones, desde que con la madurez está mas en estado de discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso, y considera los objetos con mas aplicacion y solidez, las maximas del evangelio que repugnaban á su corazon empiezan á parecerle mas bien fundadas de lo que creia; que cuanto mas examina sus motivos y sus

efectos, mas le parecen respetables; él mismo se sorprende de su ceguedad pasada; estas primeras luces le penetran mas cada dia, y acaban por desengañarle; y en fin entonces ya defiende con zelo las mismas verdades que habia despreciado con ceguedad y precipitacion.

Este triunfo honra á la religion, y ella se aprovecha para hacer nuevas conquistas y someter otros incrédulos. San Pablo que fue criado en el judaismo, y fue el mas ardiente perseguidor de la Iglesia, desde que se le vió apóstol y doctor de los Gentiles, fué un argumento poderoso y visible contra los Judíos. Solo su ejemplo debia forzarlos á reconocer la eficacia y la fuerza de la fe cristiana.

Si el mundo con sus errores ciega el espíritu, con sus dulzuras pervierte el corazon: para lo primero influye con la seduccion, para lo segundo con sus atractivos. Lo que llamamos dulzuras del mundo es lo que San Juan llama concupiscencia de los ojos, de la carne, y orgullo de la vida, esto es, todo lo que puede agradar á los ojos, lisonjear los sentidos, excitar la curiosidad, contentar al amor propio, y hacer nuestra vida dulce, deliciosa y agradable.

Estas son las armas con que el mundo ha conquistado en todo tiempo los corazones de los hombres. Si la razon se valiera de sus propias luces, bien pudiera alcanzar que todos esos halagos son frívolos, que todos ellos son una bagatela, un nada, y que de ordinario nos engañan; pero, por una especie de embriaguez, aunque no ignore que son falsas y peligrosas

estas dulzuras, encuentra en ellas un atractivo poderoso de que no tiene valor para privarse. La razon no puede mas que hablar, pero el atractivo se hace sentir, y arrastra el corazon con mas violencia.

Solo la religion le puede vencer, y tiene muchos medios con que logra desterrarle del alma. Ella nos inspira el espíritu de penitencia que le arroja, porque nos recuerda sin cesar que somos pecadores. La vista de nuestros pecados y de los castigos que merecen nos llena de un odio santo contra nosotros mismos, y nos disgusta de cuanto puede halagar la sensualidad, porque no corresponde al dolor de un penitente.

Ella nos inspira la mas alta estimacion de los bienes eternos, y fija en ellos todos nuestros deseos y pretensiones. El corazon ocupado en la grande idea que se forma de la bienaventuranza esperada, se despega poco á poco de los bienes transitorios, y se hace insensible á los mas seductores. Cuando levanto los ojos al cielo, decia un santo, todo lo que veo en la tierra me parece insípido y despreciable. Muchos lo habian dicho antes, muchos lo dicen hoy, porque la religion comunica á todos la misma luz y el mismo gusto.

Ella nos produce tambien consuelos interiores, consuelos que los mundanos no conocen; porque *el hombre carnal*, dice el apóstol (1), *no puede comprender lo que es de Dios*; pero estos son consuelos

(1) 1, *Corinth.*, 11 y 14.

espirituales tan superiores á los de los sentidos, como el espíritu es superior al cuerpo. El mundo se rie de esto, pero no puede presentar en todos sus hechizos y placeres nada que iguale á estas santas delicias de las almas, á estas satisfacciones internas del corazon, á éstas alegrías puras de la virtud. El que una vez las llega á sentir y á gustar, halla muy insípidas todas las demas.

Es menester que el mundo esté muy ciego, para que no se desengañe; porque en todos los siglos y en el nuestro han sido y son comunes los ejemplos. Siempre se ha visto y hoy se ve una innumerable multitud de personas de toda edad, sexo y estado que abandonan los placeres con que alucina á sus secuaces. ¿Cuántas vírgenes jóvenes á quienes ofrecia él una larga carrera de delicias, las huellan con desprecio? ¿cuántos ricos del siglo que con su grandeza y opulencia podian gozar de las comodidades de la vida, se despojan de todo voluntariamente? ¿Porqué se despreñden de riquezas que son tan anheladas solo porque con ellas se satisfacen todos los deseos? ¿porqué prefieren una pobreza en que apenas pueden hallar lo necesario? ¿porqué desestiman la pompa y los honores que tanto satisfacen al orgullo? ¿porqué prefieren la oscuridad de un retiro tan melancólico y desabrido para la ambicion?

¿Cómo pueden escoger la penitencia de un claustro, y los duros ejercios de la mortificacion religiosa? ¿quién les inspira resolucion tan estraña, tanto despego, tanto valor? Todo lo hace la fe con que viven,

y de quien reciben estas divinas impresiones. En vano el mundo les presenta sus pompas mas brillantes, sus halagos mas dulces; en vano les brinda con caminos sembrados de flores, la fe disipa todos sus encantos y prestigios.

Tambien tiene el mundo sus persecuciones con que intimida á la virtud, y esta necesita de fuerza superior que la sostenga. El apóstol tenia razon cuando dijo (1) que los que quieran vivir santamente, conformándose al espíritu de Jesucristo, deben prepararse á rudos combates. En efecto el que se propone abandonar la senda trillada del vicio, para repechar la cuesta áspera de la virtud, encuentra á cada paso burlas, mofas y escarnios. Mil respetos humanos intentan estorbarle su camino. Tal vez es un amigo que se resfria ó indispone, porque no se le favorece en sus empresas delincuentes; tal vez es una familia entera, acaso un pueblo ó toda una provincia, porque se la obliga á vivir con regla, porque se pretende mantener el órden, y hacer justicia con exactitud.

Este es uno de los peligros mayores del mundo, y la causa mas comun de los desórdenes de la vida humana; porque es difícil mantenerse firme contra tanta fuerza, y el hombre débil cae á su pesar, gimiendo de la esclavitud que le subyuga. Un sentimiento natural de equidad y conciencia le estímula á curarse de aquella tiranía; pero le falta el valor, y cuando llega el momento de la ejecucion, todas sus

(1) *Timoth.*, III, 12.

resoluciones le abandonan. ¿Qué es lo que puede darle fuerza, y mantenerle imperturbable contra tantos ataques? La religion, y la religion sola; porque con las armas de la fe se defiende de todos los golpes, resiste á todos los impulsos, y el corazon mas débil se hace invencible. No hay amistad que no rompa, sociedad de que no se separe, amenazas que no desprecie, ni hay esperanzas, intereses y ventajas que no sacrifique á su Dios y á su deber.

Tales son las disposiciones de un hombre á quien anima el cristianismo, y que está sostenido por la fe que profesa. Así piensa y así ejecuta, y no puede dejar de hacerlo así; porque, siendo Cristiano, no reconoce otro poder que el de Dios; ó si reconoce otros, los mira como potencias subordinadas á la del Todopoderoso, á quien no hay ninguna que no deba ceder. Este sentimiento es evidentemente justo y generoso; pero no es un sentimiento que se queda en especulacion, que no tiene efecto ni consecuencia en la historia de la religion; pues no hay cosa tan frecuente como su práctica, á cada paso se encuentran los ejemplos.

¿Cuántos desprecios y ultrajes, cuántas pérdidas y miserias han sufrido los Cristianos de uno y otro sexo por no desviarse de los caminos del Señor, y de las observancias austeras que prescribe su ley? ¿cuántas desgracias, odios, animosidades y tormentos han sopertado con valor? ¿cuántas vírgenes castas que no ha sido posible profanar con ningun medio? ¿jueces íntegros que ningun esfuerzo ha logrado

corromper, y aun artesanos y domésticos á quienes no ha sido posible desviar de la linea recta de la virtud? ¿Qué dolores no sufrieron millones de mártires? Nada los aterraba: ni el furor de sus tiranos, ni la crueldad de los verdugos, ni la oscuridad de los calabozos, ni la ferocidad de los suplicios. En medio de tormentos inauditos sufrian con paciencia y morian con dignidad.

La antigüedad se jacta de sus héroes; pero estos héroes que la gentilidad alaba tanto, y que venera con tanta idolatría, jamas mostraron tan heroica constancia. ¿Y de donde venia á estos generosos soldados de Cristo una firmeza tan imperturbable, sino de la fe que gobernaba su corazon? Los mismos enemigos del cristianismo, los que le perseguian mas encarnizadamente no podian ver esta fuerza sobrenatural sin hallarse sobrecogidos de estupor. ¿Y cuántos convertidos por su asombro se transformaban de verdugos en víctimas?

Ve aquí, señor, los efectos que ha producido la moral de Jesucristo. ¿Y cómo no vendrá de Dios una religion que propone una moral tan santa, y que inspira un valor tan superior al esfuerzo del hombre? Aun me queda que deciros mucho; pero hoy tenemos la triste circunstancia de que uno de nuestros compañeros está en las últimas agonías; se le va á recomendar el alma, y es preciso que yo vaya con los demas á hacerle este último oficio melancólico: os pido que me deis licencia, y mañana podremos continuar. Yo no pude hacer otra cosa que

darle

darle gracias, y asegurarle que al otro dia le escucharia con gusto. Él se fue, y yo quedé solo.

Pero quedé sumergido en un mar de pensamientos y reflexiones. Jamas se iba este padre sin dejarme conturbado y confundido. Cada dia me hacia ver mas mi ignorancia, y me atolondraba mas con sus convencimientos; ya no me sentia con fuerza para resistirle. Muchas veces te he dicho que le escuchaba con desconfianza, que sabia que su profesion le empeñaba á tener ó mostrar aquellas opiniones; que, por otra parte, su elocuencia, su ardor, su genio áctivo y eficaz, junto al tono de su propia persuasion, me hacian temer que su entusiasmo seductivo no diese á sus discursos un colorido que me pudiese alucinar.

Con este temor, cuando estaba solo y fuera de la esfera de su actividad, los repasaba conmigo. No contentándome con los pequeños resúmenes que te he indicado, hacia otros mas estendidos, los delineaba en el papel segun me los presentaba mi memoria, y son los mismos que te copio ahora. Me parecia que escribiéndolos yo mismo, y leyéndolos despojados de todas las gracias y adornos que podia darles la espresion animada con que me los decia, debia sentir su fuerza natural y verdadera, discernir mejor lo que podia ser en ellos sofisma ó ilusion, y juzgar bien de su solidez, ó de su flaqueza.

En efecto los leia, los repasaba muchas veces con la calma mas fria, con la atencion mas desnuda de todo adorno; procuraba quitarles toda especie de prestigio, examinaba los hechos y las razones en ellas

mismas, y trabajaba por apreciar con imparcialidad su valor. ¿Te lo diré, Teodoro? Cuanto mas consideraba los hechos, tanto mas me parecian probados, ciertos é indubitables; cuanto mas pesaba las razones, tanto mas me parecian claras, demostrativas y evidentes.

Aquel mismo dia me ocupé en contemplar y considerar por todas partes el plan de la religion, este plan de que tanto me habia hablado el padre, y me pareció que el padre tenia razon; que es grande, magnífico y suntuoso, que nació con el mundo, que se ha seguido en todos tiempos, que está enlazado en todas sus circunstancias; que un pensamiento tan sublime y grandioso no podia caber mas que en las ideas de Dios; que un edificio tan inmenso, y hecho con tan débiles materiales no ha podido construirse sino por una mano divina, y que esta mano se muestra tan visible, que hace inescusable la obstinacion del incrédulo.

Este era el resultado de mis reflexiones, y ya puedes considerar como debian angustiarme. No obstante, para apurar todos los medios posibles de mi desengaño, me determiné á poner el plan sobre el papel, y hacer un nuevo resúmen. Creí que esto me serviria para examinarle en su totalidad y en cada una de sus partes, y que así podria reconocer la parte débil; con esto hice un estracto que dice así:

No hay escrito, monumento ni memoria por donde sea posible saber la creacion del mundo, los sucesos primitivos, y lo que pasó en la primera historia de

los hombres hasta el tiempo en que Moises vivia, sino por los libros que escribió el mismo Moises.

Moises refiere en ellos que Dios sacó al mundo de la nada, que dió el ser á cuanto existe, que la última de sus obras fué el hombre, que este ingrato le desobedeció, que Dios le castigó, privándole á él y tambien á su posteridad de los excelentes dones con que le habia dotado; pero que para consolarle le prometió que con el tiempo le enviaria un Mesías ó un Redentor que repararia todos los daños de su desobediencia; que desde entonces este Redentor fue el objeto y la esperanza de los hombres, y el centro y fin de las operaciones de Dios; que Dios repitió despues la misma promesa á Abraham, Isaac y Jacob, diciéndoles que el Redentor saldria de su linage, y seria uno de sus descendientes; que los descendientes de los patriarcas estaban en Egipto, y en la esclavitud de Faraon, y que Dios, para empezar á cumplir su promesa, se apareció á Moises uno de entre ellos, y le mandó los sacase de allí, y los llevase á la tierra de Canaan, donde debia nacer el Redentor; que Moises, á pesar de Faraon, soberano de Egipto, los sacó en efecto de aquella esclavitud, y del Egipto los condujo por el desierto, y los llevó en fin á la tierra de Canaan; que no pudo vencer la resistencia de Faraon, ni superar todos los obstáculos, sin hacer muchos milagros portentosos; y que hizo tantos, tan públicos y tan repetidos, que ellos superaron todas las resistencias; que el mismo Moises recibió tambien la órden de Dios de escribir todo lo que pasó en la creacion, y todo

lo que acaeció desde ella hasta su tiempo, para que no se borrase entre los Judíos la memoria de aquellos hechos, como se habia borrado entre las demas naciones, para que se conservase en su posteridad, y estuviese ella preparada á recibir al Redentor en el tiempo que estaba señalado por su sabiduría; que al mismo tiempo recibió el órden de continuar esta historia, escribiendo todos los hechos de que él mismo seria instrumento y testigo desde la salida de Egipto hasta la tierra de Canaan; que en cumplimiento de estas órdenes Moises ejecutó la empresa, y escribió los acaecimientos de ella y los milagros que hizo con la virtud de Dios para vencer todos los obstáculos; que si estos milagros son ciertos, deben probar la verdad de cuanto dice en sus libros, porque el que hace milagros tiene el espíritu de Dios, y el que tiene el espíritu de Dios no puede mentir en cuanto escribe; que estos milagros son evidentemente ciertos, y estan probados con la creencia y tradicion de todos los Hebreos que los vieron, y con la autoridad de los mismos libros que los refieren; pues desde entonces los mismos Hebreos que fueron testigos de ellos recibieron estos libros como sagrados, y como inspirados por Dios, los guardaron con culto religioso, y los pasaron de mano en mano, de generacion en generacion, hasta los actuales que los veneran como los católicos, con el mismo respeto; y en fin con los monumentos, cánticos y fiestas que los mismos Hebreos instituyeron al instante que se hacia cada milagro, para dar gracias á Dios y conservar su memoria, y que se han

repetido despues todos los años por sus descendientes hasta llegar á los actuales, que en el dia renuevan anualmente las mismas ceremonias;

Que la verdad de estos libros y de los demas hechos que contienen está probada por la reverencia con que desde entonces los leyeron y guardaron sus contemporáneos; pues si no hubieran visto los milagros que refieren, ó si contuvieran alguna falsedad de que debian estar necesariamente informados, no los hubieran consagrado como la parte mas venerable de su religion, ni los hubieran pasado á sus descendientes, recomendándoselos como verdaderamente divinos;

Que la identidad, la integridad, y la ninguna alteracion de los libros que hoy veneramos como escritos por Moises se prueba por su perfecta conformidad con los que tienen los Judíos, y que desde entonces fueron conservados por ellos con la custodia mas escrupulosa; y que es visible que la Providencia, para acreditar la verdad del cristianismo, ha dispuesto que los fundamentos en que estribia sean atestiguados por sus mas encarnizados enemigos;

Que las promesas que hizo Dios á los patriarcas, y que se refieren en estos libros, no se pueden negar; pues la existencia del culto y de toda la nacion judía no tiene otro fundamento que estas promesas; que fuera de lo que acerca de ellas dijo Moises, posteriormente, y cuando la nacion estaba establecida en la Judea, otros nuevos profetas las repitieron y corroboraron, y que no solo añadieron diversas señales para que se reconociese el Mesías, sino que determinaron positivamente el tiempo preciso de su venida;

Que por consiguiente Moises habia probado su mision, y que la religion de los Judíos era visiblemente obra de Dios;

Que precisamente en el tiempo que habian señalado los profetas nació Jesus hijo de María; que este Jesus era descendiente de David, á quien Dios habia revelado que de su linage debia nacer el Mesías, y que todos los Judíos lo sabian; que Jesus nació en Belen, en donde los profetas dijeron que el Mesías habia de nacer; que el mismo Jesus, predicando á los pueblos de Judea y de Galilea, les dijo que él era el Mesías; pero que los Judíos no le creyeron, y que por eso le crucificaron; que este Jesus, aunque crucificado, y aun por lo mismo que fue crucificado, era el verdadero Mesías, y que decia verdad en cuanto dijo; porque probó mas claramente su mision que Moises la suya; que la probó porque todas las señales que dieron los profetas para reconocer el Mesías, y que se leen en los libros de los Judíos igualmente que en los nuestros, se verificaron completamente en su persona; porque las profecías que hizo el mismo Jesus se cumplieron perfectamente, y porque Jesus hizo grandes y públicos milagros que era imposible hacer sin la asistencia de Dios; y Dios no le hubiera asistido, si no hubiera dicho la verdad, cuando dijo que era el Mesías;

Que entre estos milagros hizo el de resucitarse por su propia virtud, y el de ascender al cielo en presencia de muchísimos testigos; lo que prueba con evidencia su divinidad;

Que fundó y estableció una religion espiritual y contraria á las inclinaciones humanas con doce pescadores ignorantes y pobres ;

Que no solo hizo milagros, sino que tuvo el poder de comunicar este don á sus discípulos, y que estos hicieron tantos, que con ellos convirtieron muchos Judíos, y los innumerables Gentiles de que se formaron las primeras iglesias cristianas, que han llegado sin interrupcion hasta nosotros ;

Que todos estos hechos, tanto los del nacimiento, de la vida y muerte de Jesus, como los de los milagros que hizo, estan escritos por los apóstoles y evangelistas, autores coetáneos y testigos fidedignos, pues ellos mismos hicieron milagros ; que los escribieron á sus contemporáneos, no para instruirlos, pues los sabian como ellos, sino para conservarlos, con el fin de instruir á la posteridad y á las regiones distantes : y no es posible se atreviesen á consignar en presencia de los coetáneos hechos de tanta magnitud, si fueran falsos ; pues sin esto, lejos de que la religion cristiana se hubiera podido propagar tan rápidamente, se hubiera desacreditado del todo ;

Que solamente la publicidad y la repeticion de estos milagros pudieron conseguir que, á pesar de tan débiles medios, se propagase una religion tan difícil de creer por la incomprensibilidad de sus misterios, y tan difícil de practicar por la severidad de sus preceptos ;

Que estos milagros fueron atestiguados por innumerables testigos, no solo sin tacha, sino de virtudes

excelentes; que fueron predicados en regiones distantes, sin que pudiese haber complicidad, pues entonces cada uno estaba solo y sin ningun interes, antes por el contrario les costaba la vida el predicarlos; y que pues se dejaban martirizar por sostenerlos, no podia ser esto por otra causa que por no faltar á la verdad;

Que en fin desde que estos milagros son ciertos, la religion cristiana, que ellos autorizan, es la verdadera; que si la religion cristiana es verdadera, Jesucristo es Dios; y esta conclusion me estremece: porque, ¿qué será de nosotros?

Ve aquí, Teodoro, el compendio que hice aquel dia para sujetarle á nuevo examen; y te confieso que me hacia temblar, porque le volvia, le revolvia por todas partes para buscar la parte débil, y no la podia encontrar. Los hechos me parecian probados; mi razon queria resistir á su evidencia, y se veia obligada á ceder: las consecuencias eran legítimas y naturales, yo examinaba cada proposicion en sí misma, yo las repasaba todas una despues de otra, y no veia que fuese posible rechazar ninguna.

¿Qué hubiera yo dado entonces por tener junto á mí todos nuestros amigos, para ver que efecto hacian sobre ellos estas reflexiones, de que estan tan lejos como yo estaba? Sobre todo hubiera deseado tener allí á esos intrépidos y famosos incrédulos que hablan con tanto desprecio de una religion que tiene en su favor razones de tanto peso. Yo hubiera querido ver como se desenredaban de esta cadena de pruebas y

fundamentos; si todo su espíritu podia descubrir algun flaco en raciocinios tan elevados, tan claros, tan seguros, y tan sostenidos los unos con los otros. Creerás, Teodoro, que yo empezaba á recelar que el padre podia tener razon, cuando me decia que los mas famosos de estos incrédulos no conocen bien la religion que atacan, que nunca la han examinado en su fondo interior, que solo se han detenido en los accesorios que la ignorancia ha juntado, ó en los abusos que la supersticion ha añadido.

Te aseguro que esto me parece ya verosímil, y que me lo persuaden sus propias obras; porque, haciendo reflexion, veo que no se pagan mas que de estas frioleras para hacerla ridícula, y que no combaten el tronco ó la esencia de la religion; pero yo quisiera que, dejando por un instante sus chanzas, ironías y sarcasmos, me respondieran seriamente, ¿si creen posible que Moises, sin mision divina, y sin milagros, pudiese sacar á los Hebreos del Egipto? que me esplicaran, ¿con qué arte pudo engañar á los mismos Hebreos? ¿cómo logró hacerles cantar el cántico en que dieron gracias á Dios por el milagro del paso del mar Rojo? ¿y cómo, en celebridad de este prodigio, pudo desde entonces instituir una fiesta que sus descendientes celebran todavía, si este prodigio fuera una fábula? que me dijeran, ¿cómo Moises se atrevió á escribir unos libros para publicarlos inmediatamente, en que espuso la creacion del mundo, y las demas noticias que contienen, si no eran conformes á las tradiciones que sabian todos?

¿cómo injirió tantos milagros, que dice haber hecho en presencia de los Judíos sus contemporáneos, que cita como testigos para que los pasen á la posteridad; si en caso de ser falsos los mismos á quienes entregaba los libros no debian desmentirle?

¿Y con que magia engañó á tantos millares de hombres que al instante recibieron estos libros, los veneraron como divinos, hicieron de ellos el mas sagrado canon de su religion, y los pasaron como tales á sus descendientes, que hoy mismo los veneran como ellos?

¿Cómo los libros del nuevo Testamento escritos por tantos autores contemporáneos, todos conformes en los hechos esenciales, y todos testigos oculares ó instrumentos de ellos, pueden no ser verdaderos? y si no lo son, ¿porqué no han sido desmentidos ni por los Judíos, ni por los Gentiles, ni por los hereges?

¿Cómo los milagros de Jesucristo nunca han sido contradicho; pues los Gentiles no atreviéndose á negarlos, se contentaron con oponerles los ridículos de Apolonio? ¿cómo y porqué los Judíos tampoco tuvieron el valor de negar hechos públicos conocidos de todos, y echaron mano de tan miserable recurso como el de atribuirlos á la magia, y á la pronunciacion del nombre *Jehová*?

¿Cómo, si los milagros son ciertos, puede no ser divina la religion en que se hacen? Y si no son ciertos, ¿cómo doce pobres pescadores cada uno por su lado han podido hacer creer una moral austera? porque esto seria mas incomprensible que todo.

En estos y otros puntos semejantes hubieran debido ocuparse los que quieren destruir la religion, debian atacar sus fundamentos, deshacer razones que parecen eficaces, y que en efecto han arrastrado tantos pueblos y tantas naciones. Pero, ¿de qué sirve andarse por las ramas sin atreverse al tronco, como hacen los mas famosos de entre los filósofos? Y esto me hacia reflexionar que el padre tenia mucha razon, cuando decia que desde que está probada la verdad de le religion, y que no se destruyen sus fundamentos, importa poco que los incrédulos propongan objeciones, y que no sea posible responderlas; porque esto no destruye la verdad, y solo hará ver que el espíritu humano es tan limitado, que aun en las verdades mas probadas y mas visibles, como no alcanza á conocer todo el objeto, le queda siempre mucha oscuridád.

En fin empezaba á parecerme que aquellos grandes ingenios que yo tenia por tan sólidos y luminosos, podian ser mas frívolos de lo que yo imaginaba; y que estos eclesiásticos que yo juzgaba tan toscos é ignorantes sabian mas de lo que yo creia: empezaba tambien á desconfiar de mis propias opiniones. Por un lado tenia deseo de fijar mi espíritu, porque me sentia inquieto, y me atormentaba mi cabilacion: habia instantes en que me parecia que lo mejor era arrojarse en los brazos de la religion, pues que al fin este era el partido mas seguro. Pero por otro lado me detenian muchas reflexiones; la vergüenza de confesar á un pobre eclesiástico que un hombre como yo habiá vivido en el error, y que él me iluminaba,

el temor de que tú y mis demas amigos os burlaseis de mí, y me nombraseis como un espíritu débil que un fanático habia seducido, la pena de dejar una vida tan agradable como la que yo hacia, la dificultad de abandonar mis gustos, sacrificar mis pasiones, y abrazar una vida austera, que me parecia imposible sostener; cada una de estas cosas se me representaba como una montaña que yo no era capaz de vencer, esto me hacia combatir contra mi flaqueza, procuraba hacerme fuerza, y me disponia á resistir.

Pasé una noche muy inquieta y dormí poco. Yo mismo no me podia entender, porque se me escapaban esclamaciones que nunca habian salido de mis labios. Algunas veces me sorprendí diciendo: ¡ ODios! si es verdad que existes; si es verdad, Jesucristo, que eres Dios, alumbra mi ceguedad, y determina mi corazon. En estas agitaciones pasé toda la noche; y esperaba con impaciencia el otro dia. En otra te contaré lo que me pasó en él. A Dios.

CARTA XV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMIGO Teodoro : A la hora acostumbrada llegó el padre. Lo primero que hice fue leerle el resumen que habia hecho para mí ; y de que te envié copia en mi última carta. Me parece que le oyó con satisfaccion , y me dijo : Espero , señor , que vuestro trabajo no será perdido ; Dios está entre nosotros , y jamas ha engañado mis esperanzas. Despues sin añadir mas continuó así :

Ayer hablamos de la moral cristiana , y me quedó por deciros que esta moral tan pura y santa , que esta moral tan conforme á la razon , y tan proporcionada y útil para la flaqueza del hombre corrompido , estriba sobre dos grandes fundamentos , y son las magníficas promesas con que anima á la virtud , y los terribles castigos con que amenaza al vicio ; porque , señor , la religion nos sigue mas allá de la muerte , y entonces es cuando nos hace ver el efecto de sus promesas.

La imaginacion no puede concebir los bienes inmortales con que nos aguarda. Despues de habernos hecho en la tierra hijos de Dios , y hermanos y coherederos con Jesucristo , nos ofrece en el cielo una sociedad eterna de dichas con el Padre y con el Hijo por la union y el amor de su divino Espíritu. Nuestras almas se penetrarán de la inefable luz de la inteligencia soberana , nuestros corazones inmutablemente

felices con la vista y la posesion del bien infinito, tendrán la certidumbre de estar inundados sin fin en un torrente de delicias, y seguros de ser eternamente dichosos; pero con dichas tan grandes, tan inmensas, que ni los sentidos ni los pensamientos pueden en la tierra concebirlas.

Hasta el cuerpo, este caduco y deleznable cuerpo tendrá parte en la gloria y la felicidad del alma; pues, habiendo sido el compañero de sus trabajos y el instrumento de sus méritos y buenas obras, no quedará siempre sepultado en el polvo, y llegará el dia en que, resucitado y glorioso, goce de la merecida recompensa. Este es el precio que la fe promete á nuestras esperanzas.

Instruido de estas verdades el Cristiano sufre con paciencia los males de la vida. Sabe que cada momento que corre es un paso con que se acerca al término; que no puede tardar el momento de dar cuenta de sus obras, y que por fin ha de llegar aquel terrible instante en que la voz poderosa del Omnipotente mandará á los muertos que revivan, y entonces la tierra, el mar y los abismos restituirán todos sus depósitos. Nuestra débil razon se confunde; pero que deje de oponer dificultades al que ha ofrecido hacer este prodigio. El universo está en sus manos, y el que supo sacarlos de la nada sabrá encontrarlos por mas que se hayan mezclado y escondido entre sus diversas hechuras.

Los cuerpos ya vivos é inmortales saldrán de sus sepulcros para presentarse á Jesucristo; pero serán

bien diferentes de lo que eran. No serán ya aquellos cuerpos sujetos al pecado, que abrumaban al alma y la entorpecian; no serán aquella casa de lodo, de donde la razon no podia desterrar sus indomables enemigos. La mano que los hizo los sacará ahora como figuras nuevas, como vasos de honor, como templos augustos y gloriosos, en que todo está en paz, porque todo está en órden. Y como ya los misterios de Dios estan consumados, como el número de los escogidos será lleno, y el reino del pecado será destruido, Jesucristo destruirá tambien á su último enemigo, que es la muerte.

Despues de esta grande y última victoria ya casi no habrá distincion entre el hombre y el ángel. Todos seremos espíritus celestes, y cantaremos juntos los cánticos de amor y gratitud á gloria de nuestro Libertador; subiremos con él á su trono, nos asociaremos á su reino y poder, juzgaremos con él las naciones; el humilde dominará á los orgullosos que le dominaron en la tierra, el miserable que sufrió con paciencia se verá superior al poderoso que le oprimió, la víctima se levantará contra su tirano, y empezará el alto é interminable imperio de la virtud.

Pero si la religion da á los buenos tan dulces esperanzas, ¡que terribles son los castigos eternos con que amenaza al impío y al pecador que no mueren en los brazos de la penitencia! Ya hablamos de esto un poco el otro dia, y ahora quiero añadiros que estos castigos de la religion, aunque tan espantosos, nos la hacen mas preciosa y venerable; porque el dogma

de las penas preparadas á los delitos en la vida futura está enlazado con los de la justicia y santidad de Dios, con los de la inmortalidad del alma, y de la distincion del bien y el mal, con las nociones que tenemos de la virtud y el vicio, y con la necesidad de una religion.

Este dogma es tambien un punto de doctrina muy necesario para servir de contrapeso á las pasiones, de barrera á los vicios, de apoyo á la virtud, de suplemento á la imperfeccion de las leyes humanas, de freno á los grandes, y de consuelo á los miserables; en fin es tan conforme á la razon, y basa tan necesaria de toda moral, de todo órden y de toda sociedad, que el paganismo le percibió á pesar de todas sus tinieblas. Es verdad que la teología grosera de aquel tiempo le desfiguró con fábulas absurdas, y que despues las espesas nubes con que le ha procurado cubrir la filosofía, alteraron de tal manera esta verdad importante, que la dejaron tan poco decorosa á Dios como inútil al hombre; pero esto fue error de las pasiones, y el sentimiento de su existencia fue en el principio un instinto del corazon por la idea de su necesidad.

El evangelio es donde este dogma ha recobrado su certidumbre, su dignidad y su energía. Allí es donde Dios despues de intimarnos sus leyes, y haberlas dado su sancion divina, nos advierte que este código dictado por sus labios será la regla invariable de sus juicios, y que las penas serán proporcionadas al número y enormidad de los delitos; que Dios será siempre misericordioso mientras dura la vida, y estará

estará pronto á recibir en sus brazos al que implorare su clemencia; pero que desde que entra en el abismo oscuro de la eternidad, ya el hombre no será jamas perdonado; porque en esta vida nueva y desdichada no hay ya penitencia saludable, y que en ella el arrepentimiento de los malos no es mas que la rabia del amor propio reducida á la desesperacion y despecho.

Allí es donde se nos dice que en la region de las penas eternas los que murieron endurecidos y rebeldes jamas amarán la verdad; porque ya no son capaces ni de convertirse con sus desengaños, ni de mejorarse con sus baldones; que estos no pueden ya mas que irritarlos, porque no hay esperanza de remedio, y que solo quisieran destrozar la verdad con sus manos sacrílegas, si su fuerza fuera tan grande como su odio. Allí se nos hace la pintura formidable de aquel dia tremendo en que Dios, á vista del universo, justificará su providencia, manifestando los resortes escondidos de su gobierno, la elevacion de sus consejos, la santidad de sus leyes, y la justicia con que destina á castigos eternos á los que no quisieron aprovecharse de su misericordia.

Bien sé, señor, que el orgullo humano no puede soportar esta idea, y que siempre repite horrorizado: ¡qué! ¡por un momento de flaqueza una eternidad de tormentos! Pero ni sus injustas murmuraciones, ni sus dudas insensatas podrán mudar las disposiciones divinas, y los destinos de los hombres. Ya os he dicho que nuestra débil razon no es capaz de medir la justicia de Dios, que para hacerla callar basta hacerla

saber que Dios lo ha dicho. Considerad tambien que las leyes humanas no son injustas porque castigan la culpa de un momento con la pérdida irreparable de la vida; y si nuestra razon alcanza á conocer la necesidad de este rigor, ¿cómo nos podemos atrever á condenar á Dios, cuando despues de haber amenazado á los impenitentes con una venganza eterna, los ve desde su trono burlándose de sus amenazas?

Para nuestro sosiego debe bastarnos saber que bajo el imperio de un Dios de infinita misericordia ninguno sufrirá tan horrible destino que no sea por culpa suya, y sin haber en cierta manera como forzado á su justicia. Considerad tambien que si todo el terror que inspira la idea de un infierno no es suficiente para contener á los hombres, ¿qué seria si Dios no hubiera dado por contrapeso á las pasiones una eternidad desventurada? «¿Cómo es posible imaginar, » dice Bosuet, que no haya en Dios una justicia, » cuando la nuestra dimana de la suya? Pero la de » Dios debe ser soberana, esto es inevitable; divina, » por consiguiente infinita: siendo infinita debe ser » conforme á su naturaleza, y sus castigos deben ser » infinitos. Que mediten esto los malos, y que vean » que no pueden hallar seguridad contra la cólera » eterna que los amenaza».

Para que sintamos mas el precio, la grandeza y la necesidad de la religion, transportémonos, señor, con el pensamiento al último instante en que la vida se termina. ¿Que consuelos puede ofrecer á un moribundo la seca y estéril filosofía de la incredulidad?

¿qué le podrá mostrar para calmar sus terrores, y alentar sus esperanzas? ¿será el espantoso y poco seguro abismo de la nada? Pero, ¿qué alma, si sus pasiones no la han embrutecido, podrá imaginar sin asombro destino tan horrible? ¿cómo es posible que la naturaleza no rechace la idea de su destruccion? ¿y qué incrédulo puede estar bastante seguro de ella, para descansar con tranquilidad en tan vergonzoso y amargo recurso?

La verdad es que ninguno de ellos está tranquilo ni seguro; así lo vemos desmentirse de ordinario en las cercanías de la muerte; entonces hacen á la religion reparacion de sus desprecios, y buscan en la misericordia de Dios el consuelo que no pueden hallar en sus antiguos principios. Si alguno de ellos lleva mas adelante el furor de su impiedad, es el último esfuerzo de su orgullo, el infeliz artificio de su despecho, que quiere cubrir la turbacion que le devora con la máscara de la firmeza, acaso porque Dios le ha arrojado de sí y le abandona, y porque él mismo ha perdido con la esperanza del perdon hasta el valor del arrepentimiento.

¡Que diferente es la suerte de aquel á quien la religion acompaña hasta el fin con su luz y su fuerza! El Cristiano mira la muerte no como efecto del acaso, ni de una ciega necesidad de la naturaleza, sino como consecuencia justa, indispensable y santa de la sentencia pronunciada contra el pecador, y que se ejecuta en el tiempo que señala la Providencia. El moribundo se une con la justicia divina, coopera con ella, y se

somete, obedece, se humilla y adora, da gracias, ó por lo menos se resigna, se mantiene en paz, y levanta á Dios su corazon, implorando su misericordia, y sostenido por su esperanza.

El Cristiano sabe que su vida no era mas que un largo sacrificio, que empezó en el momento en que por el bautismo se ofreció á Dios, y que debe consumarse por la muerte; que viviendo ó muriendo debe ser todo de su Señor, y no puede ser mas; que en este estado de humillacion y agonía es mas particularmente suyo, porque va á dejar la vida para obedecerle, para imitar su muerte y representarla.

De modo que la muerte sin religion es un objeto horrible, un suplicio vergonzoso, un abismo sin fondo, una desgracia sin recurso, y el mas fatal escollo de la humanidad; pero la muerte en Jesucristo es una oblacion voluntaria, un acto de obediencia, un sacrificio de espiacion, un sueño apacible, un rápido pasage de las tinieblas á la luz, del destierro á la patria, y de las miserias de una mansion corta y borrascosa á la paz de una vida inmortal y bienaventurada.

¡Ay, señor! si los hombres consideraran con frecuencia estos momentos últimos, en que las pasiones callan y tienen mas luz los desengaños, no se fiaran tanto en una filosofía de telarañas, que el primer soplo de terror la deshace y aniquila en un instante; pero la desgracia es que en el tiempo de la salud y fuerza, cuando el amor propio arroja lejos de sí la idea de la muerte, las pasiones se apoderan del corazon, y no

dan lugar á reflexiones. La gloria de la religion es que la mayor parte de los que la atacan son corrompidos y desarreglados en sus costumbres, y que los que viven en el órden sin amores delincuentes, ni hábitos viciosos, no tienen dificultad en unirse al yugo de la fe, la respetan, la profesan, y cuanto ella les propone les parece creible y razonable.

¿Quiénes son los que desean y trabajan para sacudirle? Aquellos cuyas pasiones se han inflamado, cuyos sentidos han ofuscado su corazon y se han sumergido en el desórden. Es pues gloria de la religion no tener por enemigos mas que hombres desordenados, esclavos de su carne ó idólatras de su fortuna; este es testimonio evidente de su santidad, de su equidad inviolable, y de su inflexible rectitud. Si ella pudiera aflojar de la severidad que recomienda; si pudiera acomodarse con el vicio, y dar ensanches á sus apetitos impuros, á sus ideas ambiciosas y á sus injusticias, no la hicieran la guerra con tanta rabia, la dejaran dominar en paz sobre la tierra, y no la persiguieran con odio tan furioso.

No ignoro que la mayor parte de los incrédulos dicen que no se declaran contra la moral del evangelio que reconocen santo, sino contra sus misterios que no entienden, y que trastornan las ideas humanas; pero esto es artificio, y si fueran sinceros confesaran que los misterios no les incomodan, y que si los combaten es porque les sirven de pretesto para destruir la moral que suponen y predican, y porque quisieran ofuscar una luz severa que no les deja gozar tranquilamente sus placeres. La fe de los misterios no les costara nada,

si la pudieran acomodar con la iniquidad de sus corazones; pero, ¿cómo aliar la luz con las tinieblas? Cuando no hubiera otra prueba contra la incredulidad que el acomodarse tanto con el desórden de la vida, se debiera inferir que no vale para nada: este título solo bastara para condenarla.

Supongamos que hubiese en algun reino hombres que intentasen desacreditar el gobierno de su soberano, que despreciasen sus órdenes, que hablasen de su persona sin respeto, que dijesen que el obedecerle era miseria y cortedad de espíritu, que el zelo de su servicio era ridículo, y en fin que derramasen impresiones injuriosas á su magestad y capaces de trastornar su monarquía; os pregunto, señor, ¿si se dejaria tranquilos á estos hombres? ¿y si por lo menos no se les haria encerrar? ¿Y se deberán tolerar hombres tan atrevidos y sacrílegos, que enmedio del cristianismo, con sus impiedades y mofas profanan las cosas mas santas, y desacreditan el servicio de nuestro gran Dios á quien adoramos? ¿que no hacen caso de su luz ni de su culto, que tratan de supersticiosas las demostraciones de nuestra adoracion, que trabajan por quitarle sus mas fieles siervos, por apartarlos de sus altares, y en fin que se burlan de sus ejercicios devotos, llamándolos hipocresía ó simplicidad? ¡Señor! ¿os parece esto justo?

Lo singular es que los que no caen en tantos excesos suelen decir, hablando de estos hombres, que fuera de este artículo en lo demas son honrados y hombres de bien; estilo absurdo y que desacredita

mucho el título de honrado. ¿Cómo puede ser honrado el que falta á su primera y mas esencial obligacion, que es la de reconocer á su Criador, adorarle y obedecerle? ¿cómo puede ser hombre de bien el que profesa principios que se dirigen á destruir toda la confianza entre los hombres? ¿el que no tiene freno que le detenga, para determinarse á todo lo que le pidan sus intereses y placeres? en fin, ¿el que vive sin fe y sin ley? Que se le ponga en pruebas difíciles, y presto se verá lo que es, y lo que da de sí este hombre honrado.

Tambien es singular que á este incrédulo se le propongan las verdades de la fe, esto es, revelaciones fundadas sobre la tradicion mas antigua y mas constante, confirmadas con innumerables milagros públicos, consagradas con la sangre de muchos mártires, autorizadas con la sumision de los hombres mas sabios en todos los siglos y la creencia de naciones enteras, y que nada de esto le haga fuerza; y si se le proponen los delirios ó las ideas sútiles de un filósofo nuevo, que regla el mundo á su antojo, que discurre sobre el órden y la naturaleza de los entes con tanta seguridad como si los hubiera hecho con sus manos; entonces este hombre tan incrédulo admira aquellas concepciones, las cree sin dudarlas, las sostiene con obstinacion, y las defiende tanto que delira por ellas. San Pablo dijo bien (1), « que Dios entrega estos « hombres á su réprobo sentido, que se pierden en

(1) *Ad Roman.*, 1 *y* 28.

» sus pensamientos frívolos y quiméricos, y qué los » que se tienen por sabios son insensatos ».

Por otra parte yo quisiera preguntar á éstos catedráticos de irreligion, ¿qué es lo que pretenden? ¿Quitar las supersticiones? ¿cortar los abusos? Todos lo deseamos, y la Iglesia lo desea mas que nadie. Pero, ¿para arrancar la zizaña es menester arrancar tambien el buen grano? ¿La moral del evangelio no es santa? ¿no es propia para hacer á los hombres justos y felices? Pues, ¿porqué desacreditarla? Y cuando fuera posible estirparla del mundo, ¿qué se hubiera conseguido? ¿Se puede acaso hallar otro medio mejor y mas fuerte para freno de los hombres, y gobierno de los pueblos?

¿Qué seria de un estado en que no hubiera ni una religion que contenga, ni una moral que reprima? ¿cómo existiria una sociedad en que cada uno ejecutase todo lo que pudiera ocultar á la vigilancia de las leyes humanas, y no tuviera mas regla que la de su interes? Como de ordinario los intereses de unos se hallan en contradiccion con los de otros, ¿cuál seria el efecto? Disensiones continuas, pillage universal; el pobre pillaria al rico, el ocioso al aplicado, y nadie podria estar seguro de una muerte violenta ó de un asesinato: todo seria confusion, delitos y trastornos, y esto es lo que los incrédulos harian en el mundo entero, si lograran su empeño de desacreditar la religion.

Pero ellos no se embarazan de estas consecuencias, ni se detienen á considerarlas; lo que les importa

es sacudir una ley que incomoda sus pasiones, y engañarse á sí mismos. El tono del dia en los discursos y en los libros es ridiculizarla, burlarse de ella, y hacer reir á los oyentes ó lectores. Los escarnios son los argumentos, los chistes y las ironías son las objeciones á la moda; esto es fácil, y al mismo tiempo astuto, porque nada hace tanto efecto en los ignorantes, que no conocen la futilidad de sus raciocinios, como un sarcasmo dicho con gracia y sazonado con la sal de la impudicicia; pero el instruido oye de otra manera á estos nuevos doctores, y cuando los ve muy satisfechos de haber combatido á su modo la religion, porque se han burlado de algunas devociones populares, que tratan de abusos y supersticiones, ó ve su ignorancia con lástima, ó mira con indignacion su malignidad.

Sabe el instruido que nuestra religion no consiste en esas devociones particulares, que es fácil que la simplicidad del pueblo introduzca en ellas alguna supersticion por un error hijo de su ignorancia; pero que la Iglesia las condena, y encarga á sus ministros que velen para ilustrar las gentes poco instruidas; que muchas veces no son mas que excesos de zelo que nacen de un buen principio, que no todo lo que condena el zelo amargo de estos apóstoles falsos se debe condenar, que hay fundaciones piadosas que una buena intencion inspira en honor de Dios y de sus Santos, y que estas deben fomentarse; que puede haber otras instituciones acaso menos útiles, pero no contrarias al espíritu de la religion, y que estas se

toleran por no enfriar el zelo, y porque no perjudican; pero que nunca se miran como el fondo de nuestra creencia y culto. Esto es lo que estos sofistas debian reflexionar. Si no lo saben, es mucha ignorancia; si lo saben es mucha malignidad querer desacreditar la religion por accesorios que no pertenecen á lo principal.

Si quieren caminar de buena fe, que se despojen de toda preocupacion, y que la examinen en su fondo y esencia. Entonces no podrán dejar de admirar cuanto es sublime y santa, y reconocerán que tiene con qué contentar á los espíritus mas sabios y elevados, como los fueron los padres de la Iglesia. Aunque no quieran, descubrirán en ella un carácter divino, que los asombrará; pero ya he dicho que no es esto lo que quieren. ¿Y qué hacen? Atacan lo que no se defiende, un punto de ninguna consecuencia, y en que la religion regularmente no se interesa; una ceremonia, una costumbre que les choca, y que la simplicidad suele introducir, son los objetos sobre que descargan sus golpes, y hacen grandes esfuerzos de elocuencia para echarlos por tierra. Bien se demuestra que la religion es inespugnable; pues no se la puede combatir sino tan de lejos, y con objeciones tan frívolas.

Si llega el tiempo de que este nombre de *filosofía* hoy tan envilecido recobre su significacion verdadera, y que el título de *filósofo* no se dé sino al que ama la verdad, y la busca de buena fe, se leerá con asombro que en nuestro siglo la filosofía era enemiga de la religion, y que era menester ser incrédulo y blasfemo para alcanzar renombre de filósofo.

Cuando el evangelio no fuera mas que un sistema humano; cuando se pudiera demostrar que el divino orígen que se le atribuye es falso, y sus esperanzas y amenazas quiméricas, nadie pudiera negar que es un libro excelente que no ha podido escribirse sino con intenciones virtuosas; que su doctrina es tan pura, sus maximas tan santas, y sus consejos tan sabios, que si su observancia fuera general, con esto solo se remediarian cuantos abusos y desórdenes lloran los hombres de bien en las sociedades humanas. Así es imposible quitar á los fundadores del cristianismo el mérito de haber emprendido un designio saludable, de haber concebido ideas santas y sublimes, y de haber sido hombres benéficos, y verdaderos amigos de los otros hombres.

Hay tambien otra cosa que salta á la vista, y es que de cuantas especies de personas componen la sociedad humana, las que se conforman con las leyes del evangelio son las mas felices, las mas tranquilas, las mas seguras, las mas firmes en sus principios de probidad y de honor, las que cumplen mejor con las obligaciones de su estado, y el recurso mas cierto y compasivo en las necesidades de los menesterosos. De esta esperiencia resulta una verdad que debiera detener á cuantos aman la virtud, y quieren pasar por filósofos verdaderos, y es que pues el evangelio es capaz de producir estas virtudes, ningun corazon honrado puede desacreditar su doctrina, y que solo un perverso puede desear el que los hombres dejen de ser Cristianos, porque el primer deseo de la probidad es que todos sean buenos y dichosos.

Es pues evidente que en todas las supósiciones los detractores del cristianismo son peligrosos y culpados, que aun cuando fuera posible demostrar que no existe ninguna religion revelada, seria menester respetar el evangelio como el mejor libro que ha caido en las manos de los hombres, y que los que pretenden desacreditarle deben ser tenidos por insensatos, furiosos, á quienes incomoda toda idea de razon y justicia, y cuya depravada corrupcion se avergüenza de la sabia y severa moral que en él se nos enseña.

El mas alto punto de perfeccion á que pudiera aspirar el mejor sistema de felicidad pública, seria que en fuerza de sus principios la parte fuerte y poderosa de la sociedad fuese como empujada por su propio interes á socorrer y hacer feliz á la parte débil y miserable, y que al mismo tiempo esta hallase en el mismo sistema un punto de apoyo y seguridad tan independiente, que pudiese ser feliz hasta en el seno de la opresion, y bajo el yugo de la tiranía.

Esto es lo que no han hecho ni harán jamas las legislaciones humanas, y esto es lo que hace el evangelio; este es el sublime caracter que le distingue de cuantos sistemas de política y de moral han parecido desde los siglos mas remotos hasta nuestros dias. El evangelio es el libro que ha presentado al género humano el plan mas vasto, mas rico y mas capaz de producir el reposo del mundo, la felicidad de los hombres, y la concordia de los imperios.

Si un filósofo no puede llegar á tener la creencia del cristianismo, se le debe compadecer sin duda, y

si tiene la desgracia de no poder esperimentar en sí los consuelos inapreciables que hacen felices á otros muchos, se le debe mirar con lástima; pero, ¿con qué ojos se puede mirar al frenético, que, no contento con su propio daño, concibe el insensato empeño de arrancar este consuelo de los corazones? Esto es lo que no se puede perdonar á la filosofía de nuestro siglo; su proceder es absolutamente incompatible con el caracter de hombres de bien, y si la indignacion pública de algunas naciones no ha escluido todavía de las sociedades honradas á todos estos filósofos maléficos, es porque en la estrema confusion con que los varios sistemas de impiedad han oscurecido los principios de la moral verdadera, las virtudes se han desfigurado, y han estendido tanto sus dimensiones, que es casi imposible discernir el punto en que la probidad acaba, y la iniquidad empieza.

Los que sin ninguna noticia del evangelio lean á Voltaire y á otros muchos filósofos de nuestros dias, cuando vean el furor encarnizado con que tratan la doctrina del cristianismo, se imaginarán que el evangelio es el libro mas perverso y pernicioso que jamas se ha dado al público, y que estos varones benéficos, por amor de la humanidad, le desacreditan con tanto ardor, por esterminar unas maximas que pudieran producir la desgracia ó la ruina total del universo, tanto es el encono y la saña con que le vituperan: pero por ventura, ¿la misma evidencia de su verdad no será causa de esta irritacion misantrópica? ¿no será la certeza de su utilidad el estímulo de tantas esplosiones

tan absurdas como indecentes ? ¿ y no se podria añadir á las innumerables pruebas de la divinidad de nuestra religion la dificultad que tiene de moderarse el que la contradice , y la imposibilidad de ser hombre de bien el que la censura y aborrece ?

En efecto , señor , el que fuera incrédulo de buena fe , y porque no puede persuadirse , estaria mas tranquilo , y soportaria la ereencia de otros con mas indulgencia. La persuasion sincera nunca es apasionada. El que insulta al que no logra persuadir , tiene otros intereses que los de la razon. Es menester un corazon maligno para complacerse sin interes en turbar el sosiego de los que viven en paz y quietud ; así parece que el filósofo que con tanta turbulencia predica lo que él llama verdad , da á entender que él mismo no está íntimamente persuadido , que no aspira mas que á evitar la vergüenza de abandonar toda virtud , y que quiere cegar á los demas para que no vean la pobreza y miseria de su corazon.

En vano pues trabaja la incredulidad en despojarnos de nuestra fe ; los verdaderos amigos de los hombres estarán siempre por la conservacion del evangelio. Este libro es tal , que si fuera posible que un hombre sincero tuviera la desgracia de no poderle creer , le quedaria la esperanza de que puede engañarse , y que acaso algun dia podria juzgar mejor ; pero siempre admitiria su doctrina , no podria dejar de amarla ; y la doctrina que sabe ganar el corazon , sabe tambien resistir á todos los errores del entendimiento.

Si la doctrina del evangelio fuera falsa, esta seria la primera vez despues del orígen del mundo que la verdad hubiera estado de acuerdo con el interes de las pasiones para destruir preceptos que las incomodan, y este concierto fuera tan nuevo, como inesplicable; porque el vicio y la virtud jamas pueden hallarse en armonía tan perfecta. No seria posible dar razon de un fenómeno tan raro; pero es muy fácil esplicar porque hay algunos que le combaten con tanta fuerza; porque abandonan la Iglesia en que nacen, y pretenden erigir en sistema la corrupcion, libertando á los hombres de sus obligaciones: todo es por librar á los viciosos de sus remordimientos, y por esto se observa que los apóstatas de todos los tiempos son mas injustos, inconsecuentes y encarnizados que los otros.

¡Empresa temeraria! Podrán seducir algunos ignorantes, y acabarán de corromper á los viciosos; pero la religion se defiende por sí misma, y, dejando aparte todos los antiguos y venerables documentos, todas las incontrastables pruebas de que hemos hablado, ostenta en su doctrina tal caracter de solidez y de grandeza, que no puede dejar de apasionar á todo corazon que esté libre de vicios ó de intereses personales; es imposible qne no inflame á toda inteligencia humana, aunque á su deseo de concebir y penetrar ofrezca de suyo tantos abismos y profundidades.

El ánimo verdaderamente noble y elevado se

glorifica y siente una satisfaccion sublime, cuando se reconoce ofuscado con la gloria de su autor divino, y el corazon que es generoso se complace cuando ve que se pierde en esta inmensidad augusta, y que su razon asombrada se reduce á un silencio profundo.

Por el contrario los espíritus vulgares y ligeros, no pudiendo percibirla, baldonan á la religion sus oscuridades y misterios. El que no tiene energía ni elevacion; el que no tiene vista suficiente para registrar de un golpe su vasto sistema en toda la estension de su correspondencia; el que no puede alcanzar á ver con una ojeada la armoniosa unidad de todo el objeto, y con ojos lánguidos y torpes solo puede ver sucintamente trozos, rincones ó pedazos incoherentes, este añade á la oscuridad de las cosas divinas la confusion de sus propios pensamientos. ¿Cómo no blasfemará de las verdades de la fe el ingenio tardo y limitado que halla dificultades en todo, y á quien su amor propio ha persuadido que el defecto de su inteligencia es el término de la posibilidad?

Pero el que pueda alcanzar á ver como todas estas verdades misteriosas se corresponden entre sí con la mas arreglada armonía, como todas dependen de un mismo designio profundo y eterno, como todas, en el concierto y conéxion que recíprocamente las enlaza, presentan el conjunto mas magestuosa, magnífico y sublime; en fin el que en el seno mismo de sus impenetrables abismos

puede

puede divisar los brillantes resplandores que arrojan en los asuntos que nos importa mas saber y conocer ; este estará obligado á confesar que esos mismos misterios que están tachados de oscuros disipan otros nublados que fueran mucho mas espesos , otras nieblas que confundieran mas á la razon , y trastornaran mas su reposo , y concluirá por reconocer que la verdadera filosofía no se puede hallar mas que en la religion misma , en que se hallan las virtudes verdaderas.

¿ Qué es la religion , sino el complemento, el último grado , la plenitud , la suma total de cuanto el hombre naturalmente busça para su felicidad y perfeccion ? Este es su objeto , su intencion , su deseo , y todo esto no define por entero la incomparable excelencia de su ser.

Que se nos presente pues otro sistema que sea tan profundamente concebido , y tan sabiamente combinado ; que se nos indique otro plan que suponga un conocimiento tan completo de la naturaleza humana como el del cristianismo : este es el único entre todos los conocidos que demuestra y justifica la tendencia y propension del corazon humano á ser feliz é indestructible. La infinidad de los deseos del hombre no puede cumplirse ni lograrse en ningun otro sistema de filosofía ; Jesucristo es el solo que nos puede traer esperanzas proporcionadas á nuestra capacidad de gozar , y á nuestra insaciable deseo de estendernos , é introducirnos en la interminable duracion del infinito.

La magestuosa inmensidad de este plan es la que da á nuestros libros sagrados un caracter tan distinguido de superioridad sobre todas las producciones del espíritu humano. Ni los antiguos ni los modernos han sabido jamas producir nada que se acerque á la abundancia, solidez y elevacion de las sagradas Escrituras. Y no solo los literatos religiosos reconocen en ellas un fundo de sustancia y riquezas que no se hallan en otra parte, pero todo hombre de gusto serio, y de ingenio profundo, sean los que fueren sus demas principios, todo espíritu elevado que ame los objetos grandes, la energía y opulencia de las ideas, todo orador que busque las riquezas de la eloquencia verdadera, todo filósofo que indague la naturaleza del hombre, sus necesidades y remedios, todo poeta que aspire á exaltarse, elevando su imaginacion á grandes sucesos, á magníficas pinturas, en fin toda alma sensible y tierna, que se deleite en el interes con que la mueven los sentimientos patéticos, delicados y vivos, todos los lectores reflexivos y dotados de un juicio sano, admiran y recogen con delicioso placer los ricos tesoros que se esconden en estos libros asombrosos.

El espíritu fútil y ligero es el que no puede traslucir su precio entre las formas antiguas de que está revestida su superficie; no tiene bastante perspicacia para penetrar que este oro puro no es menos precioso, por hallarse incrustado en materias sencillas, y que estas, lejos de quitarle su valor, manifiestan la rica mina en que ha nacido. ¡Cuántos hombres natural-

mente limitados, ganando una victoria á la naturaleza, se han hecho grandes con el solo esfuerzo de meditar y practicar la religion! Pero no se me citará ni hombre grande, ni hombre bueno, ni filósofo respetable entre los incrédulos. Lo que llega al público del caracter y de la conducta de estos sabios, cuando no es escandaloso, es á lo menos equívoco; y yo aseguro que su gloria no ganaria nada en que se publicasen las circunstancias secretas de su vida.

Será siempre una terrible presuncion contra los incrédulos ver que hasta ahora no se haya conocido uno cuyas virtudes morales hayan parecido en el mundo con este grado sobresaliente y heroico que deja la idea de una probidad intacta, constante, rigurosa y delicada, cuyo fruto es la veneracion pública; estas virtudes en fin que producen un nombre inmortal, que una nacion entera, y aun el mundo todo pronuncia con amor y con respeto. Yo no confundo la celebridad que dan los grandes talentos con el amor y reverencia que no se da sino á las grandes virtudes.

Todo el mundo conoce ó ha oido hablar de Voltaire, Rouseau, d'Alembert, Raynal, Diderot, Hume y otros filósofos de nuestros dias. He visto, señor, por lo que os he oido, que estimais algunos de ellos, y yo respeto vuestra opinion: ni mi objeto ni mi gusto es hacerme censor de su conducta; pero quisiera preguntaros, ¿cuál de ellos ha dejado un nombre tan amado y venerable como el filósofo Fray Luis de Granada, como los filósofos Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, y otros muchos de esta especie? A pesar

de cualquiera ventajosa opinion que podais tener de los talentos de los primeros, me parece que me confesareis que los últimos han sido incontestablemente mas hombres de bien : no hay remedio, todos sentimos en lo íntimo de nuestro corazon las impresiones diferentes que nos producen estos nombres.

Otra reflexion aun mas urgente es que los sistemas de la falsa filosofía de este tiempo tienen de ordinario por patrones hombres sin principios, sin costumbres, sin decencia, y tal vez sin honor. Parece que la filosofía es el asilo adonde se refugian los viciosos ; porque solo en su recinto pueden existir sin oprobrio, como que allí ninguna especie de depravacion desacredita. Esta circunstancia es terrible, pero no es posible oscurecerla, porque es un hecho que subsiste, que está á la vista de todos, y que seria muy fácil demostrar á los que no siguen la corriente del mundo.

Lo que sobre todo acaba de poner en claro la malignidad de este espíritu de irreligion ; es que sus partidarios no pueden negar, ni dejar de avergonzarse, viendo cuantos de entre ellos se han servido de esta falaz filosofía para multiplicar sus vicios y delitos. Esta consideracion sola debiera bastar para alejar de ella á todo hombre de honor : ¿Cuántas veces los secuaces de esta secta se han avergonzado unos de otros? ¡Cuánto les pesara ser conocidos en el público por lo que son, y por lo que entre sí se conocen ellos mismos!

Pero abandonemos esos infelices á la edad, á las enfermedades, y sobre todo á la misericordia divina.

Ya os he dicho, señor, que he conocido á muchos, que he tratado con algunos de ellos. Yo no he visto ninguno que estuviese sinceramente persuadido, convencido ó seguro de sus sistemas, y he visto pocos que cuando la edad ha debilitado sus pasiones no abrazasen y siguiesen doctrinas menos temerarias. Aquellos á quienes el cielo concede larga vida, pocas veces resisten á los impulsos de una razon ya calmada y tranquila; y si resisten en apariencia algunos, son estos los corifeos, ó sea aquellos que han adquirido alguna utilidad, y por orgullo no se retractan.

Pero yo he visto muchos convertidos de su ceguedad, y avergonzados de su antigua depravacion; su temeridad se habia transformado en una continua reserva, y sus sarcasmos en un silencio respetuoso. He conocido otros que, iluminados por una nueva luz, eran tan zelosos defensores de la verdad como habian sido sus intrépidos enemigos, y reparaban con una conducta penitente los escándalos de su impiedad. Pocos he visto que á la hora de la muerte no hayan sentido todos los tormentos de la perplejidad, todas las angustias del remordimiento, y que al fin no se determinasen al partido mas seguro.

Sin duda que ha habido algunos que aun en aquellos momentos en que se cierran todas las esperanzas de la vida, muestran no querer abjurar sus errores, y mueren con la falsa idea de sostener una gloria infeliz, que creen aumentar con su terquedad; pero estos son pocos ejemplos que Dios quiere darnos, negándoles sus auxilios, para que veamos hasta donde

puede llegar nuestra ceguedad cuando él nos abandona, y que temblemos de la severidad de su justicia.

La mayor parte y muchos de los mas famosos de aquellos mismos que en su vida, con sus acciones y sus libros, dieron mas escándalo y ostentaron mas la irreligion, mudaron de opinion y de conducta, sobre todo á la hora de la muerte. Yo pudiera citar muchos, vos lo sabréis de algunos, y los libros estan llenos de estas noticias; lo único que os diré es que en mi juicio Voltaire, patriarca de todos, tal vez hubiera hecho lo mismo, si su desgracia no le hubiera traido á terminar sus dias en París. El hecho es que en Ginebra se halló dos veces diferentes, y con largo intervalo, en peligro de morir, y que las dos veces hizo venir un sacerdote, con quien se confesó, y con quien se disponia á morir como cristiano. ¿Quién sabe si la tercera hubiera hecho lo mismo? Pero los filósofos que en París rodeaban el lecho de su muerte, cerraron la entrada á todo socorro religioso. No fué dueño de sí para tomar un partido, y la ira del cielo descargó el golpe fatal cuando él lo temia menos.

Pero dejemos esto á los juicios de Dios, que son inapeables, y segun ellos castiga algunas veces á los incrédulos, abandonándolos á un sentido réprobo en pena de sus escándalos y pecados precedentes. Nuestra obligacion es compadecer los incrédulos mientras viven, y pedir por ellos que se conviertan, y no mueran impenitentes. Un zelo amargo no es cristiano, y es mas capaz de irritar que de persuadir. La misma religion no quiere ser establecida con

violencia, no permite á cada particular mas que la dulzura de la persuasion, no nos deja otras armas que la fuerza de la palabra, el poder del ejemplo, el fervor de la oracion y el atractivo de la virtud. Si la cólera del zelo quiere encenderse contra la obstinacion del incrédulo, debe templarse con las aguas de la caridad, y quietarse en las providencias de la Iglesia.

Pero mi intencion, señor, en todo lo que acabo de deciros, es haceros ver los peligros que hay en alistarse en las banderas de esta fatal filosofía, y mucho mas en declararse públicamente su secuaz. Hay otra filosofía verdaderamente sublime, sana y segura, hija de la religion, y madre de la virtud; ella es incompatible con el vicio, por eso mismo acredita que es la buena, que es la verdadera, y que viene de Dios. Esta filosofía es tan conforme á la razon, y tan útil á la sociedad, que hasta sus enemigos se ven forzados á confesar que sus preceptos son muy superiores á los que dieron los mas sabios filósofos de la antigüedad.

En efecto, señor, si os dignais un dia de permitirme que yo os la esplique, veréis que toda ella es dulzura, beneficencia y amor; veréis que el evangelio impone alguna severidad al que le practica, porque le precisa á reprimir sus propias inclinaciones, cuando son viciosas; pero que esta severidad es moderada, que no impide la dulzura de la vida, y que la hacen muy tolerable la costumbre, la esperanza y los auxilios de la gracia. Y veréis á mas que este ligero yugo que se impone á cada uno cede en beneficio de todos, que no está impuesto sino para este fin, pues que la boca

divina que ha ordenado moderar ó contener el orgullo, la avaricia, la impureza, la cólera y las demas pasiones que desordenan el corazon, no lo ha mandado sino para que de la sujecion particular de cada uno resulte la paz, la concordia, el buen órden, y la felicidad de todos.

Esta filosofía no enseña mas que el candor, la verdad, la buena fe, el perdon de los enemigos, la beneficencia, el sacrificio propio por el bien del prójimo, la fidelidad, la buena correspondencia, en fin todas las virtudes que puede ejercitar el corazon. Considerad, señor, que no hay ni puede haber otra filosofía verdadera que la que puede hacer mejores á los hombres, la que les instruye á domar sus pasiones, la que les inspira amor á la virtud y horror al vicio; que por el contrario en esa falaz filosofía el hombre desconoce á Dios, para vivir á gusto de su fantasía. En todas las demas religiones le sirve como esclavo, y únicamente por interes; en solo el cristianismo le sirve tambien por amor, y los Cristianos son como los buenos hijos que aman á un buen padre. ¡Ay! señor, es menester ser buen Cristiano para ser filósofo perfecto!

Observad como desde que el evangelio apareció todas las filosofías de los Gentiles se estinguieron. Los historiadores convienen que en el sesto siglo de la Iglesia ya no habia quedado rastro de aquella filosofía estéril, que nadie pensaba mas en seguir las huellas de Platon, ni de Epicuro. Y la razon es clara, el evangelio habia derramado mas luz, y habia en

poco tiempo instruido mas á los hombres, que pudieron hacer en muchos siglos los ejercicios del Pórtico y del Liceo, y por eso, á medida que el sol del evangelio se estendia, toda aquella falsa iluminacion se apagaba. Un niño cristiano sabia ya mas que todos los sabios de la Grecia.

Señor, el hombre justo es el mejor filósofo, el mas virtuoso es el mas sabio. ¡Ciencia desdichada la que no analiza sino para dudar! ¡triste afan el de estar siempre apartando la vista para no ver la verdad, y el de cerrar los ojos cuando ella se presenta! ¿No es mas dulce creer y someterse? ¡Qué trabajo tan rudo y miserable es el de estar resistiendo continuamente á los impulsos del temor! ¡y qué consuelo, que bienaventuranza es vivir persuadido, seguir con fidelidad la luz que nos alumbra! Este es el estado del filósofo cristiano, porque su misma ley le ordena la tranquilidad del espíritu y la confianza del corazon. Todos los instantes goza de lo que desea: ni el dolor le abate, ni el disgusto le turba, porque recibe las penas como favores de la Providencia, se las ofrece con un sentimiento de amor, espera que le dará fuerza para tolerarlas, y cuanto son mas vivas se consuela mas, porque sabe que serán mas meritorias.

Si puede haber en la tierra felicidad, solo pueda sentirla el que siempre puede gozar del objeto que ama, que desprecia todo lo que le aleja ó desvia de este objeto, que no se ocupa mas que en la consideracion de su hermosura, que le dirige cuanto dice y hace, y hasta lo que piensa y desea; que ama y adora

sin zelos, sin inquietud y sin temores; que trasforma sus penas en placeres, porque las mira como medio de agradarle, en fin que goza ahora en cierto modo, y espera gozar presto, mas para nunca dejar de gozar. Esta es sin duda una gloria anticipada.

Vos me diréis que esta es una ilusion y una embriaguez. No examinemos ahora esto, y despues de tantas pruebas que os he dado de la verdad de la religion seria demasiado decir. Pero supongamos un instante que lo sea; pues que ahora no hablamos mas que de filosofía, me debeis confesar por lo menos que esta es mejor, y que debe ser preferida, pues su embriaguez produce una felicidad tan real y efectiva.

Me parece, señor, que un espíritu tan justo y elevado como el que os veo no puede dejar de conocer la excelencia y superioridad de la filosofía del evangelio, si se aplica á leerle; y espero tambien que Dios os habrá dotado de un corazon noble y bastante amigo de la verdad, para que cuando vuestra razon la perciba, se haga una gloria de rendirse y confesarla. O me engaño mucho en la idea que he formado de vos, ó vos desdeñaréis los miserables subterfugios de que la mala fe se sirve para evitar la confesion sincera de su convencimiento; me figuro que esta falsa vergüenza es indigna de vuestro caracter franco y verdadero.

Siendo así, yo no os pido mas que dos cosas: una que leais el evangelio con reflexion y seriedad, otra que examineis muy de cerca la vida y la conducta de aquellos que se sujetan á sus leyes, de aquellos que

profesan su observancia, y la siguen con regularidad y exactitud; que compareis á estos discípulos sencillos de Jesucristo con los mas ilustres de vuestros incrédulos, con esos ingenios que habeis estimado tanto, con esos amables amigos que tanto os han divertido. Cotejad las costumbres, las calidades y las virtudes de los unos y los otros. Y despues de este exámen yo abandono la decision á vuestro juicio; yo quiero que vuestra conciencia sea el único juez de este debate.

Vos me diréis entonces, ¿á quién en una ocasion difícil y estrecha daríais por preferencia vuestra confianza? ¿si al Cristiano temeroso de Dios, ó al filósofo incrédulo? ¿á cuál de los dos fiaríais mejor una muger querida, ó una hija inocente y sencilla? ¿á cuál daríais mejor en depósito vuestro tesoro? ¿á cuál confiaríais con menos temor un secreto de que dependiera vuestra vida y la de vuestra familia? en fin, ¿á cuál de los dos en el momento de la muerte quisiérais que se hubiera parecido vuestra vida?

Vos me diréis tambien, ¿cuál de los dos tiene sentimientos mas justos y principios mas honrados? ¿cuál será vasallo mas fiel, mejor padre, hijo mas obediente, esposo mas fiel, amo mas compasivo, bienhechor mas desinteresado, y amigo mas seguro? ¿de cuál se puede esperar mas caridad, mas zelo y mayores sacrificios? en fin, si la filosofía consiste en buscar la verdad y amar la virtud, ¿cuál de los dos os parece mas ó mejor filósofo en toda la fuerza y estension de este nombre? Si no opinais en favor de los Cristianos, será menester que digais que la

mayor cordura y la felicidad mas sólida no entran en la composicion de la filosofía, pues que los mas justos y mas felices de los hombres no son los mejores filósofos.

Pero aunque no dudo que despues de este examen no pudiérais dudar de la verdad, sé tambien que no basta conocerla para amarla; y menos para seguirla. Ya os he dicho que entre la razon y el corazon hay un espacio inmenso; y me hago cargo de todas las dificultades de vuestra situacion. Yo conozco demasiado el mundo en que vivis, el ascendiente de los hábitos y la tiranía de las pasiones, para esperar que la simple esposicion de algunas verdades austeras y graves pueda desde luego conduciros á las costumbres serias del evangelio. No ignoro que hay muchos que estaban tan lejos como vos de la senda de la religion, cuyo corazon se mudó en un instante; pero estos son golpes estraordinarios del cielo, sobre que no se puede contar, y que vienen de aquel poder inescrutable que se digna de asombrarnos algunas veces con milagros.

Lo mas comun es que los hombres que han pasado mucho tiempo en el desórden, y que estan bien quistos con el desahogo y la licencia de sus pasiones, trabajan para atolondrarse, y no dejan toda la entrada á la luz porque los lastima la verdad. Si por acaso la religion les presenta sus magestuosas y terribles imágenes, sienten una impresion que los estremece; pero las del mundo la disipan presto, y cuando mas, producen en el corazon un sentimiento confuso, una

idea vaga de examinar esto un dia mas despacio, y á lo largo tomar un partido; pero este dia pocas veces llega. Se pasa la vida en la ilusion de las pasiones insaciables, que se renuevan sin cesar; se lucha continuamente contra su propio temor, contra la evidencia de sus errores, y al fin se acaba sin haber tomado jamas este partido.

No permita el cielo que vos seais de este número desgraciado, y yo espero que un dia su gracia moverá vuestro corazon; pero, como el momento depende de su bondad, entre tanto que os hace este favor inestimable, solo quisiera daros un consejo, y es que no añadais á la desgracia de haber abandonado la virtud el delito de atropellar y escarnecer la verdad. Que si sois bastante débil para no querer obedecer á la severidad de la ley, seais bastante justo para reconocer vuestra flaqueza, para llorar vuestra miseria, y para respetar una religion que seria la mayor desgracia no implorar un dia; una religion que podrá en su seno consolaros del dolor de haberla profanado con vuestras costumbres. ¿No es bastante que se haya corrompido el corazon? ¿porqué querer tambien que el entendimiento sea cómplice de la voluntad, y agravar la depravacion del alma con todo el horror de la irreligion?

Jamas la incredulidad ha podido tentar al que tiene costumbres inocentes y puras; y es la última prevaricacion del orgullo pretender que sus perversas y bajas inclinaciones, sus vicios odiosos y viles, quieran formar un sistema de razon y de filosofía.

¡Qué! ¿porque un hombre no sabe ser casto, moderado ó decente; porque no resuelve domar sus desordenados apetitos, porque no quiere sujetarse á ninguna ley, será menester que maldiga el cielo y la tierra? ¿que ultraje al evangelio? ¿que blasfeme de Jesucristo? ¿que desprecie la fe? ¿y que escuse su deplorable corrupcion con el horrible estilo de la impiedad?

Esto es perderlo todo á un tiempo, es no contentarse con sacrificar la tranquilidad y la dulzura de una vida inocente, sino querer quitarse hasta la esperanza de convertirse un dia, y, por lo menos, la de morir implorando la misericordia, y adorando la virtud. ¡Qué ferocidad es, señor, la de contratar en presencia del público la obligacion de rechazar la fe hasta en el lecho de la muerte, y querer que el mundo entienda que el último suspiro es tambien la última espresion con que se renuncia á Jesucristo y sus promesas! ¡Pues qué! ¿no es posible ser débil ó frágil, sin desertar de la religion de nuestros padres, y sin buscar en las tinieblas de una filosofía odiosa y desesperante un refugio á las disoluciones?

¿Porqué, ya que en este naufragio se pierde la virtud, no se procura salvar á lo menos el respeto de la religion, la estimacion que se debe á los que la practican, y la preciosa esperanza de poder un dia ser virtuosos? ¿Qué puede compararse á la pérdida de la inocencia? ¿cómo se creeria que este no era el mayor de los males, si no hubiera el otro de ni siquiera esperar que alguna vez se podrá recobrar este tesoro, y que sin este recobro no es posible

jamas ser justo ni feliz? ¡Qué furor tan loco es, porque una parte está corrompida, querer que en el todo no quede nada sano! ¡qué demencia es querer no solo arrancar de raiz la planta, sino arrojar tambien al fuego las semillas que pudieran reproducir los renuevos de la virtud!

¿Sabeis, señor, cuál es el caracter que distingue y deshonra mas al siglo en que vivimos? Es el de ser el único en que el vicio no ha querido marchar sin la impiedad. En todos los siglos pasados, y hasta en el tiempo que no está lejos del nuestro el desórden de las costumbres no pretendia autorizarse con los sistemas de la incredulidad. En todos habia, como hay hoy, hombres sensuales, sin freno ni principios, enemigos de todo bien, y mártires de la ambicion y del orgullo; habia tambien ingenios superiores, profundos y célebres filósofos, historiadores hábiles, grandes poetas, y oradores dignos de los mejores tiempos de Grecia y de Roma.

Pero jamas esta mezcla de corrupcion y luces producia impíos. Y si algun escritor perverso se atrevia á desacreditar alguno de los dogmas religiosos, la nacion entera se horrorizaba del atentado, y cada uno manifestaba su horror con aquel sentimiento que inspira el encuentro súbito de un monstruo. No se conocia entonces entre los Cristianos otra distincion que la de buenos ó malos; pero el abuso no habia llegado hasta el estremo de formar una clase entera de incrédulos y de blasfemos.

En todas las órdenes del estado habia libertinos y

justos, grandes filósofos y hombres incultos, hombres instruidos y malos escritores, académicos ilustres y talentos comunes; pero entonces todos morian de la misma manera, esto es, todos morian confesando á Jesucristo, é implorando los últimos auxilios con que la religion consuela á los que mueren. Entonces los grandes hombres de toda especie, los grandes príncipes, los grandes generales, los grandes magistrados, los grandes autores, todos habian vivido segun les habia inspirado su flaqueza ó su virtud; pero todos acababan arrojándose en los brazos de la religion, y apelando á los méritos de su Redentor, y nadie decia que un grande hombre que moria así desmentia su caracter de hombre grande.

Entonces no se veia nunca que el delincuente mas facineroso blasfemase en el cadalso, ni que rechazara con desprecio las exhortaciones y lágrimas del ministro del Señor, que procuraba conmoverle para salvarle; menos se podia imaginar entonces que llegaria el tiempo en que en algun pais se daria nombre de filósofos á los que despues de haber vivido en el desórden con escándalo, sabrian morir públicamente sin fe, sin Dios, sin dolor y sin esperanzas.

¿De qué causa ha nacido una diferencia tan espantosa entre siglos que se tocan tan de cerca? Un hombre solo ha producido esta revolucion tan increible. Hombre de muchos talentos, pero devorado de la insaciable ambicion de dominar los espíritus y de adquirirse una reputacion distinguida, se atrevió á combatir todas las ideas religiosas, y se atrevió á

proferir

proferir que el cristianismo era una de las supersticiones populares. Su designio era estinguir todo sacerdocio y toda monarquía, pretendiendo ganarse con esto la funesta y odiosa gloria de haber sido el autor y la causa del mas horroroso trastorno que podia sufrir el universo. Este intento absurdo, esta intencion atroz, este deseo bárbaro le devoraba el corazon, y fue el motivo de que la fecundidad de su imaginacion y la fuerza de su espíritu, que debian hacerle el mejor, el mas útil, y el mas amable de su siglo, degenerasen en una potencia maléfica, solo capaz de cegar y corromper á todas las naciones. Esta es la llave, este es el secreto de todos los escándalos filosóficos, de todos los fenómenos de impiedad que caracterizan la depravacion y el delirio del siglo décimo octavo.

Señor, respetad la religion entre tanto que la gracia divina no llega á iluminaros con su luz. La mayor edad, las nuevas reflexiones, el fastidio del mundo, la vergüenza de hallaros en tan mala compañía, podrán abriros los ojos, y haceros sentir la necesidad de volver luego, y acabar la vida en los brazos de la religion. Reservaos pues el poder y la libertad de arrojaros en ellos, y de empezar una vida nueva de cristiano, sin que la incredulidad pueda acusaros de inconstancia, y sin que pueda increparos que sois desertor de sus banderas: que á lo menos os quede la puerta abierta para si llega el dia de la luz. Desde que se hace alarde de la irreligion, se contrae un cierto empeño de no abandonarla por no parecer inconsecuente. Este

empeño es muy violento, muy brutal, y una alma vana quisiera sostenerle por orgullo; pero una alma verdadera y honrada podrá hallarse en el caso de no poder guardarle con exactitud, y lo mejor y mas seguro es no aventurarse.

Cuando avanceis mas en edad esperimentaréis que vuestras pasiones se debilitan. Entonces vuestra razon se desembarazará de las ilusiones pueriles que la ofuscan, y conoceréis la necesidad de reformar vuestras costumbres, y abrazar otras mas serias y moderadas. Casi sin que lo sepais hallaréis de repente en vuestro corazon un cierto gusto de órden, de verdad y de decencia que poco á poco os empujará, y sin que os hagais gran fuerza os arrojará en la sabiduria sólida del evangelio. Si en este momento, cuando ya no podréis superar vuestros remordimientos, y cuando la hermosura de la fe se os presentará á vuestros ojos con todo el esplendor, la opinion pública os supone entre los filósofos, y estos mismos os aguardan para veros morir insultando á Dios y á los hombres, ¿cómo será fácil romper con todos, y esponerse á las irrisiones y desprecios del público y de vuestros amigos?

Porque, señor, esta es casi toda la historia de los incrédulos. Abandonan la religion por entregarse á los vicios con libertad, y perseveran en la impiedad por orgullo. La edad desengaña á muchos y los reforma; la muerte espanta á los mas y los convierte; y si algunos llevan su obstinacion mas allá de la vida es porque se han declarado demasiado, porque temen pasar por inconsecuentes, porque no quieren perder

la fama que han creido adquirir, ó porque su razon entorpecida con la enfermedad no les deja bastante conocimiento para sentir los riesgos de su iniquidad. Acordaos, señor, de Voltaire, y no añadeis dificultades á vuestra conversion, que suelen hacerla mas difícil las circunstancias de la muerte, y temed siempre los justos juicios de Dios.

La incredulidad tiene un orígen muy vil para que pueda haber honor en sacrificarla en los últimos momentos el reposo y las esperanzas de la otra vida. Cuando un hombre tiene la desgracia de haber abandonado la virtud, y se halla perdido en las intrincadas y tortuosas cavernas de los vicios, no le queda mas que un hilo que le pueda sacar de laberinto tan enmarañado; solo tiene un recurso para no exasperar su conciencia, y consolar un poco su razon, y es enmedio de sus malas costumbres adorar siempre su religion; es reconocer que la depravacion del corazon y de los sentidos no pueden alterar ni mudar la verdad y solidez del evangelio; es envidiar algunas veces la feliz suerte de los Cristianos fieles que tienen la fuerza de enfrenar sus pasiones; es afligirse de su propia miseria, y esperar que algun dia tendrá este valor; es no abandonar la religion ni los ejercicios públicos y obligatorios de esta; es frecuentar los templos, no huir de la palabra de Dios, no sufrir ningun discurso impío, evitar el escándalo, y guardar en todo la circunspeccion y decencia que puede atraernos la gracia de Dios, y nos conserva aun en nuestras flaquezas la estimacion y la lástima de los hombres de bien.

La religion sabe que el hombre es débil, y en todos tiempos le espera prevenida para socorrerle con los auxilios de la Iglesia. Al instante que se presenta arrepentido lo cubre con su manto, y lo lava con sus aguas. No ignora que muchos moribundos que nunca la han buscado, imploran su socorro en las postreras agonías, y entonces le presentan una vida entera pasada en los delitos, sin poderle presentar mas que un instante de arrepentimiento. Con todo esta madre piadosa no los desalienta; y como tiene un tesoro infinito de que dispone, espera que este instante, por la virtud de la sangre preciosa de Jesucristo, con que cura las heridas, podrá dar al deplorable enfermo la salud entera, y por eso ha preparado fórmulas y preces con que implora y espera conseguir este prodigio.

Pero, ¿cuál será el sentimiento de esta madre al ver que una alma que nació en su seno, y á quien imprimió el sello de las promesas divinas, renuncia á tan altas esperanzas? Pues sus ritos augustos en aquella hora no contienen formas que indiquen la reconciliacion de los que han abjurado á Jesucristo. Escuchad las palabras con que ruega por los moribundos: « Señor Jesus, reconoced vuestra criatura, » que habeis regenerado con el agua y el Espíritu » Santo, que habeis marcado con la señal de vuestra » cruz, que habeis alimentado con la palabra de » vuestra verdad en el seno de vuestra Iglesia; perdonadla los pecados y las ignorancias de su juventud, » olvidad las antiguas iniquidades en que le precipitó

» el furor de sus deseos, *porque aunque ha pecado* » *no os ha renegado, os ha creido, y ha esperado* » *en vos que sois su Dios y su Salvador.* »

Discurrid, señor, ¡ cuál debe ser la pena y la angustia de un incrédulo convertido de miedo en un instante, cuando oye estas palabras! ¡ cómo debe sentir su corazon destrozado cuando reflexiona que ni siquiera puede alegar en su favor un motivo de consuelo, que queda á los perversos mas abandonados! Por eso es muy imprudente y muy peligroso aguardar á momentos tan estrechos para tomar un partido de tanta consecuencia. El que quiere recobrar el derecho de la esperanza bienaventurada no debe esperar ni la vejez ni la muerte : el instante que pierde no se recobra, y nunca podrá hacerlo demasiado presto.

El que persevera en su desórden con la esperanza de convertirse un dia, da demasiado valor á los miserables placeres de la vida, aventura mucho por gozos frívolos, su conciencia no puede consolarse con perspectiva tan dudosa, y es muy triste no tener otro recurso para sosegar sus remordimientos y temores. Todos tienen la certidumbre de morir, y nadie puede tener la de vivir un dia mas. Todos los dias vemos morir súbitamente hombres que podian esperar animarse todavía muchos años, hombres que no hubieran dejado de implorar los socorros de la religion, si hubieran pasado por la vejez y las enfermedades; pero un accidente ó un mal desconocido se adelantaron al tiempo, y murieron cuando menos pensaban, sin haber podido usar de estos auxilios.

Me seria muy fácil, señor, aterraros con ejemplos terribles; pero no lo creo necesario. Vos no me pareceis duro ni malvado; vos habeis podido ser débil, vos habeis podido estar alucinado. Si vuestra razon ha estado ofuscada con los errores de una filosofía insensata, y que, auxiliada por el atractivo de la licencia, ha podido seduciros, ya os he dicho lo bastante para que mireis que esta religion que tanto desprecian vuestros filósofos está llena de razon, y que los que la creen son mucho mas sensatos que los que la desprecian. Ya habeis visto una cadena de hechos y verdades, que, si no han podido convenceros, porque no habeis podido todavía familiarizaros con tantas ideas y tan nuevas, y porque han perdido una parte de su valor por la grosería de mis labios, por lo menos me debeis confesar que merecen un nuevo y mas apurado examen.

La importancia del asunto es tal, que un hombre de vuestro espíritu y talento no puede dudar que lo merece, y no lo dejará de la mano hasta que con entero conocimiento pueda tomar un partido. Pero entre tanto, y mientras se depone vuestra duda, me parece necesario suspender toda accion, todo movimiento que fuera contrario al espíritu de la religion; porque me parece que fuera la última imprudencia hacer lo que condena una religion que se examina, y que parece ser cierto lo que ella profesa. ¿Que escusa alegaria el que comete una accion que pudiera ser delito?

Esta circunstancia puede seros muy favorable; porqué si, como lo espero de vuestro juicio, vos os prohibis, mientras dura esta duda, lo que prohibe

el evangelio, veréis por esperiencia que su ley y su observancia no son tan difíciles como puede ser imaginais. ¿ Acaso la flaqueza de vuestro corazon es mayor obstáculo á la fe, que la resistencia del entendimiento? ¿ Acaso os figurais que es un terrible empeño el de sujetarse á las costumbres que pide el cristianismo? ¿ La idea de convertiros os contrista, porque os presenta una imagen lúgubre y austera á que vuestro corazon no puede acostumbrarse? Todo os parece tan frio, tan triste y monótono en las costumbres de los que viven religiosamente, que acaso no esperais poder acostumbraros á la severidad de estos principios, ni resolveros á tantos sacrificios.

Hoy ya es muy tarde para detenerme en combatir este error, que es muy injurioso á la dulzura del evangelio, y á la excelencia de los dones que la fe reparte á los justos. Si quereis, otro dia hablaremos de este asunto; aunque me parece que todo lo que os he dicho hasta aquí debia desengañaros de tan funesto error, y quisiera que recordaseis lo que os dije el otro dia sobre lo que exige el evangelio para recobrar la salud del alma, y que no es tan pesado como lo que exige un médico ordinario para que se recobre la del cuerpo. Me parece que aquellas consideraciones son dignas de que las peseis con la madurez de una razon franca y sincera.

Entonces cesó de hablar el padre. Yo no le habia dicho una palabra en todo el tiempo de su largo discurso, y á pesar de su silencio tampoco le dije nada, porque me ocupaba en hacer apuntamientos de lo que

me decia; y viendo que continuaba, el padre me interpeló preguntándome, ¿Señor, no teneis nada que decirme? Entonces dejando la pluma le respondí, escribo, padre, porque no quiero que se me olvide ninguna de las especies, y deseo conservar por lo menos el órden con que me las proponeis. Pero, ¿que quereis que os diga? Vos me habeis hecho un retrato de los filósofos muy diferente del que yo tenia, y no puedo negaros que empiezo á reconocer que el vuestro es mas parecido que el mio. En efecto, recordando lo que he visto... En esto sonó la campana, y el padre segun su costumbre levantándose presuroso me dijo, mañana, señor, continuaremos esta conversacion, y se fue.

Yo proseguí, y cuando acabé de apuntar mis especies me puse á repasarlas todas con atencion, y cada vez me asombraba mas. No podia dejar de ver que yo no tenia la menor idea de todo lo que el padre me habia manifestado en elogio del evangelio; que todo lo que me decia de los filósofos y de sus libros era verdad. Yo creia haber aprendido mucho en su escuela, y veia que no sabia nada. Yo antes tenia á todos lós eclesiásticos por fanáticos é ignorantes, y me asombraba de que el primero que encontré, y que yo empecé por despreciar interiormente, me enseñase tantas cosas de que no tenia la menor nocion, y que probablemente estaban tambien escondidas á mis celebrados maestros. Él me hacia ver un órden de cosas muy nuevo para mí, pero me sorprendia por su solidez, y no podia disimularme que era mucho mas razonable.

En fin, Teodoro, yo creia ver un mundo nuevo, pero mucho mas vasto y mas arreglado que el antiguo que conocia. Por otra parte no dejaba de interesarme el zelo y ardor con que este buen padre trabajaba por convertirme; le veia enamorado de este único deseo, no podia dejar de agradecerle la mucha pena que tomaba para esto; conocia que este afan no podia nacer sino de un principio de Cristiano, y de la íntima persuasion en que estaba de que este era el único camino de salvarme de mi perdicion. ¿Quién debiera desearlo mas que yo mismo? ¿quién era el mas interesado? Pero, ¡ay! no se convierte fácilmente un corazon endurecido.

Yo convenia conmigo mismo que en efecto los que creen y practican la religion cristiana tienen sobrados fundamentos para estar persuadidos de su verdad; que yo estaba engañado cuando creia que esta era una supersticion como todas las otras, sin fundamento sólido ni apoyo; que el padre me habia hecho ver pruebas tan sólidas y tan evidentes, que no era posible dejar de sentir su fuerza; que todo lo que decian los filósofos del siglo eran sofismas y dicterios frívolos; y que todos los hombres de esta especie eran tan fútiles y despreciables, como empezaban á parecerme cuerdos y sensatos los que, respetando una religion sostenida con tan graves fundamentos, la obedecian y practicaban. Porque en fin, me decia yo á mí mismo, no se puede negar que lo que el padre me ha dicho parece bastantemente serio y fundado para excitar una duda prudente, y en caso de duda tampoco se

puede negar que el abrazar esta religion es el partido mas seguro.

Aun confesaba mas, pues me parecia que los que, respetando la religion, siguen sus leyes, eran mas felices que los que la abandonan; que los primeros viven con mas sosiego, que su corazon está mas tranquilo, que sus costumbres son mas dulces, su trato mas suave, sus pasiones menos vivas. La presencia y la amenidad de este padre me lo persuadian. El silencio de aquella casa, la regla de su vida, el órden de sus ocupaciones diarias, y la paz y serenidad de su conducta me habian inspirado ya un cierto sentimiento de respeto hasta entonces muy distante de mi corazon, y que casi me hacia envidiar su suerte. Ellos son mas dichosos que nosotros, solia esclamar en mi retiro; y habia veces en que hubiera querido trocarme por uno de ellos; habia veces en que hubiera deseado haber vivido de un modo diferente, no haber oido hablar jamas de la filosofía, y haber, como otros muchos, seguido buenamente la religion en que nací, para morir en ella.

Pero cuando reflexionaba que despues de tantos años de costumbres inveteradas, de tantos hechos públicos en que habia ostentado una incredulidad tan decidida, era menester sujetarme á una vida severa, que me parecia imposible soportar, esponerme á la mofa de mis amigos y mis conocidos, que se burlarian de mí, me tendrian por un hombre inconsecuente y débil, perder mi reputacion, y esterminar de repente y de un solo golpe, placeres, comodidades y amigos;

todo esto me parecia una montaña que yo era incapaz de repechar. Entonces sentia haber venido á aquella casa, me enfadaba el padre que me habia despertado inquietudes que antes no tenia, y que me atormentarian ya toda mi vida, en fin yo hubiera querido, si fuera posible, no ser lo que era; pero no me sentia con fuerza para mudarme, ya tenia algun conocimiento del bien, y no era poco, pero me faltaban el valor y la resolucion.

En estas agitaciones pasé una de las mas infelices noches de mi vida. Esta idea de que podia haber una vida futura, me traia á la memoria la muerte que dí al estrangero, y el súbito y arrebatado fallecimiento de Manuel en medio de sus excesos y de sus vicios; y recuerdos tan dolorosos me llenaban de sobresaltos y de terror. Pero voy á despacharte esta carta, para empezar á escribirte en otra lo que me pasó el dia siguiente. A Dios, Teodoro mio.

CARTA XVI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO querido: A la hora acostumbrada vino el padre, y despues de las atenciones ordinarias me dijo: El estracto, señor, que me leisteis ayer me ha dado la idea de que tambien puedo haceros uno que, recapitulando lo mas esencial, os presentará la memoria de todo. Este método me parece útil, porque despues de haber reflexionado las especies, examinando cada una con la debida estension, la reunion de todas en un corto resumen hace que pueden refrescarse y recapacitarse de nuevo. Aunque en este compendio todo se esponga con ligereza, no deja de producir su efecto; porque recuerda lo que se ha dicho, y basta para que reviva la memoria de todo, en quien lo ha considerado de antemano.

Por otra parte tiéne la ventaja de que se presentan los mismos objetos con otro aspecto, y asuntos de tanta importancia deben ser vistos y considerados de todas las maneras y por todos sus lados. Puede ser que haya alguna repeticion, pero la forma será diferente, y tambien habrá especies nuevas. Yo le protesté que siempre le escuchaba con interes, y el padre empezó así:

Ya hemos visto, señor, que la religion cristiana, y la religion cristiana sola, ha enseñado al hombre todo lo que le importa saber; que ha disipado todas

las nieblas, que ha fijado todas las incertidumbres, que le ha hecho conocer todas las verdades que debe creer, todas las virtudes que debe practicar, y los bienes y males que puede esperar ó temer; en una palabra, que ella es la única que ha podido darle el don precioso de la fe divina, de esta fe en que la providencia y la sabiduría de Dios no relucen menos que su misericordia, de esta fe que es tan firme como meritoria; firme porque es bastante clara para determinar al entendimiento, quitándole toda duda razonable, y meritoria, porque es bastante oscura para que nuestra sumision sea virtud.

Me parece que puede compararse á la columna que dirigia á los Israelitas en el desierto, luminosa por una parte y tenebrosa por otra. Así nuestra fe ve con tanta claridad los motivos de creer que obliga á la creencia; pero ve tan poco el fondo de los misterios que cree, que necesita para no dudar de ellos de la mas rendida y perfecta sumision.

Ya hemos visto tambien que si creemos y adoramos á Jesucristo, no es sin pruebas de que este Hombre Dios vino á la tierra; que él mismo se dijo Hijo de Dios y el Mesías prometido, que anunció á los hombres su evangelio, que no exigió que se creyese su doctrina y se obedeciese á su persona solo porque lo decia, sino que probó y autorizó su mision con los medios mas capaces de convencer á todos; que los testimonios, documentos y pruebas que convirtieron á muchos Judíos y á innumerables Gentiles tienen la misma fuerza para nosotros, y añaden otras muchas

que ha podido dar el tiempo, y que todas son de tal naturaleza, que un hombre de juicio sano, á quien no ciegan sus pasiones, no puede quedar con la menor incertidumbre.

Tambien hemos visto que era digno de la Providencia que, mandándonos creer lo que nos dice, nos haya dado los medios de discernir con evidencia lo que ha salido de sus divinos labios; que para esto nos ha dado la razon que examina las pruebas de la fe; y que si la razon no pudiera asegurarse de que los oráculos son divinos, su fe estuviera incierta y vacilante, ó fuera forzada y nada meritoria; para decirlo mejor no seria fe, sino imbecilidad.

Pero que los motivos de creer lo que la fe cristiana nos enseña son evidentes y demostrativos; que con todo hay incrédulos, porque por la mayor parte no los conocen, ni toman el trabajo de examinarlos y comprenderlos; porque no caminan de buena fe, ni tienen el corazon bastante sano para juzgarlos sin parcialidad y prevencion; porque es imposible que puedan instruirse enmedio de sus desórdenes y de la continua disipacion del mundo; y en fin porque los ojos que tienen cataratas no ven la luz del sol, sin que por eso el sol deje de resplandecer.

Que aunque sean tan claros los motivos de creer, el fondo de los objetos es oscuro; que por eso exigen sumision, y que en esto consiste su mérito; pues la oscuridad es esencial al misterio, y no menos esencial á la fe; como que para creer es necesario no ver, pues el que ve no cree, sino sabe; el que ve no puede tener

fe sino evidencia ; el que ve no se somete cuando cree, ni ejercita una virtud, ni puede merecer, porque entonces su creencia no es acto de su voluntad ni sacrificio de su razon, sino necesidad de su entendimiento, que no puede dudar desde que ha visto ;

Que en esta economía ó disposicion de la Providencia se manifiesta la bondad divina, que ha querido conducirnos á la vida eterna por mano de la fe, uniendo por este medio nuestra santificacion á su propia gloria; pues dispuso que la sumision de nuestra fe glorificase su verdad soberana, haciéndola el sacrificio de la razon, como quiso que nuestro corazon le hiciese el sacrificio de su amor, y que el esfuerzo que hacemos para vencer nuestros sentidos nos sirviese de mérito ;

Que para que este mérito fuese digno de la alta recompensa que le promete Dios, nos propuso misterios, de los cuales unos parecen contrarios á lo que nos persuaden los sentidos, y otros son superiores á nuestra inteligencia ; misterios que naturalmente son difíciles de creer, y cuyo conocimiento se ha perdido en muchas regiones de la tierra ; que naciones enteras los ignoran, y que hasta en el seno del cristianismo sufren desprecios y contradicciones ; pues muchos son combatidos por la heregía, y todos son burlados por la incredulidad ; pero que, á pesar de sus dificultades y de tan malos ejemplos, el Cristiano sometido los cree y adora, porque sabe el respeto que se debe á la verdad suprema, y, abandonando la engañosa guia de su razon y de sus sentidos, solo confia en las luces infalibles de su fe ;

Que esta fe exige del Cristiano no una creencia como quiera, sino tan absoluta, que desmienta á cuanto le propongan sus sentidos; que debe imponer silencio á su razon cuando esta se quiera rebelar; que debe hacerla violencia, y sujetarla al yugo; que debe ser tan simple, tan pura y tan entera, que ninguna dificultad la detenga, ni la pueda excitar la menor duda; tan plena, tan total y tan perfecta, que se estienda á cuantos artículos la fe propone, sin que le sea lícito dudar de ninguno;

En fin que esta creencia debe ser tan determinada, resuelta y constante, que nada pueda separarlo de ella, ni temores, ni esperanzas, ni halagos, ni tormentos, ni la vida, ni la muerte: tal debe ser la fe y el homenage del Cristiano, homenage digno de Dios, y que solo se debe á su divina palabra. Sin duda que la carne y la sangre lo repugnan; el entendimiento se resiste, su independencia natural, su curiosidad, su presuncion no se acomodan con esta esclavitud á que le cautiva la fe; pero, á pesar de sus rebeliones y repugnancias, se sujeta con una sumision sin reserva, porque sabe que Dios lo ha dicho.

¿Y cómo sabe que lo ha dicho Dios? Por dos libros que no puede dejar de reconocer y respetar como divinos é inspirados, y como depósito infalible de la verdad.

El primero fue dictado por Dios en la ley antigua, y escrito de su órden por Moises y los profetas que le sucedieron; por Moises enviado de Dios, que probó su mision con milagros tan públicos como repetidos,

y

y hechos á vista de todo el pueblo. No puede dudar de la verdad de estos libros, y de lo que contienen; porque sabe que estos libros que refieren aquellos milagros fueron entregados por Moises á los Hebreos, que los vieron y que estan citados en ellos como testigos, y que estos no solo no los desmintieron, sino que los guardaron con respeto, y los pasaron á sus descendientes, que hoy los conservan con el mismo culto religioso; pues sus mayores, habiéndolos recomendado con tanta reverencia, acreditaron con este hecho la verdad de cuanto en ellos se contiene;

Porque las fiestas, los monumentos y los cánticos que los mismos Hebreos consagraron desde entonces á medida de cada suceso, y que hoy mismo renueva anualmente su posteridad, son otros tantos testigos permanentes que atestiguan lo que refieren esos libros; porque las profecías que desde entonces anunciaron acontecimientos que no podian caber en la prevision humana, y que se han verificado despues, han probado que solo pudo escribirlas una mano divina; y en fin porque las promesas consolantes que produjeron tan dulces esperanzas, y que fueron tan notorias y tan religiosamente conservadas, son otros incontrastables monumentos que persuaden su divinidad, su autenticidad y autoridad.

El segundo libro es el del nuevo Testamento dictado para la ley de gracia, y compuesto de los libros de los apóstoles y evangelistas, que refieren la vida de Jesucristo que era el Mesías prometido, su muerte, su resurreccion, su ascension, sus milagros, los de

sus discípulos, la conversion de los Gentiles, y el establecimiento de la Iglesia.

Estos libros tienen por lo menos tantos testigos como los primeros, pues fueron escritos por autores que vieron ó hicieron los hechos que refieren, y los entregaron tambien á los Cristianos, de los que muchos habian sido testigos, y todos los recibieron y veneraron como divinos, acreditando con su consentimiento y reverencia cuanto dicen.

Del mismo modo las fiestas, los monumentos y los ritos que empezaron desde entonces, son otros tantos testigos permanentes de los hechos que suponen, y garantes no menos persuasivos de los mismos libros. La estension de la Iglesia es prueba palpable de su establecimiento, y de la conversion de los Gentiles. Y, ademas de estas pruebas patentes, sus testigos son de una especie tan rara, que padecieron la muerte en los suplicios mas terribles por confirmar la verdad de lo que habian escrito, sin que jamas ninguno se hubiese desmentido.

Estos dos libros tienen entre sí tanta conexion y tan necesaria dependencia, que el primero es hecho para el segundo, y el segundo nace del primero. El primero anuncia y promete, el segundo verifica y cumple; si el uno es divino, el otro no puede ser humano. Así por testimonios, por monumentos, por hechos, y por cuantos medios pueden asegurar á la razon, sabe el Cristiano que aquellos libros son divinos, que el espíritu de Dios los ha dictado, y que no solo debe creer cuanto le dicen, aunque no lo entienda, sino tambien practicar cuanto le mandan.

¿Y qué le dice el primer libro? Le cuenta la historia de la creacion del mundo, le manifiesta el plan de los designios de Dios y de su conducta con los hombres; le informa que el cielo y la tierra son obra de un Criador omnipotente; que el hombre fue la última y la mejor criatura que salió de sus manos sobre la tierra, porque le crió á su imagen, lleno de inteligencia y de justicia; pero que el hombre ingrato violó el precepto de su hacedor, y perdió todos los privilegios de su orígen;

Que por este delito sus desgracias se comunicaron á su posteridad, y que la infeccion del tronco se propagó á las ramas; que habiéndose estas multiplicado en muchas familias, se vieron obligadas á dividirse, y morar dispersas por la tierra; que con su separacion y el transcurso de los siglos perdieron la memoria de los hechos primitivos; que apenas les quedó una nocion vaga y confusa de su grandeza pasada; que alteraron la idea de su Dios y Criador, desfigurándola con sus propias invenciones; y que olvidaron por entero la promesa del reparador que Dios ofreció á Adan al instante que reconoció la enormidad de su delito; que esta idea y esta esperanza no se conservó sino en Abraham y sus descendientes, á quienes Dios la habia renovado en diferentes ocasiones.

¿Y qué le dice el segundo libro? Que este reparador prometido á Adan, renovado á los patriarcas, confirmado por Moises y los profetas posteriores, que no solo dieron las señales por las que debia ser reco-

nocido, sino que fijaron hasta el tiempo de su advenimiento; que este Mesías tan esperado, tan anhelado y tan llamado por los corazones religiosos, cuando se cumplió el tiempo en que los profetas le habian anunciado, llegó por fin; que nació Jesucristo, y que en su persona se realizaron las figuras, y se cumplieron las profecías.

¿Y qué le dicen los hechos, los monumentos y testigos? Que Jesucristo dijo que él era el reparador, el enviado, el Mesías prometido por Dios, y que probó serlo ejerciendo sobre la naturaleza un imperio que solo Dios ó quien obra en su nombre es capaz de ejercer; que es verdad que propuso misterios elevados é incomprensibles y superiores á la razon humana; pero que todos ellos son grandes, dignos de Dios, y propios para servir de remedio á nuestros males;

Que su doctrina es mas pura, mas santa y sublime que cuanto hasta allí habia podido descubrir la ciencia humana; que su moral asciende á una perfeccion que la filosofía no hubiera podido imaginar; que sus promesas son magníficas y eternas, propias para hacer desabrido todo lo que acaba con la vida; pero que sus amenazas son terribles y espantosas.

Cuando el Cristiano ve que en Jesucristo se cumplieron todas las profecías; que él mismo hizo otras no menos asombrosas que se verificaron igualmente; que probó su mision con tantos y tan notorios milagros; que no sólo formó discípulos invencibles, que ni la muerte ni los tormentos pudieron hacerles titubear, sino que los mismos convirtieron muchos

corazones duros, que á pesar de la estrañeza de su doctrina se sujetaron á la severidad de su ley; cuando ve que estos discípulos no solo refieren la santidad de su maestro, sus prodigios, su resurreccion y su ascension; no solo lo sostienen á pesar de las amenazas, y enmedio de los dolores, sino que á pesar de todas las resistencias consiguen con tan débiles medios establecer y propagar su religion, ¿cómo puede desconocer su infinita prevision, su poder supremo y absoluto, y su divinidad? ¿qué puede hacer sino echarse á sus pies, adorarle, oirle con el respeto que se debe á la suma verdad, darle gracias de haberle criado en medio de una religion tan manifiestamente divina?

Todo contribuye á llenarle de veneracion á la misma religion: la antigüedad de su orígen, su constante uniformidad, y su inalterable duracion, que no solo abraza los siglos que han corrido despues de Jesucristo, sino que asciende á los pontífices de la ley, que representaban al pontífice de la ley nueva, y de ellos sube por Aaron y Moises hasta los primeros patriarcas, que fueron los que recibieron y comunicaron la promesa del Libertador. No se puede indicar la mas ligera interrupcion ni en la sucesion de sus ministros, ni en la predicacion de su fe; tampoco es posible señalar otra época que el nacimiento del mundo, ni otro principio que el mismo Dios.

¿Y qué mas es menester para derribar á sus pies todos los errores y supersticiones de la tierra? Las falsas religiones que se han levantado en diversos

lugares, y diferentes tiempos, tambien aspiran al título de verdaderas; pero por su desgracia las desmiente un hecho positivo, que no puede olvidarse ni encubrirse: este hecho es su misma novedad, pues á pesar de todos los artificios es fácil señalar á cada una el dia en que nació; y desde que la época de su nacimiento no es la del principio del mundo, esto basta para convencerla de impostura; porque, supuesto que Dios crió al hombre á su imagen, y para que le conociera y amara, era consiguiente que le diera los medios. Así toda religion que no puede subir por línea recta al momento de la creacion no es obra de Dios, sino invencion humana.

El Cristiano ve tambien su constante uniformidad, que no ha sido alterada jamas, y en este augusto caracter, que es privilegio singular, reconoce la mano omnipotente que la sostiene. Observa que todo lo que existe varía sin cesar; que leyes, costumbres, pueblos, imperios, que en fin todo se muda; porque cuanto es humano ó terrenal está sujeto á la inconstancia y á la movilidad de su orígen; pero que un pueblo solo, escogido entre todos los pueblos de la tierra para ser depositario de los oráculos divinos, ha sido especialmente conservado para que siempre pueda serlo.

Ve que enmedio de tantas ruinas tan enteras, de tantos destrozos tan completos de innumerables y vastas naciones, que sin dejar el menor vestigio apenas obtienen vagos y confusos recuerdos, este pueblo corto y miserable, arrojado de sus hogares, y despo-

jado de su herencia, es el único que, contra el ejemplo universal de todos los demas que se han disuelto, subsiste todavia, y que subsiste para ser testigo permanente y mudo que á su pesar certifica la verdad de una religion que sola es inmutable como el Dios que nos la ha dado.

El Cristiano ve tambien que en esta religion jamas se ha podido alterar el fondo y la sustancia de sus dogmas, y que es fácil probar por una multitud de monumentos auténticos que, á pesar de las revoluciones de los siglos, nunca ha sufrido la menor variacion; que en la ley de la naturaleza y en los dias de los patriarcas, que en los de Moises y de la ley escrita, que en los de David y de los profetas, que despues de la vuelta del cautiverio hasta la nueva alianza, que en tiempo de Jesucristo y de la ley de gracia, que en los siglos que precedieron al Mesías y en los que han corrido hasta nosotros, que cuando el culto de Dios estaba reducido á un pueblo solo, y cuando, segun las profecías, se derramó por las naciones, en fin que en todas partes y en todos tiempos siempre ha sido la misma, que siempre ha adorado al mismo Dios, creido los mismos misterios, profesado los mismos dogmas, y esperado ó recibido un mismo Salvador.

Sabe que siempre ha reconocido que el hombre no puede ni es digno de acercarse á su Dios, sino por la gracia y los méritos de Jesucristo, su mediador divino; que esta ha sido siempre, como es hoy, su única esperanza; que los patriarcas, los profetas y los antiguos justos no tuvieron otra fe ni otra religion;

que si nosotros gozamos de su venida, ellos vivian de sus esperanzas; que se consolaban con la promesa, que suspiraban por su cumplimiento, que, como nosotros, se consideraban ellos estrangeros en la tierra, y ciudadanos de la patria celestial; que no esperaban tampoco el perdon de sus culpas y el recobro de la gracia, sino por la fe de los méritos futuros de Jesucristo; y de este modo reconoce que su religion ha conservado una uniformidad constante y perpetua.

Su duracion es otra prueba que le convence de que Dios es su autor, y la sostiene con su poder; porque el Cristiano echa la vista sobre tanta multitud de sectas diferentes que han inundado la tierra sucesivamente, y observa que despues de haber durado mas ó menos á proporcion de lo que fueron protegidas, al fin todas se han disipado, sepultándose en el abismo del olvido; pero que su religion, que nació con el mundo, dura todavía, y que no puede deber este distinguido privilegio ni á los hombres, ni á los sucesos; pues ella sola ha sufrido mas combates y persecuciones que todas las otras juntas.

Sabe que el pueblo judío, su primero y fiel depositario, fue esclavo muchas veces de los fieros conquistadores de Asiria y de Babilonia; que se vió arrancado de sus lares paternos para ser transportado á reinos estrangeros; que todas sus desgracias, miserias y trastornos no parecian propios, sino para aniquilar su religion y destruir hasta su memoria; y que con todo subsiste todavía con el pueblo mismo, preservándose sola del destino comun de las cosas humanas mas robustas y menos combatidas.

Sabe tambien que ha cerca de mil y ochocientos años que esta religion con la venida de Jesucristo se elevó á ser cristiana, y en este largo intervalo la ha visto sufrir los mayores peligros, y los mas terribles combates; pero tambien ha visto que nada la ha podido alterar; que esta religion santa, que al principio del mundo salió de la boca divina, sobrevive á todos los errores que inventaron los hombres; que ha sabido atravesar con paso firme todos los siglos, y subsistir intacta enmedio de la disolucion entera de todo lo demas; que ni la malicia de las pasiones, ni los esfuerzos del infierno, ni la osadía de los novadores, ni los artificios de los hereges, ni aun los vicios de muchos de sus hijos, que han profanado su pureza, ni finalmente la lima del tiempo que todo lo devora, ha podido no solo abatirla, pero ni desquiciarla.

Tambien ha visto que tantas persecuciones y combates, lejos de hacerla perecer, han contribuido á darla mas firmeza, y hacerla mas augusta; que la sangre de sus mártires era el riego con que se multiplicaba y florecia; que los esfuerzos de sus enemigos no han servido mas que de aumentar su gloria; pues por mas que ha sido atacada, nunca ha sido vencida.

¿Quién viendo unas resultas tan contrarias á las ideas de la prudencia humana, y á la esperiencia de todas las cosas y de todos los siglos, no admirará como un milagro continuo esta perseverancia de victorias inverosímiles, este renacimiento de triunfos increibles? ¿quién no dirá, como Gamaliel, el mas prudente de los Judíos: Una obra que todos los es-

fuerzos de los hombres no han podido destruir es necesariamente obra de Dios? Por eso el Cristiano no se inquieta, aunque la vea combatida. Sus triunfos pasados le responden de su gloria futura, y no duda que sus mas encarnizados enemigos al fin han de rendirse y adorarla, ó serán ellos mismos víctimas de su propia osadía.

Bien ve que los incrédulos de nuestros dias trabajan en destrozar la herencia del Señor, y que se glorifican de sus tristes victorias; pero espera que su delirio tendrá un término, que llegará el dia en que á los ojos de nuestros descendientes no sean mas que lo que hoy son á los suyos, y á los de los hombres instruidos y virtuosos. Sabe que no deben su celebridad y sus secuaces ni á la bondad de su causa, ni á la superioridad de sus talentos, sino á nuestras pasiones y miserias.

Se persuade de que hemos irritado al cielo, y que para corregirnos los ha hecho instrumentos de su cólera; pero espera que habrá un dia de misericordia, y que entonces los hombres, desengañados de tantos errores, no se dejarán deslumbrar por el oropel de una filosofía falaz, y que llegarán á conocer que el amor de la independencia, y el orgullo de ostentar opiniones singulares, lejos de ensalzar al hombre, le degradan; porque solo el amor de la verdad y la práctica de la virtud pueden producir la verdadera gloria.

Sabe tambien que esta esperanza no es vana, que el empeño no es arduo, ni su logro difícil; pues si el gobierno por su propio interes lo desea y aplica sus

medios, si el clero por su parte cuida de su mayor instruccion y mayor pureza de sus costumbres, uno y otro pueden reformar las naciones cristianas, presentando á los pueblos la religion cristiana con la noble y magestuosa simplicidad que la pertenece, tal como salió de las manos de Dios, y tal como la predicaron los apóstoles, y con su doctrina purgada de lo que tal vez añade la supersticion, y con su culto despojado de todos los ejercicios que no son dignos de ella.

Sabe que las autoridades superiores tienen en su mano todos los medios de conseguirlo, y que solo falta que tomen las medidas proporcionadas y eficaces para que todos sus pueblos se apliquen y aprendan bien el magestuoso y sublime plan de nuestra santa religion, recobrando y conservando su pureza original y primitiva; que entonces, admirando su hermosura, estarán todos íntimamente convencidos de su verdad; y así no quedará pretesto á los incrédulos ni para el desden ni para la calumnia.

En fin, señor, cuando el Cristiano no tuviera otra prueba que los milagros de Jesucristo y de sus discípulos, esta sola seria incontrastable, y autorizaria cuanto su religion le enseña; porque es evidente que nadie puede hacerlos sino Dios, ó el que tiene su virtud y obra con ella. De este principio tan sublime y claro resulta que si Jesucristo hizo milagros, tenia y obraba con la virtud de Dios; y como Dios no puede autorizar la mentira, es indispensable confesar que se debe creer cuanto ha dicho, y obedecer cuanto

ha mandado. Así para el que duda nada le queda que examinar sino si es verdad que hizo milagros, porque el que cree esto no tiene ya que indagar mas.

Que Jesucristo hizo muchos milagros, y milagros de estraordinaria magnitud, públicos, á la vista de todo el mundo, es cosa tan probada y tan evidente, que es imposible que una razon que busca la verdad con buena fe pueda resistirse á la conviccion. Es imposible negar que Jesucristo no haya forzado á los demonios á salir de los cuerpos, que no haya dominado con imperio á los elementos, que estos no obedeciesen á su voz, que no aplacase las olas irritadas ni calmase las tempestades, que no sanase los enfermos, que no diese vista á los ciegos, oido á los sordos, salud á los leprosos, movimientos á los paralíticos, vida á los muertos, y en fin que no hiciese los prodigios que refieren los evangelistas, y que no caben mas que en el poder de Dios.

Tampoco se puede negar que no haya hecho todos estos milagros espresamente para probar que era Hijo de Dios, su enviado, y el Mesías prometido; pues él mismo dijo (1): *Las cosas que yo hago, ellas mismas dan testimonio de mí; si no creeis á mis palabras, creed á mis obras;* y que los hizo para publicar su evangelio, para enseñar la adoracion de Dios en espíritu y en verdad, y para dar una nueva y mas perfecta regla de costumbres. Recordaos, señor, de lo que hemos dicho en cuanto á las circunstancias que

(1) *Joan.*, ℣ 36, ℣ x, 38.

acompañaron estos milagros, su variedad, su multitud, el tiempo, las ocasiones, los lugares, los campos, las plazas públicas en que pasaron, las innumerables gentes que los vieron, y que, no solo los atestiguaron, sino que por ellos se convirtieron, recibieron la fe, y compusieron estas tropas de Cristianos primitivos que fueron tan célebres por su zelo y virtud.

No olvideis que una gran parte de estos testigos oculares sufrió la muerte en los suplicios mas atroces por confirmar la verdad de estos milagros; que estos testigos tan diferentes y numerosos no solo no tienen tacha, sino que eran respetables por su desinteres y altas virtudes; que eran hombres que hacian milagros ellos mismos, y aseguraban haber visto los de Jesucristo, que eran hechos en que no podian engañarse; y que no solo los publicaron á riesgo de su vida, sino que fueron á publicarlos á las estremidades de la tierra, sin que jamas se haya ninguno desmentido. En fin refrescad en vuestra memoria lo que sobre esto hemos conferido, y veréis que no hay hecho de historia que esté tan probado, tan atestiguado, y merezca ser tan creido.

Pero, dejando aparte tantas y tan evidentes pruebas, quisiera fijar vuestra atencion en un milagro, pero milagro de una especie nueva de que no se halla ni ejemplo ni modelo. Hablo de la resurreccion de Jesucristo, al que podeis juntar el de la ascension, que tiene todavía mas testigos, y mayores y mas patentes pruebas. Acordaos de lo que hemos dicho

sobre estos dos milagros; haced memoria de que vos mismo me confesasteis que si era posible probar que Jesucristo despues de haberlo predicho resucitó por su propia virtud, y pudo á la vista de sus apóstoles y otro gran número de personas elevarse de la tierra hasta perderse de vista en las inaccesibles alturas del cielo, esto solo debe bastar para no poder dudar que era verdad cuanto dijo, esto es que era Dios, Hijo de Dios, su enviado y el Mesías prometido; y por consiguiente es indispensable creer cuanto dijo, y obedecer cuanto mandó.

No pretendo repetiros las pruebas de que ya hicimos mencion; pero os suplico que las renoveis en vuestra memoria, que reflexioneis sobre la multitud de documentos, monumentos y testigos que comprueban estos dos hechos, que no hay ninguno en la historia ni tan seguro ni tan incontestable. Reflexionad que el que no quiera multiplicar sus atenciones en la diversidad de las pruebas hallará en la evidencia de estos hechos con qué aquietar su corazon, y que ellos solos bastan para disipar todas las dudas, fijar todas las incertidumbres, y arrebatar ó determinar la mas firme y sosegada creencia.

Os aconsejo, señor, que las examineis muchas veces y muy despacio á vuestras solas. Es imposible que pruebas tan poderosas que cierran todas las puertas á los subterfugios, no cautiven vuestro entendimiento, y no arrancuen como con violencia el asenso de vuestra buena fe. Ellas os obligarán á decir, si Jesucristo es Dios, yo debo amarle y adorarle, yo debo

obedecerle; y cuando el orgullo, las pasiones ó los límites de la razon humana pretendan inquietaros con nuevas dudas, temores ó sospechas, vos podréis con sola una palabra imponer silencio á todos esos enemigos inquietos y mal instruidos; decidles: Callad, que Jesucristo resucitó, y él nos lo asegura.

No olvideis tampoco que los apóstoles y demas discípulos que atestiguaron estos echos, y todos los otros de la vida de Jesus, se dividieron despues para obedecer al órden de su maestro, y predicar el evangelio á las naciones; que cada uno fue por su lado á region diferente, y que aunque separados y sin poder concertarse ó sostenerse, siempre se mantuvieron firmes, confesando enmedio de los tormentos mas horribles la resurreccion y los demas hechos; que estos hombres eran de tal especie, que no solo hacian tambien milagros, sino que tuvieron el poder de comunicar á otros el mismo don, y que este divino don, y el de la santidad de su vida fueron los medios con que pudieron, á pesar de su pobreza y ningun crédito, fundar tantas y tan numerosas iglesias.

Tened presente que testigos de este caracter, que pasaron tantos trabajos para defender una religion cuyo primer principio es la verdad, no se hubieran dejado martirizar por sostenerla, como igualmente por sostener la resurreccion y los demas milagros, si no los hubieran creido ellos mismos; que si los creyeron no podian dejar de ser ciertos, pues todos consistian en hechos palpables en que no cabe engaño. Reflexionad que no hubieran podido convertir á tantos

ni persuadirles cosas tan estraordinarias, si no hubieran hecho milagros en su presencia; que si no los hubieran hecho, no se hubieran convertido tantos, y menos asegurarán haberlos visto, cuando esta confesion los llevaba al suplicio. Y que, pues no se puede negar que lo decian, porque los mártires cristianos no lo eran sino por esta causa, debeis inferir que la resurreccion de Jesus, los milagros de los apóstoles y de sus sucesores estan demostrados con una evidencia superior á la de todos los hechos históricos.

No os fastidiaré repitiendo lo demas que os he dicho; pero os pido que lo renoveis en vuestra memoria, que lo mediteis, que lo compareis; y no tengo duda que, cuanto mas lo examineis por todos lados, quedaréis convencido de que Dios se ha dignado de rodear á su religion de cuanta luz era menester para mostrarnos que salió de su divino seno; que la cadena de milagros, monumentos y testigos con que la ha ceñido, no permite que se nos esconda su sabia y poderosa mano; que hizo todo lo que era necesario para convencer á los hombres, y no dejar escusa á los que por satisfacer sus pasiones cierran los ojos para no ver la luz.

Así es, señor: todo nos manifiesta que este Dios de inmensa misericordia, debiendo satisfacer á su justicia por el pecado del primer hombre, nos dió la mayor prueba de su amor, dándonos su Hijo único, el solo objeto digno de satisfacerla, para que á costa de su sangre nos restituyese los derechos perdidos; que le anunció, le prometió, le preparó los caminos,

le llenó de su virtud omnipotente, para que hiciera milagros, y comunicara el mismo poder á sus discípulos; que este hijo único, su verbo, por quien se hizo todo, el Criador de cielo y tierra, por obediencia á su padre, y por amor á los hombres vino á la tierra; que las profecías se cumplieron; que los milagros se ejecutaron; y que, á pesar de tanta luz, de tantos esfuerzos divinos, y de tantos sacrificios del Hombre Dios, hay hombres que por una torpe indiferencia no se dignan de saber estas verdades, y hombres que por la ceguedad de sus pasiones se obstinan á no creerlas; pero, ¡ay! que no por eso dejan de ser ciertas. Un dia las verán, y quizá demasiado tarde.

¡Infelices! no solo desdeñan los beneficios de Dios, no solo desprecian la sangre de su Redentor y sus inmensas esperanzas, pero ni siquiera le conocen. No, señor, los incrédulos no le conocen, ó, lo que es peor, tienen la idea mas falsa y pervertida. ¡Ah! si le conocieran, ¿cómo fuera posible que no le amaran? ¡qué desgracia! ¡qué pérdida! Jesucristo es sin duda el Dios de la magestad inaccesible, que no puede ser escudriñado por los débiles mortales; pero por su infinita bondad cubrió su luz con el velo de la naturaleza humana, y se proporcionó por este medio á la flaqueza de los hombres. El verbo se hizo carne, nació de nosotros, y vivió con nosotros: pero, ¡qué vida! ¡qué modelo! ¡qué virtudes! Si por su encarnacion pareció con el esterior de hombre, toda su conducta manifestó que era Dios.

Jamas en el universo ha parecido un hombre tan

dulce, tan virtuoso, tan benéfico y tan amable. En todas sus acciones y discursos no se propuso otro objeto que hacernos bien, instruirnos, consolarnos, y darnos ideas ó esperanzas las mas capaces de satisfacer á nuestro deseo insaciable de grandeza y de felicidad. Nada le afligia sino nuestros errores, nada le desagradaba sino nuestros vicios, nada le debia placer sino nuestras virtudes, y nada le consolaba tanto como recoger la oveja que se le perdia. Nunca se le vió verdaderamente contristado, sino cuando preveia nuestra obstinacion y las desgracias que nos debia acarrear.

Haced reflexion sobre lo que hizo, cuando, yendo con sus discípulos á Jerusalen, predijo las calamidades próximas de aquella rebelde y endurecida nacion; ved la ternura y sensibilidad con que las profetiza, los suspiros dolientes que exhala, el torrente de lágrimas que vierte. ¿Que corazon se afligió nunca tanto con los males agenos? ¿qué hombre sensible y generoso no se enternecerá, viendo una espresion tan dolerida de un amor tan desinteresado y tierno? No, no es posible estudiar ni percibir el caracter de su espíritu, y la dulzura de su corazon, sin reconocer que fué el mejor de los hombres, y que jamas el cielo en su misericordia les ha dado un bienhechor tan digno de su mano.

El evangelio dice (1) « que Jesucristo pasaba por » todas partes haciendo bien, y curando á todo el

(1) *Actor.*, x, 38.

» mundo ». Ve aquí en pocas y simples palabras el mayor elogio que es posible hacer de la beneficencia y del amor. Aquí quisiera interpelar á todas las almas generosas y sensibles, á los corazones francos y nobles, que no pueden oir sin enternecerse la relacion de un hecho distinguido por la espresion de una virtud sublime, á los que se conmueven con la admiracion de un beneficio heróico, á los que desestiman las índoles frias ó de caracter lánguido, que nada puede sacar de su indiferencia é insensibilidad, á los que conservan con una especie de culto reverente la imágen de los príncipes magnánimos, que han amado á los hombres, y se han sacrificado por ellos; en fin yo interpelo á todos los que aman la virtud y estiman el honor: que me digan si en la lista de los buenos reyes ó de los grandes hombres que han sobresalido por grandes virtudes y sacrificios heróicos hay alguno que se pueda comparar á Jesucristo; que nombren aquel á quien este elogio tan simple, pero al mismo tiempo tan sublime, de que vivió haciendo siempre bien, se pueda aplicar con tanta universalidad y exactitud como á Jesucristo.

Es imposible, señor, que yo os esponga ahora todo lo que este hombre Dios hizo en el curso de su mision sagrada. No cabe ni el tiempo ni en mi lengua decir los esfuerzos del incomparable amor y zelo que mostró al universo; pero os exhorto á que hagais vuestra continua y casi única ocupacion de la vida de este héroe celestial. Estudiadle en todos sus pasos, acciones y discursos; examinadle en todos los in-

tantes de su existencia sobre la tierra ; procurad formaros una idea de su dulce y benéfico corazon y caracter, y veréis que es el único entre los que han vivido con nosotros cuyas acciones y conducta correspondan con totalidad á la idea que tenemos de un buen corazon, de un verdadero amigo de los hombres; porque es el único en quien estas amables virtudes se hallaron sin ninguna mezcla de los defectos que alteran y oscurecen las de los otros, y porque las suyas jamas se desmintieron.

Jamas veréis en Jesucristo mas que un temor, y es que los hombres no reconozcan bastantemente que en los afanes de su laborioso ministerio no tiene mas objeto que su felicidad, y que esta sola es el deseo mas ardiente de su amor. De tal manera queria que con ningun motivo se pudiese esconder la ternura y el áfecto paternal de su corazon, que cuando una muger trasportada con la admiracion de sus virtudes esclama en medio de un tropel (1): *Dichoso el vientre que te ha llevado*, se apresura á apartar esta idea, que terminaba en su alabanza, y la responde en público: *Los dichosos son los que escuchan la palabra de Dios, y guardan sus preceptos.*

Toda su ocupacion era curar á los enfermos, consolar á los afligidos, instruir á los ignorantes, excitar á la práctica de las virtudes, estender las manos, acariciar y socorrer á cuantos le seguian, que por la mayor parte eran los mas pobres, los mas groseros

(1) *Luc*, XI, 27.

y los mas óscuros habitadores de la Judea. Derramaba sobre ellos la vista con agrado; en los infelices la fijaba compasivo, y á cada paso se le oia decir: Estos son mis parientes, mis hermanos, mis amigos, los objetos mas preciosos de mi corazon; reprende á los apóstoles porque quieren alejar de su persona los niños que se mezclaban con la muchedumbre, y que se le deseaban acercar: Dejad, les dice, acercar á esos niños; los bendice, los abraza, y los estrecha con todo su corazon (1).

Sus milagros mismos, aunque necesarios para probar su divinidad, eran al mismo tiempo efusiones de su beneficencia y de su amor. Parece segun el zelo y ardor con que se dedicaba al socorro de los infelices, que mas se ocupaba con el deseo de hacerles bien, que con la idea de manifestar su poder soberano. En efecto entre todos los milagros que hizo para convencer al mundo de que era el Mesías esperado, no hubo ninguno que no consolase algun corazon afligido, que no enjugase algunas lágrimas dolientes, que no socorriese alguna necesidad, que no aliviase algun miserable, y que no diese la vida y la alegría donde solo dominaban el dolor y la muerte.

Pero en nada se le veia tanto ardor, tanto interes y tan viva solicitud, como cuando el pastor divino encontraba alguna de sus ovejas perdidas que empezaba á sentir los estímulos del remordimiento, y queria volver á su rebaño. Acordaos de la pecadora

(1) *Matth.*, XIX, 13 *y* 14.

pública, que ya arrepentida va sin miramiento á la casa en que come, que echándose á sus pies los lava con su llanto y con el unto precioso con que los perfuma. Considerad como, á pesar de la infamia de que la cubren sus notorios excesos, no solo no la desdeña, sino que la deja hacer complacido cuanto el dolor de la penitencia la sugiere. Ved como la defiende del que en su corazon la desprecia y la censura; ved como la sostiene contra los discípulos que la acusan de pródiga, y ved en fin como, á pesar de la dureza de los otros, la consuela, y acaba por asegurarla que ya está perdonada (1).

¡Qué parábola la del hijo pródigo! ¡qué padre tan clemente y compasivo! Apenas el mas ingrato y pervertido de los hijos siente el primer impulso de un arrepentimiento que le arrancan sus tristes esperiencias; apenas se resuelve á volver á la casa de su padre, cuando este viéndole desde lejos no le espera para recibirle, sino que se adelanta, le sale al encuentro, no le da lugar para que le pida perdon; no le da tiempo para que le esplique su pesar, sino que desde luego le echa los brazos, manda que se prepare una fiesta, y satisface á su hermano zeloso, que se quejaba de la preferencia, diciéndole que á él siempre le tenia, pero que era menester celebrar el recobro de un hijo perdido; como si le causara mas placer este recobro que la conservacion de lo que no peligra (2).

---

(1) *Luc*, VII, 37. (2) *Luc*, XV, 11.

¿Y quién puede dudar de esta preferencia, y que era tal el sentimiento íntimo de su corazon? ¿qué otra cosa puede significar esta alegría que causa en el cielo la conversion de un pecador? alegría que supera á la que se produce en la perseverancia de noventa y nueve justos. Considerad, señor, la fuerza de esta espresion (1): *Mas alegria hay en el cielo de que un pecador se convierta, que no de que noventa y nueve justos perseveren.* Pesad la energía y el sentido de esta palabra divina, y decidme si es posible inventar un estilo en que pueda esplicarse mejor el gozo y la alegría de un Dios de misericordia, y de los bienaventurados que viven de su espiritu, cuando una alma descaminada recobra su razon, y vuelve á entrar en el camino de la verdad. Decidme si era posible que el divino pastor declarase con lenguage mas fuerte y espresivo su encendido deseo de que sus ovejas escuchen los silbos de su amorosa voz, y el gozo que recibe cuando las ve volver á su rebaño.

Este fue el caracter de Jesucristo. Y aunque todo es perfecto en su conducta, parece que sobresalieron dos virtudes, el amor de Dios en el zelo de su gloria, y el amor de los hombres en el deseo de su felicidad. Estos dos objetos ocupaban toda su atencion. Así no pensaba sino en enseñar lo que se debe á Dios, y en exhortar á la práctica de la virtud. Pero en estos ejercicios divinos, aunque era el dueño y el árbitro

(1) *Luc*, XV, 7.

del mundo, jamas se le vió usar de su poder supremo para ningun castigo; jamas se le vió intimidar con la amenaza, ni obligar con la violencia; jamas vengó una injuria, ni jamas usó de su poder omnipotente, sino para curar, consolar y perdonar; siempre se le oyó exhortar con la persuasion, con la dulzura y el amor.

En efecto los siglos no han mostrado jamas ni caracter tan inalterablemente dulce, ni corazon tan amante, ni índole tan buena. Pero, ¿cómo lo podian mostrar? La naturaleza no es capaz de nada tan perfecto; era menester un Dios para enseñar al hombre; y si solo el Verbo podia satisfacer por sus delitos, el Verbo solo podia ser su maestro, su guia y su modelo. Vedle en todas las situaciones de su vida, y siempre le hallaréis dulce, compasivo y tierno.

Vedle cuando, en sus viages, pasando por Samaria, solo, sin haber comido, y fatigado del calor y cansancio, se siente junto á Siquen cerca de un pozo (1). ¡Con qué afabilidad habla á una muger comun y pecadora! ¡como la convida con el agua celestial de su gracia! ¡cómo la declara positivamente que él es el Mesías! ¡cómo la instruye en el modo de adorar á Dios en espíritu y verdad! ¡cómo, cuando los discípulos llegan y le compadecen de no haber comido todavía, les responde que su alimento es servir á su padre, y ganarle corazones! ¡cómo, cuando los hombres de la ciudad vienen conducidos por aquella

(1) *Joan.*, IV, 5.

muger; tambien les habla con el mismo agrado! ¡cómo, aunque su designio fuese continuar su camino, rogado por aquellos Samaritanos, se detiene! ¡cómo entra con ellos á la ciudad, y pasa con ellos el tiempo necesario hasta que los instruye y convierte! ¡Qué afabilidad! ¡qué zelo! ¡qué condescendencia!

Vedle con la Cananea. En una de sus escursiones se le presenta una muger estrangera y gentil, que implora su socorro. Se resiste, porque parece que no estaba en el órden de su providencia empezar sino por las ovejas perdidas de Israel; pero la infeliz con humildad y con fe redobla sus instancias, repite sus ruegos con aquella importunidad que le agrada tanto, y su buen corazon, sin poder resistir mas, se rinde, la concede lo que pide, y la despacha consolada.

Vedle con la adultera (1). Esta era sin duda delincuente; y con todo cuando sus jueces van á condenarla, sus entrañas de misericordia se enternecen; usa de su poder divino para avergonzar á los jueces de sus propios delitos, y estos huyen corridos; queda á solas con la infeliz acusada: no la mofa, solo la pregunta si ha sido condenada; y respondiéndole que no, la replica que tampoco él la condena; pero la exhorta á que no peque mas.

Seria nunca acabar, y fuera menester desenvolver toda su historia para poder referir todos los casos en que siempre mostró, sin desmentirle jamas, este continuo y nunca alterado caracter de indulgente cle-

(1) *Joan.*, VIII, 3.

mencia. Baste decir en general que jamas se le presentó enfermo que no curase, necesitado que no socorriese, afligido á quien no diese consuelo, ni arrepentido que no perdonase.

Pero, ¿cómo no habia de perdonar á los que le imploraban, cuando perdonaba á los que le perseguian? Pedro le pregunta si se debe perdonar siete veces, y él le responde, que setenta veces siete, dándole á entender con esta espresion indefinida y general, que se debe perdonar siempre á los enemigos sin intermision ni fin. ¿Y quién ha dado mayores ejemplos de perdonar que él mismo?

Al fin de su vida, y cuando ya se consumaba su grande sacrificio, sus enemigos desahogaron el furor de su rabia. No se contentan con verle clavado en la cruz, derramando hasta las últimas gotas de sangre, sufriendo dolores indecibles; apenas le oyen que tiene sed, cuando añadiendo el insulto al tormento, y el escarnio á la ferocidad, corren presurosos para hacerle gustar hiel y vinagre; y este divino Salvador escoge aquel momento de tanta malicia para compadecerse de su ceguedad, levanta el corazon á su padre, y le pide por ellos.

Estos inauditos estremos de clemencia y de dulzura nacian del infinito amor con que amaba á los hombres. Pero, ¿quién puede esplicar ni concebir la estension, la intensidad ni la eficacia de este amor? No hay lengua criada que pueda describir lo que no tiene término, y solo lo puede esplicar el mismo corazon infinito que lo supo sentir. Para adquirir pues alguna idea, oygamos

lo que nos dice él mismo, observemos con atencion lo que pasó entre Jesucristo y sus apóstoles en la última cena, cuando los preparaba ya á la separacion mas dolorosa. ¡Qué lance! ¡qué escena! ¡qué situacion! Jamas la naturaleza ha podido ofrecer á la sensibilidad humana afectos tan vivos ni motivos de tanto interes.

Parece que en aquella triste noche y en aquel momento desconsolado, quiso Jesucristo reunir y reconcentrar cuantos rasgos de bondad, generosidad y ternura habia dejado ver dispersos y divididos en la carrera de la vida mas inocente que vió jamas la tierra; parece que quiso reproducirlos y juntarlos para formar con ellos un espectáculo capaz de enternecer las piedras y ablandar la dureza de los corazones mas inflexibles. Aquí todo adorno fuera ridículo, toda reflexion inútil; basta referir para interesar y arrancar de los ojos raudales de lágrimas.

Sabiendo Jesus, dice San Juan (1), que se acercaba la hora de volver á su padre, se retiró por la última vez con sus discípulos. Como los habia amado con el amor mas tierno, y como iba á separarse de ellos, y dejarlos en el mundo, quiso mostrarles hasta el fin cuanto los amaba. ¡Señor! ¿quién pudiera imaginar que el héroe de quien habla San Juan es el mismo de quien poco antes dijo que era el Verbo de Dios, que subsistia en Dios, el mismo Dios que lo hizo todo? ¡Y qué! ¿se recela que un Dios, y un Dios

(1) *Joann.*, XIII, 1.

que ama tanto á sus criaturas, haya podido engañarlas? ¿el que les muestra tanto amor cuando va á morir no les da la última y mas segura prueba de que es verdad cuanto les ha dicho?

Trasportémonos con el espíritu á la noche memorable en que Jesus celebró en Jerusalen la última Pascua con sus apóstoles, á esa terrible noche á que se siguió un dia mas terrible; pongámonos en aquel deplorable momento en que la ferocidad de un pueblo bárbaro prepara á la mas inocente de las víctimas el mas cruel de los suplicios; observemos los pasos de aquel monstruo de ingratitud y de perfidia, que despues de haber abrigado en su corazon el atroz designio de entregar á su maestro y bienhechor á la rabia de sus enemigos, buscaba ya los medios de ponerlo por obra; juntemos todas las demas funestas circunstancias de aquella noche desastrada, y veamos que es lo que hace Jesus que las sabia.

Jesus consagra los pocos instantes de vida que le quedan á dar á sus discípulos y amigos los mas tiernos testimonios de su amor. Jesus quiere tambien dar el último desahogo á su terneza, y en las amargas angustias de su corazon se permite este postrer consuelo. Para decirlo mejor, Jesus quiere consolar á los suyos, y olvidar los tormentos y oprobrios que le aguardan: el bien de sus amigos le penetra mas que el horor de la cruz y de la muerte.

El evangelista refiere que tomó el pan en sus sagradas manos, y, levantando al cielo unos ojos en que resplandecia todo el ardor y la vivacidad de

un corazon ansioso de perfeccionar sus beneficios, le presentó á sus apóstoles, y les dijo: *Tomad y comed;* lo que os doy es yo mismo, mi cuerpo, mi alma, y mi eterna y divina sustancia. ¡Qué don! ¡qué dignacion! ¡qué beneficio! Solo un entendimiento sublime y divino era capaz de idea tan sublime; sólo un amor infinito podia inventar un medio tan ingenioso de comunicacion tan íntima; solo su grandeza podia concebir designio tan magnífico; solo su omnipotencia podia ejecutarle; y solo un bien tan infinito podia llenar toda la capacidad de nuestro corazon.

Si vuestra razon, señor, no penetrada todavía de la luz celestial, quisiera á la vista de un espectáculo como este, solo digno de Dios, y de los que se dejan alumbrar por la infalible antorcha de la fe; si quisiera, digo, excitaros ahora las dudas orgullosas de una filosofía miserable, respondedla que vea quien lo dice; que Jesucristo, el mismo que hizo tantos milagros, el mismo que se resucitó, es quien lo asegura, y que así la mas leve sospecha de lo que afirma en este momento de dolor fuera un sacrilegio; que Jesucristo fue justo, y que va á morir.

Entonces como satisfecho el Señor de haber hecho su testamento; como ya tranquilo por haber asegurado á sus amigos el bien mas precioso que les puede dejar; contento de verlos en posesion de tan rico legado, y sin mas inquietud de su felicidad futura, se manifiesta lleno de aquella dulce complacencia que causa á una alma generosa el placer de haber dado á los que ama un bien inestimable. Su corazon rebo-

mando de gozo les habla con una elocuencia tan enérgica como bien sentida. Ahora, les dice, ya pueden mis enemigos descargar sobre mí todos los golpes de su saña; ya mi corazon está dispuesto, ya mi amor no tiene mas que dares, ya todo es vuestro, y en los inagotables tesoros de la magnificencia divina no hay nada mas precioso que lo que dejo en vuestras manos.

¡O! ¡cuánto deseó mi ternura este momento que debe seros tan útil! (1) *Yo he deseado con deseo*, con un deseo cuya eficacia no podia sentir otro que yo, *comer con vosotros esta Pascua*, en la que todos los sacrificios debian encontrar su plenitud, su fin y su consumacion. Reparad, señor, esta espresion de Jesucristo: *He deseado con deseo*; palabra divina, cuyo sentido y energía nuestros idiomas no pueden imitar. Este deseo de deseos es un sentimiento tan activo, tan íntimo, tan profundo, continuo y dominante, que no puede esplicarle sino aquel cuyo infinito corazon supo sentirle. Nosotros solo podemos percibir que estaba como oprimido de ternura, que el amor casi absorvia todas sus ideas, y que ya desfallecia de amor antes de morir con los tormentos.

¡Qué discurso aquel con que terminó este último y solemne acto de su mision divina! Permitidme que os diga la sustancia, porque nada se ha escrito en el mundo que esté tan lleno de afecto y de fuerza. En estas cortas palabras está cifrado todo el cristianismo, y son el mejor retrato del caracter y corazon de

(1) *Luc*, XXII, 15.

Jesucristo. Este discurso se debe leer y meditar cuando se quiere admirar la hermosura de nuestra religion, y él solo basta para renovar la impresion que debemos sentir de la felicidad que gozamos en conocerla. Escuchadle, señor, y no perdais una sílaba, porque todo es aquí espíritu y vida.

Vuestro corazon no se turbe (1), les dice el amante maestro; *vos creeis en Dios, creed tambien en mí.* Pesad bien estas palabras, y no olvideis que les dice en su testamento, y en la víspera de su muerte: *En la casa de mi padre hay muchas mansiones.* Como si les dijera: ¿Quién puede recelar que yo os engañe con vanas esperanzas, si en el momento que voy á morir os digo que voy delante para prepararos asientos en el reino de mi padre? Yo que estoy seguro de poder cumpliros mis promesas, soy quien os lo afirma. ¿Seria posible que habiendo vivido tanto tiempo con vosotros no me hayais conocido? ¿qué no os acabeis de persuadir que mi padre está en mí, y yo en mi padre? Acordaos de mis obras, y juzgad.

No os dejo huérfanos, porque volveré á vivir con vosotros. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis siempre; porque yo vivo eternamente, y vosotros viviréis con la misma vida. El que cree en mí sobrevive á todo, y no puede morir. En el dia de vuestra adopcion veréis y entenderéis como yo estoy en mi padre, mi padre en mí, y yo en vosotros. Os ruego, señor, que considereis estas

(1) *Joan*, XIV, 1.

palabras, y que observeis como esponen con una rapidez y magnificencia incomparable la inmensidad y riqueza del plan sublime de la religion.

¡Ay, señor! ¡qué ciego está el que no puede ver tantas hermosuras! ¡cuánto pierde el que no aspira á tan graciosas esperanzas! Si conociérais el placer inefable que recibe el Cristiano, cuando siente la dulzura de sus destinos inmortales, entonces entendríais la justa razon con que desprecia todos los bienes de la tierra. ¿Qué corazon religioso y sensible puede leer en San Juan, desde el capítulo trece hasta el diez y siete, sin volverlos á leer muchas veces, sin meditarlos continuamente, y hacer de ellos el estudio no interrumpido de su vida? ¡Qué fuente de luces tan inagotable! ¡qué manantial tan fecundo de consuelos! No solo ve en ellos el principio de sus dichas, sino que admira y se asombra del inmenso y magnífico sistema del cristianismo.

Fundar un imperio eterno para que los hombres fueran eternamente felices y gloriosos era ya mucho; pero concebir y ejecutar la idea de que una persona divina se uniese con la naturaleza humana, á fin de que todo se correspondiese en esta nueva y admirable economía, y que pudiese haber un hombre digno de ser el soberano único y eterno de todo el género humano, el gefe supremo y absoluto del imperio que debe resultar de las ruinas de todos los imperios del universo, es una idea, una concepcion, un plan que no pudo salir mas que de la mente divina, y por lo mismo que no pudo nacer de las ideas de los hombres,

trae

trae consigo un indeleble caracter de verdad; plan celestial, que, al tiempo que nos muestra la alteza de su sabiduría, los manifiesta su amor, y la felicidad que nos espera.

Pero escuchemos todavía á Jesucristo, que sigue diciendo á sus apóstoles: « Si es verdad pues que me » amais, dejad toda tristeza y desconfianza. Alegraos » con la alegría que yo tengo de volar otra vez al » seno de mi padre. Vosotros sois mis amigos y mis » hermanos, porque os amo con el mismo amor con » que me amó mi padre antes de que existiera el » mundo, y yo os digo esto para que mi alegría pase » á vuestros corazones, y crezca en ellos hasta que » reciba su plenitud en la misma gloria en que voy á » entrar.....

» Es verdad que los que no conocen ni á mi padre ni » á mí os perseguirán, y os le prevengo de antemano, » para que cuando os lleguen estos males, os acordeis » de que os los habia predicho, y que esteis adver- » tidos de que nada puede aconteceros contra mis » órdenes, y que yo no sepa. Vosotros lloraréis en- » medio de la alegría frívola, pasagera y pérfida de » un mundo insensato y pervertido; pero á la alegría » del mundo sucederán lágrimas y sollozos eternos, » en vez de que vuestra tristeza, que durará poco, » se mudará en tal alegría y felicidad, que ninguno » jamas os podrá privar de ella.....

» Cuando una madre empieza á sentir los dolores » del parto se contrista, porque la hora se acerca; » pero cuando el hijo sale á luz, su alegría la hace

» olvidar lo que ha sufrido, porque ya no tiene que » temer, pues el objeto de su amor ha nacido con » felicidad. Esta es la imágen de vuestro estado: » vuestro corazon, que ahora está oprimido por su » dolor, se dilatará para siempre con el mio en las » delicias de la gloria. Entonces ya no tendréis que » pedirme, ni yo tendré que pedir por vosotros á mi » padre; porque mi padre os amará por vuestra » propia excelencia, á causa de que me habeis amado, » y que habeis creido que yo he salido de Dios. Sí, » yo he salido de Dios, y he venido al mundo. Ahora » voy ó dejar el mundo, y me vuelvo á Dios. Os digo » todo esto para que quedeis en paz, y esteis seguros » de la verdad de mis palabras. El mundo os hará » sufrir mucho; pero no os inquieteis, porque yo le » he vencido »....

El evangelista dice que despues que Jesus habló de esta manera, levantando los ojos al cielo, añadió: *¡O Padre mio! he aquí la hora; glorificad á vuestro Hijo para que vuestro Hijo os glorifique.* Esto es, para que por él vuestro nombre sea conocido y adorado en todo el universo. Despues continuó diciendo: « Vos me habeis hecho gefe de toda la » naturaleza humana, me habeis dado el poder de » gobernar todas las naciones de la tierra, para que » pudiese comunicar la inmortalidad á todos los que » me habeis dado... ¡O padre! yo os imploro por los » que habeis confiado á mi ternura, y á quienes hice » conocer vuestra eterna verdad. Padre mio, vuestros » son, pues que me pertenecen; porque mi posesion

» es vuestra, como vuestra posesion es mia. Ahora » yo dejo el mundo, y ellos se quedan: Padre mio, » Dios santo, conservad los que me habeis dado y » que amo tanto, para que sean un cuerpo conmigo, » así como de toda eternidad vos y yo somos el » mismo espíritu y la misma inteligencia.....

» Padre mio, yo no pido que los saqueis del mundo, » sino que los preserveis de la malignidad del mundo. » Mientras he estado con ellos los he conducido, » consolado y guardado en vuestro nombre; ninguno » de ellos ha perecido sino un traidor, hijo de per- » dicion y de malicia; pero ahora van á dejar de » verme y oirme. Padre, confirmadlos en la verdad, » yo os dirijo delante de ellos mismos estos últimos » ruegos de mi amor, para que la alegría que les » causaba mi presencia no se disminuya porque yo » me vuelvo á vos, sino que se aumente todos los » dias, hasta que llegue el momento de que sus ojos » vean al que tanto los ha querido.....

» No os pido solamente por ellos, padre mio, sino » tambien por todos los que anunciarán mi palabra, » y por todos los que creerán en mi por virtud de su » predicacion; *para que los justos de todos los tiempos* » *no compongan mas que el mismo todo, y que, como* » *vos, padre mio, habitais en mí, y yo en vos, ellos* » *sean tambien una misma cosa con nosotros, y* » *eternamente adoptados é incorporados en la uni-* » *dad de nuestro grande esplendor* ».

Ve aquí en estas palabras solas el fin y el objeto de todos los trabajos de Jesucristo; ve aquí porque

se hizo hombre, porque con tantos afanes procuró instruirnos, y porque murió y satisfizo por nosotros, para que, como él está unido con su padre, nosotros nos uniésemos con su padre por él, para comunicarnos la vida eterna que recibió de su padre, y para que en la celeste mansion todos no compongamos mas que un todo, asociándonos á su perfeccion, su santidad, su inmortalidad, y á todas las delicias de su gloria.

Ve aquí pues en compendio todo el plan del cristianismo. Jesucristo á costa de tantos sacrificios no se contenta con hacernos eternamente felices, sino que aspira á procurarnos los destinos mas excelsos. Desea, pide y muere, porque nuestra felicidad sea la suya; quiere que miserables criaturas se eleven á vivir con su vida, y unirse con ella de manera que por su medio vivan con la vida de Dios, que sean de algun modo como Dios, y se enlacen por su medio con él de tal manera, que todos no formen mas que una unidad de sentimientos, de gozo y de afectos. ¿Quién sino él podia procurarnos dichas tan superiores al barro de nuestro orígen? ¿cuándo se ha visto un amor tan intenso y activo que no para hasta identificarse en cierto modo con lo que ama?

Parece que, habiendo dicho tanto, no le queda ya que decir; que ya debe estar agotada y satisfecha la efusion de aquella alma amante y generosa; pero no es así: su tierno corazon está tan lleno de esta idea, tanto desea mostrar á sus amigos el exceso de amor con que los ama, que de nuevo vuelve á rogar por ellos á su padre. El amor no sabe acabar, y así repite:

» Padre mio, Dios santo y eternamente adorable, sí, » yo deseo que los que me habeis dado vengan adonde » estoy, para que vean mi gloria, y vean como me » habeis amado antes de que existiera el universo; » deseo que todo el resplandor de la grandeza que » poseo en la inmensidad de vuestra gloria, que se » les comunique; que todo el torrente de nuestra fe- » licidad inunde sus corazones; que todo el amor que » me teneis se derrame sobre ellos, y los una conmigo » en la eternidad de nuestra gloria»...

¿Cómo es posible considerar que este discurso ha salido de los labios de un Dios que hablaba de nosotros, sin sentirse el corazon derretido de gratitud y de confusion? Señor, ¿que corazon debia tener el que supo sentir así la fuerza de su amor? No, jamas ha habido un hombre capaz de afectos tan sensibles, tan magnánimos y vigorosos; solo un Dios podia dar á su terneza un caracter tan grande. Los corazones humanos no tienen bastante fuerza para impresiones de tanta energía, ni para deseos de tanta inmensidad: Jesucristo es mas que nuestro hermano, mas que nuestro amigo. ¿Qué pecho dejará de enternecerse, viéndole tanto amor? ¿quién dejará de adorarle, viéndole tanto poder, y tanto deseo de incorporarnos en su gloria? ¿cómo es posible resistir á su Dios, y á un Dios tan amante y tan amable? ¿quién será tan bárbaro y tan insensato que se oponga á su propia dicha?

Jesucristo tiene nuestra alma, nuestros ojos, nuestros órganos, y nuestras entrañas. Para que le amemos se hizo como nosotros, adoptó nuestra na-

turaleza, la unió con la suya divina, y por esta union la elevó al mas alto grado de grandeza. Adoremos pues la carne de nuestra carne; para amarle no necesitamos mas que amarnos á nosotros mismos. Todo lo que somos, todo lo que está en nosotros, todo lo que circula en nuestras venas nos impele á su amoroso seno, á ese seno que está siempre abierto para recogernos, y que es mas nuestro que el de la madre en que recibimos nuestra existencia.

¡Ay! señor, es mucha desgracia no existir en el seno de Jesucristo; porque fuera de su abrigo paternal todo es muerte y horror. ¡Qué desdicha considerarse objeto de la indignacion divina! ¡saber que nos espera un torrente de cólera para el dia de la venganza! ¡estar espuesto cada instante de nuestra frágil vida á caer de repente en las terribles manos de un Dios justo y vengador! ¡Horrenda cosa es encontrar, en vez de un padre tierno, un Señor irritado y poderoso!

¡Qué perdida la que se hace! *Su reino no acabará jamas.* Reflexionad, señor, estas palabras, *no acabará jamas*, será eterno, no tendrá fin. Despues de todos los millares de siglos que la imaginacion puede concebir no se ha disminuido un instante de su duracion, como si entonces volviera á empezar; cada punto de su existencia es un nuevo principio que se renueva siempre sin cesar para no acabar nunca jamas.

Esta eternidad de gloria es el atributo mas magnifico, el título mas augusto del Cristo de Dios, y

este es el que comunica á todos sus amigos. Cada justo, cada escogido, vos mismo; si quereis, podeis ser tan eternamente dichoso como él es. *Su reino no acabará jamas.* ¡Qué perspectiva! ¡qué esperanza! Mas, ¡ay! ¡que la feroz ceguedad de los insensatos que corren á la eterna desdicha contrista mucho á los que aman al divino Salvador! pero nada los puede consolar cuando ven que tambien van á despeñarse hombres que el cielo ha dotado de un buen entendimiento y de un honrado corazon.

En fin, señor, con lo poco que os he dicho ya podeis empezar á juzgar si los que creen, adoran y esperan en Jesucristo son tan simples, mentecatos y estólidos como piensan los incrédulos; si, cuando mas se examine la religion cristiana por todos sus lados, no se la ve brillar mas y mas con el caracter de divina; si todo lo que precedió, acompañó y se siguió á la venida de su divino Autor, no comprueba su verdad, y demuestra su certidumbre; si la historia de Jesucristo no se halla escrita de antemano, por una operacion que no puede venir mas que de Dios, en las profecías del libro mas antiguo del mundo, y que está abierto á los ojos de todos, libro igualmente reverenciado por dos pueblos enemigos, entre los que no es posible sospechar coclusion.

Ya podeis juzgar si los Cristianos no pueden decir á los incrédulos lo que en su tiempo les decia Tertuliano: Abrid y leed, y os veréis forzados á pensar y creer como nosotros: *Qui studuerint intelligere cogentur, et credere;* si los Cristianos que han sido con

vencidos por las profecías, por lá moral, virtudes, santidad y milagros de Jesucristo y sus apóstoles, no tuvieran razon de decir á Dios, si fuera posible que la verdad no fuese verdad, y que la evidencia dejara de serlo: Señor, si despues de tantas y tan claras pruebas, si despues de milagros tan notorios estamos engañados, tú eres el que nos ha engañado: *Domine, si error, d te decepti sumus.*

Si juzgais pues que los Cristianos tienen suficientes fundamentos para profesar su religion, y que no son insensatos porque adoran á Jesucristo, ¿qué nombre podréis dar á los incrédulos que le desprecian y le ultrajan? Yo quiero suponer que esta divina religion no tenga toda la evidencia y claridad que se desea; pero á lo menos no me podeis negar que presenta títulos respetables, razones que convencen, autoridades y ejemplos que persuaden, en fin que tiene en su favor fundamentos plausibles que deben detener á las personas de buen juicio, y provocarlas á mayor examen.

Yo no necesito de tanto para haceros sentir la temeridad y el peligro de los incrédulos, pues aunque despues de haberos demostrado con tanta evidencia su verdad, vos no querais concederme otra cosa que el mas mínimo grado de probabilidad, este me basta para haceros ver que es monstruosidad, insensatez y frenesí no abrazar una religion que, en caso de ser cierta, los amenaza con eternas desgracias, y los priva de felicidades eternas.

El raciocinio es muy simple. Si el cristianismo es

cierto, el incrédulo será eternamente infeliz; si no lo es, el Cristiano no aventura nada. El primero arriesga una irrevocable eternidad de miserias, y el segundo no puede perder mas que pocos y frívolos placeres en la corta estension de una vida fugaz y pasagera. En este contraste ¿quién pudiera dudar de la alternativa? ¿cuál de los dos es el insensato y el estólido? ¿qué juicio sano no tomará el partido mas seguro?

Ya veis, señor, que esto es daros mucho de barato, y que despues de las pruebas que os he dado tengo derecho para repetiros que Dios ha hecho cuanto era necesario para convencernos de la divinidad de nuestra religion; que Jesucristo la probó por todos medios; que mientras vivió en la tierra multiplicó los milagros para manifestarnos la verdad de su mision; que despues de su muerte resucitó, y dejó el poder de hacer milagros no solo á sus discípulos inmediatos, sino á sus sucesores, que continuaron gobernando las iglesias que los primeros erigieron. En fin tened presente lo que hemos referido de la vida y conducta de este divino Salvador, y decidme despues si era posible que hiciera mas para mostrarnos su amor y probarnos su divinidad.

Con todo esto, y á pesar de tantas luces, hay hombres mas obstinados que los Judíos; digo mas obstinados, porque, fuera de las pruebas que estos tuvieron, tienen otras que nos dieron los tiempos posteriores, tales como la verificacion de las profecías que hizo el mismo Jesucristo, los muchos y nuevos milagros que se hi-

cieron despues, y el establecimiento de tantas iglesias con tan dulces medios. Pero nada basta á persuadirlos: el amor de Jesucristo no los mueve, su sacrificio no los interesa, una gloria infinita no los inflama, una eternidad de desgracias no los asusta, y, á pesar de tantas y tan poderosas pruebas que lograron convertir á tantos millares de Gentiles, y pudieron convencer á los Pablos, Justinos, Agustinos, Ambrosios y tantos sabios de ingenio superior, ellos solos le desconocen, le injurian y desprecian.

Pero este Dios lleno de amor y de misericordia, aunque siempre con el rayo en la mano, no solo los sufre, sino que los aguarda y los convida; cada dia los llama, los excita, y les proporciona ocasiones en qué puedan instruirse; trabaja con secretos impulsos para que despierten del letargo, y ellos sordos á sus voces, y esclavos de sus miserias y pasiones, no le escuchan, le desdeñan, y son tan ingratos como su Dios es misericordioso y magnánimo.

Pero que se acuerden de que tambien es justo, y que se debe á sí mismo, á su justicia y á la inexorable inflexibilidad de su divina ley, castigar todo delito que no ha sido lavado con la penitencia, y que llegará el dia en que su santidad, á pesar de su infinito amor, se verá como forzada á fulminar el castigo condigno á los que no creyeron sus palabras, y no obedecieron sus preceptos.

Que tengan presente que este mismo divino Salvador que mostró tan incomparable amor á sus discípulos y les prometió una unidad tan íntima en

su gloria, les dijo tambien que no reconoceria delante de su padre á los que no le reconocieran á él delante de los hombres. ¡Dios santo! ¡qué amenaza! ¿Cómo los incrédulos no tiemblan?

En este momento el padre lleno de ardor, con el rostro encendido, y con los ojos que arrojaban llamas, se levanta, y rápidamente se postra por tierra, alza las dos manos al cielo, y derramando un diluvio de lágrimas esclama con vos enternecida: ¡O Jesus! tú que veniste á la tierra para salvar los hombres, ablanda el corazon de los incrédulos, destruye esas pasiones que los ciegan, ilumina la oscuridad de su razon. Bendito seas, porque tienes tantas almas que te reconocen y te adoran; que ellos te sirvan y te imploren por los otros. ¡Dulce Jesus! ¡si los infelices supieran las inefables dulzuras que viertes en los corazones que te adoran! ¡si, Jesus mio, mi único amor, y mi sola esperanza, si yo pudiera con mis adoraciones y sacrificios satisfacer por tantos ingratos! Yo no soy mas que un infame pecador, pero todo mi corazon es tuyo; yo te adoro con todas mis potencias, yo te reconozco por mi Dios, por el Hijo unigénito del eterno Padre, y quisiera.....

Yo me sentia ya muy conmovido con el discurso del padre; pero cuando le ví levantarse arrebatado, y ponerse de rodillas, acabé de trasportarme. La sangre me corria con ímpetu por las venas, mi corazon se batia con violentos latidos, los cabellos se me erizaban, estaba coma fuera de mí. La ternura de su voz, la viveza de sus afectos, y la súbita inundacion

de sus ojos arrancan las lágrimas que yo represaba, y saltan como torrentes de mis ojos; y cuando le oí decir con espresion tan afectuosa: « Sí, Jesus, yo te reconozco por mi Dios », con un movimiento indeliberado de que no fuí dueño, me arrojo tambien por tierra, y con voz alterada digo, *y yo tambien*.....

El padre viendo mi accion, y oyendo mi voz se suspende, y volviendo los ojos á mí con un semblante que mostraba su alegría y su sorpresa me dice: ¡Qué, señor! ¿es verdad?... Yo que estaba casi enagenado no pude responderle; pero él despues, levantando otra vez las manos al cielo, y con voz ya no dolorida sino fervorosa, vuelve á decir, Yo te reconozco omnipotente Dios. ¡O Jesus amable! ¡Dios de misericordia! esta es obra de tus manos. Entonces se pone en pie, viene á mí que me mantenia postrado, me ayuda á levantar, y volvemos á sentarnos.

Empezó á decirme muchas cosas con el fin de persuadirme que la Providencia me habia conducido á aquella casa para hacerme conocer la verdad de la religion; que abriese mi corazon á su luz que queria entrar en él. Me volvió á hablar de la clemencia y de la misericordia de Jesus, y me tuvo otros discursos cuyo objeto era alentarme; pero yo estaba muy fuera de mí para responderle, y menos puedo ahora repetirlos. Apenas pude articular algunas palabras de atencion. Esta escena duró hasta que sonó la campana. Entonces se despidió de mí prometiéndome que vendria al otro dia mas temprano. Me exhortó á que aquella noche levantase mi corazon á Jesucristo, y que le pidiera su luz y su proteccion.

Desde que quedé solo volví los ojos sobre mí para examinar mis propios pensamientos. En el primer momento no pude discernir nada, y no hallé mas que ideas atropelladas y confusas. Por un lado veia claramente que yo habia vivido en error, que mi ignorancia era la causa de que yo no tuviera de la religion la conviccion y respeto que debia, y que era imposible no desengañarse á vista de razones y pruebas tan demostrativas; pero por otro lado me aterraba la dificultad del empeño que iba á tomar, pues me obligaba á una vida que no era capaz de sostener.

A pesar de esta pena sentia como una especie de satisfaccion y desahogo en haber pronunciado aquella palabra. Me parecia que era ventaja haber al fin roto una barrera que no era posible romper sin mucho esfuerzo; que finalmente ya me habia descargado de un peso que me abrumaba, y que quizá, por una falsa y ridícula vergüenza, mi orgullo no hubiera sacudido fácilmente la opresion que me angustiaba. Pero luego venias tú, y mis demas amigos á presentar á mi corazon un obstáculo terrible, porque me figuraba que todos os burlaríais de mí, que me tendríais por un hombre debil que me dejaba seducir por un iluso, y esta idea me acobardaba y detenia.

Pero despues me asaltaban la imaginacion el infeliz estrangero á quien dí la muerte con mis manos, y el desdichado Manuel que murió tan súbitamente enmedio de sus vicios. Esta memoria hacia temblar hasta las fibras menores de mi cuerpo, porque ya no me podia desentender de esta vida futura que no habia

creido, ó en que por lo menos no habia pensado; de esta cuenta que es menester dar de todas sus acciones, y de estas penas reservadas á los delitos. Si no discernia todo esto todavía con mucha individualidad, á lo menos ya mi alma habia recibido cierta impresion que la espantaba; y es cierto que en aquel momento no hubiera querido por todos los imperios del mundo morir como murieron ellos.

Lo que sobre todo me dejó imágenes muy vivas es la pintura que me hizo el padre de Jesucristo. ¡Qué retrato, Teodoro! ¡qué diferente de la idea que yo tenia! ¡qué diferente de la que podeis tener vosotros, y de la que los filósofos manifiestan! Pero á pesar de mi ignorancia traslucia que el del padre era sin duda mas parecido, porque no estaba pintado ni con los pinceles de la elocuencia, ni con los colores de la pasion. Yo observé que no le dió otro colorido que el de la verdad, y el que únicamente resulta de los hechos mas conocidos de su vida y de sus propias palabras. Pero, ¡qué corazon tan amante y tierno! ¡qué deseo tan inexausto de nuestra felicidad! ¡qué ardor tan infatigable por nuestro bien! ¡qué desinteres! ¡qué sacrificios! ¡que virtudes! ¿Y es posible que desconozcamos tanto á un bienhechor tan amante y tan digno de nuestra gratitud?

¿Es posible que esos filósofos que se precian de ilustrados y justos, esos filósofos que en odio del cristianismo, y por deprimir sus virtudes exaltan con énfasis tan exagerado las de los pocos Gentiles que descubrieron algunas buenas cualidades morales,

como las de Tito, Trajano ó Marco Aurelio, hayan procurado oscurecer con la injusticia mas grosera laś incomparables y sublimes virtudes de Jesucristo? Porque, Teodoro, no es posible dudarlo; aunque no consideremos á Jesus mas que humanamente, es cierto que la tierra no ha mostrado otro igual, que es el mejor, el mas benéfico y el mas amable de cuantos han honrado la humanidad, y que si no fuera el Verbo de Dios, á quien debemos nuestras adoraciones, como hombre solo mereciera el respeto, la veneracion y el amor del universo.

Esta idea no se apartaba de mi espíritu, y me parece que por la primera vez de mi larga vida, mi corazon se levantaba para ir á buscarle en las alturas del cielo. Yo repetia con sorpresa estas esclamaciones: Jesus, si eres Dios, apiádate de mí, alumbra mi corazon. Entre estas inquietudes pasé la noche, sin saber lo que haria, sin decidirme á nada; jamas me ví con tanta turbacion. Ahora conozco que la gracia luchaba con mi perversidad, que mi razon conocia la necesidad de rendirse; pero que los vicios que me dominaban oponian una fuerte resistencia. Mañana te continuaré la historia de lo que me pasó al otro dia. A Dios, amigo.

CARTA XVII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMANECIÓ, Teodoro, este dia, que será uno de los mas señalados de mi vida, y antes de la hora ordinaria ví entrar al padre con ojos en que resplandecian todos los rayos de una alegría estraordinaria. Ya tenian para mí mucha fuerza no solo las palabras de este varon de Dios, sino su presencia, su aspecto religioso, y su aire recogido; ya no le podia ver sin sentir un movimiento de respeto, y un deseo sincero de ser como él; pero aquel dia me pareció un angel tutelar, un amigo benéfico, que un Dios piadoso me enviaba para hacerme feliz. Un momento de su presencia decidió mas mi corazon que todos los raciocinios en que pasé aquella noche.

Por la primera vez sentí en mi alma un no sé que de dulzura, que se parece á la celeste calma que habita en un corazon religioso, y que es incompatible con los negros y turbulentos pensamientos en que la incredulidad se revuelca. Salí apresurado á recibirle, y estreché con mis labios la mano de mi angelical amigo. ¿Es posible, le dije, que un Dios de bondad se digne llamarme de tan lejos, y quiera admitirme en el coro de los felices que le conocen y le adoran? Teodoro, esta esperanza, aunque todavía debil y confusa, derramaba en mi corazon una especie de consuelo apacible, que no alcanzo á esplicar. Era un sentimiento

dulce,

dulce, pero profundo, y de un género nuevo que mi alma no conocia.

Despues que nos sentamos, el padre se volvió á mí, y añadiendo al tono suave que le es tan ordinario una nueva y amable alegría, me dijo: Señor, desde el primer momento en que os ví llegar á esta casa tan fatigado Dios me puso en el corazon que os habia destinado para ser un gran vaso de misericordia, y que os traia aquí para haceros entrar en el número de sus escogidos. Cuanto mas os he tratado despues, tanto mas me he confirmado en estas esperanzas, porque los hombres que el cielo ha dotado de un entendimiento claro y de luces naturales superiores, estan mas cerca del reino de Dios, y es que estan mas en estado de conocer y percibir la fuerza de las verdades de la religion.

Ganado este punto, todo lo demas es consiguiente, sobre todo si al talento natural se junta un corazon franco y recto; porque si la razon se ilumina con las verdades de la fe, al instante debe sentir que no puede ser feliz, sino por el ejercicio de las virtudes que aconseja. Un corazon franco confiesa la verdad desde que la conoce; el que es recto busca la felicidad donde la encuentra, y un caracter entero y esforzado sabe dominar las viles y seductoras pasiones que quisieran estorbarle el camino, para marchar sin embarazo al término que se propone. Así cuando el cielo distingue á una alma, dotándola de cualidades naturales, ya la da muchas ventajas, pues la da en ellas los medios que

pueden sentir mas fácilmente los vivos y celestes influjos de la gracia.

Sin duda el corazon humano, que nació con un insaciable deseo de ser feliz, tiene tambien una irresistible necesidad de amor; porque, debil por su naturaleza y vacilante, ha menester un punto de apoyo en que pueda reposar. Este instinto de su constitucion es el que le espone á los mayores estravíos; porque miéntras no tiene una luz que le dirija, corre vago, incierto y como loco por todos los objetos que le presentan sus sentidos, busca en ellos con ansia y con trabajo la felicidad que desea; pero la busca vanamente, porque ninguno de ellos puede satisfacer su natural necesidad de amar, ni llenar la inmensa estension de sus deseos: á cada instante se desengaña, deja unos para seguir otros; y como todos son igualmente insuficientes, pasa una larga vida sin ganar mas que desengaños, que, haciéndole ver sus ilusiones; no le enseñan tampoco donde está lo que busca.

Pero desde que la religion le hace ver el único y divino objeto á que debe encaminar todo su amor, y el único que puede contentar toda la casi infinita esfera de su corazon, una alma generosa ya no duda, y atropellando por uno y otro lado las costumbres bajas, y las pasiones viles que la pudieran detener, se avanza presurosa, segura de poder ya encontrar la felicidad por que tanto suspira. Se indigna de sus propios errores, y corre mas solícita por lo mismo que ha tardado mas en conocerla. Ve aquí, señor, como Dios ha hecho los grandes santos en su Iglesia; ve

aquí lo que inspiró tanto zelo á los Pablos, á los Agustinos y á otros muchos que tardaron en conocer la verdad; y ve aquí porque se observa que aquellos que antes de conocer á Dios, dotados de un gran caracter y de prendas sobresalientes, se precipitaron en los mayores excesos, cuando la luz de la religion les alumbró se elevaron á las mas altas virtudes.

Acaso Dios ha querido dejarnos estos modelos para alentar á los que tuvieron la desgracia de no conocerlo desde luego, y hacerles ver que aunque hayan dado mucha parte de su vida al error, aunque hayan malogrado muchos años preciosos, pueden con zelo redoblado desquitar la pérdida del tiempo. Así es, señor; muchos ejemplos ilustres nos manifiestan que es posible á un corazon ardiente y generoso reparar grandes esfuerzos, y desde luego tienen un nuevo motivo de impulsion en los estímulos de su gratitud; porque es una gracia muy rara, muy grande y muy digna de su reconocimiento, que la piedad divina los haya entresacado de las tinieblas del mundo y de las pasiones para hacerles ver la luz del desengaño, y ponerlos en las sendas de la felicidad.

Volved los ojos á ese mundo de que salís, contemplad un instante desde este asilo á que os trajo la Providencia, este tráfago, este tumulto, este movimiento atropellado con que los hombres, con una venda en los ojos y acosados por sus pasiones, corren desbocados á los precipicios eternos. ¡Cuántos hay que, cerca de su último suspiro, y cuando ya la muerte que los persigue va á alcanzarlos, á pesar de las heladas

canas que cubren sus arrugadas sienes, y cuando lejos de los principios de la vida apenas vejetan con miembros fatigados, todavía no han visto la menor luz, y dejan correr los pocos instantes que les quedan sin pensar que los aguarda un juez inexorable, que les tomará cuenta de una vida larga, y toda malograda; hombres que en el mucho tiempo que han vivido no han pensado jamas en que todo lo debian al Autor que los crió, y que van á caer de repente en la mano poderosa del Dios terrible que siempre han irritado!

¡Cuántos veréis que, abusando de su juventud y de sus riquezas, se apresuran con el no interrumpido afan de sus placeres á consumir los cortos dias de una vida breve, y abren todas las puertas á la muerte, como si tuvieran priesa ó estuvieran impacientes de llegar presto al término fatal, y empezar á ser eternamente infelices! ¡y cuántos habréis visto que una muerte súbita ha atajado en medio de sus mismos desórdenes, y que sin mas intervalo que un rápido suspiro se han precipitado desde los brazos del vicio entre los abismos de la eternidad! Estos tristes ejemplos son frecuentes, y por desgracia no son bastante activos para despertar á los que sobreviven; pues del entierro de un amigo, que es objeto de la justicia del cielo, salen insensibles á continuar sus excesos, sin advertir que presto les espera quizá el mismo destino, sin reflexionar cuál será la suerte del hombre desgraciado á quien Dios no concedió un instante para implorar su misericordia, y que murió cargado de delitos sin la menor señal de penitencia.

Este discurso que me excitó la memoria de la muerte de Manuel, y de la que dí al estrangero, me conmovió tanto, que sin poderme contener prorumpí en sollozos violentos, derramando un diluvio de lágrimas; y cuando puede sosegarme un poco, conté al padre con espresion muy dolorida una y otra historia. El padre, despues de haberme oido con gesto de interes y dolor, me dijo: Nosotros los mortales miserables no podemos penetrar los secretos juicios de la Providencia; sabemos que su misericordia es infinita, y que jamas debemos desesperar de ella; pero es cierto que una muerte de esta especie es desgraciada, y que no hay esfuerzo ni recurso que no debamos emplear para hacerla mejor y mas cristiana.

En los dos terribles ejemplos que acabais de contarme, admiro mas la piedad con que el Señor os trata; y considerad ¿cuál seria ahora vuestra suerte, si hubiérais sido víctima del furor del estrangero? ¿dónde estuviérais, si os hubiera sorprendido la muerte tan arrebatadamente como á vuestro amigo? ¡Dios de misericordia! tenla con todas tus pobres criaturas! Pero, señor, alabad, bendecid y agradeced á ese Dios inescrutable, pero siempre justo y misericordioso, de la diferencia con que os trató. A uno de vuestros amigos arrebata casi á vuestros ojos; al otro castiga por vuestra propia mano, y á vos os conduce á esta casa de virtud, para haceros conocer la verdad de su religion, y excitaros á que procureis obtener su perdon con la reforma de vuestra vida. ¡Qué dignacion, señor! ¡qué pie-

dad! ¡cuántos motivos para excitar vuestra gratitud, y dar un estímulo activo á vuestro zelo!

Ahora reconozco mas en vos un grande y prodigioso vaso de misericordia, ahora os admiro y respeto como un hombre que Dios se ha empeñado poner en el número de sus escogidos. No seais sordo á voz tan poderosa, no resistais á gracias tan raras y tan eficaces. ¿Qué mas puede hacer Dios para excitaros y persuadiros? Os ha puesto delante de los ojos dos ejemplos que deben aterraros; os trae á esta casa para desengañaros de los errores de vuestra funesta filosofía; os ofrece una ocasion fácil de lavaros con las aguas de la penitencia; aquí os presenta todos los recursos de la religion, todos los medios para que arregleis vuestra conciencia, y todos los consejos de que podeis necesitar para entablar una vida cristiana. ¿Qué pudiera pues deteneros? ¿cómo vuestro corazon, que parece sensible y honrado, no se conmueve y enternece considerando tantos favores? ¿cómo dejará de agradecer beneficios tan inmensos, y cómo podrá no corresponder á tanto amor? ¡qué! ¿Dios os buscará con tanto ardor, y vos huiréis de vuestra propia dicha? ¿vuestra alma será capaz de resistir á un Dios que os solicita con tanto empeño? Seria una ingratitud tan insensata como increible, y mereciera un eterno abandono. ¡Ah, señor! esta gracia es muy grande, muy manifiesta, muy visible, para no temer que pueda ser la última.

Miéntras el padre me hablaba yo repasaba en mi corazon los horrores y desórdenes de mi vida, y

me sentia sumergido en tan profunda confusion y vergüenza, que no me atrevia á levantar los ojos. El sentimiento que distinguia mas en mi alma era una secreta indignacion contra mí mismo, y, excitado por ella, le respondí :Veo, padre, que teneis razon, y yo tambien empiezo á reconocer que es Dios quien me ha conducido á esta casa y á vos; no dudo tampoco que su misericordia es infinita, porque todo es infinito en su ser; pero si supiérais el hombre que teneis delante; si pudiérais tener idea del desenfreno, y de los horrores de mi vida... Pero no : los que como vos conocen el precio de la virtud, y sobre todo los que la han seguido siempre, no podrán concebir jamas ni el exceso de mi prevaricacion, ni la multitud y enormidad de mis delitos...

¿Son mayores que la misericordia de Dios? ¿vuestros delitos exceden los merecimientos de Jesucristo? No, señor, no lo podeis decir; y yo os aseguro que si quereis que se os apliquen, para que todos vuestros pecados se borren no os costará mas que pedirlo y enmendar vuestra vida. Todo lo que ese divino Salvador mereció, todo es vuestro, pues no lo mereció sino para vos, como que no tenia necesidad para sí mismo, y todo está pronto cuando lo imploreis para serviros de remedio. Esa sangre que derramó en la cruz, y que está siempre viva á los ojos de Dios, á quien la ofreció por los pecadores, tambien está dispuesta á lavar cuanto se la presenta por mano del arrepentimiento; y como con su valor infinito pagó todas las deudas de los hombres, no es menester mas

que implorarla, para que por su aplicacion todas las que contrajo el arrepentido que pide perdon queden satisfechas.

¿Habeis olvidado lo que dijimos de la misericordia del Señor? ¿no os acordais de la afabilidad y clemencia con que recibe á la pública pecadora? ¿no teneis presente el ardor y la solicitud con que el mejor y el mas ofendido de los padres recibió al mas ingrato y disoluto de los hijos? Acordaos tambien de aquel ladron público, que moria en el suplicio, condenado por sus muchos delitos: una palabra sola de ruego humilde y fervoroso bastó para trasformarle de delincuente en santo, y le condujo de la cruz al paraíso... Todo eso puede ser, padre; pero, ni el ladron, ni la pecadora, ni el hijo pródigo, ni ningun hombre entre los vivos y los muertos ha podido igualar jamas el exceso de mis iniquidades...

Pues bien, eso tendrá mas que perdonar la bondad divina; eso contribuirá mas á su gloria, y estad cierto de que lo perdonará: para eso vino á la tierra, para eso murió y padeció tanto. ¡Ay, señor! ese Dios que hizo tanto por los hombres no quiere que se pierda ninguno. Solo se pierde aquel que se obstina, y no quiere ni arrepentirse ni enmendarse; pero su Dios no solo está dispuesto siempre á recibirle, sino que le está sin cesar impeliendo y convidando, y no desea sino que se reconozca y humille para perdonarle y recibirle entre sus brazos. La multitud y la enormidad no son nada, cuando el arrepentimiento es

sincero, y el propósito es firme; porque siempre será mayor la misericordia, y porque es mas glorioso á Jesucristo el que por sus méritos se perdone todo.

Considerad, señor, que la tierra no puede ofrecer al cielo otro objeto que le interese, sino el de las acciones morales de los hombres. ¿Qué es toda la naturaleza sino polvo y ceniza? ¿qué fuera todo el universo sino materia tosca, si los hombres no tuvieran una alma á la imagen y semejanza de Dios, una alma que les dió para que pudieran merecer y obtener con ella una parte en la inmensidad de su gloria? El oro, las riquezas, los frutos que la tierra cria y produce en su seno, todos estos tesoros con que tanto se deslumbra la insensata codicia, no son en los designios de la Providencia mas que medios necesarios para sostener el curso pasagero de esta vida, y á los ojos de Dios y de los espíritus celestes no valen mas que el lodo y la basura. Solo merece fijar su atencion el alma espiritual, esta alma que ha criado para hacerla dichosa; sus deseos son que no se descamine, y que no corra á una desgracia eterna aquella misma que puede asociarse á su propia felicidad.

Así el cielo no tiene ni puede tener otro interes con la tierra sino por las cosas que se ordenan á la vida futura. Sin duda que el justo es objeto de las complacencias de Dios, y que cuanto mas fiel se muestra á las inspiraciones de la gracia, tanto mas auxilios recibe para aumentar sus derechos á la gloria. Este magnífico soberano, cuyos tesoros no pueden agotarse, da mas al que mas tiene; pero tambien el

pecador es objeto de su misericordia. Desde el momento que se desvia del camino que la ley le enseña, parece que ocupa con preferencia la atencion de su Dios y de los espíritus celestes, y que todos le observan con inquietud sus estravíos, esperando el instante de su arrepentimiento. No, no se pierde una alma sin que haya costado á Dios muchos auxilios para corregirla, y á los bienaventurados muchos esfuerzos y deséos para obtener su enmienda.

El Dios omnipotente no la crió sino para hacerla feliz, la redimió con su sangre, la adoptó en la sagrada regeneracion, la hizo suya, de su familia, y derramó sobre ella con abundancia los inefables dones de su espíritu. ¿Qué puede desear sino que los conserve y aproveche? Pero si por desgracia este Pastor divino, que ha hecho tanto para preservar á su querida oveja del lobo que la amenaza, ve que á pesar de tan grandes socorros la oveja infiel ó incauta, abusando de su libertad, se acerca al peligro, no hace menos para detenerla y recobrarla. Desde el instante que sale del camino, empieza á silbarla, para que conozca su error, y se vuelva al rebaño: no hay medio de que no se sirva para hacerse entender: inspiraciones, remordimientos, ejemplos, sermones, advertencias, buenos libros, enfermedades, infortunios, tristeza y disgustos, son los gritos con que la llama, y el amante Pastor no sosiega en su tierna solicitud.

La oveja sorda ó insensible no los oye, ó los desprecia; pero el Pastor no se cansa, y con incesante

afan los repite y diversifica; se diria que no tiene otra inquietud ni otro cuidado. Este Pastor poderoso pudiera desde el momento de su infidelidad hacerla víctima de su justicia; pero su deseo es salvarla, y á pesar de su ingratitud y resistencia redobla sus esfuerzos, se pone á la puerta de su corazon, llama; no se le oye, llama con mas fuerza, y alguna vez tan recio, que es preciso oirle; pero no se abre la puerta, cuando mas, se le dice que espere, y él espera.

Los bienaventurados atentos á este espectáculo, que es el único que puede interesarles en la tierra, observan esta lucha de la gracia con la perversidad; admiran la clemencia del Pastor, siguen con los ojos la oveja descarriada, desean con ardor que se detenga y escuche el silbo que la llama, interceden por ella, y piden al Pastor que espere todavía, que aumente la fuerza de su grito; y el Pastor les responde: ¿Qué debí hacer mas por mi viña que no haya hecho?

Sin duda que el Pastor omnipotente, que tiene los corazones en su mano, y á quien nada resiste en el cielo y en la tierra, pudiera, usando de su poder, detener á la oveja, y hacerla entrar por fuerza en el camino; pero esta conducta fuera contraria á su sabiduría, y al plan con que preside al gobierno del mundo. El Pastor quiere que la oveja tenga tambien parte en su dicha, esto es que la obtenga, porque la desea y la pide. Él la crió sin ella, y no quiere salvarla sin ella; la impone la ley de que coopere

á su propia dicha : no solo la da todos los auxilios de su gracia, sino que cuando por su flaqueza ó su ignorancia se desvia, no la abandona; la silba, la previene, y cuanto mas se le aleja mas la llama, la envia reflexiones que la alumbren, remordimientos que la detengan, contratiempos que la paren, y por fin hace tanto, que aquellas que acaban de perderse no pueden acusar mas que su propia obstinacion.

Pero si por dicha se empieza á divisar en el cielo que la oveja infeliz ya escucha el silbo; que ya no solo se ha detenido, sino que vuelve á encaminarse á la buena senda que habia dejado, toda la escena se muda, y todo se transforma en consuelo y alegría. Dios ya empieza á mirarla con semblante risueño, y se apresura á enviarla nuevos mensageros que le acompañen y sostengan en las dificultades del camino. La esperanza se pone como por conductora, acompañada de la fe, la llevan por la mano hasta dejarla en el aprisco.

Al instante los espíritus celestes llenos de inefable alegría entonan al divino Pastor un cántico de gracias, que se repite por todos los coros de los ángeles, y resuena en toda la estension de los cielos; se dan entre sí el ósculo de la caridad, reconocen á la oveja que lloraban como casi perdida por hermana y compañera que gozará con ellos de sus dichas, y les ayudará á cantar eternamente las alabanzas del comun Pastor; y esta es la fiesta de que hablaba Jesucristo, cuando nos decia que hay en el cielo mas alegría por la

conversion de un pecador, que por la conservacion de noventa y nueve justos (1).

No penseis, señor, que esta descripcion que os hago sea imaginaria, y que no tenga una exacta y entera realidad, pues toda está contenida no solo en estas palabras de Jesucristo, sino en otras muchas que estan diseminadas en el evangelio. No hay asunto que el espíritu de Dios haya inculcado tanto, ni que haya repetido de tantas y tan varias maneras, empleando en él diversas especies de figuras, que por distintos modos nos presentan las mas vivas imágenes tanto de la solicitud activa de este Dios de clemencia, como del gozo y alegría de todos los cortesanos del cielo.

Cuando el divino Salvador corria por las ciudades y lugares predicando á los pueblos el reino de Dios, le seguia para escucharle una innumerable muchedumbre, y se observaba que con ella iba tambien un gran número de publicanos y pecadores públicos, desacreditados por su mala conducta: el Salvador no lo ignoraba. ¿Quién podia conocer mejor los desórdenes y vicios de cada uno? Pero, lejos de rechazarlos con baldones amargos, lejos de alejarlos de sí con la austeridad de su ceño, de tratarlos con desden ó desprecio, los recibia siempre con dulzura, los veia con bondad, iba á sus casas, aceptaba sus convites, algunas veces se convidaba él mismo, y se dignaba de comer con ellos.

---

(1) *Luc*, XV, 7.

Los orgullosos Escribas y Fariseos llevaban á mal tanta condescendencia, que les parecia indigna de un justo; se escandalizaban, murmuraban públicamente, y querian sacar de esta conducta una induccion contra la virtud de Jesucristo; pero este piadoso Redentor no alteró jamas la dulzura de su caridad, y en varias ocasiones se dignó de hacer su apología, y al hacerla solia increpar á sus enemigos la dureza de su corazon, su orgullo y demas vicios, y únicamente se ocupaba en compadecer el infeliz estado de aquellos por quienes mostraba tanto interes, y un vivo deseo de remediarlos. Ya los compara á la oveja estraviada que el pastor solícito recobra, y á la margarita perdida que se volvió á encontrar; ya se esplica con otras varias figuras; pero todas nos descubren su amante corazon, y todas ellas son las que mas pueden consolar á los pecadores penitentes.

Pero oigamos sus propias palabras, escuchemos lo que responde á los que censuraban su bondad. ¿Quién de vosotros, les dice, que tenga cien ovejas, si ve que una se le ha perdido, no deja en el campo las noventa y nueve para ir en busca de la que le falta? ¿y quién podrá sosegar hasta encontrarla? ¿quién, cuando la ha encontrado, no la echará con alegría sobre sus espaldas, y desde que llega con ella á su casa no llamará á sus amigos y vecinos para decirles, alegraos conmigo, porque ya hallé la oveja que se me perdió?

Decidme, señor, si se puede espresar con mas viveza el ardor, la solicitud, la fatiga, el deseo y el

gozo del pastor, y si se puede tampoco esplicar mas la alegría y la complacencia inefable de los ciudadanos de la celestial Jerusalen, pues añade para concluir la parábola : « Yo os declaro que del mismo modo » habrá mas alegría en el cielo por un solo pecador » que hace penitencia, que por noventa y nueve » justos que no tienen necesidad de hacerla ».

Sin duda que un pecador penitente no es mas digno de amor y estimacion que si hubiera permanecido siempre en la justicia; pero parece que, como se estravió, afligió mas al pastor, y á todos los demas del rebaño fiel y feliz; parece, digo, que su recobro les causa una alegría mas sensible. Y acaso este sentimiento es mas vivo, porque por lo comun la verdadera penitencia inspira un gran fervor que repara con ventajas los desórdenes pasados.

Si esta figura no os bastare, ved otra de la misma especie. ¿Qué muger vuelve á decir el Salvador, si pierde una de las diez dragmas que tenia no enciende al instante su antorcha, no barre su casa, y no la busca con el mayor cuidado hasta que la halla? Y despues que la halla, junta sus amigas y vecinas, y las dice, alegraos conmigo, porque ya encontré la dragma que se me habia perdido. Observad la misma inquietud, la misma solicitud, el mismo gozo, y observad tambien la misma conclusion, pues igualmente termina diciendo : Y os declaro que del mismo modo se alegrarán en el cielo por la conversion de un pecador.

Seria menester ser insensible, no sentir el menor

gusto para todo lo que es tierno, patético y sublime, ó no tener ninguna idea de lo que es noble, interesante y grande, para no sentirse conmovido con imágenes tan vivas, y con espresiones tan afectuosas. Sobre todas la pintura de aquel padre tan bueno, tan clemente, tan verdaderamente padre, tanto del buen hijo como del pródigo, produce en el alma una dulce impresion que la consuela y enternece. ¿Y quién es este padre sino Jesucristo, que hizo su propio retrato, y que nos esplicó en estas y otras muchas parábolas semejantes la complacencia que le causa todo pecador que se arrepiente?

¿Quién pues, sabiendo las disposiciones de ternura y amor con que le está aguardando este Salvador benigno, podrá intimidarse por la enormidad de sus excesos, para no arrojarse á sus pies, y pedirle perdon? Por lo mismo que son muchos ó enormes debe apresurarse á lavarlos con su sangre preciosa. Esta confianza en su bondad, esta idea del valor de sus méritos debe agradarle. ¿Y cómo se puede temer que no sea bien recibida una súplica que el mismo que puede concederla es el que mas la desea? El mismo Jesucristo que perdonaba entonces tan fácilmente es el que imploramos ahora, y el que nos perdona; y hoy no pide, como entonces, mas que confianza y dolor. ¿Quién lo sabe mejor que los verdaderos penitentes que vemos todos los dias? Preguntadlo á ellos, y hallaréis que en las lágrimas que les hace derramar su arrepentimiento encuentran mas

dulzura

dulzura que la que hallaron jamas en los falsos placeres que ahora lloran...

Con discursos tan dulces y consoladores este hombre excelente introducia en mi alma el plácido consuelo de la esperanza. Oyéndole hablar con tan amable uncion de la bondad de Dios, y de la incomparable caridad de Jesucristo para los pecadores, empezaba yo á gustar una confianza pura, filial y tierna, que mi corazon no conocia antes, y no hubiera podido sostener la fuerza de la impresion si no me hubiera aliviado con la abundancia de mi llanto. No podia pensar sin un vivo dolor el haber pasado tantos años en la ignorancia de una religion en que todo es tan sublime, tan grandioso, y todo tan admirablemente adecuado á la flaqueza y á las necesidades de los hombres.

El padre viéndome enagenado en mi llanto continuó diciéndome: Esas lágrimas, señor, son muy felices, y sin duda vienen del cielo, pues las vierte el dolor; pero, ¿cuánto mas lo serán cuando el amor las produzca, y las acompañe la confianza? Figuraos, señor, que pues no pueden dejar de ser ciertas las luces que nos dan las parábolas del evangelio, en este instante en que nosotros hablamos aquí todo el cielo tiene los ojos fijos sobre vos. Jesucristo observa vuestro corazon, y espera el efecto que en él producirá su gracia; toda la corte celestial os observa é intercede por vos; vuestro ángel tutelar mas especialmente encargado de vuestra custodia os aguarda y pide con todos sus esfuerzos; Dios os prepara nuevas

gracias, y solo espera que coopereis á las que ya os ha dado, para enviaros otras que perfeccionen esta reconciliacion que desea, y que su misma bondad ha dirigido.

¿No veis, señor, que su providencia, que es la que regla todos los sucesos de la tierra, es la que os ha hecho venir aquí? ¿y para que ha podido traeros, sino para que en el silencio de este retiro pueda su gracia haceros entender las verdades de su religion y los atractivos de la virtud? ¿y podeis temer que el que os ha silbado de tan lejos, el que os ha buscado con tanto ardor, cuando vos procurabais huir, os abandone ahora que sois vos el que se dispone á buscarle? ¿ahora que ya habeis escuchado su voz, y que, dejando el estravío, os preparais á entrar en el sendero? No, señor: Dios es fiel, y jamas ha faltado al que le busca; el Dios de las misericordias se acuerda del lodo de que somos hechos, y está siempre dispuesto á ver con ojos compasivos al corazon que se le humilla, al corazon contrito que le teme y adora; su bondad paterna se apiada de nosotros. ¿Qué madre recoge con tanto amor á un hijo arrepentido en su regazo?

Vos habeis vivido largo tiempo en la esclavitud del pecado: mucha desgracia es; pero Dios os ha echado una ojeada de misericordia, y os llama ahora. ¿Qué podeis hacer en este momento, sino escuchar con alegría y gratitud las palabras de paz y reconciliacion que os dice? Lejos de vuestro pensamiento la idea de que la multitud y la gravedad de vuestras culpas deban arrojar de vuestro pecho la esperanza, ó que

Dios os haya separado ya irrevocablemente del número de los vivos; este seria el mayor de los pecados. No pudiérais hacer mayor delito que pronunciaros vos mismo esta maldicion, y desconfiar de una bondad que jamas se agota. El Dios vivo lo ha dicho, y ha jurado por sí mismo (1) *que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.* Él ha pronunciado: *Convertios, y yo borraré la iniquidad.*

Si, señor, él lo ha dicho muchas veces y por distintos modos. La Iglesia su hija, encargada de promulgar estas palabras de consuelo, ha recibido de su divino padre toda la autoridad necesaria para borrar y perdonar todos esos pecados. Yo, su indigno ministro, aunque instrumento debil, y aunque mas miserable y pecador que todos, los puedo destruir, aniquilar y perdonar en su nombre. Cuando fueran los mas enormes, cuando á los que habeis cometido se juntaran todos los que han hecho los hombres de todos los siglos, yo, hombre vil y despreciable á los ojos de Dios, pero su ministro y sacerdote indigno, puedo, si vos me ayudais con vuestro dolor y propósito de no volver á cometer ninguno, con una palabra sola disiparlos todos, como el humo que se disipa y no deja rastro, como el relámpago que desaparece y no deja la menor huella.

La Iglesia es depositaria de la sangre del cordero que borra los pecados del mundo, y esta buena madre

(1) *Ezech.*, XVIII, 21 *y* 22.

que conoce las miserias del hombre, obedeciendo las órdenes de su divino Fundador, la confia á sus ministros, para que socorran á los necesitados, y así cualquiera sacerdote legítimamente autorizado puede absolveros en nombre de la Iglesia, y aplicaros esta preciosa sangre, que será mas poderosa para salvaros que los pecados para perderos. Esta sangre divina no solo os lavará de todo lo pasado, sino que por su inestimable virtud os dará nuevas fuerzas para sostener vuestra flaqueza en lo venidero; y para obtener una regeneracion tan feliz no es menester otra cosa que reconocer los pecados, confesarlos con humildad, evitarlos con todo el corazon, formar con sinceridad la resolucion de huirlos, y espiarlos con la penitencia. Si vos haceis esto, yo os aseguro, en nombre de Dios y con la autoridad de la Iglesia, que seréis perdonado.

Advertid, señor, que esta es la tentacion mas ordinaria con que el enemigo comun perturba á los que empiezan á sentir los impulsos de la penitencia. Mientras viven en el desórden, y beben los pecados como el agua, los deja tranquilos, les aleja la idea de la enormidad de sus delitos, les persuade que Dios es misericordioso, y que al instante que quieran convertirse obtendrán el perdon con facilidad; pero cuando llega el caso de querer convertirse seriamente, entonces les despierta la memoria de sus iniquidades, les exagera la gravedad, y les inspira la desconfianza que no tenian. Pero esta astucia es conocida, y un Cristiano sabe que todos los pecados del universo son

menos que un grano de arena para la misericordia divina.

Aprended de memoria y grabad en vuestro corazon con caracteres indelebles estas palabras (1) : *En cualquiera hora que el pecador se arrepienta no me volveré á acordar de sus pecados.* ¿ Quién os parece que ha pronunciado palabras tan positivas y de tanto consuelo ? El mismo Dios omnipotente á quien no cuesta mas que un acto de su voluntad para que así sea , el Dios veraz que no puede engañarse ni engañar , el Dios que prefiere á todos sus nombres el de misericordioso : observad lo que dice , y ved si era posible esplicarse con mayor claridad.

A todas horas está pronto á recibir al pecador. Parece que está como á la puerta de su corazon , que le está aguardando , y que desde que habla le acoge ; basta que el pecador se arrepienta y gima , con esto solo no se vuelve á acordar de sus pecados. Ved tambien si era posible encontrar espresion mas fuerte para esplicar que no los castigará , y que los perdona. ¿Cómo los ha de castigar , si los olvida ? Y dice en general los pecados , esto es todos , y de cualquier calidad que sean ; no hay excepcion ni diferencia. ¡O Dios bueno ! ¡ quién no adora tu bondad generosa ! ¡ quién puede desconfiar de tu misericordia , si ha tenido la desgracia de ofenderte ! Si el tentador os inquieta , señor , con la vista de vuestra mala vida , respondedle con aquellas mismas palabras.

---

(1) *Ezech.* , XVIII , 21 *y* 22.

Respondedle tambien que el mismo Jesucristo ha declarado (1) que los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos; que él mismo dijo que no vino al mundo á buscar los justos, sino á los pecadores; que si derramó su sangre fue para borrar nuestros pecados, y que por lo mismo que hemos cometido muchos, tenemos mayor motivo de recurrir á su bondad, porque tenemos mas necesidad de su socorro.

Todo os convida á aprovecharos de este momento. Vos estais en la casa de Dios, y su misericordia es visiblemente la que os ha conducido. No perdais el fruto de tantas gracias. Aquí teneis un gran número de sacerdotes santos y sabios, que, llenos del espíritu de Dios, os enseñarán el camino del cielo por la senda de la penitencia: vos podeis escoger. Nosotros tenemos un superior digno de veneracion por su ciencia y virtudes; él podrá indicaros el que le parezca mas á propósito: ninguno seria mejor que él mismo, y no dudo que se prestará á este oficio con zelo, si le haceis conocer vuestro deseo.

Aquí os ha puesto Dios un santo retiro en esta soledad religiosa, donde habla mejor al alma, y á mí me ha hecho el profeta que os anuncia que este es el tiempo favorable, que estos son los dias de propiciacion. Aquí tendréis continuos y excelentes ejemplos, aquí veréis largas y fervorosas oraciones, aquí escucharéis los alaridos de la compuncion, los sollozos

(1) *Luc*, ℣ 31 y 32.

de la penitencia, aquí encontraréis muchas almas santas que levantan sus manos puras al cielo, y cuyos gemidos penetrarán hasta el trono de la misericordia para obteneros luces y socorros.

Estos ejemplos y estos ruegos son los medios que deben conduciros á los pies de la cruz de Jesucristo, y en ella, como en la fuente de la salud, hallaréis la sangre preciosa cuya aspersion es la única que puede restituiros la inocencia que habeis perdido. Que la confianza en esta sangre sea la que os determine á este acto de humillacion tan contrario á la naturaleza rebelde y orgullosa, como conforme y necesario á un corazon desengañado y arrepentido. Preparaos á reconciliaros por ella con el Dios de amor que la derramó por vos, abjurad los antiguos errores, id á reconocerle por vuestro Dios y vuestro hermano, por vuestro mediador y vuestro padre; acudid á su piedad como al único recurso, y pensad seriamente en no hacer inútiles las raras y grandes gracias que os dispensa.

Cada palabra que decia el padre infundia en mi espíritu un nuevo grado de valor y confianza. Las ideas confusas y agitadas que hasta entonces me tuvieron tan indeciso y conturbado empezaron á desenredarse. Eché una ojeada rápida sobre mi vida pasada; se me representaron á un tiempo los raros accidentes que me habian conducido á aquella casa, la singularidad de aquellos sucesos que habian traido á un hombre de mis costumbres, mi nacimiento y mi fortuna á este santo retiro, el zelo de este buen

padre que se habia aplicado con tanto conato á desengañarme, la fuerza de sus raciocinios que á mi pesar me habia hecho conocer mis errores, y todo esto junto me hizo parecer que en efecto esto no tenia visos de acaso, y que mas los tenia de una Providencia que queria por misericordia volverme al camino de la verdad.

Por otra parte sentia un interior movimiento que me impelia á ponerme en sus manos, á abandonarme á su conducta, y dejarle dirigir todos los afectos de mi alma. En efecto, ¿dónde, me decia yo mismo, encontraré tanto zelo ni tanta ciencia? Pero con todo me costaba mucha pena determinarme, sentia no sé que secreta vergüenza que me contenia. Tambien se me representaban todos los estorbos que mi imaginacion me abultaba, los amigos que era menester dejar, y cuyos dicterios y mofas seria menester sufrir, los placeres y comodidades á que era menester renunciar, y sobre todo la imposibilidad de sostener la nueva vida que era necesario emprender, porque yo no creia entonces que la pudiese continuar: todo esto junto me servia de grande contrapeso, y me tuvo largo tiempo en una terrible vacilacion.

Pero al fin Dios, que veia mi natural flaqueza, tuvo piedad de mí; despues de algun silencio, que ya me pareció demasiado y vergonzoso, volviéndome al padre le dije: Si quereis encargaros de la resurreccion del muerto, os prometo obediencia. El padre, levantando los ojos y los brazos al cielo, esclamó: ¡Bendito sea el Dios de las misericordias! Despues me añadió:

Quizá, señor, no podiais escoger en esta casa un instrumento menos apto que yo; pero no me toca examinar los secretos de la Providencia, sino obedecerlos; y pues os ha puesto en el corazon escogerme, ella suplirá mi insuficiencia.

Para resucitar al mundo escogió lo que en él parecia mas débil, y yo el mas débil de esta casa podré tambien resucitaros con su gracia y en su nombre. El cielo quiere mostraros que la obra es suya, haciéndola por mí; pero nadie es débil cuando ayuda el fuerte, y todo se puede con aquel que nos conforta. Acepto pues la comision que Dios me da, cuando vos os servis de elegirme, y desde este instante empieza mi ministerio. ¿Consentís, señor? Yo estaba tan conmovido que me puse de rodillas, y apenas pude responderle: sí padre. El santo varon me levantó, y despues que los dos nos sosegamos un poco me volvió á decir:

Hasta aquí, señor, yo no he podido hacer con vos mas oficio que el de un Cristiano, de un amigo que procuraba mostraros el camino del cielo, y os dirigia á él; pero ahora vos acabais de elegirme por vuestro director, y con este título me dais derechos que por mí no tenia. Ahora ya puedo exigir vuestra sinceridad y confianza, y cuando llegue el caso de que os confeseis seré vuestro juez; pero, si antes como amigo pude persuadiros, ahora como director debo encaminaros; y para esto es menester que yo sepa los efectos que la gracia divina ha producido en vuestro corazon, y las disposiciones con que se halla vuestra alma para lo venidero. Respondedme pues:

¿Estais ya persuadido de la verdad y divinidad de la religion cristiana? = Sí, padre, y solo siento que sea tan tarde...

¿Reconoceis á Jesucristo por vuestro Dios, y vuestro mediador con su eterno Padre? = Con todo mi corazon, y le ruego que tenga misericordia de mí, y que me perdone mi incredulidad y mis muchos é innumerables pecados...

¿Deseais volver á entrar en el seno de la Iglesia que Jesucristo fundó con su sangre, que ha prometido proteger hasta el fin de los siglos; y le prometeis mantener la fe que predica como hijo sometido? = Sí, padre, y espero serle tan fiel como he sido apóstata, indigno de tan santa madre...

Pues bien, señor, con tan buenas disposiciones que debeis á Dios espero que os perdonará, y perfeccionará la obra de vuestra regeneracion. Pero permitidme que, antes de ir adelante, os haga algunas reflexiones.

Vos habeis sido bautizado; Dios, por una gracia singular, y un amor particular á vuestra persona os escogió entre muchos para concederos este don inefable; pero acaso no conoceis todo su precio, y yo debo hacérosle conocer. El bautismo es el mayor don del cielo, es un sacramento divino, en que Jesucristo por medio de señales visibles y esteriores infunde en el alma del que le recibe una santidad interior é invisible, el santo fuego de la caridad y los divinos dones del Espíritu Santo: todo esto se hace con operaciones inefables y secretas, que producen esta gracia de santificacion.

En virtud de ella el hombre que fue concebido y nació en pecado, adquiere en un instante una nueva y sobrenatural regeneracion, queda revestido del espíritu de Jesucristo, de hijo de cólera pasa á ser hijo de Dios, miembro vivo del cuerpo místico de la Iglesia de que Jesucristo es cabeza, su hermano, y su coheredero del reino de Dios. Tan maravillosa mudanza se hace en nosotros, tan prodigiosos efectos nos producen las santas aguas con que nos lavan las fuentes de la salud. El apóstol escribia á los de Éfeso (1): Antes cuando nacíamos no éramos á los ojos de Dios mas que objetos de cólera y de odio; pero ahora, Dios, que es rico en misericordias, de muertos nos hace vivir en Jesucristo y con Jesucristo por el exceso de su amor.

El bautismo pues borra todos los pecados del alma, la libra de todas las penas, la enriquece con todos los tesoros celestiales, la infunde la fe, la esperanza, la caridad, y las virtudes mas excelentes; la imprime el sello de Dios, y en nombre de la divina Trinidad la graba el indeleble caracter de Cristiano. Este caracter es incomparablemente mas glorioso que todos esos títulos de nobleza con que se alimenta el orgullo del mundo, y de que hace tan insensata vanidad; pues nos hace en cierto modo participantes de la naturaleza divina, y le llevamos al tribunal de Dios para ser reconocidos en él por discípulos de Jesucristo, como parte de su pueblo, y como ovejas de su rebaño.

---

(1) *Ad Ephes.*, II, 3 *y* 4.

El mundo ó no sabe ó no medita estas inestimables ventajas; acostumbrado á no juzgar de las cosas sino por los sentidos, solo aprecia los bienes temporales, y no estima los invisibles. Si el hombre se detuviera un instante á considerar lo mucho que debe á Dios cuando le purifica, cuando se reconcilia con él, cuando con la santificacion del bautismo le libra de las penas eternas, y le destina á glorias inmortales, no pudiera dejar de reconocer la primera deuda y la mas sagrada de su corazon; pero ciego, y sin mas gusto que para todo lo que en la tierra pueden presentarle como agradable sus sentidos, no eleva su imaginacion ni asciende con ella á la altura de su grandeza verdadera. ¿Qué comparacion puede haber entre bienes fútiles y pasageros y estos dones perfectos é inmortales, dones inmensos, infinitos, que nos vienen inmediatamente del Padre de todos los bienes, y que nos unen con nuestro Dios en una union tan íntima como eterna y dichosa?

Pero si el bautismo es el mas importante de los bienes, porque es la puerta que nos abre la entrada á los últimos y los mayores, tambien es el mas serio y el mas estrecho de los empeños. Es cierto que el hombre recibe mucho cuando le recibe; pero tambien contrae muchas deudas, porque es una alianza que forma con su Dios, un contrato que celebra, en el que Dios le promete bienes infinitos, si es fiel; pero exige correspondencias inviolables, y el hombre se obliga á cumplirlas. Este empeño es muy estendido, pues abraza toda la ley; y muy solemne, pues que

se hace á Dios en público, á vista de su Iglesia, y en presencia de todos los fieles.

Desde que el hombre se eleva á la sublime dignidad de cristiano, desde el mismo instante que renace por el agua, y el Espíritu Santo, ya está sometido á la ley, á toda la ley del legislador á quien reconoce por su Dios y por su padre. Desde aquel dia, desde aquel punto ya está sujeto no solo á la indispensable obligacion de someterse á esta divina ley, sino á profesarla públicamente, á no avergonzarse de ella, á vivir segun sus preceptos, á perseverar en su observancia hasta la muerte, á no hacer nada de lo que prohibe, ni omitir tampoco nada de lo que ordena.

Y porque el enemigo comun, el mundo y la carne se oponen con resistencia continua á la práctica de esta ley, y nos inducen con incesantes esfuerzos á que prevariquemos, el que se alista por el bautismo en la milicia de Jesucristo, renuncia públicamente al demonio y á todas sus ilusiones, al mundo y todas sus pompas, á la carne y á todas sus pérfidas dulzuras. Abjura todo error que seduce, todo halago que aleja, todo atractivo que desvia de la senda indicada en la ley de su nuevo soberano, y por esto los apóstoles decian que bautizarse en Jesucristo es morir á todo pecado, morir á sí mismo, á sus pasiones, sus sentidos, y á todos los deseos del siglo, para hacer en la tierra una vida celeste.

Estos santos empeños son estrechos y muchos; pero todos los hemos ofrecido á Dios solemnemente. En nuestro bautismo le hicimos todos estas promesas, su

ministro se las prometió en nuestro nombre, una parte de los fieles las escuchó, otra nos sirvió de garante, la ofreció por nosotros, y Dios se dignó de recibirlas. Todo pasó á la vista del mismo Dios, en su templo, y al pie de sus santos altares; nosotros mismos algunas veces las confirmamos en el curso de nuestra vida. ¡Qué abuso pues tan sacrílego! ¡qué profanacion tan inicua es ser infiel á empeños tan sagrados, desmentir con los labios ó con las costumbres unas promesas tan auténticas y tan dignas de la suprema magestad á que se consagraron!

Pero por eso mismo que su dignidad es tan alta, y por el abuso que han hecho de don tan superior, su castigo será mas espantoso. Los Cristianos llevarán al infierno el indeleble y sublime caracter que prostituyeron; el réprobo le tendrá á la vista para aumentar su confusion, Dios le tendrá presente para excitar sus iras. Los pecados del Cristiano tienen una malicia particular, y serán castigados con mas rigor. La gravedad de los delitos se mide por la santidad de los estados. El eclesiástico, que debia honrar el suyo con la pureza de sus costumbres, es mas culpado que un lego; el religioso, que está llamado á perfeccion mas alta, es mas delincuente que un secular, y un Cristiano lo es mas que los infieles que no obtuvieron la gracia del bautismo. Así como á Judas hubiera valido mas no haber nacido, así estaria mejor á un Cristiano impenitente no serlo, pues violó y profanó don tan inestimable.

Discurrid ahora, señor, que si esto es verdad, no

hablando mas que de las costumbres viciosas; en que la fragilidad humana pudiera encontrar alguna escusa, ¿qué será cuando el corazon corrompido, no contento con darse á vicios que solo deshonran á su fe, sin echarla por tierra, mas atrevido todavía, ataca á la fe misma, y, elevándose sobre el Dios que le ha criado, sobre la Iglesia que le ha instruido, y sobre la religion cristiana á que se habia consagrado, todo lo desprecia, todo lo atropella, y lo ultraja todo? ¿qué disputa á Dios su derecho de iluminar á los hombres, que trata á la Iglesia su madre como un impostor que pretende engañarle, y que á la religion, hija del cielo, la despoja de tan excelso título, y la degrada hasta ponerla en la clase de las mentiras de los hombres?

Imaginad, señor, si podeis, á qué colmo de temeridad llega el atrevimiento de un espíritu que osa hacerse juez de todo lo divino, que quiere medir los atributos de Dios con sus propias ideas, y que se decide á no creer sus oráculos, ó porque no acomodan á sus pasiones, ó porque no se proporcionan á los delirios de su orgullo. Si Adan quiso saber tanto como Dios, parece que el incrédulo pretende saber mas que Dios, pues desaprueba lo que ha hecho, cuando no lo encuentra conforme á su propia capacidad; por lo menos pretende saber mas que la Iglesia, mas que los santos doctores que le han respetado, y mas que todo el pueblo cristiano que la venera.

De aquí podeis inferir que desacato, que iniquidad es la del mortal miserable que despues de haber recibido y jurado su fe, hace tan poco aprecio de ella,

que ni siquiera la tiene por bastante considerable para instruirse en ella, que ni siquiera se digna de tomarse el trabajo ligero de examinarla, cuando no fuera mas que para calmar sus inquietudes, y entregarse á sus placeres sin zozobra, y que con una temeridad insensata se determina á sacudir el yugo que le parece gravoso, complaciendo sus sentidos á todo riesgo, sin temor del Dios que insulta, ni respeto de la Iglesia que ultraja, y que, en una palabra, se declara infiel sin pretesto, desertor sin motivo, y apóstata por antojo.

No es ahora mi intencion inspiraros una confusion, pues la gracia ya lo ha hecho de modo que os sea saludable; solo pretendo haceros conocer que el que ha tenido la desgracia de descaminarse tanto, cuando Dios por su bondad le despierta de su letargo, está obligado á espiar su desacato con mayores esfuerzos, y no solo debe repararle con Dios por un dolor muy vivo, y con la Iglesia por una reverencia mas obsequiosa y sometida, sino tambien con todos los cómplices y testigos de su temeridad por una devocion mas profunda, y una veneracion mas pública. Así tambien debe con ejemplos de virtud y religion borrar la impresion de sus escándalos, y no contentarse con vivir como buen Cristiano, sino que debe esforzarse á parecerlo; porque el incrédulo que afectó despreciar el cristianismo ha de ser y parecer mas Cristiano que los otros.

Empecemos, señor, por adorar este Dios de bondad, que ahora está entre nosotros. Jesucristo ha prometido

tido que cuando dos ó tres se juntaren en su nombre él estará en medio de ellos; y pues nosotros lo estamos, y para objetos de su servicio y de su amor, con nosotros está. No lo dudeis, señor; ese pastor divino, que despues de algun tiempo trabaja por ganar vuestra alma, nos ve y nos escucha. Ahora está derramando su gracia en vuestro corazon, para acabar de conquistarle; ahora está inspirando y dando fuerza á mi pobre zelo; ahora está viendo complacido vuestro corazon, porque ya empieza á ver algun efecto de sus inspiraciones, y no espera mas que vuestras promesas, para acogerlas en su seno.

Vos habeis tenido la desgracia de haber perdido las gracias y los dones que os comunicó en el bautismo; pero no habeis perdido este sagrado caracter que por su naturaleza es indeleble, y su bondad nos ha dejado remedios para recobrar los dones que pudieron perderse. Para eso instituyó otro segundo bautismo en el sacramento de la penitencia. No es tan completo, y es mas laborioso que el primero, pero es la única tabla que queda despues del naufragio. Nosotros con la gracia de Dios, y á pesar de cuantas penas y sonrojos nos pueda costar, vamos á emprender este camino, y una penitencia humilde, perseverante y sometida puede reparar todas las pérdidas.

Seria mucha dicha poder renovar nuestro bautismo, y que una nueva regeneracion nos purificase de nuevo; pero esto no es lícito. La Iglesia no permite que se renueven materialmente los ritos de regeneracion; pues basta haberlos recibido una vez para que hayan

producido en nosotros el efecto de grabarnos el sello indeleble de Cristianos, y seria profanarlos el repetirlos, cuando no pueden ser útiles; pero la Iglesia, fecunda como su Dios, tiene abiertos muchos caminos de salud. Hay tres bautismos: el de la santa aspersion, que ya habeis recibido, y que no se puede renovar; el de deseo, que basta cuando el primero no es posible; y el de sangre, cuando el neófito, vertiéndola por la fe cristiana, se bautiza con su propia sangre.

Pues, señor, vos podeis ahora bautizaros espiritualmente por estos tres modos. Empezad por dar gracias á Dios de haber sido bautizado en vuestra infancia, renovad en vuestro corazon los votos de aquel bautismo, abjurad y renunciad de nuevo al demonio, al mundo y á la carne, pedid perdon á Dios de vuestras infidelidades pasadas, prometedle hacer en adelante profesion pública de Cristiano, y decidle con fervor y verdad: Señor, adorable Jesus, si yo no estuviera bautizado, me bautizaria, si fuera menester, con mi propia sangre; y sé que el bautismo impone al Cristiano la obligacion de no ocultar jamas su fe, que debe no solo confesarla en su interior, sino hacer profesion pública de ella, y yo, Señor, os prometo que perderé mil veces la vida antes de hacer ni decir una palabra que pueda desmentir mi religion.

Este acto, que haremos ahora en presencia de Jesucristo, suplirá con la renovacion de los votos el bautismo, que no se puede renovar; y yo espero en la misericordia divina que os producirá efectos saluda-

bles. Pero para esto es menester creer de corazon, y confesar de boca todo lo que cree la Iglesia católica, que fundaron los apóstoles, y que por una sucesion no interrumpida ha llegado desde San Pedro á nosotros por los vicarios de Jesucristo, que sucedieron á San Pedro, y cuyo actual sucesor existe hoy en Roma. Las principales verdades que esta Iglesia enseña estan contenidas en el símbolo que los mismos apóstoles nos dejaron, que vulgarmente se llama el *Credo*, y que es un compendio de la doctrina y de los artículos de la fe católica.

Lo menos que debe saber un Cristiano es este *Credo*, porque es el depósito de las verdades que son necesarias saber para salvarse; pero con él basta para que podamos renovar la protestacion de nuestra fe, y confirmemos nuestro profesion de Cristianos. Esta es la protestacion que hacemos, ó la que se hace por nosotros, cuando la Iglesia nos imprime su sagrado caracter; y pues vos quereis renovarle ahora espiritualmente, pongámonos de rodillas, presentad á Dios vuestros votos, y decid con fe y devocion el *Credo*.

El padre se puso de rodillas, y yo maquinalmente le imité, y tambien me arrodillé; pero, ¡cual fue mi vergonzosa confusion, cuando queriendo no pude decir nada!... ¿Ni cómo era posible que le dijese, cuando despues de mi niñez no le habia vuelto á repetir, y era preciso que le hubiera olvidado? Mi turbacion y mi rubor fueron tales, que no podia proferir una palabra. Esto solo me hizo ver en un momento mi total olvido de Dios, el entero abandono

de mi vida, y la inmensa é innumerable multitud de mis delitos. Avergonzado de mi ignorancia, y profundamente indignado contra mi mismo, me eché por tierra, y con un diluvio de lágrimas, que no me fue posible contener, dije al padre con la voz alterada y balbuciente que no le sabia...

El padre se quedó un rato suspendido, y despues de alguna pausa me respondió, no os aflijais, señor. Despues me dió la mano para ayudarme á levantar, me condujo á mi asiento, y poniéndose junto á mí, me volvió á decir: Si soportais con humildad la vergüenza en que os veo, y que tanto os contrista; si la recibis como un digno castigo de vuestro culpable descuido, y si os proponeis repararle presto con ardor y zelo, esto mismo puede serviros mucho para que Dios se apiade de vuestro dolor, y os continue sus gracias. Señor, lo que importa ahora es no volver los ojos á lo pasado, sino para borrarlo y corregirlo. Hoy es cuando empieza á morir el hombre viejo de Adan, para que renazca de sus cenizas el nuevo de Jesucristo; y Dios que quiere haceros suyo, nos dará tiempo para acabar la obra de vuestra santificacion.

Pero, antes que pasemos adelante, es menester que aprendais ó que volvais á recordar lo que es absolutamente necesario saber para ser Cristiano. Nuestra religion tiene verdades que es indispensable saber esplícitamente; son cortas, y las podeis aprender muy presto. Voy á traeros un libro; espero que en poco tiempo sabréis lo necesario, en lo demas basta

referirse y someterse á la creencia de la Iglesia. Esperadme pues un instante, y no os inquieteis, que este Dios que por vuestro bien os inspira sentimientos tan vivos, os inspirará tambien confianza en su misericordia, para que os sirva de consuelo. Tenedla, señor, considerando por un lado que cuanto mas distante estabais de Dios, tanto mas debeis agradecerle que venga á buscaros; y por otro, que su bondad paternal resplandece mas cuando se le ve tan solícito de un hijo injusto que tanto se alejó de sus brazos. Esperadme un instante mientras vuelvo.

El padre salió, y yo estaba tan turbado y corrido que no sabia que hacer. Las ideas me corrian de tropel por la cabeza, sin que pudiera detenerme en ninguna; pero, desde que me ví solo, un íntimo y nuevo sentimiento en que me parecia divisar dolor, desprecio de mí mismo, esperanza y agradecimiento, me obligó con un impulso irresistible á hincar las rodillas, y levantar mi corazon al cielo. Sí, Teodoro, este grosero corazon, que, como una culebra, nunca supo mas que arrastrarse por la tierra, y que no se levantó al cielo en tantos años, se vibró en aquel momento en derechura á la Divinidad.

Yo no me acuerdo de lo que le decia, y acaso no sabia decirle nada; no hago memoria de si articulaba ó no palabras. Mis sentidos estaban muy turbados para hacer discursos seguidos; pero mi corazon le hablaba, le pedia perdon, imploraba su asistencia, y mi lenguage mas articulado eran las lágrimas y los gemidos. El padre me halló en esta situacion. Despues

que me consoló y me hizo sentar, me dió un pequeño libro, me señaló lo que debia aprender, y me dijo:

Esta será una dilacion de pocos dias, y no sera perdida; porque miéntras aprendeis lo que el Cristiano necesariamente debe saber, aprovecharemos este intervalo, para emplearle en asuntos no menos importantes. Procuraré daros una idea de la religion cristiana, trataré de esplicaros su espíritu, y estas conferencias pueden ser muy útiles para entender mejor sus artículos. Nada nos puede excitar tanto á estimar y amar nuestra religion como conocerla bien, y si se ven tantos Cristianos tan malos ó tan tibios, es porque en general nuestra educacion es muy defectuosa en esta parte, y porque hay pocos que la reconozcan como deben.

Se recibe el bautismo en la infancia mas tierna, tiempo en que es imposible conocer ni la estension del empeño que se contrae, ni la hermosura de la religion que se abraza, ni la inmensa felicidad para la que nos abre la puerta. Cuando viene la edad de la razon, pocos son los que conocen la importancia de este objeto, pocos los que advierten que este debia ser el estudio mas continuo de su vida, y menos los que se aplican á él con la seriedad que merece. Unos se corrompen y se abandonan á las iniquidades que la religion reprueba, algunos piensan hacer mucho si rezan alguna devocion, y oyen misa los dias de fiesta. El mayor número se ocupa menos en el temor de Dios, y en las cosas de su servicio, que en sus

placeres, su fortuna y sus comodidades, y son raros los que cuidan de conocer la esencia ó el espíritu de su religion para cumplir con exactitud las obligaciones que nos impone.

De aquí nacen tantos estravíos en los unos, y tanta ignorancia ó tibieza en los otros; porque nada en el mundo es tan importante como saber las leyes á que nos hemos sujetado, recibiendo el bautismo, y las condiciones con que nos ha recibido la Iglesia cuando nos permitió entrar en la congregacion de sus fieles. El bautismo es un contrato recíproco entre Dios y el Cristiano; este renuncia todo afecto desordenado y contrario á la ley divina, y toda aficion viciosa y condenable; reconoce á Dios por su único soberano, por la fuente y principio de todo poder, virtud y santidad; á Jesucristo por su hijo unigénito, por su Dios, su redentor y medíador; ha prometido guardar sus preceptos, amar á Dios mas que todo, y á su prójimo como á sí mismo, y en fin no desviarse un ápice de su divina ley.

Dios le ha prometido, por el órgano de la Iglesia, que si cumple con fidelidad estos empeños, le dará una eternidad de gloria; y como sabe que es débil, y que su naturaleza degradada lo espone á continuos peligros por los muchos enemigos que lo combaten, tambien le ha ofrecido que le socorrerá en sus tentaciones, y le exhorta á que siempre que se sienta combatido implore su piedad con confianza, que no le faltará su auxilio: aun mas, le promete, le asegura que si, á pesar de su gracia, la flaqueza de la humanidad le

rinde á los asaltos de la concupiscencia , y se atreve á violar los preceptos de la divina ley , le recibirá su misericordia , cuando la implore con un corazon arrepentido ; y para esto ha instituido el sacramento de le penitencia.

Ved aquí , señor , un contrato recíproco , una convencion mútua en el asunto de la mayor importancia, pues se trata de la vida eterna. ¡ Y qué , señor ! ¿ puede haber nada que interese tanto al Cristiano como las cláusulas de este contrato ? ¿ qué es lo que debe tener mas presente ? ¿ qué es lo que debe pesar con mas frecuencia y atencion que las condiciones con que se le ha dado tanto bien, para no aventurarse á perderle ? El que ha sido bastante feliz para adquirirse el título de hijo de Dios , y tener derecho para llamarle con el dulce nombre de padre , ¿ en qué puede emplear mejor todas las luces de su razon desde que empiezan á alumbrarle , sino en el estudio de las obligaciones que le impone tan alta dignidad , para no esponer la vocacion mas sublime ?

¿ Cómo pues el hombre , que por su naturaleza es barro , que por su condicion es miserable y débil , que lleva dentro de sí tiranos imperiosos que sin cesar le tienen en batalla contra la ley de Dios y los preceptos de su religion , y que á cada instante le ponen en peligros de faltar á lo que ha prometido ; cómo , repito , no procura fortalecerse con todos los medios que la misma religion le presenta , para resistir á sus ataques , y defenderse de tan diabólicos enemigos ? Es verdad que Dios no le pide cosas im-

posibles, porque le ayuda con el socorro de su gracia, y que con él puede fácilmente cumplir cuanto la ley le impone; pero, ¿cómo obtendrá esta gracia si no la pide? ¿cómo la pedirá para cumplir la ley, si no la conoce? ¿cómo sentirá la dificultad de cumplirla, si no la medita? ¿y cómo tampoco sentirá la necesidad del socorro el que no considera ni la grandeza del daño ni la urgencia del peligro?

Por otra parte el Cristiano no debe perder de vista una verdad que puede contribuir mucho para el desempeño de las obligaciones que contrae, y es que todo lo que Dios le ordena en su ley divina es para su mayor bien. Sus preceptos son tales, que cuando no debiéramos obedecerlos por obligacion, debiéramos ejecutarlos por nuestro propio interes. Observad bien el Decálogo, y veréis que todo lo que nos prohibe es únicamente lo que nos puede perjudicar para la dicha temporal, y solo con que sus ordenanzas se ejecutaran, el orgullo, la avaricia, la impureza y todos los vicios capitales desaparecieran de la tierra. Así todo lo que los mandamientos divinos nos prescribe es por nuestra propia utilidad; porque no hay accion ni omision reprensible, que al fin no deba perjudicar al público ó al particular. Hasta el mal que hacemos á otros vuelve á recaer sobre nosotros mismos, porque ó nos espone al rigor de las leyes humanas, ó nos quita la reputacion tan necesaria en la vida, ó nos hace perder los caudales, la salud y la paz de la conciencia, que son los bienes mas preciosos que pueden hallarse en la tierra.

De manera que cuando Dios nos manda resistir al impulso mortífero de los vicios, nos manda nuestra propia felicidad. ¿Qué pueden producir la impureza, la intemperancia, la cólera, la venganza, y todas las demas pasiones injustas y violentas, sino la turbacion, el desórden, y todos los otros males que llevan consigo? Hasta la filosofía pagana conoció la necesidad y la importancia de esta moral sabia y contenida; porque percibió que era el único medio de hacer menos molesta esta turbulenta y pasagera mansion que hacemos en la tierra, y que si se dejaba la rienda suelta á las pasiones era imposible no alterar el reposo del alma, sin el cual no puede haber mas que afliccion de espíritu.

Pero la religion no contenta con preservarnos de los males, nos prescribe las virtudes, madres fecundas de infinitos bienes. Dios nos prescribe la caridad fraternal, que no es otra cosa que el amor recíproco entre los hombres, pues nos obliga á mirarnos todos como hermanos, como hijos del mismo padre, y por consiguiente á servirnos con cuantos auxilios nos ordena la humanidad, la templanza y la justicia; nos inspira horror á todo lo que es engaño ó falsedad, en fin nos ordena virtudes de muchas especies, y en todas ellas siempre nos prescribe aquello que la misma naturaleza nos ha indicado ya ser necesario para nuestra propia dicha; nos manda todo aquello cuya falta hiciera nuestra desgracia, ó disminuyera la felicidad de que gozamos.

Seria pues delirio no percebir las mas sencillas no-

ciones de la razon, no reconocer que cuando Dios se dignó de darnos sus divinos mandamientos, todo lo ordenó amorosamente para nuestro bien, y esta consideracion debe persuadir al Cristiano cuán injusto es el hombre que en vez de darle gracias por una condescendencia tan paternal, se atreve á censurar sus preceptos como duros y rigurosos, y se queja de una ley cuya observancia, despues de hacerle feliz en la tierra, le procura en el cielo una gloria sin fin.

Señor, pues la misericordia os da el deseo y el tiempo de adquirir estos y otros conocimientos, todos muy importantes, tratemos de meditar con la atencion mas seria el espíritu de la religion cristiana, y veamos en que consiste la verdadera piedad, y cuales son las observancias que deben caracterizar al Cristiano. Hay en esto mucha vulgaridad, que solo puede salvar de algun modo la ignorancia ó la simplicidad de una buena fe; pero Dios y la razon nos prescriben que sepamos y entendamos lo que la religion requiere para conformarnos á su espíritu, y presentar á la Divinidad un obsequio razonable.

En el cristianismo hay obligaciones y devociones. Las primeras son esenciales, necesarias é indispensables; tales son todos los preceptos que nos vienen directamente de la mano de nuestro divino Legislador, de la de sus apóstoles instruidos en su escuela, ó de la Iglesia, su intérprete fiel. Por ejemplo, ¿qué institucion mas saludable, mas benéfica, mas digna de la bondad de Dios que el sacramento de la penitencia? recurso inagotable de gracias para todo peca-

dor, que puede lavar con ella las manchas de su fragilidad. ¿Qué don comparable al de la sagrada Eucaristía, en que el mortal se anticipa á gozar las dichas del cielo, y puede recibir en su pecho al mismo Dios que un dia hará su felicidad, y le consuela entre tanto en esta vida pasagera? Estas son entre otras las verdaderas instituciones cristianas, y las que con preferencia deben ocupar nuestro corazon.

Hay otras devociones que pueden ser buenas, y todas son útiles desde que alimentan la piedad y son conformes al espíritu de la santa Iglesia; pero para reglarlas bien es menester distinguir las que son de obligacion y las que son supererogatorias, entendiendo que estas no pueden tener lugar sino cuando se han cumplido las primeras; y advertid, por regla general, que entonces nos son saludables, cuando conspiran á mantener en nuestros corazones un sentimiento puro de respeto y adoracion al Ser supremo de quien dependemos, de imitacion y amor á nuestro Redentor, que es nuestro único modelo, de veneracion á los Santos, amigos suyos é intercesores nuestros, y de sujecion á las leyes que nos dejó en el evangelio, y á las que en su nombre y con su autoridad nos intima la Iglesia.

Sin estos principios que deben gobernar el espíritu y la intencion de cuanto hace el Cristiano, la devocion no seria provechosa; porque las ideas indesquiciables de su religion son que Dios, autor, causa universal de todo, y principio único de nuestra existencia, es á quien lo debemos todo; que nuestra primera obli-

gacion es amarle, no solo porque depende de su mano omnipotente nuestra felicidad, sino porque él es en sí mismo por sus atributos y perfecciones infinitamente amable, que ademas de esto nos ama y desea nuestro bien, que quiere y puede recompensarnos, que en el Bautismo nos hemos consagrado á su servicio, que allí le juramos fe y obediencia, y que en todas nuestras acciones y pensamientos debemos aspirar á manifestarle nuestro deseo de servirle y complacerle.

En la tierra nos unimos por intereses á nuestros superiores ó soberanos, los servimos con fidelidad, los amamos con ardor, y nuestro amor y respeto se aumentan á proporcion de lo que crecen sus favores ó sus beneficios. ¿Qué soberano puede compararse con aquel que forma á los soberanos? No solo es grande y amable por sí mismo, sino que es la grandeza, la hermosura y la amabilidad de que desciende todo lo que en el mundo aparece con alguno de estos atributos. De su mano sale únicamente el ser, la conservacion y todos los bienes de la tierra, sin hablar todavía de los de la gloria.

La razon pues y la naturaleza se reunen para decirnos que nuestro mayor respeto, nuestro mas vivo amor deben dirigirse únicamente á nuestro Criador omnipotente. San Ambrosio decia que este sentimiento, que debe ser el primero en el corazon, es el fundamento de todas las virtudes, y que por eso Dios le exige de nosotros, porque es necesario para nuestra propia felicidad. En efecto solo puede ser feliz acá bajo el que no tiene mas voluntad que la de Dios, y

que está pronto á abandonarlo todo por él. ¿ Y qué no le debe el hombre? ¿quién concebirá la estension de una obligacion tan infinita? Solo la fe la puede divisar, el hombre torpe y grosero no puede esplicarla; dichoso si sabe amár y adorar en silencio.

Mañana, señor, si me lo permitis, comenzaremos esta conferencia: consolaos ahora considerando que ya estais en los brazos de Dios, y que su bondad nos dará tiempo y gracia para acabar su santa obra. El padre se fue; yo, Teodoro, sin perder un instante, me puse á aprender lo que me dejó señalado, y pasé en esta ocupacion la mayor parte de la noche. Yo queria aprenderlo todo; pero á fuerza de abarcarlo todo no aprendia nada. Al fin llegó el otro dia, y en él pasó lo que en mi primera carta te diré. A Dios, amigo.

CARTA XVIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Este dia vino el padre á la hora regular, y despues que me dijo algunas palabras de consuelo para alentarme á proseguir mi empresa, habló así: Ayer, señor, quedamos en que hoy os procuraria dar una idea de la religion cristiana, y que trataria de haceros ver su espíritu segun los principios de la fe. Voy á cumplir mi palabra lo mejor que mi cortedad alcance, y procuraré que sea con la mayor sencillez y claridad. La religion tiene su hermosura propia, y no necesita de adornos estrangeros. La sencillez del estilo es el aliño que mejor la sienta.

La fe nos dice que hay un Dios criador y primera causa de todo lo que existe; que este Dios es único, increado, omnipotente y eterno, y que por su voluntad dió la existencia á las cosas visibles é invisibles, que no subsisten sino porque su providencia las mantiene y gobierna; que este Dios es el mismo que el Símbolo de nuestra fe llama Criador del cielo y de la tierra; que este Dios fue conocido y adorado por los Judíos; que tambien lo fue por los Gentiles; pero que estos profanaron su culto con muchas fábulas y supersticiones;

Que este Dios, el único que es y tiene el ser de sí mismo, es el único que existe por su propia naturaleza; es tambien el centro, la rais y el principio de

todas las perfecciones; pues todo lo demas que le debe el ser, le debe tambien las buenas calidades que pueden acompañarle, como que todo lo bueno, lo santo y lo perfecto que se puede hallar en sus criaturas procede de su perfeccion original y primitiva, siendo ella el único manantial de donde sale todo bien;

Que este Dios por la fecundidad, riqueza y plenitud de su saber, produjo en sí mismo, ó engendró en su seno el concepto de su mente divina; esto es, su Verbo, su palabra interna, su razon, su inteligencia, su sabiduría, la verdad misma, que es el pensamiento de Dios eterno y subsistente;

Que Dios produjo este concepto de su mente divina, este Verbo que es de su propia naturaleza, el cual subsiste eternamente en ella, por el cual crió el mundo, le sostiene y gobierna; que le engendró en su seno desde la eternidad, y le produjo de su misma sustancia: así le llamamos su hijo; y como Dios padre no puede dejar de amarse á sí mismo, porque es infinitamente amable, tampoco puede dejar de amar á este su hijo, que, siendo tan perfecto como él, es tambien infinitamente amable; y por la misma razon el hijo no puede dejar de amar á su padre, que le ha dado su mismo ser y sus mismas perfecciones;

Que de este amor infinito é inefable con que el Padre y el Hijo se aman procede el Espíritu Santo, y es de la misma naturaleza que el Padre y el Hijo, pues no es otra cosa que el amor de los dos. Y que de esta manera, aunque la naturaleza divina sea única

é

é indivisible, hay en ella realmente tres relaciones distintas que llamamos personas para distinguirlas, aunque las tres no sean mas que una misma sustancia. Y si fuera posible usar de comparaciones en objetos tan superiores á nuestra inteligencia, se pudiera decir que estas tres relaciones subsisten en la esencia divina á la manera que en el alma humana estan la memoria, el entendimiento y la voluntad, que, aunque son tres potencias distintas, subsisten en la misma alma, que por su naturaleza es única, indivisible y simple.

Este es el inescrutable misterio de la Trinidad divina, y primer artículo de la religion cristiana, misterio que estuvo largo tiempo escondido en el seno de Dios; pues, aunque en el antiguo Testamento hay algunas nociones por donde ahora se puede rastrear, no eran bastante claras para que los hombres las pudieran entender. Tambien es cierto que Dios desde el principio habia prometido un Mesías; pero entonces pocos conocieron que este Mesías seria su Hijo unigénito, su sabiduría increada, su Verbo divino, nacido en la eternidad de su propio seno, en una palabra, el mismo Dios.

Fue este Hijo unigénito el que, descendiendo del cielo, unió á sí la naturaleza humana, y se hizo hombre por salvar á los hombres, y el que en el curso de su mision divina nos descubrió este portentoso secreto, que jamas hubiera podido descubrir ni inventar la razon humana. Él fué el que nos dió una idea clara de la naturaleza divina, enseñándonos

claramente y sin rodeos, que su divino Padre le habia engendrado en la eternidad de su propia sustancia, y que del amor de los dos procedia el Espíritu de ambos. Y aunque se dignó de esplicarnos sin embozo que él procedia de su Padre por generacion, y que era su Hijo real y verdadero, no nos esplicó como procede el Espíritu Santo de ambos, contentándose con decirnos que él y su Padre produjeron al Espíritu Santo, que es persona distinta de ambos.

Ve aquí pues lo que cree el Cristiano, y lo cree porque Jesucristo lo ha dicho. Despues que este divino Salvador probó con pruebas tan claras y tan evidentes que era Dios, ¿cómo era posible dejar de creer lo que nos dice? ¿quién podrá conocer mejor la naturaleza divina? ¿qué importa que nuestra razon no descubra con claridad todas las relaciones de misterios tan oscuros? ¿quién la ha dado órganos para conocer lo que es divino, cuando apenas puede concebir lo que es humano? ¿cómo hablará con propiedad de la naturaleza de Dios el que ignora lo que es la de los brutos? Así, sin la pretension de entender ni esplicar el misterio de la Trinidad, solo procura estudiar y saber lo que Jesucristo se ha dignado decir para creer y adorar; y porque Jesucristo lo ha dicho, cree que Dios es uno y trino, uno en su esencia, y trino porque en esta única esencia hay tres personas realmente distintas.

Cuando dice que hay tres personas, no imagineis que este nombre de personas tenga en la naturaleza de Dios la misma significacion que en nuestro idioma

familiar, que signifique lo mismo que entendemos cuando decimos que Pedro, Pablo y Juan son tres personas distintas. Hay infinita diferencia entre Dios y los hombres; pero la usamos y la usaron los santos padres para distinguir el Padre del Hijo, y el Espíritu Santo del Hijo y del Padre, sabiendo bien que esta espresion es defectuosa por la grosería del lenguage humano. Y aunque no podemos esplicarnos mejor, procuramos elevar nuestro espíritu, y confesar con la Iglesia, que se conforma reverente con las palabras de Jesucristo, que la esencia de Dios, una, simple é indivisible, incluye en sí la omnipotencia que es el Padre, incluye la sabiduría ó la palabra interior que es el Hijo, incluye el amor con que ambos se aman, y que los une, que es el Espíritu Santo.

Este misterio es de su naturaleza tan alto y elevado, que en su contemplacion se abisman los espíritus mas sublimes. La Divinidad es un abismo insondable de magestad y grandeza. Pero, para creerlo, ¿no basta saber que Jesucristo lo ha dicho, y que Jesucristo es Dios? Por eso está esplicado con distincion en el símbolo de nuestra fe, y cuando decimos ó cantamos el *Credo*, protestamos particularmente creer y adorar el misterio de la santísima Trinidad.

Cuando nombramos á Dios, cuando le pedimos que nos ayude, ó le hablamos de cualquier otra manera, entonces entendemos dirigirnos á este Dios uno, trino, indivisible y omnipotente, que todo lo ha criado de la nada, que está presente á todo, que hace gozar á los bienaventurados de la inmensidad de su gloria,

y que desea darnos la misma felicidad. A este Dios nuestro soberano Señor, nuestro único bien, debemos dirigir como á fin todos nuestros ruegos y adoraciones, él solo es el objeto de nuestra adoracion y religion.

Sus basas son el amor y el temor. Dios es infinitamente bueno y santo; por su naturaleza ama la virtud, y detesta el vicio. Nos manda obedecer sus leyes, y resistir á los deseos de nuestros apetitos. Tiene el poder de castigarnos, y nos ha declarado que lo ejecutará, si no le obedecemos. Estos son los principios que fundan la necesidad de obedecerle, para no esponernos á los peligros de su cólera; y de ellos se infiere que el pecador no le teme, cuando, á pesar de su peligro, se deja arrastrar de sus pasiones, ó cuando, fiado en la esperanza incierta de aplacarle despues, se abandona con falsa seguridad al torrente de sus vicios.

Pero fuera de este estímulo tan poderoso hay otro mas noble, y en las almas generosas mas activo: este es el amor. ¿Qué nos dice el primero y mas principal de los mandamientos? *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, toda tu alma, y todo tu espíritu.* En efecto, ¿qué puede amar el hombre, si no ama á su Dios á quien lo debe todo? ¿y que menos puede hacer que amar á tan buen padre, cuyos atributos solos debieran arrebatarle de admiracion y de amor? Infinitas son las razones de amarle, y las de manifestar que le amamos mas con acciones que con palabras. Este amor tierno y respetuoso debe ser el

sentimiento dominante de nuestro corazon, y él debe impedirnos hacer nunca cosa que le pueda ofender; él nos debe excitar á estar siempre en su presencia, á no apartarle nunca de los ojos del alma, y á repetirle actos de adoracion y de amor. A lo mismo debe excitarnos nuestro propio interes, pues se ha dignado asegurarnos que una felicidad sin fin será el precio de un amor que debiéramos tener sin esta esperanza, y que premiará una obediencia que es la mas simple y debida obligacion de un hijo para su padre, ó de un esclavo para su señor.

Aunque la religion deba adorarle en todas partes, pues Dios está en todas ellas, y todo lo llena con su inmensidad, debe hacerlo con especialidad en sus templos, donde reside como en un trono invisible, y donde mas particularmente nos da audiencia. Por otra parte los templos estan consagrados á su gloria, son la congregacion de los fieles, en donde se reunen las almas para presentarle sus oraciones y su culto, y allí es donde debemos levantar mas nuestros corazones, para reconocer su grandeza, nuestra dependencia, y adorar lo infinito de su magestad; allí debemos bendecirle, pedirle que su nombre sea glorificado en todo el mundo, y que su divina voluntad sea por siempre obedecida.

No debemos tener otro objeto en todas nuestras acciones, aunque sean las mas indiferentes y comunes, como el trabajo, las comidas y el sueño; pues debemos hacer todo esto porque Dios quiere que lo hagamos. Por esto la Iglesia nos enseña á que las em-

pecemos todas haciendo la señal de la cruz, uniendo á esta demostracion de Cristiano la espresion de *Gloria sea al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*, para hacernos entender que todo lo debemos hacer por la gloria de este Dios, trino y uno.

Nosotros somos pobres y miserables criaturas. Siempre estamos cubiertos de pecados graves ó ligeros, que nos hacen mas ó menos culpados; siempre tenemos necesidad de perdon, y siempre le debemos pedir. Pidámosle pues continuamente á este Padre misericordioso, que es el único que nos le puede conceder; pero este ruego debe ir siempre acompañado de un dolor sincero de haber ofendido á un Dios tan bueno, y de una resolucion muy determinada de no volverle á ofender. Esta oracion necesita menos de palabras que de afectos; no es menester decir mucho, sino sentir bien. Dios ve el fondo de los corazones, y solo se complace con la sinceridad de la intencion. *¡Mi Dios! misericordia; socorre á esta tu pobre criatura*: esto basta para esplicar el dolor activo que debe ser el sentimiento habitual de un pecador; y si el corazon lo pronuncia interiormente con verdad, este afecto solo llegará hasta el trono de Dios.

El motivo mas puro de este dolor es el que la Iglesia nos indica. Esta santa madre nos instruye de que todos los motivos que nos apartan de ofender á Dios son buenos, que todos los que pueden producir el arrepentimiento de las ofensas ya cometidas lo son tambien; pero que el mejor principio, la mas justa y mas noble causa de todas es el amor de Dios. Esto

es, que debemos procurar la detestacion de nuestras culpas por el dolor de haber ofendido á un Dios tan bueno, y que debemos determinarnos á reformar nuestras costumbres por no volver á ofender á un Dios tan santo como grande, á un padre tan poderoso como tierno. Este dolor que no se mueve únicamente por el propio interes, sino que tiene á la vista la ingratitud, la injusticia y la iniquidad que se ha cometido contra un Dios tan digno de nuestro amor, es el que se llama contricion, el mejor y mas noble de todos, y puede llegar á ser tan vivo y eficaz, que por sí solo baste á justificar al pecador.

Del mismo modo la conciencia delicada, el corazon timorato que se observa con cuidado, que vela con atencion continua para no hacer cosa alguna que pueda desagradar á Dios, y que obra no tanto por obtener sus recompensas y huir sus castigos, como por no disgustar á un Dios tan digno de ser amado, por no ofender á un padre á quien todo se debe, y á quien se aprecia sobre todo, este tiene un sentimiento el mas digno de un Cristiano; este es el temor filial, el afecto sensible de un tierno amor, el que mas honra y glorifica al amor divino, y el mas sublime esfuerzo de la virtud del Cristiano, sentimiento superior á la naturaleza corrompida, pero que se obtiene con la gracia, y se cultiva con el ejercicio.

Este es por lo ordinario el fruto de la oracion sincera y fervorosa; pero, antes de tratar de esto, volvamos á las primeras ideas de la religion. El Cristiano debe

pues invocar y adorar á la Trinidad divina, dirigiéndose al Padre eterno por la mediacion de su Hijo, y con la gracia y auxilio del Espíritu Santo. El mismo Salvador nos enseñó á dirigirnos á su Padre, cuando nos dijo (1): « Cuando os pongais á orar, retiraos » al lugar mas secreto de la casa, y vuestro Padre » que conoce los pensamientos mas secretos os es- » cuchará ». Y él mismo nos enseñó á dirigir al Dios omnipotente la mejor de todas las oraciones, que es el *Padre nuestro*, asegurándonos que todo lo que pidamos al Padre en nombre de su Hijo nos será concedido.

La Iglesia nuestra madre y nuestra maestra, cuyos ejemplos debemos imitar, empieza por lo comun sus oraciones dirigiéndolas á Dios padre, que es la primera persona en el órden, las continua interponiendo la mediacion del Hijo, porque sabe que no podemos obtener nada sino por sus méritos, y las termina en la union del Espíritu Santo, porque su intencion es adorar y glorificar toda la santísima Trinidad.

Así, aunque sea imposible dividir lo indiviso; aunque no se pueda ni aun concebir una persona sin las otras, á causa de su absoluta inseparabilidad en las sustancias; y aunque todas tengan la misma esencia y los mismos atributos, nuestro entendimiento, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, las atribuye particulares relaciones, y la religion nos indica que para que nuestra oracion sea arreglada al espíritu del cris-

(1) *Matth.*, VI, 6.

tianismo, se dirija desde luego á Dios, el Padre eterno, el Criador de todo, que se le pida por los méritos de su Hijo el Hombre Dios y Redentor del mundo, y que se le pida invocando su espíritu divino, que pide en nosotros y con nosotros para hacer nuestra oracion digna de ser oida. Todo esto sin separar una persona de las otras, porque las tres son el mismo Dios único, indivisible y eterno, á quien debemos el ser; el Dios de quien tenemos los bienes de la tierra, y de quien esperamos los del cielo.

Es imposible, señor, que el hombre pueda formarse una idea justa de este misterio. Es de una esfera muy superior á sus cortos alcances; le cree, porque se le ha revelado, porque la Iglesia le cree, y ya hemos visto las razones invencibles que tiene para creerlo, aunque no lo comprenda. Tampoco puede formarse idea de Dios trino y uno, porque siendo inmenso é invisible, sus sentidos no le pueden ofrecer ninguna imágen adecuada que se la dé. Los pintores han querido contentar la imaginacion dibujándole con formas sensibles, y, no pudiendo hallarlas sino en las materiales que solo conocen, representan al Padre con la figura de un anciano venerable que tiene al mundo en una de sus manos, y al Espíritu Santo como una paloma; pero estas son imágenes muy imperfectas y groseras.

El eterno Padre no tiene ninguna semejanza con las criaturas, y no puede ser caracterizado con miembros humanos, y con las arrugas de la vejez. El Espíritu Santo ha tomado la forma de paloma y de

lenguas de fuego para hacerse visible; pero dista infinito de estos y cualesquiera objetos terrestres. Solo el Hijo de Dios, ó la segunda persona de la Trinidad, ha dejado á nuestra fe una imágen visible; porque, como se hizo hombre, podemos verle con la imaginacion tal como ha existido, y representarle como niño, como hombre, y crucificado. No nos es posible ver su divinidad, pero las imágenes de su humanidad nos indican que es nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre.

La devocion que debemos tener á este Hombre Dios no es solo obligacion esencial, sino condicion indispensable para obtener la vida eterna. No hay otro nombre en que podamos salvarnos, sino el de Jesus. Dios no oye nuestros ruegos, ni nos concede nada sino por sus méritos, pero todo lo concede por sus méritos y su mediacion. Estos son los principios cristianos, y si consideramos todas las acciones y pasos de su vida, sus humillaciones, dolores, y en especialidad su pasion y muerte, veremos que todo lo que ha hecho, todo lo que ha sufrido, fue únicamente por nosotros; pues él, por su naturaleza, era la inocencia misma, y no necesitaba de espiacion. Por poco que nuestro corazon sea sensible no olvidará un instante tantas pruebas de amor, y debe corresponder á tantos beneficios con la mas viva gratitud, y con el mas encendido amor.

Por otra parte Jesus es el autor de toda gracia, y la fuente de que mana todo bien espiritual. Es su sangre la que en el bautismo nos borra la mancha del

pecado original, y nos hace hijos adoptivos de Dios. Es Jesucristo quien nos obtiene el perdon de todas nuestras culpas que la depravacion ó la flaqueza nos hacen cometer, si tenemos de ellas un sincero dolor; pues es el único mediador entre Dios y los hombres. No hay gracia que no pueda conseguirnos con la sangre preciosa que vertió por nosotros, y que ofrece á su Padre sin cesar; en fin es Jesucristo el que recobró y nos ha restituido nuestros títulos para la vida eterna.

Las puertas del cielo no se abrieron ni se abrirán jamas sino por él. Nadie puede entrar sino por los méritos del cordero de Dios, de la víctima que sola puede lavar nuestras iniquidades; y por esto á él únicamente se le ha dado, y puede convenir el nombre de Salvador. ¡Qué nombre tan dulce! ¡cómo debe excitar nuestro amor, y recordarnos la obligacion de buscar su socorro y apoyar en él nuestra confianza! Como es consustancial con su Padre, todo lo puede, pues el evangelio nos dice que su Padre ha puesto todo el poder en su mano, dándosele sin límites en la tierra y en el cielo.

Por consiguiente bien podemos dirigir nuestros ruegos á este divino Salvador, para que nos perdone los pecados; pero el medio mas ordinario es implorar la misericordia del Padre por sus méritos, que son los únicos que pueden merecer las gracias del Autor de todo bien. Cuando nos presentamos á Jesucristo en su sacramento para adorarle ó para recibirle, entonces nuestro corazon, que se hace trono de su amor, va á

él directamente, y es el tiempo mas propio para suplicarle que nos cure de nuestros males, que nos fortifique y gobierne en el camino del cielo, y nos conceda los auxilios de que tanto necesitan nuestra debilidad y miseria. Cuando se considera que este Dios es tan bueno, que, no contento con haber derramado toda su sangre para rescatarnos, se digna de venir á nuestros corazones, y que quiere habitar con criaturas débiles, y tan indignas de favor tan precioso, ¿cómo no se ha de amar un señor tan dulce, un bienhechor tan amable?

San Pablo anatematiza al que no ama á Jesucristo. La basa de nuestra religion es amar y adorar no solo al Señor y Criador de todo, sino tambien á nuestro divino Salvador. Si debemos tener amor y gratitud al que nos ha criado y conserva, los mismos sentimientos debemos al que nos rescató con el sacrificio de la cruz, al que recobró nuestros derechos á la gloria eterna, y al que en su sacramento se digna ser nuestro alimento y nuestra fuerza. Este es el verdadero espíritu del cristianismo; sin él nadie puede salvarse, y con él, suponiendo la observancia de los preceptos de Dios y de la Iglesia, la gracia nos conduce á la gloria.

Así pues la devocion es verdadera cuando nos lleva á Jesucristo, y se puede juzgar ciertamente de la solidez de la religion de cada uno por el profundo respeto con que le adora, sea en sus templos, cuando está á la pública veneracion, sea cuando va públicamente en procesion, ó en viático á los enfermos. ¿Qué me-

nos podemos hacer, cuando este rey de reyes parece en persona enmedio de sus vasallos, que corren presurosos á acompañarle y adorarle? Esta demostracion de amor excita su misericordia, y nos atrae nuevas gracias; pero esta devocion esterior no es nada cuando la interior no la produce: esta es el alma de aquel cuerpo. Trataremos de ella con mas estension cuando hablemos de su vida, de su doctrina, de su pasion y su muerte, que fueron los últimos rasgos con que dibujó su infinito amor para los hombres.

Baste por ahora decir que la verdadera religion consiste en el amor de Dios y del prójimo, y en nuestra confianza en Jesucristo, como salvador de los hombres y mediador con Dios; que esto es lo que nos enseñan los libros de la nueva ley; que este es el ejemplo que nos han dado los santos, y lo que nos recomienda la Iglesia. Esto es lo necesario indispensablemente para salvarse, y ninguna otra devocion puede suplirlo. Él que en lugar de estos principios sólidos, luminosos y de absoluta necesidad quisiera sustituir otros que no fueran mas que de consejo, seria enemigo de la religion cristiana, pues quiere destruir sus fundamentos.

En la Trinidad adoramos tambien al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, y es consustancial con los dos; y los dones preciosos que tenemos de este divino Consolador nos deben inspirar para él una devocion particular y determinada. La mayor prueba de bondad que Dios pudo darnos fue la Encarnacion de su Hijo, y este plan de misericordia fue conducido

por el Espíritu Santo. ¿Quién ha sentido mas su influencia y su fuerza que los apóstoles y discípulos de Jesucristo? Despues de haber vivido largo tiempo con su divino maestro; despues de haber sido testigos de sus milagros, y haber recibido todas sus instrucciones, no tenian todavía la fe viva, el amor generoso que no conoce obstáculos, y sabe despreciar hasta la muerte misma.

Pero apénas les envia el Espíritu Santo, que desciende sobre ellos en lenguas de fuego, estos pescadores débiles y groseros se trasforman en misioneros intrépidos y sabios. Los horrores del suplicio y la muerte no los detienen, y sellan con su propia sangre las verdades que anuncian. El mismo espíritu que habia iluminado á los profetas habla por los labios de los apóstoles, les da la inteligencia de las instrucciones que habian recibido, y les hace poner los cimientos de una religion nueva que debia triunfar de las antiguas. Este mismo fuego abrasó despues á las vírgenes y á los mártires, y era el que les hacia superar los tormentos y los cadalsos.

La mayor prueba de amor que pudo darnos Jesucristo es ciertamente la institucion de la Eucaristía, pues en ella el pan y el vino se convierten en su cuerpo y en su sangre. Y aunque este milagro se haga en virtud de sus palabras, la Iglesia cree que el Espíritu Santo concurre con su influencia, y por eso le invoca, y le pide que derrame sus dones. En el bautismo cuando Dios nos adopta por sus hijos, el Espíritu Santo desciende sobre nuestras almas, y hace nacer

en ellas las tres virtudes celestiales de Fe, de Esperanza y de Caridad. El apóstol ha dicho que la caridad ó el amor de Dios se derramó en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fué dado en el bautismo. Su nombre es amor, y el Cristiano debe dirigirse á él, si desea obtener el amor que es la primera virtud del Cristiano. La mejor señal de que habita en nosotros es sentir un amor de Dios tan vivo, que solo temamos ofenderle, y con un deseo muy ardiente de que todos le amen como nosotros.

El Espíritu Santo es el principio de todas las buenas inspiraciones, de él salen todos los dones y gracias con que el hombre se perfecciona, la religion los conoce, y él los distribuye entre los fieles como quiere. San Agustin dice que, segun la palabra de Dios, al Espíritu Santo debemos propiamente la remision de los pecados, y que por esto tiene tambien el nombre de pacificador, porque de él se deriva toda santidad y gracia interior, bien que, como hemos dicho, concurre toda la Trinidad. Seria imposible esplicar todos los títulos que tiene á nuestro amor y adoracion este Consolador divino; pero no olvidemos que nos importa que no se aleje de nuestro corazon, pues tanto lo necesitamos. Todo hombre cuando nace trae consigo otro espíritu bien diferente de aquel, un espíritu de concupiscencia, un amor vil y terrestre, que con furor nos inclina á los objetos sensibles, que excita los deseos desarreglados, y nos hace olvidar á Dios y la celeste patria, que en fin acaba por hacernos el desprecio y oprobrio de los hombres, y por atraer sobre nosotros la cólera de Dios.

Para reprimir y vencer este espíritu seductor no tenemos otro medio que valernos de aquel que solo nos inspira el amor del bien, y el odio del mal, y nosotros debemos implorarle para que nos haga fáciles y dulces los ejercicios de las virtudes, para que nos sostenga en las tentaciones, y nos inflame en el divino amor. Roguemos al eterno Padre y á su divino Hijo que nos envien el Espíritu Santo, y roguemos directamente á este Espíritu divino que encienda en nuestras almas el fuego celestial que ha inflamado tantos santos, y sin el cual no seremos compañeros de su gloria. Nosotros le hemos recibido en el bautismo y en la confirmacion; pero, ¿qué hemos hecho para conservarle? ¡Miserables! ¡le hemos perdido! ¡y lo peor es que no pensamos en recobrarle, aunque el mismo Jesucristo nos asegure que su Padre nos le dará con la misma facilidad con que un hombre da pan á sus hijos!

El primer efecto que producirá en nuestras almas el amor y el temor que nacen de la religion, es inspirarnos una constante vigilancia en el cumplimiento de nuestras obligaciones, un cuidado no interrumpido de que nuestras acciones sean buenas, virtuosas y conformes á su divina ley, y una atencion continua de practicar todo lo que manda, y evitar cuanto desaprueba. Las acciones son pues la piedra de toque, y no las palabras, y el mismo Jesucristo nos enseñó el único medio de distinguir si el amor que tenemos á Dios es real ó imaginario, cuando nos dijo (1): » Aquel

(1) *Joann.*, XIV, 21.

» Aquel que sabe mis mandamientos, y los guarda,
» es á quien mi Padre y yo amamos verdaderamente. »

No puede amar á Dios el que le ofende; no le puede temer el que le irrita. Dios no tiene necesidad ni de nuestro corazon ni de nuestras obras; pero por nuestra propia felicidad nos ha impuesto leyes. Examinad toda la moral de la religion, y veréis que la caridad, la justicia y la sabiduría han dictado todos los preceptos que nos dió el Hijo de Dios ó sus apóstoles instruidos en su escuela. Todos conspiran á que adquiramos la paz del alma, el mayor bien de esta vida. Sin ella no pudiera existir este amor fraternal, esta union benévola y pacífica, que hace la dulzura y armonía de la sociedad. Y no olvideis que la bondad de Dios es tal que quiere recompensar como mérito lo mismo que exige para nuestro bien.

Y aun no contento con esto, para estrecharnos mas á la práctica de la virtud y á la fuga del vicio, promete una infinita recompensa, un reino eterno de delicias al que obedezca su ley, y amenaza con tormentos sin fin al que la viole. Cuando la religion no nos revelara esta verdad, la razon debia convencernos de ella. Un Dios cuya justicia es infinita no puede dejar á los justos sin recompensa, ni á los malos sin castigo; y puesto que la tierra no es el lugar en que se corona la virtud y se castiga el vicio, es necesario que distribuya en el otro mundo las penas y las recompensas. Todos estamos de camino para él, y llegaremos á él despues de la corta peregrinacion de esta vida. Y si ahora nos parece que su balanza no pesa nuestras

acciones, entonces se las veremos pesar con la mas rigurosa exactitud.

Esta es una de las verdades mas importantes de la religion, y que el Hijo de Dios ha repetido con mas frecuencia, confirmándola con milagros. El verdadero y sólido consuelo del Cristiano es saber que despues de esta vida breve entrará en posesion de una felicidad que los ojos jamas han visto, que los oidos nunca han escuchado, y que toda la estension del espíritu humano no podrá jamas comprender. En el ejercicio penoso de la virtud se acuerda de las palabras del profeta (1): *¿ Quién puede comprender, mi Dios, las dulzuras que preparas á los que te temen y te sirven?* Está seguro de ver á su Dios cara á cara, de gozar en compañía de los Santos de una dicha inalterable y pura, y de tener parte en la gloria de Dios, sin que nada pueda disminuir jamas su interminable duracion. ¿ Qué podrá pues entibiar el ardor con que aspira á merecer un bien tan inestimable? Sabe que no puede tardar el dia, y espera en la fidelidad de su Dios, el que recompensará como omnipotente y generoso el culto y las virtudes que exige.

Así pues la primera de sus obligaciones es hacer buenas obras, y la primera de las obras buenas es abstenerse de las malas. Dios hubiera podido salvarnos sin ellas, como lo hace con los niños que mueren bautizados; pero su sabiduría ha querido que todo adulto coopere por su parte, y que el alvedrío sostenido con su gracia merezca su felicidad. La vida

(1) *Psalm.*, XX, 20.

eterna, al mismo tiempo que es un don gratuito, es recompensa. El evangelio nos hace ver con que liberalidad el padre de familia da talentos á sus siervos (1); pero este beneficio no es un título para la inaccion. Al contrario los da para que los siervos, so pena de ser tratados como inútiles, trabajen en hacerlos valer. Y no solo las buenas obras, sino las acciones que parecen mas indiferentes, cuando la caridad las anima, nos pueden obtener tan alto premio.

No pensemos por esto que el hombre por sí mismo pueda merecer nada, sino que con el auxilio de la gracia puede hacer obras meritorias. Todo se hace digno de los ojos de Dios, cuando al impulso de su inspiracion cooperan el amor y la obediencia. Los apóstoles aun no bien enterados de la doctrina de su maestro le preguntan un dia : ¿Todo lo hemos dejado; cuál será nuestra recompensa? Y Jesus les responde que el que hace la voluntad de su Padre tendrá la vida eterna. Otra vez, animando á los humildes y perseguidos, les dice (2) : « Alegraos, porque en el » cielo os está preparada grande recompensa ». Y el evangelio nos dice que cuando el soberano Juez citará en el gran dia á su tribunal á todos los hombres, recompensará á sus escogidos de las obras que la caridad les hubiere inspirado. Dios es la verdad misma, y no puede faltar á su palabra.

El único medio pues de merecer y adquirir esta felicidad inmortal, es tener siempre en el co-

(1) *Matth.*, XIX, 27. (2) *Luc*, VI, 23.

razon el temor y el amor de Dios, y reglar nuestras acciones de tal modo, que todas se hagan por él, y con el fin de obedecerle y agradarle. Sin esto podrán ser loables, pero no serán meritorias; y vuelvo á repetir que la primera cosa es la fuga del pecado, y la fiel observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Pero debemos cuidar de no gloriarnos jamas en nosotros mismos; pues aunque nuestro alvedrío concurra á las obras meritorias, y que Dios se digne de recompensarlas, no lo puede hacer sin la gracia, y por consiguiente á ella es á quien se deben atribuir. San Agustin decia que cuando Dios nos recompensa, corona en nosotros lo mismo que nos da.

Supuesta la basa de observar los preceptos y huir del pecado, debe tambien aspirar el Cristiano á otro grado de perfeccion por la práctica de las virtudes. De estas unas son obligatorias y otras de consejo; pero no debe perder de vista ni unas ni otras, acordándose de que está en la tierra por cortos instantes, y que cada paso que da le acerca á su término. Todo su anhelo, todo su conato debe ser hacer acciones que sean agradables á Dios.

Jesucristo nos manifiesta el principio de donde manan estas acciones, y son las que nacen de las tres virtudes que llamamos teologales, la fe, la esperanza, y la caridad, virtudes sobrenaturales y divinas, que todas las fuerzas de la naturaleza no pueden procurarnos, y que solo Dios nos puede dar. Esta es la mina en que se halla el oro de las buenas obras de las

virtudes cristianas, y no es posible agradar á Dios sino en razon del grado de fuerza con que reinan ellas en el corazon. Cuando estan lánguidas y frias no solo no esfuerzan al bien, sino que entonces la naturaleza corrompida se apodera de nuestras facultades, y las arrastra al precipicio casi como á un esclavo.

El objeto pues á que nos debemos aplicar con mas cuidado es á examinar, sin lisonjearnos, la influencia que tienen en nosotros estas tres virtudes de primera necesidad; porque de ellas dépenden nuestros destinos en la vida futura. Al hombre no le basta tener la fe; porque es muy fácil, como lo observa el apóstol Santiago, que alguno diga á Dios con la frente por tierra, que tiene fe, que cree todos sus dogmas, y que está pronto á dar su vida por ellos. Lo mismo se puede decir de la esperanza; al hombre seduce su propio corazon, se confia en la bondad divina, y espera que le perdonará; pero esto no sucede con la caridad, ó con el amor de Dios y del prójimo; pues por poco que se examine de buena fe, podrá percibir, ó que la posee verdaderamente cuando las acciones de su vida se le persuaden, ó que es aun débil y no produce los efectos que debia. ¿Cuántos hay que por falta de este examen se figuran tener esta virtud en alto grado? Pero si se examinaran seriamente, verian á las claras su ilusion, y que su perfeccion imaginaria es hija de su orgullo.

Siempre que nos sostengamos firmes en las verdades que Dios ha revelado, siempre que nuestro corazon inflamado en su amor no vea su felicidad sino en

Dios, ni conozca otras reglas que sus preceptos, el pecado no tendrá imperio sobre nosotros, ó no tardaremos en levantarnos de las caidas que la fragilidad nos ocasione. El alma bién penetrada de estos principios de la religion huye del mal con placer, y hace el bien con facilidad; y el que no siente estas disposiciones, ó los tiene olvidados ó perdidos. Nuestro principal estudio debe ser darle nueva vida, nuevo impulso; sin esto jamas serviremos á Dios en santidad y justicia, y aventuramos los bienes eternos.

Creamos pues que estos actos de fe, esperanza, y amor de Dios no solo son útiles, sino indispensables para criar y fomentar en nosotros las buenas obras, y que conviene que los hagamos á cada instante de nuestra vida, sobre todo en las tentaciones, y en la recepcion de sacramentos; que no debemos cesar un momento de pedir á Dios que nos dé y nos aumente estas preciosas virtudes, que son la semilla de todas las otras. Los apóstoles, aunque testigos de los milagros de su maestro, aunque continuamente alimentados con el pan de vida, le suplicaban que aumentase en ellos la fe. San Pablo unas veces pedia á Dios que hiciese crecer su esperanza, y otras que dirigiera sus obras en su amor. Hay mucho que decir sobre estas tres virtudes, y yo no podré daros mas que una ligera idea. Hablaremos de la fe, mirándola solo por la parte que exige nuestra deferencia.

Todo lo que la Iglesia nos dice que ha sido revelado por Dios es objeto de nuestra fe, y debe ser creido firmemente por el Cristiano; porque sabe que Dios,

que es la verdad misma, no puede engañar; y con todo Dios se digna de aceptar como mérito la fe que le debemos, y nos recompensa el que creamos, porque nós ha revelado misterios que son superiores á la razon, aunque no la sean contrarios. Jesucristo dijo (1): *Bienaventurados los que no vieron y creyeron;* y sin duda hablaba de nosotros que hemos nacido en tiempos posteriores á sus milagros y predicacion.

El orgullo de tiempo en tiempo suele levantar algunos nublados. Los instruidos que estan firmes en su religion, porque saben que está fundada sobre los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, sobre el cumplimiento de las profecías, sobre el establecimiento de la Iglesia, sobre una moral tan sublime, y sola capaz de hacer feliz al hombre en esta vida y la otra, en fin sobre todas las pruebas que demuestran con evidencia su verdad, no escuchan nada de lo que el orgullo, la ligereza ó las pasiones les proponen, echan una vista sobre los motivos que los han obligado á creer, y se tranquilizan.

He dicho que debemos creer lo que la Iglesia nos dice que Dios ha revelado, para distinguirnos de los hereges y cismáticos que han roto la unidad, y no creen mas que su propio espíritu. Ellos han formado sectas deplorables, siendo así que Dios ha dicho ó declarado que no reconoce mas que una Iglesia, una esposa, una depositaria de la verdad, un solo intérprete de su doctrina, y de la cual únicamente deben

(1) *Joann.*, XX, 29.

aprenderle los Cristianos. Esta es la que el apóstol (1) llama *la Iglesia de Dios vivo, la columna y firmamento de la verdad.* Esta es la que San Mateo (2) nos asegura haber sido *fabricada sobre la piedra, y que las puertas del infierno*, esto es las persecuciones de los malos y los errores de los hereges, *no podrán prevalecer contra ella;* en fin la Iglesia á quien el Salvador prometió su asistencia y su amparo hasta la consumacion de los siglos.

San Pablo nos dice que hasta el fin de los tiempos habrá en ella doctores, pastores, apóstoles y profetas. Si esta Iglesia segun las promesas de Dios debe siempre subsistir visible, infalible y exenta de error en puntos de doctrina, ¡dichoso el católico, que no puede engañarse sometiéndose á lo que ella enseña! Los protestantes jamas podrán justificar su rebelion ni su novedad, pues sus antepasados eran parte de la Iglesia romana, de esta Iglesia que han abjurado. Y con una palabra se destruye todo el edificio; pues ó la Iglesia antigua erró, y no era la Iglesia, ó son ellos los que estan en el error. Si Dios no hubiera dado á la Iglesia el derecho de decidir las controversias, y fijar el verdadero sentido de las Escrituras, no hubiera una señal que pudiera caracterizar la Iglesia verdadera, y la doctrina de Jesucristo. Cada secta se jacta de seguir el Evangelio en su pureza, y esto es absurdo, pues Jesucristo prometió no abandonar nunca aquella Iglesia que él mismo fundó.

---

(1) II, *ad Timoth.*, III, 15. (2) *Matth.*, XVI, 18.

El primer sentimiento de un católico debe ser dar gracias á Dios por haberle hecho nacer y renacer en una Iglesia tan antigua como Jesucristo, y que no está espuesta al error. Fuera muy importante que todos los fieles conociesen bien la religion y sus dogmas; pero la corta capacidad de los niños, y la ligereza de su edad no los permiten sacar de la instruccion el fruto necesario, y por desgracia, como hemos dicho, cuando adquieren mas razon no piensan en ello, otros negocios los ocupan, y de aquí viene la ignorancia, raiz de los vicios y de la incredulidad.

La fe pues, la primera de las virtudes teologales, es un don de Dios que recibimos en el bautismo, basa de todas las otras, y que nos adquiere el nombre de Cristianos; pero Santiago y el evangelio nos dicen que no basta por sí sola, y que es muerta cuando las acciones no la acompañan. La verdadera fe, la que nos da con razon tan glorioso nombre, es la que obra con la caridad ó el amor de Dios, y este amor de Dios se conoce por las acciones y conducta. Así no me canso de repetir que debemos pedir á Dios sin cesar que nos aumente y vivifique la fe que suele estar lánguida y empañada, que nos haga sentir su presencia en todas partes, su santidad que aborrece todo lo que no es justo, y su justicia que castiga toda iniquidad.

¿Cómo se atreve á decir que tiene fe el que, cuando la tentacion le persigue, y la ocasion se le presenta, no ve con los ojos del alma un Dios terrible y poderoso, que puede castigar en un instante al infractor de su ley? ¿cómo se atreve á decir que ama el que con

vil ingratitud se atreve á ofender un Dios que le llena de beneficios? Roguémosle pues que nos arraigue en la fe, como le rogaba su apóstol, para que produzca en nosotros frutos que correspondan á la santidad de nuestra creencia.

Cuando mas viva sea nuestra fe, menos fuerza tendrán las tentaciones, y nuestra vida será mas pura. No olvidemos nunca que la vida eterna es la sola cosa necesaria, que este debe ser el objeto, como es el término feliz del hombre, y que despues de un instante de esta breve vida empieza otra que nunca jamas acaba, que Dios pedirá cuenta de nuestras acciones, para recompensarlas si son buenas, ó castigarnos si son malas, y si morimos sin haberle pedido perdon.

Estas verdades muy presentes harán que no nos desviemos del camino de la justicia, ó nos harán volver á él, si le habíamos dejado. Alejarán de nosotros estos libros pérfidos de espíritus vanos y presuntuosos que quieren subyugarlo todo, y corromper nuestra fe. El Cristiano que teme á Dios, y que estima este don, no lee sino los que pueden ilustrar su razon, los que fortalecen su corazon en la creencia y el amor del cristianismo y su moral pura. Las pasiones fogosas pueden por un tiempo oscurecer nuestra razon; pero es la última desgracia si llegan á estinguirnos esta fe, por quien tantos mártires gloriosos han sacrificado su vida. ¿Quién puede á la hora de la muerte arrepentirse de haber sido hombre de bien, y haber procurado agradar á Dios? ¿y cómo puede esperar el vicio

tener la misma suerte que la virtud? Pero de esto hemos hablado ántes, pasemos ahora á la esperanza.

Esta es tambien virtud sobrenatural que Dios cria en nuestros corazones. Esta es la confianza que el Cristiano tiene de gozar del bien soberano por su bondad gratuita, y los méritos de Jesucristo, porque espera obtener de ellos las gracias ó los medios necesarios. No solo cree la bienaventuranza, sino que vive con la esperanza de obtenerla, y sin desalentarse jamas hasta haberla obtenido; porque no solo la quiere el Señor, sino que la ordena con la condicion que observe su ley. ¿Qué órden mas dulce nos podia dar su bondad? Hizo el cielo para nosotros, y quiere que sepamos que nos desea en él.

¿Y cuáles son los fundamentos de la esperanza cristiana? Por un lado su infinita misericordia y su verdad, por otro los méritos de Jesucristo, que vino al mundo para salvarnos, que murió por nuestro amor, y nos rescató con su sangre para conducirnos á la gloria. Cuando echamos los ojos sobre nosotros mismos no podemos ver mas que iniquidades; todo nos aleja de tan sumo bien; pero Dios, aunque nacidos en pecado, nos amó el primero, nos adoptó y dió el derecho de coherederos de su Hijo. A pesar de tanta misericordia, el hombre esclavo de sus pasiones se vuelve á rebelar contra su Dios, y viola su ley; y este Dios de bondad corre tras él, le convida al arrepentimiento, y si nos volvemos á él nos perdona, y nos manda que esperemos de nuevo gozarle eternamente.

En fin su bondad es infinitamente mayor que nuestras iniquidades. Sobre este precioso atributo estriba nuestra esperanza; nuestro consuelo es saber que este buen Padre tiene deseo de salvarnos mas que nosotros mismos. Él nos ha confirmado muchas veces en el evangelio, y por la boca de su Hijo, que nos esperan grandes recompensas. ¿Qué fundamento mas sólido puede haber que las promesas de un Dios que es la verdad misma? Los cielos y la tierra pasarán, y sus palabras no faltarán jamas.

Despues viene el otro fundamento, que es mas inmediato y está mas cerca de nosotros. Este es el sacrificio del cordero, que por este fin se ofreció á su padre en la cruz. Nunca debemos olvidar que nada podemos merecer sino por Jesucristo, que es el único que nos puede obtener lo que nos es necesario para salvarnos; que nosotros no tenemos mas que pecados, y que solo la sangre del Redentor puede lavarlos; que ni aun las buenas obras merecen nada, sino por Jesucristo. Así el Cristiano dice con el apóstol: Jesucristo es mi esperanza; pero, para que lo sea fundada y justa, es menester que guarde su ley. Esta es una condicion necesaria, y basta conocerla para que el temor nos acompañe, para redoblar la prudencia y precaucion, para evitar los peligros, para no dejarnos seducir de los placeres, y para conservarnos en la humildad y conviccion de nuestra propia miseria.

Pero no por esto debemos contristarnos, ni debe desanimarse nuestro corazon; pues debemos confiar en que, haciendo de nuestra parte lo posible, Dios nos

dará todos los medios de salvarnos, no nos abandonará en las tentaciones, y nos defenderá de nuestros enemigos. Aun cuando la fragilidad nos arrastre y nos haga caer, debemos esperar que si imploramos á este buen Padre nos dará la mano para ayudarnos á levantar. Sin duda que debemos desconfiarnos de nosotros mismos, que somos débiles y miserables; pero la gracia de Dios que Jesucristo nos ha merecido es fuerte, y todo lo podemos vencer con ella. Jamas la ha negado el Señor á quien la pidió con sinceridad.

La esperanza pues es la virtud del pecador que se arrepiente, y no del que se obstina. La bondad de Dios no debe fomentar el vicio, y si el dolor de haberle ofendido excita su clemencia, la terquedad del delincuente solo puede excitar su cólera. Cuando el pecador pues ha hecho lo que ha podido para purificarse por la penitencia, entonces debe la esperanza dominar en su corazon; pues aunque haya ofendido á Dios muy largo tiempo, y con los pecados mas enormes, desde que ha occurido á su misericordia, confesando sus pecados, y ha obtenido la absolucion de su ministro, debe esperar que la sangre de su Redentor los ha lavado, y que Dios ya no le mira como enemigo, sino como hijo. El Criador del hombre no es como el hombre, vengativo ni inexorable; sus pensamientos son de paz, de clemencia y de perdon. Él es el primero que con una voz interior persuade al pecador á que implore su misericordia, y desde que le ve arrepentido le perdona. Hay Cristianos que despues de haber hecho lo que pueden, quedan no obstante

afligidos y dudosos; pero esto es flaqueza, porque, creyendo como creen el evangelio, se deben tranquilizar con lo que este santo libro nos dice de las misericordias del Señor.

¿Cómo puede dudar de su bondad el que arrepentido ha confesado sus culpas? Es verdad que no debe olvidarlas; pero su memoria solo debe servir para redoblar nuestra prudencia y precaucion, para avivar nuestra oracion y penitencia, y para evitar las ocasiones de caer. Dios nos ordena esperar y fiarnos en él. Le hace injuria el que le mira como á un amo inflexible; porque estas ideas, secando el corazon, le cierran á la confianza y al amor. Esperemos pues cuando no hemos omitido nada, que ya nos ha perdonado; y digámosle que no dejaremos de esperar que nos sostendrá con su gracia hasta hacernos tener su gloria; porque él mismo nos ha asegurado positivamente que los que esperan en él no serán confundidos.

Si la desconfianza es un mal, el mayor de todos es la desesperacion. El Cristiano que imaginara que no hay perdon para él dejaria de ser Cristiano, y cometeria el mayor pecado, porque haria á Dios la mayor injuria. La verdad es que mientras conservara estas ideas no seria dable que Dios le perdonara; porque, ofendiendo al mas precioso de sus atributos, que es la misericordia, en vez de apaciguarle le irritaria de nuevo. Sin duda el que lo piensa así lo hace porque ve la enormidad de sus pecados; pero no son sus méritos los que le obtienen el perdon;

son los de Jesucristo, que murió por él para rescatarle, y él solo puede merecerle la reconciliacion. Si el hombre por sí mismo no merece nada, todo lo merece, todo lo obtiene el divino mediador, el abogado que habla por él, y cuyo sacrificio, segun el apóstol, basta para rescatar al mundo entero. Lejos pues de nosotros idea tan horrible, tan injuriosa á Dios; no hay delito, no hay mancha que la sangre del cordero no lave, cuando la presenta el verdadero arrepentimiento.

Pero aunque la fe y la esperanza sean, como hemos dicho, virtudes de primera necesidad para el Cristiano, le aprovechan de poco, si no van acompañadas de la caridad; esta virtud es muy superior á las otras, y la reina de todas. Por caridad entendemos el amor de Dios y del prójimo, dos amores que no se diferencian mas que en el nombre, y en realidad no son mas que uno; pues el amor del prójimo no merece llamarse caridad, sino cuando le amamos por amor de Dios. En la práctica y ejercicio de esta divina virtud consiste la esencia del Cristiano, y el dichoso que obtiene este don de Dios todo lo tiene. El que no desea mas que agradar á Dios le agrada. ¿Y quién puede hacerle eternamente feliz sino su Dios?

Por nombre de amor de Dios se entiende el que toda criatura racional debe á su Criador, el Dios omnipotente, trino y uno, autor de toda gracia. Así la primera obligacion de un Cristiano es adorar y amar esta Trinidad divina con todo su corazon, toda su alma y todas sus fuerzas. Esto es lo que el mismo

Salvador nos ha enseñado; él fué quien nos hizo conocer á este Dios como á nuestro señor y nuestro padre.

Como no puede ser percibido por los sentidos, es de temer que su magestad, bondad y grandeza no hagan en el hombre toda la impresion que debieran; pero la razon y la fe deben elevar sus pensamientos, y hacerle de continuo presente á su espíritu y á su corazon para consagrarle su amor. ¿Qué siervo que se ve lleno de beneficios por su señor no piensa en él y no le ama? ¿cómo es posible olvidar á un Dios tan bienhechor? ¿quién puede alzar los ojos al cielo, ó echarlos sobre la tierra sin ver estos innumerables cuerpos animados é inanimados, destinados únicamente á nuestro servicio, nuestra conservacion y nuestros placeres? El filósofo que con ojos observadores descubrió la mano que crió tan grandes obras, ¿cómo será reprendido, si no se ha aprovechado de sus luces para adorar á este su bienhechor? Llegará el dia en que se hallen cubiertos de vergüenza, viendo tantos ignorantes que han sido mas entendidos que ellos, pues han sabido amar y servir al que los ha criado.

¿Qué tenemos que no le debamos? Jesus despues de habernos hecho en la tierra tantos beneficios nos promete una vida inmortal llena de gloria, no porque necesite de nosotros, sino porque quiere comunicarnos la suya; así, por cualquier lado que volvamos los ojos, no podemos ver sino rasgos de su beneficencia y de su amor, sin interes, y solo por su bondad. Por

ella

ella quiere ser nuestro padre; cuando le ofendemos nos aguarda, nos perdona, y es él mismo el que desea que imploremos su bondad. ¡Cuánto pues, á menos de ser monstruos insensibles, le debemos amar!

¿Y cómo podemos hacerle conocer que le amamos? De tres maneras: la primera obedeciendo sus mandamientos. Examinemos pues nuestras acciones. La ley suya prohibe las injusticias, la impureza, la intemperancia, y los demas vicios que tambien reprueba la ley natural. ¿Cómo puede lisonjearse de amarle aquel cuyas acciones y deseos se oponen continuamente á la santidad de estos preceptos? El primer caracter del amor es no disgustar lo que se ama, aun en lo mas pequeño. La práctica de la ley divina no debe tener por principio ningun motivo humano, sino el amor de Dios. Los que se contienen solo por los castigos humanos, y aun los que no ocurren al tribunal de la penitencia sino por evitar los divinos, hacen ver la imperfeccion de sus almas. No las domina el amor de Dios, sino el propio. Así el amor verdadero no se contenta con abstenerse de lo que la ley prohibe, y con hacer lo que ordena, sino que quiere practicar la virtud y multiplicar las buenas obras. El que ama no se contenta con no disgustar lo que ama, tambien solicita agradarle, y es difícil que no tenga vicios el que no tiene virtudes; pues la práctica de la virtud no es otra cosa que los medios de preservarnos del vicio.

La segunda manera de probar á Dios nuestro amor es sufrir con resignacion por su amor. Este mundo se

compone de pobres y ricos, de nobles y plebeyos, de sanos y enfermos, de los que viven con prosperidad y los que gimen en el infortunio. Dios es autor de todas estas diferencias, y debemos someternos á sus decretos, sabiendo que todo lo gobierna con su clemencia y su justicia, y que todo es efecto de su providencia. Nuestra razon se turba, viendo que la virtud padece, y que la iniquidad triunfa; pero la religion nos enseña que si un Dios justo y santo permite este desórden aparente, tiene razones secretas dignas de su sabiduría, y que un dia las conoceremos. ¡Infeliz de aquel que corresponde á los bienes que Dios le hace con iniquidades! ¡dichoso el que en medio de las tribulaciones no pierde á Dios de vista, que besa la mano que le hiere, y que lleno de confianza espera que sus aflicciones se convertirán en consuelos! La prosperidad nos endurece, y el hombre necesita de contratiempos que le despierten y que le adviertan que no es esta la tierra del reposo.

La tercera es la de amar al prójimo como á nosotros mismos. Este es el precepto que inculcaron mas Jesucristo y los apóstoles, queriendo que amemos hasta nuestros enemigos, y que hagamos bien á los que nos aborrecen y nos hacen mal. Como el hombre no puede tener en sí mismo con que pagar á Dios el bien que le hace, Dios subroga sus derechos en los otros hombres, y declara que tomará á su cuenta, y como pagado á él mismo, lo que se hará por ellos. A mas de esto promete grandes recompensas al que socorrerá á sus hermanos, y nos previene que este

es el punto en que será mas severo, añadiendo que este amor fraterno y esta caridad activa serán el atributo mas digno de la religion, la librea de sus discípulos, y el caracter de los Cristianos.

Es pues claro que las virtudes teologales son el principio y la corona de nuestras buenas obras; pero observemos que el hombre lleva siempre consigo un enemigo oculto que las combate y que, si no las destruye, trabaja por disminuir su efecto, que desde su juventud continuamente le inclina á lo malo y á las acciones viciosas. Como el hombre es compuesto de espíritu y de cuerpo, por un estremo toca á la linea de los ángeles, y por otro á la de los brutos. Parece que el espíritu dotado de razon debiera dominar al cuerpo, y gobernar sus afectos; pero, ¡ay! ¡cuántas veces los deseos del cuerpo pervierten á la razon, y la subyugan!

¡Dios mio! ¡qué inclinacion, que facilidad para el mal! ¡qué trabajo, que dificultad para el bien! ¡qué pasiones tan desenfrenadas que nos arrastran á la intemperancia y á los deleites! ¡qué ardor por obtener honores y riquezas, aunque para ellos se atropelle la ley de Dios y de la razon! ¡qué deseos de venganza, que nada los detiene! La juventud tiene sus vicios propios, y hasta la vejez los suyos; y en todos tiempos domina un impulso secreto que solo inspira lo que quiere el apetito, sin pensar en lo que le manda la virtud. Este desórden nace de la degradacion de la naturaleza, que quedó por el pecado inclinado á la tierra, y esclava de los bienes visibles,

aunque caducos. Este es un efecto del amor propio, amor ciego, sin regla ni freno, que no quiere escuchar la razon, que prefiere su voluntad á la de Dios, y que, necio, busca la felicidad donde no está.

¿Qué remedio encontraremos á daño tan universal de que nadie está exento? La religion nos ofrece dos. El primero viene de Dios inmediatamente, y consiste en el socorro poderoso de su gracia, que se puede obtener con la oracion; el otro es aquel continuo esfuerzo que hace el buen cristiano para domar el amor propio, sujetándole de manera qu e quede subordinado al amor divino que debe quedar superior á todo. Este esfuerzo se llama mortificacion, y consiste en la negacion de la propia voluntad de que hablaré despues. La oracion es el ruego ó la súplica que dirigimos á Dios, para que nos conceda las gracias y socorros que necesitamos, tanto para la vida espiritual como para la temporal. Así la oracion no solo es útil y laudable, sino necesaria, porque sin ella es imposible practicar la virtud, y evitar el pecado. Esta es una verdad que enseña la religion, y confirma la Escritura; porque Dios, á pesar de su amor y de su magnífica liberalidad para el hombre, quiere que recurramos á su bondad, y que sepamos que no podemos hacer ningun bien saludable, ni perseverar en la justicia sin su socorro y asistencia.

Los hombres pues deben levantar continuamente su corazon al Autor de quien descienden todas las gracias, y que no solo las distribuye con magnificencia, sino que es nuestro padre, y jamas las niega al que se las

pide. Por esto su unigénito Hijo nos enseña en la oracion dominical que le subliquemos que no nos deje caer en la tentacion, y nos ha asegurado que todo lo que le pidamos, con tal que sea con confianza, lo obtendremos. Esto debe entenderse de los bienes espirituales; porque, en cuanto á los temporales, Dios sabe mejor lo que nos conviene, y aunque nos permite pedírselos, debe ser con subordinacion á su voluntad. El apóstol que sabia cuanto necesitamos del divino auxilio, quiere que nunca dejemos de pedirle, esto es, que le pidamos con frecuencia. Y Jesucristo, el gran maestro de la vida cristiana, nos dice (1): *Velad y orad;* estos son los dos remos con que se navega en el golfo del mundo.

La mejor regla para la oracion es seguir los documentos y el uso que la Iglesia ha establecido entre los fieles, y es dirigirse á Jesucristo, en cuya mano puso su divino Padre todo poder en la tierra y en el cielo, para que distribuya sus tesoros inagotables entre todos los que le adoran. Debemos pues dirigirnos confiados á este soberano Salvador, que reina en el cielo, y que nos da á cada instante tantas pruebas de su amor; á este amable Redentor que, despues de haber conversado con los hombres en la tierra, quiere todavía comunicar sin cesar con ellos por medio de la Eucaristía.

No olvidemos jamas que la Iglesia, tanto en la misa como en sus oficios dirige todas sus oraciones al Padre

(1) *Matth.*, XXVI, 41.

eterno todopoderoso, pidiéndole sus gracias por los méritos de su hijo Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios; que estos méritos son infinitos, y que el Dios de las misericordias nos oye favorablemente cuando le pedimos en nombre de un Hijo que es toda su gloria y amor. La Iglesia reconoce que todo lo que nos viene de aquella mano poderosa es debido á sus merecimientos. Cuando los santos, y aun la misma Madre de Dios interceden por nosotros, no presentan sus propios méritos sino los de Jesucristo; ellos solos pueden ser eficaces, porque él solo es nuestro mediator. San Agustin dice que los santos ruegan en el cielo como lo hacian en la tierra, dando valor á sus oraciones por la interposicion de su Salvador y nuestro; y esta es la manera de orar que el Hijo de Dios nos enseñó cuando nos dijo (1): *Todo lo que pidiereis á mi Padre en mi nombre os lo concederá.*

Como Dios está en todas partes, y oye hasta los deseos del corazon, se puede implorar en todas partes; pero el lugar especialmente dedicado para esto es su templo. Allí está en el trono de su gloria y de su clemencia, principalmente si está en él su divino sacramento; porque este es un motivo mas para excitar nuestro reconocimiento y devocion, y el mejor preludio de la oracion es penetrarse de la presencia de Dios. La buena oracion no consiste en muchas palabras, ni en pensamientos ingeniosos; el divino maestro nos lo ha dicho. No es que le disguste el

(1) *Luc*, ✝ 31 y 32.

que le pidamos mucho tiempo ; pero ha querido advertinos que Dios sabe lo que necesitamos , y no se deja ganar por el tiempo ó el adorno de las frases , sino por el ardor y pureza de la intencion. Un paisano grosero con su tosca espresion podrá agradarle mas que el sabio mas instruido , porque Dios quiere que se le hable con el corazon mas que con la boca.

Procuremos pues postrarnos en su presencia con un corazon humilde , tan desconfiado de su flaqueza como confiado en la divina gracia. Pidámosle perdon de las culpas que la malicia ó la fragilidad nos hizo cometer , y socorro contra los peligros que nos amenazan cada instante. Cuando la fe nos dice que estamos delante de un Dios que penetra uuestros corazones , casi es imposible que estemos sin respeto , ni que cometamos la mas ligera irreverencia. Pues si es cierto que da gracia á los que le invocan con humildad, tambien lo es que puede castigar al instante al temerario que olvida estar á su vista , y que nuestra existencia es un don que renueva en cada momento.

Así pues... Pero , señor , arrebatado por mi zelo, no considero que abuso demasiado de vuestra paciencia , fatigándola con discursos tan dilatados ; y como aun me queda que deciros , os suplico me deis licencia para continuar mañana. Yo dí gracias al venerable varon por su zelo caritativo , y él se retiró. Yo , Teodoro , al instante me puse á trabajar , porque mis ocupaciones se habian aumentado. Al instante pues tomé la pluma para escribir el discurso del dia , que es el que contiene esta carta , y me quedase tiempo

para estudiar mi leccion, y aprender lo que el padre me habia encargado. Te aseguro que estudiaba noche y dia con gusto, y, á Dios gracias, con aprovechamiento. A Dios, amigo.

CARTA XIX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMIGO mio : Como la mañana del dia de que te voy á instruir, me trajo un momento de mucho consuelo; empiezo por darte la buena noticia, y es que al instante que me desperté procuré repetir mis oraciones para saber si habia podido grabarlas en mi memoria, y las repetí todas tan bien, que no me detuve un instante en nada. Las dije muchas veces, y siempre tan de seguido, que no pude dudar que ya las sabia. Mi regocijo fue tan grande, que cuando vino el padre se lo dije. Me pareció satisfecho, y me respondió que presto con el auxilio de Dios haríamos uso de ellas; entre tanto, me añadió, continuemos nuestro asunto de ayer, que tambien conduce al mismo fin. Despues que nos sentamos me dijo :

Haced una reflexion, señor, y es que entre todas las criaturas que existen en la tierra el hombre es la única á quien Dios ha concedido la razon, la única que puede elevarse al conocimiento de su Criador; y que pues el hombre solo es el que conoce aunque imperfectamente su principio y su fin, es claro que todo lo demas que Dios ha criado y que conserva no puede ser sino por él; y para él; que todo debe hacerle conocer su dependencia de tan grande soberano, y por consiguiente inspirarle una gratitud

indeficiente á tan magnífico bienhechor. Reflexionad tambien que no hay instante en el dia en que no tenga nuevas pruebas de su bondad, tanto en los peligros de que la liberta, como en la salud que le conserva, y en todas las gracias espirituales y temporales de que le llena. La primera pues de sus obligaciones debe ser darle continuamente gracias, y por esto se nos enseña desde nuestra infancia á empezar el dia con la oracion, especialmente con la dominical, que contiene en sustancia todo lo que podemos decir y suplicar.

¡Qué culpado seria el hombre, si rezara una oracion tan santa, y que tiene un orígen tan divino, sin el recogimiento y la devocion que se la debe! El Cristiano debe cada mañana desde que se levanta, sea en la iglesia ó en un lugar retirado de su casa, postrarse delante de la santa y adorable Trinidad, que llena con su magestad el universo. Allí debe, penetrado vivamente de su presencia, y desembarazándose de todo pensamiento terreno, hacerla protestaciones de adoracion, de amor, de alabanza, de deseos de su gloria, y de que todos la conozcan, la bendigan y obedezcan. Allí debe darla gracias de todos los beneficios recibidos, y pedirla con confianza otros nuevos. Allí debe humillarse profundamente á los pies de este Autor, del Criador de la naturaleza, confesando su propia bajeza, y la necesidad continua que tiene de su socorro. Allí debe elevarse hasta la altura de este Rey de reyes, adorando su santidad, su clemencia y su bondad, con la esperanza de que le ayudará con

sus auxilios á reglar su vida, y conducirla por la via de sus divinas leyes.

Al fin del dia debe repetir la misma oracion para agradecerle los beneficios que ha recibido en él. ¿Y quién puede conocerlos dignamente? ¿y cómo escusar la ingratitud de quien, teniendo talentos, dignidades, salud, bienes de fortuna, una muger virtuosa, ó hijos de buen natural, no solo no da gracias á Dios, pero ni aun reflexiona sobre tantos bienes? ¿y cuánto mas delincuente seria si los atribuyera á su nacimiento, á su mérito ó al acaso? Tan orgullosa ingratitud mereciera que los perdiera en el instante. El Cristiano debe tambien todos los dias adorar y dar gracias á su Salvador, pues es el autor de todos estos bienes, ofrecerle su amor, y pedirle su gracia para arreglar su vida conforme á este amor. ¿Qué puede faltar á la felicidad del que tiene propicio y favorable á Jesucristo?

Pero el mejor modo de orar es ponerse continuamente en la presencia de Dios, y no hacer nada, ni decir palabra sin considerar que Dios lo ve, ó que Dios lo oye; acostumbrar su imaginacion de tal modo, que en todo lo que acontezca vuelva los ojos á Dios, contemplando ó su justicia, ó su misericordia, ó su providencia; y que el corazon se levante á un acto de temor, ó de amor, ó de confianza, ó de gratitud, segun las ocurrencias; en fin, que todo le dé motivo para que el alma perciba su dependencia, y excite sentimientos que la eleven á su Criador. Esta presencia de Dios continua, estas elevaciones frecuentes tienen

al hombre en comercio incesante con su Dios, y sea quizá la mejor oracion que se puede hacer.

Otro de los mejores medios para alimentar la devocion es el canto ó el rezo de los salmos é himnos á gloria de Dios. La antigüedad de esta práctica muestra bien su importancia. Los Judíos en su templo cantaban los salmos y los himnos que hoy mismo nos instruyen y edifican. San Pablo en los reglamentos que daba á los Cristianos qué componian las iglesias que formaba, les decia (1): «Alimentad vuestra devocion con los cánticos y salmos que cantareis en » gloria del Señor». Y en su epístola á los Hebreos les dice: «Ofrezcamos sin cesar por Jesucristo una » hostia de alabanzas á Dios». Así fuera de la antigüedad de este ejercicio tenemos la certidumbre de que viene de Dios, y que los apóstoles nos le han enseñado. ¿Y qué otra cosa son los himnos sino una mina inagotable de afectos y alabanzas de Dios y de sus santos? Los salmos estan llenos de santas instrucciones, de oraciones tiernas, de innumerables actos de fe, esperanza y caridad, y de los sentimientos mas vivos de gratitud, arrepentimiento y humildad. ¿Y qué se puede hacer en la tierra, cuando se ha de cumplir con sus obligaciones, sino bendecir al Señor, y ensayarse á lo que se hará eternamente en el cielo?

El medio mas seguro para excitar y alimentar la devocion ha sido y será siempre la lectura del evangelio, de las epístolas de San Pablo y de los otros

(1) *Ad Ephes.*, ℣ 19.

apóstoles. Es el Espíritu Santo el que habla en estos libros, y no puede haber mejor guia. La Iglesia tiene intérpretes seguros que nos hacen entender estos oráculos divinos, y debemos servirnos de ellos; este es el alimento mas sólido y mas capaz de fortificar nuestra virtud.

El otro socorro necesario para resistir á las tentaciones y peligros de la vida es la mortificacion. El hombre debe estar en guerra continua contra sí mismo, y temer todas las diferentes situaciones del mundo. En la prosperidad debe temer que no se engendre en su corazon el orgullo, la incontinencia, la injusticia, y otras mil pasiones viciosas. En el infortunio ha de temer la impaciencia, las quejas, los despechos, y que no sea ocasion de robos, murmuraciones y bajezas. Nuestra propia naturaleza depravada nos impele solo á vanidad, avaricia, intemperancia, y á cuanto puede lisonjear nuestros sentidos, y estos impulsos secretos que no se pueden satisfacer sino quebrantando la ley del evangelio se llaman tentaciones. Todos estan sujetos á ellas, hasta los santos; pero mucho mas los que viven sin freno ni cuidado.

El Cristiano que no se olvida nunca del remordimiento que persigue á la culpa en esta vida, y del castigo que le aguarda en la otra, conoce la necesidad de combatir y rechazar á los pérfidos consejos del amor propio; se endurece contra si mismo, y resiste á su voluntad, cuando esta quiere lo que es contrario á la religion. Él sabe que lo que Dios le manda es por su bien, y que lo que le inspiran sus pasiones no puede

ser sino contrario á la virtud, á su santificacion, á su bien ó al de su prójimo. Por otra parte lo que le importa mas es no ofender á Dios, de quien depende su dicha ó su desdicha eterna.

Este combate perpetuo contra una voluntad corrompida, este órden de mortificaciones contra los apetitos que tiran á perdernos, nos es muy recomendado por nuestro divino maestro como punto absolutamente necesario; pues nos dice: El que quiera seguirme debe renunciarse á sí mismo. Y cuanto mas el corazon adquiere esta feliz costumbre, tanto mas se fortifica en la virtud. El apóstol asegura que los que pertenecen á Jesucristo han crucificado su carne con las pasiones y deseos desarreglados. Por eso los mayores santos, aunque fortificados por un ejercicio constante, aunque ya acostumbrados á resistir y vencer las tentaciones, deben sin embargo velar toda su vida y estar siempre prontos á la batalla, porque nuestro enemigo, como un leon que ruge, nos rodea para devorarnos, y las derrotas pasadas no le acobardan para emprender nuevos ataques.

Y no se imagine que esta virtud no sea propia mas que de los desiertos y de los claustros. Allí pudiera serlo menos, porque no son tan frecuentes los peligros; en el mundo es mas necesaria, porque los ataques son mas comunes y mas vivos. ¿Quién la necesita mas que la juventud, cuyas pasiones han menester mas freno? La desgracia es que la excitan menos los que la han menester mas. Desde que la naturaleza se corrompió

ha sido imposible gobernarla, sino haciéndola violencia; porque el hombre trae consigo un principio de amor propio que es necesario domar.

Observad los niños en su primera edad, y veréis que ya se asoma en ellos el gusto de la independencia, y que nacen con el deseo de sacrificarlo todo á su propia voluntad. Si no se usara de la fuerza para reprimirlos, se les veria dar en excesos que les serian muy dañosos, y se formarian desde muy temprano á toda especie de vicios. Cuando van creciendo en edad se aumenta la violencia de sus pasiones, y como no tienen esperiencia se ciegan hasta despreciar los consejos de la prudencia y de la amistad. Ya desde entonces abren la puerta de su corazon á todos los deseos y placeres por mas peligrosos que sean, ó por mas que esten emponzoñados. ¡Dichosos los jóvenes que han aprendido temprano el buen uso de la vida, y se supieron sujetar al yugo de la obediencia!

Lo cierto es que el hombre en cualquier estado, en cualquier edad que se halle, tendrá siempre tentaciones. Este es el caracter de su naturaleza, y para superarlas necesita de esfuerzos, y de trabajar y vencerse á sí mismo, y esto es lo que significa el precepto de nuestro Salvador (1): *El reino de los cielos padece violencia, y los violentos son los que le arrebatan.* Así todos los buenos Cristianos que trabajan seriamente en el negocio de su salvacion tienen gran cuidado de acostumbrarse á la abnegacion de su pro-

(1) *Matth.*, XI, 12.

pia voluntad, que es el mejor ejercicio de la mortificacion, porque saben que si no fuerzan al amor propio á que se someta á la razon y á la voluntad de Dios, presto será como un caballo desbocado que los sacará del camino, y los arrojará en el precipicio.

La mortificacion cristiana no solo se reduce á sujetar las pasiones, cuando quieren arrastrarnos á lo que es contrario á la ley de Dios y á los decretos de la Iglesia, sino que tambien sabe tratar con rigor este cuerpo, que, segun el apóstol, quita al alma sus fuerzas, y cuyas necesidades nos sirven de pretesto ó de ocasion para la intemperancia en el comer, beber y otros placeres ilicitos. Es pues necesario tener una atencion sostenida para no desagradar en nada al que nos manda por nuestro propio bien ser justos y santos. Pero es menester saber que jamas adelantaremos en esta verdadera escuela del cristianismo, si no tenemos en el corazon la semilla de otra virtud que nunca conocieron y menos practicaron los Gentiles, virtud de que tampoco tuvieron la menor idea esos filósofos soberbios que se jactaban de enseñar á los hombres el arte de la sabiduria.

Esta es la humildad, que es propiamente la virtud del Cristiano, y virtud de tanta importancia, que sin ella unida con la caridad todas las otras virtudes son estériles; porque ninguna virtud puede ser verdadera y meritoria, si no va acompañada del amor de Dios por quien se hace, y del conocimiento de nuestra miseria, que ofrece lo mismo que le da. ¿Qué virtud puede tener un orgulloso, ni qué puede esperar de todo

todo lo que hace? Dios ha declarado que le aborrece, y que solo ama á los humildes.

Aunque nuestro divino Salvador en sus acciones y discursos dió el ejemplo de todas las virtudes, nos ordena espresamente que aprendamos de él á ser dulces y humildes de corazon, si queremos tener la verdadera paz. ¿Qué paz, qué reposo podrán tener jamas aquellos en quienes habita la ambicion y orgullo? Siempre viven descontentos de los otros y de sí mismos, y cuando el humilde atrae á sí todos los corazones el orgulloso los aleja todos.

El hombre que reflexiona conoce que debe tener una idea muy modesta de sus talentos, de su mérito y sus cualidades; y aun cuando sea cierto que tiene mas habilidad y mas conocimiento que los que le rodean, y aun cuando exceda á otros en riquezas, dignidades y salud, ¿no son estos dones de Dios? Si se ha dignado de concederlos al que tal vez lo merece menos, ¿no se los puede quitar en un instante? Los peligros y las enfermedades ¿no nos circuyen por todas partes? ¿tan lejos está la felicidad del infortunio? El orgulloso que está tan hinchado de su mérito, de sus dignidades ó nobleza, mírese por dentro, y examine si, á pesar del resplandor con que se cubre, no tiene defectos mayores que las personas que desprecia; si no ha cometido faltas mas graves en su vida, y si no puede cometer aun otras; que diga en fin si está exento ó si es superior á la cólera de los príncipes, á los castigos del cielo, á las enfermedades y desgracias tan ordinarias en el mundo. ¿Porqué va

pues con la cabeza tan erguida, y con los ojos tan altivos? Si Dios le mira con misericordia, le enviará alguna desgracia saludable para que vuelva en sí; y desdichado de él, si la muerte es la que le instruye de su miseria, sin darle tiempo para aprovecharse de esta instruccion.

Yo no me estenderé, señor, sobre tan vasto asunto que no es propio de esta ocasion, y que podremos tratar despues; solo diré que es mucha dicha tener un corazon humilde, pues esta virtud es tan querida de Dios, como estimada de los hombres, hasta de los mismos que no la profesan. Examinad la condicion de un humilde; su estado puede mudar con las dignidades, con los bienes ó los honores, pero sus costumbres no mudan, por la baja idea que tiene formada de sí mismo. Jamas se desvanece, jamas se verá en sus acciones ni en sus discursos que le ha hinchado la prosperidad, porque sabe que todo es un favor del cielo, que el mismo que se lo dió puede quitárselo; que los bienes temporales son un empréstito, y no una dádiva, y que las adversidades siguen á la prosperidad.

Cuando estas llegan no murmura, no resiste á la voluntad divina. Convencido de que no merece mas que castigos, y que Dios no le prueba sino para purificarle, se dispone á sufrir con paciencia todo lo que quiera enviarle su buen padre; y cuando sufre por su amor, repite las palabras del apóstol (1), que

(1) *Ad Roman.*, VIII, 18.

los castigos de esta vida no pueden entrar en comparacion con la inmensidad de gloria que se le prepara en la otra. En fin se acomoda á las desgracias, enfermedades, contradicciones y pérdida de bienes, y cuando llega la muerte la acepta con la resignacion que debe al amo que le llama. Este sacrificio mismo tan duro para el soberbio es para él un consuelo, porque su humildad le descubre la infinita estension de la misericordia divina, y confiado en ella mira la muerte como el fin de sus penas y el principio de su felicidad.

El Cristiano que mortifica continuamente su espíritu y su corazon camina á la perfeccion á pasos largos. En cuanto á la mortificacion del cuerpo, aunque tan meritoria, debe ser reglada por la prudencia. Un ayuno moderado es la penitencia que la Iglesia aprueba, y aun ordena. Hay otras mortificaciones corporales que se pueden permitir; pero las penitencias esquisitas, estraordinarias y rigurosas que maltratan el cuerpo hasta el término de esponer la salud son peligrosas, y ordinariamente deben evitarse. San Felip Neri, gran maestro de la vida espiritual, estimaba mas á los que, castigando el cuerpo con moderacion, se aplicaban mas á mortificar su voluntad, que á los que se daban con estremo á las austeridades corporales.

Así pues el fondo ó la esencia de la religion cristiana es la adoracion de Dios, por la mediacion de Jesucristo, y su práctica es la observancia fiel del evangelio; pero no olvida aquellos hombres dichosos que

pasaron ya su tiempo de prueba, y que, habiendo glorificado á Dios con Jesucristo, y habiendo con su gracia observado heroicamente el evangelio, estan hoy en el cielo, viendo á Dios cara á cara, y gozando en su gloria la recompensa de sus virtudes. Estos son los amigos de Dios, los santos que han pasado con felicidad el golfo, y reposan tranquilos en el puerto. La religion los venera, y nos ordena que los veneremos como protectores, y que los imploremos para que ruegen á Dios por nosotros, ó le presenten nuestros ruegos; pero es menester entender bien el espíritu de la Iglesia para no caer en abusos, que por desgracia han sido muy frecuentes en el vulgo.

Los hereges, censurando con amargura algunos de estos abusos que se habian introducido en el pueblo, sobre todo en los siglos de ignorancia, por espíritu de obstinacion cayeron en otros mayores, cual es abolir del todo la invocacion y devocion á los santos. Por el estremo contrario, los Rusos y todos los cismáticos del oriente han caido sobre este artículo en reprensibles excesos. La Iglesia católica, preservándose de uno y otro error, es la que tiene el justo medio entre los dos estremos; por consiguiente es importante saber su doctrina. Ve aquí lo que nos dice. Los santos ya recibieron en el cielo el premio de sus virtudes, ya estan en la gloria de su Dios, de que gozarán toda la eternidad; su dichosa suerte es ya tan irrevocable como la de los ángeles, y merecen como ellos que nosotros les tributemos en la tierra nuestro respeto y veneracion. Si el mundo tiene

sus héroes, ¿porqué la religion no tendrá los suyos? ¿porqué los santos del cristianismo, que han sido modelos de todas las virtudes, no serán dignos de nuestro respeto?

Las fiestas que se instituyen en su honor son para glorificar á Dios, y agradecerle que los haya sostenido con su gracia, para recordar los ejemplos que nos han dejado, y que procuremos imitarlos; y para que estos siervos de Dios, que sin duda han perfeccionado en el cielo con el amor de Dios el que tenian á sus prójimos en la tierra, se interesen en nuestro favor, y nos ayuden á pedir á Dios que nos socorra. Hay una comunion existente, una correspondencia invisible entre la Iglesia triunfante y la militante, entre los viageros y los moradores del cielo, entre los que adoran á Dios y esperan gozarle por los méritos de Jesucristo, y entre los que ya le gozan por los mismos méritos. Cuando nosotros invocamos su proteccion los santos ven en Dios nuestras oraciones, se las presentan acompañadas de los méritos de Jesucristo, y nos obtienen las gracias que pueden santificarnos.

La invocacion de los santos es pues un medio útil y loable para esforzar con Dios nuestros ruegos; y como la intencion de la Iglesia en las fiestas que les dedica es recordarnos sus ejemplos y su recompensa para exhortarnos á imitarlos, nos excita con ellas á leer la historia de su vida, y á reproducir cada año la memoria de sus virtudes para que no las olvidemos. Estos son los dogmas de la iglesia católica, y reprueba con severidad los abusos que la ignorancia ó la su-

persticion han intentado introducir. Sabe que los santos no son mas que hombres, criaturas y servidores de Dios; y aunque su dignidad con respecto á nosotros sea eminente, porque gozan de Dios, es como nada con respecto á la infinita distancia que hay desde el Criador universal á sus criaturas.

Si con menos reflexion alguno da á los santos título de divinos, esto se ha esplicado en otro sentido. Si se dice que tal iglesia es de tal santo ó de la vírgen María, es estilo vulgar. La Iglesia entiende que los templos y los altares no se consagran ni dedican sino al solo Dios verdadero, en honor y memoria de los santos sus siervos. Suele decirse tal misa es de tal santo, y esto significa que se hace en conmemoracion de él. El sacrificio incruento del altar no se puede ofrecer sino á Dios; pero se le puede ofrecer en memoria de sus santos, glorificándolos con Jesucristo por las gracias que les ha concedido. Así, dice el doctor angélico, que nuestra devocion á los santos no se queda en ellos, sino que pasa á Dios, por cuya gracia lo son; y San Gerónimo decia: Veneramos las reliquias de los mártires para adorar á Dios de quien lo fueron, y glorificamos al siervo porque resalte la gloria sobre el amo.

Tambien es esencial saber que nadie, sino Dios, puede conceder el perdon de los pecados, y que á nadie podemos pedírselo sino á él. El evangelio nos dice que él solo, y no ningun santo, los perdonará; cuando los confesamos en el tribunal de la penitencia es á Dios á quien los confesamos, y él es quien nos da

la absolucion por mano de su ministro, que no es mas que el instrumento á quien ha conferido este poder. Debemos saber tambien que los santos no pueden por su virtud hacer milagros, este es un género de poder á que por sí no pueden alcanzar. El Dios omnipotente es el único que puede hacerlos, los puede hacer ó por nuestros ruegos ó los de sus santos, y estos solos pueden ser los instrumentos con su intercesion. Por eso cuando, siguiendo el dogma de la Iglesia, rogamos á los santos que intercedan por nosotros, debemos saber que solo Dios nos puede conceder las gracias, y que los santos no son mas que intercesores. Si los santos pudieran por sí hacer milagros ó hacer gracias, serian dioses.

Cuando esta devocion se arregla de este modo es muy útil para la virtud. La lectura de la vida de los santos, sus heroycos ejemplos de virtud, nos excitan á la imitacion, á dejar la vida ancha y peligrosa para entrar en el sendero estrecho por donde ellos se encaminaron á la gloria. Y si los invocamos para que nos consigan de Dios un arrepentimiento verdadero, gracia para vencer las tentaciones, fuerza para dejar las malas costumbres, ó para adquirir la virtud que nos falta, entonces nuestra devocion es ilustrada y sólida. Si las fiestas de los santos nos encienden en el ardor de frecuentar los sacramentos, y en el deseo de crecer en el amor de Dios y del prójimo, entonces les tributamos un obsequio que nos es ventajoso, y que la religion aprueba.

La desgracia es que, por lo comun, no imploramos

á los santos sino para obtener bienes temporales; como la cura de una enfermedad, libertad de tempestades, incendios, una cosecha, ganar un pleito, tener hijos, y otros. No digo que sea una accion reprensible recurrir á los santos para estas cosas, con tal que ninguna de ellas sea injusta, ni perjudique al prójimo. Dios no nos prohibe implorar su piedad para conseguir los bienes temporales, ántes por el contrario él mismo nos ha enseñado á pedirle el pan de cada dia, y la Iglesia le pide que nos dé y conserve los frutos de la tierra; se pueden pues pedir los bienes temporales con tal que sirvan para adquirir los espirituales. Se debe pedir por la paz pública y particular, porque la guerra y las discordias son causa de desórdenes y pecados, y se debe implorar la bondad divina en las calamidades generales y particulares, porque la excesiva pobreza puede precipitarnos en muchos peligros de conciencia, en fin se puede pedir todo bien, si son puros los motivos.

Pero la primera obligacion de un Cristiano, cuando pide esta especie de gracias, es la humilde resignacion á la voluntad de Dios, que sabe lo que nos conviene, y lo que nos está mejor. El que no pide con esta disposicion de ánimo, y que solo pide á los santos ventajas temporales, muestra mucha ignorancia del espíritu de la religion, y no tiene mas que una devocion falsa y mundana. Sus oraciones son un vil tráfico del amor propio, que no piensa mas que en las cosas de la tierra, cuando la verdadera devocion no aspira sino á las del cielo. Mucho peor seria si

pidieran cosas indecentes, injustas y presuntuosas, como los Gentiles pedian á sus falsos dioses, de lo que se burla tanto Juvenal, aunque él mismo era Gentil.

Si alguno se obstinara en negar esta veneracion y culto á los santos, seria su conducta muy reprensible, por ser contraria á la práctica de la misma Iglesia, y conforme á los sentimientos de los hereges. Pero, ¿qué Cristiano no se escogerá algunos amigos entre los cortesanos del cielo, para que intercedan por él en carrera tan peligrosa?

Si alguna devocion particular puede inflamar el corazon de un Cristiano que adora á Dios por Jesucristo, es la de María, su dignísima madre. Esta pura vírgen no solo es santa, sino la reina de los santos, fuera de las ventajas con que es superior á todos, por la eminencia de sus virtudes. Si son tan sublimes sus prerogativas, que todo el resplandor de cuantos habitan el empireo se oscurece á su vista, el título de Madre del Hijo unigénito de Dios es tan elevado, que nuestro espiritu no puede alcanzar el grado de veneracion que se la debe. Así los Cristianos la tributan un culto superior, y mucho mayor que á los santos, y la Iglesia nos dice que en nuestras necesidades obtendremos por su intercesion mas poderosos socorros que por la de los demas bienaventurados. María es por excelencia la que fue llena de gracia, aquella por quien el Omnipotente ha hecho grandes cosas, que miéntras vivió fué la mas enriquecida de dones sobrenaturales, que ha sido

elevada en el cielo á honores inefables, y que siempre misericordiosa es en la tierra la protectora singular de los Cristianos y el refugio de los pecadores.

Así no hay persona en nuestra religion, por poco que piense en la salud eterna, que no tenga una devocion particular á esta Santísima Vírgen, que no la venere como una tierna madre, y que no la mire como una abogada poderosa. Fuera de esto María es el mas perfecto ejemplar de humildad, pureza, paciencia, caridad, amor de Dios y de las virtudes mas eminentes. Todos los Cristianos deben fijar los ojos en esta reina para imitarla. En particular las vírgenes que se consagran á Dios hallan en ella el modelo mas cumplido de lo que agrada á su divino esposo. Pero no basta para tener la verdadera devocion contentarse con invocarla, con dedicarla fiestas, ni aun con estudiar su vida y sus acciones; la devocion sólida consiste en la imitacion de sus virtudes tanto como puede permitirlo nuestra fragilidad. ¿Quién que no sea puro, verdadero y humilde, puede agradar á la mas pura y humilde de las vírgenes? ¿quién que no ame y sirva á Jesucristo su hijo puede complacer á la mas amada y amante de las madres?

La devocion que agrada señaladamente á María, los ruegos que gusta escuchar esta grande protectora, son los del pecador que la implora para que le obtenga de Dios gracias eficaces á fin de que abandone el pecado y corrija su vida, ó las del buen Cristiano que la invoca para que le obtenga las que necesita

para conservarse en la ley del evangelio, y que su fragilidad no le saque del camino derecho. La devocion de este último es la perfecta, porque al mismo tiempo que implora á María cuida de servir al Señor, y no la implora sino para servirle siempre, y para servirle mas. Se puede asegurar que el que tenga esta devocion esperimentará el fruto, y que esta divina madre, que está llena del amor de Dios y de los hombres, y que es tan poderosa intercesora, no abandonará al que la pide con tanto acierto hasta conducirle á la vida eterna. Pero llamarse devoto de María, vírgen purísima, cuando se tiene el corazon corrompido, cuando no se reprimen las pasiones, ni se piensa en mudar la mala vida, es muy impropio.

Bien sé que los hereges se burlan, porque, ignorando la verdadera doctrina de la Iglesia, ó tal vez por malicia, la atribuyen ciertas opiniones excesivas sobre el culto de esta Santa Vírgen; pero los dogmas de la Iglesia estan en los decretos de los papas y de los concilios, en los catecismos aprobados, y no en los escritos de algun autor particular, que con zelo indiscreto ha podido caer en excesos que la Iglesia desaprueba. Ya he dicho que la devocion á María debe ser muy superior á la que se ha de tener á todos los otros santos, que no es posible alabar bastante á esta sublime criatura, la mas perfecta que ha salido de las manos de Dios, la mas enriquecida de sus dones, y sobre todo madre de Dios. Debemos venerarla como la abogada mas poderosa; pero no podemos pensar que pueda por sí perdonarnos y salvarnos.

Se dice que María manda en el cielo; pero debemos saber que en el cielo no hay otro poder que el de Dios, fuente ó principio de todo bien y de toda gracia, y el de Jesucristo Dios y hombre, á quien su padre le ha comunicado. El oficio de María es rogar é interceder por nosotros; pero no mandar. *Ruega por nosotros*, la dice la Iglesia, y esto es lo que debemos entender.

Se dice tambien que no podemos esperar ni bien ni gracia, sino por el canal de María. Esta espresion puede ser justa, si entendemos por ella que esta Vírgen sin mancha es el canal que nos ha dado Jesucristo, único dispensador de todos los dones y bendiciones celestiales. Seria grave error entender que Dios y su divino Hijo no pueden acordarnos gracias sin la intervencion de María. Nosotros no reconocemos, dice el apóstol, mas que un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo. No podemos esperar gracia alguna sin la mediacion de este divino Salvador, pues, segun el mismo San Pablo, es el único que ha podido reconciliarnos con Dios, y el único que por su propio mérito puede obtenernos las gracias que necesitamos. Se puede dar á la Vírgen el título de mediadora por análogía, y por la fuerza que sus ruegos tienen con su hijo, y por ser ella madre dulcísima de todo el género humano.

Aunque la devocion á María sea tan justa como útil, es menester no obstante que esté siempre viva en nosotros la que ha de ser la primera y la mas esencial

de un Cristiano, que es la que debe profesar á Jesucristo. Sus méritos son la única confianza de los hombres, ellos son los que nos consiguen el perdon de nuestros pecados, los que nos sostienen entre los escollos y peligros de esta vida, y los que por fin nos conducen al cielo. La misma Iglesia nos enseña tambien á llamar á María nuestra esperanza, y con este título la saludamos, considerando su mucha caridad, y la eficacia de su intercesion.

El Cristiano miéntras vive, dice San Pablo, debe trabajar en su salvacion con temor y temblor. La conversion y la gracia final son dones gratuitos de Dios, y nadie ni nada puede dar la seguridad de obtenerlos. Acordémonos siempre de que el mismo Jesucristo nos ha dicho: Si pidiereis alguna cosa en mi nombre yo os la concederé, y observemos que no dice en nombre de otro, sino en mi nombre. No olvidemos tampoco lo que nos dice el grande apóstol: Teniendo por pontífice á Jesus, hijo de Dios, que ha subido al cielo, mantengámonos firmes en la fe que profesamos; porque el pontífice que tenemos no es tal, que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades, habiéndolas esperimentado como nosotros, solo que no pudo pecar. Presentémonos pues con confianza delante del trono de su gracia, á fin de recibir allí misericordia, y ser socorridos en nuestras necesidades. ¿Quién pues á vista de tanta necesidad y seguridad no irá derechamente á arrojarse á los pies de un Dios tan dulce y misericordioso? ¿quién nos puede amar mas que Jesucristo, que murió por noso-

tros, que nos alimenta con su carne y su sangre, que desea y solo aguarda que le roguemos para oirnos? ¿qué Cristiano puede tener temor ni desconfianza? Roguémosle pues en derechura, y pidamos á los santos, en especial á María, madre de misericordia, que ruegen por nosotros, y nos ayuden con sus oraciones.

Debo sin embargo deciros que, cuando la devocion á María se arregla en los términos que la Iglesiá prescribe, es la mejor, porque la de Jesucristo no entra en cuenta; pues es de la mas estrecha obligacion, ó, por mejor decir, es la esencia y el fondo del cristianismo. ¿Quién puede dudar que esta Madre de misericordia, llena del espíritu de su Hijo, no se enternece vivamente por los que acuden á su proteccion? ¿y qué podrá negar este Hijo infinitamente piadoso á la criatura que mas ama, y en quien ha derramado con profusion sus gracias? Que María sea pues el objeto de vuestra continua veneracion y amor. Acogeos á ella en todas vuestras necesidades, sobre todo para obtener los bienes espirituales. Ella es la madre del amor hermoso, del temor filial y de la santa esperanza, y ella podrá procuraros estos bienes superiores á todos los del mundo; ella os asistirá en la vida, y yo me atrevo á aseguraros que esperimentaréis su poderosa proteccion á la hora de la muerte.

Yo quisiera inspiraros tambien una veneracion particular á San Joseph. Si Dios escogió á María para su verdadera madre, escogió á Joseph para esposo verdadero de María, para su padre putativo, y le fió la

custodia y el cuidado de la madre y del hijo. ¡ Qué títulos tan sublimes! ¡qué derechos para ser escuchado! No olvideis á vuestro ángel de guarda; esta es la devocion general de todos los Cristianos que saben que es el amigo, el compañero que Dios les ha destinado, que les sirve, les guarda y pide continuamente por ellos á Dios, y que les asistirá en la hora de la muerte. Despues de esto escoged los que Dios os inspire; pero no olvideis que todos estos no son mas que siervos que piden por nosotros, y que Jesucristo solo es el Señor á quien debemos dirigir todos los afectos y adoraciones de nuestro corazon.

La devocion cristiana, cuando es verdadera, es interior, y siempre reside en el corazon que ama sinceramente á Dios, y á los hombres por amor de Dios; en el corazon que está siempre pronto á obedecer sus mandamientos, y que solo espera en sus socorros y sus méritos. Sin embargo el buen Cristiano no debe contentarse con esta devocion interior, y debe declarar con actos esteriores los sentimientos de su alma. Esta obligacion nace tanto del respeto que debemos al prójimo como del que debemos á Dios, pues el que observe en nuestra conducta ó nuestros discursos algo que pueda desmentir esta idea podrá escandalizarse ó autorizarse de nuestro ejemplo para imitarle. No se puede concebir como un Cristiano pueda estar sin respeto en las iglesias: es tan contrario á la decencia como injurioso á la religion el verlos sin modestia en los templos, para pasar el tiempo, hablar de noticias, y tal vez de sus desór-

denes; no deberian presentarse sino con la compunccion y la humildad de pecadores que van á implorar misericordia, y se presentan con la disipacion y el aire de personas que van á divertirse, como los que van al teatro ó á las asambleas profanas.

Este desórden viene de que no estan penetrados de la presencia de Dios, de que no reflexionan que no se va al templo sino para adorarle, hablarle y suplicarle; que el mismo Dios exige de nosotros redoblado fervor y respeto cuando asistimos á las santas funciones de la Iglesia, y sobre todo al incruento sacrificio de la Misa. ¡Qué escándalo tan repugnante es ver á tantos que en las procesiones en que acompañan al Señor, y estan á su vista, lejos de seguirle con silencio y respeto, parece que no van sino para divertirse, y derramar los ojos por todas partes para ver y ser vistos, y en fin que no se juntan en la comitiva que sigue á Jesucristo, sino para insultarle y despreciar sus castigos! Por el contrario, ¡qué espectáculo tan edificante es el de los Cristianos que con el cuerpo y el corazon humillados manifiestan los afectos interiores de su alma con la modestia de su esterior, y parece que ven con los ojos del cuerpo todo lo que la fe enseña á los ojos del alma!

Aun me queda, señor, que hablaros de artículos muy importantes en la religion, y acaso los mas necesarios; pues aunque todo lo que hemos dicho sean medios útiles y santos para evitar el mal, y practicar el bien, es tanta la flaqueza y fragilidad humana, que á pesar de todo cae y viola la ley. ¿Cuál

fuera

fuera nuestra desgracia, si la misericordia divina no nos hubiera proporcionado socorros mas poderosos, tanto para levantarnos como para fortificarnos en lo sucesivo? Este Dios lleno de bondad nos ha reservado medios eficaces con que podemos volver á entrar y crecer en su gracia, y en todos los derechos del bautismo. Tal es el sacramento de la penitencia, y ademas para fortificarnos el sacrificio de la misa con el sacramento de la eucaristía. Estos son los grandes tesoros de la religion, las fuentes inagotables de la gracia, tanto mas excelentes y dignos de veneracion, cuanto su divino Fundador los ha proporcionado á la capacidad de los pequeños é ignorantes, y á la de los grandes y de los sabios.

Lo que debe relevarlos mas á nuestros ojos es el infinito precio de que estan revestidos. Sin duda que las oraciones públicas y particulares pueden obtener mucho del Señor, pero es á proporcion de la fe y de las otras disposiciones con que se hacen, pero en estos actos sublimes de la religion hay la ventaja de que, fuera de que cada uno recibe un precio proporcionado al grado de su devocion, tienen en sí mismos una santidad y un precio superior que nos añade muchas gracias. Por eso la Iglesia nos recomienda tanto el uso frecuente de los sacramentos. La razon es clara, porque sin ellos no se consigue la salvacion, y porque ellos nos atraen poderosamente las bendiciones celestiales.

En efecto, señor, el Cristiano frágil que no supo conservar la gracia que recibió en el bautismo, y que

por la transgresion de la ley, de hijo de Dios que era se hace esclavo del demonio; el hombre que de heredero del cielo con Jesucristo se ve por sus pecados destinado á las penas eternas, no tiene otro remedio que lavar estas nuevas manchas en las aguas saludables de la penitencia. Esta es la única tabla que queda despues del naufragio. Pero, ¡qué misericordia de Dios! ¡qué consuelo para el hombre débil y miserable, que, siendo tan inclinado al mal, y sabiendo resistir tan poco, se le haya concedido este nuevo medio de redencion! La religion nos dice que á todo pecador que, con buena fe y determinado á corregirse, confiesa arrepentido sus pecados, Dios le abre todas las puertas de su misericordia, le perdona en el instante, y le recibe como un buen padre á un hijo arrepentido.

El garante de esta promesa es el mismo Dios, y fuera hacerle injuria, y no tener justa idea de un padre tan clemente, dudar de que nos haya perdonado despues de una confesion íntegra y sincera. Solo debemos desconfiar de nuestra propia flaqueza con el temor de que nos arrastre á nuevas faltas, y por esto debemos acogernos á una oracion frecuente, y servirnos de ella toda nuestra vida para obtener la gracia, sin la que nos seria imposible sostenernos. Pero debeis saber que Dios se complace cuando nos ve arrepentidos; y le damos ocasion de perdonarnos, si volvemos á él con arrepentimiento verdadero, y con próposito eficaz de corregirnos. Esta idea debe restablecer la paz en el alma, y hacernos andar de nuevo en su presencia con inviolable fidelidad.

No solo este sacramento nos es necesario para recobrar la gracia, mas tambien nos es útil para conservarla, y crecer en virtudes; porque tiene dos fines principales: uño es hacernos adquirir la gracia que habíamos perdido, y el otro excitarnos á enmendar nuestros vicios pasados, facilitándonos el ejercicio de las virtudes contrarias. Pero, ¡cuántos hay que han tenido momentos favorables, en que, abriendo su corazon al dolor de sus pecados, los han confesado con el mas verdadero, y han podido persuadirse con razon de la bondad divina que se los habrá perdonado, y con todo eso no han conservado largo tiempo estos sentimientos, y han caido de nuevo! Hay mas confesiones que conversiones; y es mas fácil implorar la clemencia de Dios, que defenderse despues de la flaqueza humana. Hay otros, y estos son peores, que parece que se valen de su facilidad en perdonar para repetir sus desórdenes, como si el tribunal de la penitencia fuera un lugar de refugio para vivir en la iniquidad.

El remedio de estos males es velar sobre sí, y pedir á Dios continuamente que nos sostenga con su gracia; leer libros devotos, y asistir á sermones morales; escoger un confesor prudente, á quien tratemos como á un amigo de la mayor confianza, á quien demos cuenta del estado de nuestra alma, y con quien nos confesemos de nuestras culpas, aunque sean ligeras; para que nos aconseje en las tentaciones y peligros de la vida; porque fuera de los bienes que nos dará esta conducta dócil y obediente, el pecador debe saber

que, habiendo ofendido á Dios gravemente, no solo está obligado á velar sobre sí con mas atencion, sino á producir frutos dignos de penitencia.

Este es el dictámen de los Santos Padres, que dicen que la vida de un Cristiano debe ser una continua penitencia, tanto para borrar los pecados antiguos, como para preservarse de los nuevos. La oracion, el ayuno, la limosna, la mortificacion y las obras de misericordia deben ser el estado habitual del que fue tan injusto que abandonó á su Dios para entregarse á sus pasiones. El esclavo que huyó de su amo, y que á su vuelta no recibe mas que halagos y caricias debe redoblar la fidelidad, y recompensar con la paciencia y mayor aplicacion á su trabajo el castigo de que se le ha dispensado por bondad.

Pero como, á pesar de nuestra razon, la naturaleza huye de todo lo que la puede hacer sufrir, Dios, viendo que nuestra flaqueza no nos permitirá hacer penitencias voluntarias para borrar nuestros pecados, y prevenir los nuevos, se digna por su misericordia de mortificarnos por sí mismo. Con este fin nos envia las pestes, las guerras, los incendios, los pleitos, las pesadumbres, la pobreza, y mas que todo esa larga lista de enfermedades que afligen á los hombres. ¿Quién puede numerar todos los males á que estan sujetos? ¿y quién de nosotros no paga su tributo de dolor? El pecador envejecido en la iniquidad, y á quien sus remordimientos baldonan el desórden de su vida, debe saber que merece ser castigado, y debe aceptar con resignacion un castigo que él no hubiera

tenido la fuerza de imponerse, alegrándose de desquitar con él en este mundo una deuda que le hacia responsable á pagar en el otro con pena eterna.

Esta sumision voluntaria, esta resignacion filial á todas las adversidades, nos hace ver un órden admirable en todos los desórdenes aparentes que Dios permite en el mundo. Y esta virtud, una de las mas importantes de nuestra religion, es la que llamamos paciencia, hija, segun San Pablo, de las tribulaciones. El Cristiano debe sufrir, ó estar en intencion de sufrir por amor de Dios todo lo que le envia. Así lo han hecho y hacen todos los dias los santos que tienen un gefe que los anima con su ejemplo, y que con sus sufrimientos y dolores les ha enseñado á cargar su cruz. Sufrió el Señor por nosotros, dice San Pedro, para que marchemos siguiendo sus pasos. Es menester tener valor en las tribulaciones de la vida, y estar ciertos que cuanto mas suframos por amor de Dios, tantas mas recompensas recibiremos. *Dichosos los que lloran, porque serán consolados*, dice Jesucristo (1) para aliento de los afligidos.

Si nuestra fe fuera viva, conociéramos bien que las tribulaciones son el camino mas seguro de obtener recompensas infinitas, y nosotros seríamos los primeros á buscarlas. No hay pena, no hay trabajo que no sea ligero por amor de Dios, y hasta la muerte misma se hace agradable. El último motivo de nuestro consuelo es conocer que Dios sabe mejor lo que nos

(1) *Matth.*, v, 5.

conviene para ser virtuosos, y salvar nuestras almas, por consiguiente que es locura murmurar de la Providencia. En efecto la esperiencia nos muestra que la prosperidad suele ser el principio de la prevaricacion, en vez de que la afliccion, humillándonos, y desengañándonos de los falsos bienes, nos hace acordar de Dios. La naturaleza corrompida quisiera que todo el camino del cielo estuviera sembrado de flores: dichoso el que acepta con resignacion todo lo que Dios le envia. No es mi asunto tratar ahora del sacramento de la penitencia, trataremos de esto cuando vos esteis en disposicion de hacer confesion general; entonces os esplicaré las condiciones y requisitos que necesita tan grande accion. Pero me ha sido preciso hacer memoria de él para abrazar toda la idea ó el espíritu de nuestra religion.

Lo mismo digo del sacrificio de la misa. Esta es la accion mas santa, mas agradable y mas sublime para un Cristiano; este es el medio mas propio y eficaz con que puede dar á Dios el culto que le conviene y obtener gracias de su misericordia; esta es una accion á la que no se puede comparar ninguna otra, pues que ha sido instituida por el mismo Dios, y nos ha recomendado su ejercicio. La misa es una renovacion de la última cena que hizo nuestro divino Salvador cuando consagró el pan y vino, y distribuyó su cuerpo y su sangre á los apóstoles bajo las especies sacramentales, aquel mismo cuerpo que iba á entregar á los Judíos para que le atormentasen, y aquella misma sangre que habia de derramar por la remision

de los pecados. Entonces recomendó á los discípulos renovar la memoria de su pasion, diciéndoles: *Haced esto en memoria de mí;* y entonces instituyó este santo sacrificio y sacramento.

Sabemos que los apóstoles lo ejecutaron. San Pablo insiste sobre la pureza y devocion con que los Cristianos deben presentarse á la mesa del Señor, y los Actos de los apóstoles nos aseguran que se acercaban á ella con el mayor respeto y las mas vivas acciones de gracias. ¿Quién que ame su religion no pensará en los afectos en que se hubiera encendido, si hubiera tenido la dicha de asistir á este banquete celestial, y recibir de la propia mano de su Redentor su divino cuerpo y su preciosa sangre? ¿Hay muchos, decia San Juan Crisóstomo al pueblo de Antioquía, que hayan visto con sus ojos el rostro y la persona de Jesucristo? Pues bien, siempre que vamos á la misa, y participamos de la santa Eucaristía, le vemos realmente en el sacramento. No solo nos permite gozar de su presencia con los ojos de la fe, sino tocarle y recibirle en nuestros corazones. ¡Qué sentimientos no debe producir en nosotros la idea de que está allí tan presente como lo estaba en la última cena con sus discípulos!

La misa es tambien una conmemoracion de su pasion, que fue el último esfuerzo de su amor á los hombres. El apóstol nos dice: Siempre que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga á juzgarnos. Por eso el Cristiano que asiste á misa debe tener á la vista el

grande espectáculo del calvario, ver á su Salvador espirando en la cruz, y derramando su sangre por rescatarnos. Pero la misa contiene las dos principales acciones del Hijo de Dios, la una como eucaristia en cuanto nos da este pan celestial que alimenta nuestras almas y las sostiene en la virtud, y la otra como sacrificio para borrar todos los pecados que la fragilidad nos hace cometer, aplicándonos los méritos de Jesucristo, cuando estamos bien dispuestos para recibirlos; y ve aquí porque es el mas augusto, importante y útil de los actos cristianos, tanto para adorar á Dios del modo mas perfecto, como para implorar las gracias necesarias para no ofenderle, y conseguir el perdon de nuestras antiguas culpas, y porque es tambien el medio mas propio para dar gracias á Dios de sus beneficios.

Para comprender el fruto que se puede sacar de la misa basta considerar cual es su mérito. Es el único y verdadero sacrificio de los Cristianos, y, como hemos dicho, renovacion del inefable sacrificio que ofreció á Dios Jesucristo cuando dió en la cruz su vida por los hombres. Desde el principio del mundo ha habido sacrificios; en todo tiempo los hombres han dado la muerte y ofrecido á Dios corderos, cuadrúpedos y volátiles. Era como un tributo que se pagaba á su soberano poder de todo lo que existia, y este sacrificio y oblacion que se hacia á Dios de los animales era un símbolo que representaba la disposicion del hombre á sacrificarlo todo, hasta su propia vida, por agradarle y aplacarle. Los Gentiles tenian tam-

bien sus sacrificios, y era tradicion universal que este era el único modo de hacer propicia la Divinidad.

Pero el apóstol, y con él los Santos Padres, nos han advertido que aquellos sacrificios hechos por los hijos de Adan y por los Judíos no eran mas que sombras y figuras de este sacrificio de amor que estaba preparado. Era necesario que Jesucristo, que estaba representado por el cordero que los Judíos mataban y comian en su Pascua, se ofreciese él mismo á la muerte para rescatarnos del pecado, y restituirnos al derecho que habíamos perdido de la gloria. Los profetas habian predicho que aquellos sacrificios sangrientos cesarian, reemplazados por otro mas puro y mas espiritual. David habia anunciado que el Mesías seria sacerdote segun el órden de Melquisedech, esto es, segun el órden de aquel sacerdote rey que no ofrecia á Dios animales degollados, sino pan y vino; y Jesucristo se sirvió del pan y del vino para trasustanciar uno y otro en su cuerpo y su sangre. El animal que se ofrecia á Dios en los antiguos sacrificios se llamaba holocausto, hostia ó víctima, y el Hijo de Dios, que se encarnó y se hizo hombre, se ofreció á Dios en la cruz, como víctima sin mancha, por nosotros. Desde entonces no ha dejado de serlo; y lo será mientras el mundo exista, y mientras los sacerdotes de la nueva ley consagren con las especies de pan y vino.

Era tambien uso en los antiguos sacrificios que aquel que daba la víctima tenia el derecho de participar, comiendo una parte en señal de que el sacrificio

era suyo, y para obtener por él las gracias que pedía. Y por eso en este nuevo sacrificio del altar, en que Jesucristo se ofrece por víctima á su eterno Padre, ha permitido á todos los fieles que puedan participar de la víctima, y comer y beber el cuerpo y la sangre que sacrificó en el Calvario y ofrece de nuevo por ellos. Esta es señal de que el sacrificio se ofreció por ellos.

Este corto número de verdades debe hacernos ver lo admirable y divina que es la santa misa. ¡Con qué devocion se debe celebrar y oir! En cualquier lugar que esté el sacramento, sea en el tabernáculo, sea en el altar, sea que se le lleve en procesion ó en viático, le debemos contemplar en su trono de misericordia, le debemos adorar y pedirle sus gracias; en todas estas circunstancias podemos esperar obtenerlas, y conseguir poderosos socorros para el arreglo de nuestra vida, pero en ninguna de ellas hay la ventaja que se encuentra en la misa; porque en todas estas circunstancias la accion del Cristiano que se dirige á Jesucrito no tiene mas mérito que el del fervor y devocion del que suplica, lo que los teólogos llaman *ex opere operantis;* pero la misa tiene en sí misma un mérito intrínseco que se aplica al Cristiano bien dispuesto que la oye, y al ministro que la celebra, *ex opere operato.*

Sin duda que la buena disposicion de uno y otro es necesaria para adquirir el fruto y dar gracias á Dios de los beneficios recibidos, y obtener nuevos; pero la adquisicion de estas gracias se debe á la virtud y

fuerza ó eficacia del incruento sacrificio por sí mismo, porque el Hijo de Dios le ha destinado especialmente para aplicar sus méritos infinitos á los que le celebran dignamente. Y si los sacrificios de la ley antigua, que no eran mas que figuras de la nueva, eran un manantial inagotable de gracias, ¿qué no deben esperar los Cristianos que ofrecen á Dios, Criador de la naturaleza, no víctimas sangrientas de animales, sino á su Hijo único y muy amado, al cordero sin mancha, por quien todas las gracias se obtienen, y cuya sangre es tan preciosa, que una gota sola basta para borrar los pecados de millares de mundos?

Aunque es verdad que no se puede ofrecer á Dios hostia mas santa y agradable, y por consiguiente es en sí misma de valor infinito; pero su valor en cuanto se aplica al Cristiano es mas ó menos limitado, segun su disposicion particular, y la aceptacion que Dios se digna hacer. En primer lugar participa la Iglesia ó la universalidad de los fieles, por los cuales se ofrece á Dios, despues los muertos á quienes alivian las oraciones de los vivos. La Iglesia lo cree así, fundada en la tradicion de los siglos y en el libro de los Macabeos. Es cierto tambien que participan aquellos que el sacerdote nombra, ó á quienes tiene intencion de aplicarla, aun cuando no estuvieren presentes, si se hallan con las disposiciones necesarias. Cuál sea la medida de gracias que cada uno reciba es un secreto que Dios se ha reservado. El tesoro es infinito, pero depende de su aceptacion; lo que nos importa saber es que no hay ruego ni oracion que reciba mas favorablemente que el sacrificio del altar.

No solo los justos estan obligados á asistir, sino todos los fieles los dias de fiesta, aunque se reconozcan culpados de pecados graves. Pues aunque es verdad que la misa no confiere la gracia que santifica al que la ha perdido, y que, segun el concilio de Trento, este efecto pertenece al sacramento de la penitencia, con todo el pecador que asiste con respeto y compuncion, aunque indigno de ofrecer víctima tan santa, puede pedir y esperar gracias que le exciten al arrepentimiento, y le conduzcan al sagrado tribunal. Esta oracion, hecha con sinceridad es por lo ordinario oida, y una vez que se rompen las cadenas del pecado las gracias vienen con mas abundancia.

Como la misa es un sacrificio de propiciacion, si no borra los pecados mortales, nos merece el perdon de los veniales, si los detestamos sinceramente. Añadid á esto las gracias espirituales y temporales que podemos haber menester en nuestras necesidades ó desgracias, y aquel inefable sacrificio nos las adquiere, con tal que nuestra oracion no tenga por principio al amor propio, sino el deseo de santificarnos y de servir á Dios con todo el ardor de que somos capaces. Todas estas verdades estan indicadas en las mismas oraciones de la misa.

Pero hay gran diferencia entre los que solo asisten á la misa y los que participan de la santa mesa. Los primeros, cuando estan sin culpas mortales, y sin amor á las veniales, y cuando se unen en espiritu con devocion al sacerdote, reciben muchos bienes, y pueden por un acto particular pedir á Dios que se les apliquen

los méritos del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que no tienen la dicha de recibir, y esto se llama comunion espiritual. Esta accion hecha con recogimiento, devocion y deseo es muy útil.

Pero la comunion sacramental es el mayor tesoro de las gracias, pues el Cristiano recibe en ella el cuerpo y la sangre de su Salvador. Esta comunion, indispensable en el celebrante para consumar el sacrificio, es el canal por el cual se comunican todos sus frutos á los fieles. No hay alimento mas sólido ni mas propio para sostenerlos en el difícil camino del mundo. Si los santos, si los religiosos pueden preservarse del pecado, si resisten á las tentaciones, si sus acciones son agradables á Dios, todo lo deben á este pan de vida, que sostiene su natural flaqueza, y pueden esperar que la sostendrá hasta el fin, pues el mismo Señor les ha dicho que quien come este pan vivirá eternamente.

Pero esto basta ahora en cuanto á la penitencia, misa y comunion. Cuando llegue el momento de ejecutar estos actos, los mas sublimes de la religion, podremos hablar mas espresamente de cada uno en su lugar. Ya os he dado un idea general de la religion, y no creo haber dicho todo lo que pudiera. El tiempo y las circunstancias me darán ocasion de desenvolveros sucesivamente lo que será necesario, y espero que la gracia del Señor y la lectura de los libros buenos os acabarán de enterar de todo.

Pero pues me habeis dicho que ya sabeis de memoria las cosas importantes que os he recomendado,

os suplico las repitais conmigo... Yo, Teodoro, no dejé de turbarme con esta no esperada proposicion; pero procuré volver en mí, y recogerme. Despues de alguna reflexion comencé á decirlas, y las dije seguidas y sin detenerme en nada. El padre me dijo: ya las sabeis bien, y podemos empezar nuestros ejercicios. El otro dia os dije que nuestro primer acto debe ser renovar los votos del bautismo, para que volvais á entrar en el seno de la Iglesia nuestra madre, que para esto era necesario decir con fe y devocion el *Credo*, que es el símbolo de los apóstoles, ó la protestacion de la fe cristiana.

Esta accion, señor, es muy seria, y debe ser de nuestra parte muy solemne; porque por un lado pedimos á Dios perdon de haber desertado de su Iglesia despues del inefable don de habernos hecho nacer en su seno, y de habernos lavado con el agua sagrada de la regeneracion, y por otro, detestando la apostasía, debemos renovar á Dios los juramentos que hicimos, y protestarle nueva fidelidad, con promesa de observarla mejor.

Ya veis, señor, que este acto es grande, que es un nuevo empeño, que vamos á tratar con Dios, y pedirle que oyga nuestros votos, que nos reciba en su seno, y que nos trate con misericordia; y aunque Dios está en todas partes por su inmensidad, y nos oye en todo lugar, la Iglesia quiere que los actos de religion se hagan cuando se puede en los lugares consagrados por ella al ejercicio de su culto. Esta es la casa de oracion, el santuario en que da el Señor su

audiencia, y donde escucha con mas favor los suspiros de un corazon arrepentido.

Nosotros tenemos, señor, en el lugar destinado á enterrar los muertos de esta casa, y donde sus cuerpos esperan la resurreccion general, una capilla en que les hacemos los últimos oficios. Allí se ve una imagen venerable del Señor crucificado, á quien consagramos las oraciones que hacemos por ellos. Los vivos van tambien cuando entre aquellas cenizas quieren renovar la idea de la muerte, ó cuando fuera de los actos comunes quieren particularmente consolarse con su Dios. Este lugar es solitario, y mañana, si me lo permitis, os llevaré á él á la hora que creamos no habrá nadie, y podemos ejecutar allí lo que deseamos.

Mi fin es recibiros en nombre de la Iglesia, y admitiros en su seno, porque hasta ahora no estais en él. Vos os habeis escluido vos mismo, y no gozais de los dones que el cielo distribuye por su mano. Vos no participais del fruto de las oraciones que ella hace por los fieles, pues no estais en su comunion; pero al instante que por vuestro arrepentimiento y vuestro ruego entreis en su gremio, tendréis parte en todos sus sacrificios y buenas obras, porque esta es la ventaja de los Cristianos, que todos participan de las oraciones de cada uno; y son, señor, muy poderosas para un Dios las súplicas y ruegos de una esposa pura y querida, en que estan unidos todos los escogidos que ama en toda una eternidad.

Yo dije al padre que estaba obediente á todo lo que

disponia, y que me hallaria pronto á seguirle, y hacer cuanto me mandara. Pues bien, me dijo el padre levantándose, encomendaos esta noche á Dios, llamad á María su madre, á San Joseph y á vuestro ángel de guarda; pedidles que asistan á este acto solemne en que vais á consagraros á Dios nuevamente, y que sean garantes de vuestras promesas. Y pensad que este es el dia mas importante de vuestra vida, pues vais á dar el primer paso que os pondrá en el camino que guia á la eterna felicidad. El padre se fue, y yo, Teodoro, quedé esperando este dia, y pidiendo á Dios lo llevase al término, pues habia tenido la misericordia de ponerme en el principio. A Dios, Teodoro, hasta mañana.

CARTA

CARTA XX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: Antes que el padre viniese ya estaba yo esperándole para seguirle, pero muy desasosegado. Mi corazon palpitaba, como que me disponia á un acto grande y estraordinario, la inquietud no me dejaba parar, y me paseaba con pasos apresurados por el cuarto. Unas veces me parecia que no estaba bastante preparado para tan arduo empeño, otras que no le podria sostener, en fin me encontraba rodeado de incertidumbres y anxiedades; pero el padre vino, y la presencia de este hombre angelical me serenó; su aspecto religioso, y este caracter de santidad que estaba gravado en su fisonomía, excitó en mi un rápido recuerdo de todo lo que me habia dicho. Esto bastó para desterrar mis irresoluciones; esperimenté un nuevo valor en el ánimo, y me dispuse á seguirle.

Me condujo por diferentes claustros hasta un punto en que bajamos una larga escalera. Cuando llegamos á lo profundo ví una grande sala rodeada de muchos sepulcros, en que, segun me dijo, reposaban sus hermanos. Este lugar no estaba alumbrado sino por una pequeña lámpara, cuya luz reverberaba sobre la imágen de un grande Crucifijo, colocado en un altar que se veia en el centro. La vista súbita de esta imágen, que por su naturaleza inspiraba pavor, me conmovió de tal suerte, que me estremecí. Yo no

sé si el padre lo conoció, porque me dijo, es nuestro Dios, pero Dios de amor y de misericordia.

Se puso de rodillas; yo le imité, y mientras él hacia oracion, mil pensamientos bajaban por mi espíritu, todos rápidos y confusos: era una mezcla de terror, asombro, religion y horror; todos se sucedian y se rechazaban. Yo queria hablar con Dios, yo hubiera deseado hacer actos religiosos; pero á pesar de mis esfuerzos conocia que me eran estrangeros, y era que, como mi alma no estaba acostumbrada, no le eran aun familiares.

Pero, haciendo reflexion de que ya sabia y estaba convencido de que Jesucristo era mi Dios, y que habia muerto por mi amor, esta idea me llenó de horror y de indisposicion contra mí mismo. Me pareció que mi perversidad era invencible, y levantando los ojos á él, le dije mas que con los labios con el corazon: *¡Socorro! ¡piedad!* Las lágrimas me saltaron á los ojos, y, como si hubiera quedado fatigado de este esfuerzo, me sentí como desfallecido, quedé en un silencio estúpido y en una entera suspension de mis facultades. No sé lo que esto duró; pero habiéndose levantado el padre, me hizo tambien levantar, y llevándome á un banco que estaba cerca, me dijo así:

Ya estamos, señor, en la Iglesia, y en la presencia de nuestro Dios. Él nos oye, y puede ser que todo el cielo observe lo que vamos á hacer. Su misericordia os ha conducido aquí, y os ha inspirado el deseo de volver á entrar en el seno de la religion.

La Iglesia, como hija de Dios, como esposa de Jesucristo, siempre penetrada de su espíritu, á ejemplo de su amante esposo, nada desea tanto como restituir á su rebaño las ovejas perdidas; pero me parece conveniente que yo, como su ministro, os esplique antes lo que es la Iglesia y lo que los fieles la deben indispensablemente.

La Iglesia, señor, es un cuerpo místico. Todos los fieles son sus miembros, y Jesucristo, que la fundó con su divina sangre, es su cabeza. Jesucristo, cuando subió á los cielos, la confió todo su poder, asegurándola que cuanto ella desataria sobre la tierra, él lo desataria en el cielo. La prometió una proteccion indeficiente, diciéndola que estaria con ella hasta la consumacion de los siglos; la dejó toda su autoridad, declarando que no escucharla seria no escucharle á él mismo; la hizo su esposa querida, pues estan en su seno los escogidos que amó desde la eternidad, y la envió su Espíritu divino, para que fuese el óraculo y el intérprete de toda verdad. Solo con saber estos títulos podeis considerar los derechos que tiene sobre los hijos que recibe, y las obligaciones que nos impone como á Cristianos.

Desde el instante pues que por el bautismo entramos en su gremio, nos declaramos sus vasallos, y la debemos obedecer como á nuestra soberana. Somos sus hijos, y la debemos amar como á nuestra madre. Nos hacemos sus miembros, y debemos sostener y apoyar el cuerpo místico de Jesucristo, á que nos hemos agregado. Es nuestra soberana, porque Jesucristo la dejó

en su lugar, revistiéndola de todo su poder; es nuestra madre, porque, como dice San Agustin, nos ha reengendrado en Jesucristo, nos ha dado educacion cristiana, y nos ha instruido y criado en la fe; y es el cuerpo místico de Jesucristo, pues la ha fundado haciéndose su cabeza.

Como soberana impone leyes, hace decretos, da sentencias, y nos gobierna dirigida por el Espíritu divino, conformándose con las máximas puras del evangelio; como madre nos tiene en su seno, nos da los socorros espirituales, nos ayuda en nuestras necesidades, y cuida de nosotros con la atencion mas afectuosa y mas constante; como cuerpo mistico de Jesucristo nos une con este gefe adorable, á quien sirve de canal para que derrame sobre nosotros los divinos influjos de su gracia. Nos comunica todos los méritos de su sangre, y nos conduce en fin á la gloria. ¡Qué razones! ¡qué motivos para que la amemos!

No se puede dudar que Jesucristo dió á la Iglesia este poder soberano, cuando dijo á los apóstoles que la representaban (1): *Todo lo que atareis ó desatareis en la tierra será atado ó desatado en el cielo*; esto es, todo lo que juzgáreis, todo lo que determinareis, todo lo que mandareis en materia de doctrina y de costumbres, será confirmado y ratificado en el cielo de tal manera, que todo juicio pronunciado, ó

(1) *Matth.*, XVIII, 18.

toda órden dada por la Iglesia se debe considerar como si lo fuera por el mismo Dios.

Esta autoridad es de tal estension, que no hay poder humano que no la esté subordinado. No es que la Iglesia pretenda pasar los límites que su esposo la ha puesto, y exceder el imperio que la ha dado. Su divino Salvador la declaró positivamente que su reino no era de este mundo, haciéndola entender que no era temporal; y por eso lejos de elevarse sobre las autoridades humanas, lejos de querer debilitarlas, se ha mostrado zelosa de mantener sus derechos y la obediencia que se las debe. Sus dos mayores oráculos lo han predicado. San Pablo dijo que todos se sometan á las potestades superiores, porque estan establecidas por Dios, y que el que las resiste resiste al mismo Dios, y se acarrea una justa condenacion. San Pedro nos enseña que obedezcamos á nuestros superiores, tanto al rey que está encima de todos, como á los comandantes y otros enviados que se hallan revestidos de su autoridad.

Pero cuando se trata de lo espiritual, entonces todo debe rendirse y humillarse desde el monarca sobre el trono hasta el mas inferior que va arrastrando por el polvo; desde el grande hasta el pequeño, y desde el sabio al ignorante, todos deben reconocer la soberanía de la Iglesia, y contenerse en la reverente sumision que se la debe, sin excepcion de lugares, clases ó circunstancias.

Este poder es de tal preeminencia, que los hombres no conocen otro que le iguale. Ningun soberano

ó potentado tiene un derecho tan estendido sobre las almas; esto es, ninguno puede obligarme á creer todo lo que él cree, á pensar todo lo que él piensa, á condenar interiormente todo lo que él condena, ni aprobar todo lo que él aprueba. Es verdad que yo debo por espíritu de obediencia conformarme de corazon, en cuanto puedo, á lo que juzgan ó mandan; pero como sé que son hombres y capaces de error, si en efecto se engañan, no me es posible pensar como piensan.

Sola la Iglesia, como es infalible, dice: creed tal cosa, y estamos obligados á creerla, y á creerla tan íntimamente y tan de corazon, que ya no podemos dudar, disputar ni dificultar lo que ella ha juzgado y definido. Si habla, el ingenio mas sublime y el mas limitado deben igualmente rendirse, y ni uno ni otro pueden examinar de nuevo su definicion. Si alguno negara á la Iglesia esta sumision, pudiera justamente tratarle de rebelde, separarle de su comunion y maldecirle, y esto es lo que ha hecho con tantos hereges indóciles, ovejas descarriadas ó perdidas, á menos que el Señor no las vuelva al aprisco. Pidámosle esta gracia; pero pidámosle sobre todo para nosotros la sencillez de la fe, y una docilidad de espíritu que nos preserve de semejantes desvaríos.

Como hijos debemos tambien amar á la Iglesia nuestra madre. Un profeta decia: ¿Una madre puede olvidar al hijo que ha parido? Y yo, trastornando la proposicion sin contradecirla, añado: ¿Un hijo puede olvidar á su madre que le concibió en su seno, y á

quien debe la vida y el ser? La madre que abandonara á su hijo, y no le tratara con cariño, seria indigna de tan dulce nombre; pero el hijo que la renuncia ó la trata con indiferencia desmiente todo el caracter de la naturaleza y de la razon. ¿Y quien, si considera la conducta de la Iglesia con todos los fieles, puede dudar que nos trata con toda la atencion y los cuidados de una madre?

Desde que nacemos nos reengendra en Jesucristo por el bautismo, nos marca con el sello de Dios, que es el caracter de la fe, nos recibe en sus brazos, y se encarga de darnos la leche espíritual. En el discurso de nuestra vida se sirve de todos sus medios para instruirnos, para enseñarnos, para dirigirnos en los caminos de Dios, y para que volvamos á entrar en ellos, si por desgracia nos estraviamos. ¡Cuántos ministros diputa! ¡cuántos medios nos presenta! ¡cuántas oraciones dirige á Dios! ¡cuántas ofrendas y sacrificios multiplica! No piensa sino en socorrer nuestras necesidades, ni nos persuade sino lo solicitud de los intereses eternos, que son los verdaderos. Así nos conduce en las diferentes edades de la vida, velando y trabajando por nosotros.

Pero, ¿en la muerte? En este parage tan peligroso es cuando dobla su vigilancia, muestra toda su aficion materna, entonces abre todos sus tesoros, da á los sacerdotes que nos asisten todos sus poderes, no se reserva nada, y les confiere toda su jurisdiccion para perdonar y absolver. No hay mas que oirla hablar. ¿Con qué palabras y afectos se esplica en la

recomendacion que hace á Dios del alma de un moribundo? Nada hay tan vivo ni tan espresivo. Y no se contenta con esto, porque si en la muerte ama á sus hijos, tambien los ama despues de la muerte. Ellos se van, se desaparecen; pero ella no los olvida. Quiere que sus cuerpos reposen en tierra santa, que sus huesos se conserven con la decencia conveniente, y se interesa todavía mas por sus almas. Teme que aunque fieles pueden ser deudoras á Dios, y sufrir un fuego que las purifique hasta que satisfagan á la justicia del Señor; por eso las ayuda con oraciones, con sufragios y sacrificios, y sin intermision ruega, solícita y trabaja afanada.

¡Qué amor de nuestra parte puede corresponder á tanto amor! Supongamos un hijo bien inclinado, que conoce el zelo y los afanes infinitos de una madre á quien lo debe todo, ¡qué amor! ¡qué ternura sentirá su corazon! ¿Habrá señal de afecto que no la dé? ¿habrá honor que no la ceda? ¿habrá respeto que no la rinda? Pues si nosotros amamos á la Iglesia ve aquí el modelo que debemos seguir, y ve aquí como debemos agradecer los bienes que nos ha hecho y nos hace todos los dias. Debemos unirnos con ella indisolublemente, con el mismo espíritu que David con Jerusalen, que no era mas que su figura, y la diremos con mayor razon (1): «Antes que yo te » olvide, que olvide mi mano derecha; antes que » pierda memoria tan dulce, que es la alegría de mi

(1) *Psalm.* CXXXVI, ℣ 5.

» corazon, que se seque mi lengua, y quede pegada » al paladar ». No hay respeto ni hay consideracion humana que pueda embarazar este sentimiento, porque nada debe en nuestra estimacion compararse con la Iglesia, como que estamos unidos íntimamente con ella, y que sus intereses son los nuestros.

Así nuestra primera obligacion es sostenerla y apoyarla. Ya hemos dicho que la Iglesia es un cuerpo místico y moral, que Jesucristo es su cabeza, y que nosotros somos sus miembros. San Pablo nos lo repite muchas veces, y particularmente en su epístola á los de Éfeso; hablando de Jesucristo, les dice (1): « Dios » ha puesto todas las cosas á sus pies; le estableció » gefe de su Iglesia, la cual es su cuerpo, le repre- » senta entero, y tiene en todo su perfeccion ». Como si el gran apóstol dijera: Hermanos, todos juntos hacemos un cuerpo con Jesucristo. La congregacion de los fieles unidos á Jesucristo por la fe es el cuerpo de la Iglesia; pero estos mismos fieles separados, y considerando á cada uno en particular, son sus miembros. Cuando los miembros crecen y se fortifican, el cuerpo tambien se fortifica y crece; y por eso Jesucristo en calidad de nuestro gefe recibe mas perfeccion, á medida que el cuerpo por la union de los miembros se fortifica y perfecciona.

Este título de miembros de la Iglesia es uno de los mas gloriosos que podemos presentar á Dios, pues como tales lo somos tambien de Jesucristo. Cuando la

(1) *Ad Ephes.*, 1, 22 *y* 23.

Iglesia por el bautismo nos agregó á su cuerpo, nos hizo contraer con su gefe una alianza tan estrecha como inmediata. Desde que somos miembros de la Iglesia, ya no somos estrangeros ni estraños, sino domésticos de la fe. Ya somos pueblo escogido, y de la ciudad de los santos; piedras vivas del edificio nuevo, fabricado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, en que el mismo Jesucristo es la piedra angular. Participamos de todas las gracias que la comunica sin medida su divino gefe, porque ella es la depositaria de las fuentes sagradas en que el Salvador derramó las aguas de la vida. Es la que distribuye el precio infinito de su sangre preciosa, y le derrama sobre sus miembros con una efusion continua. Esto muestra el grande interes que tenemos todos de que subsista, y cuanto nos importa trabajar por su conservacion y aumento.

Yo sé que sin nosotros la Iglesia subsistirá hasta el fin de los siglos, y que, segun la prometió Jesucristo, jamas el infierno podrá prevalecer contra ella; pero este cuerpo que los hombres no podrán destruir puede, por la mala disposicion de los miembros que le componen, tener sus pérdidas y sus alteraciones, ya porque algunos de sus hijos desertan, ya porque se debilita la caridad de muchos, y ve aquí lo que deba encender nuestro zelo.

Así lo hicieron los apóstoles, cuando, con riesgo de la vida, y á precio de su sangre empezaron á formar la Iglesia, y á estenderla por todo el mundo, y así lo hacen hoy tantos varones ilustres que se consumen

con el trabajo y vigilias por defenderla, tantos dignos ministros que en los púlpitos, en los confesonarios, en las conferencias públicas y particulares, consagran su afan y sus talentos para edificar la Iglesia; tantos hombres apostólicos que pasan los mares para predicar el evangelio á los idólatras y á los bárbaros. Y no hay Cristiano que no deba tener á proporcion el mismo zelo; pues, como dijo Tertuliano, cada Cristiano es un soldado que, cuando es menester, debe combatir por ella.

Como en el cuerpo humano, decia San Pablo (1), cada miembro contribuye á la buena constitucion del cuerpo, y todos se ayudan unos á otros, así en el cuerpo de la Iglesia todos debemos con una santa uniformidad unirnos de manera que no permitamos que se haga ninguna ofensa, y que nos pongamos como una muralla impenetrable á los golpes que la tiran el error y la incredulidad. Este deber es comun y general, pero debe proporcionarse á los medios de cada uno.

Si no sostenemos la Iglesia con el ministerio de la palabra, porque no tenemos ni el don ni la vocacion para este difícil ejercicio, sostengámosla con la pureza de las costumbres, y probemos la verdad de la fe con la santidad de nuestras obras. Si no hay penetracion en nuestras luces, ni estension en nuestros conocimientos, sostengámosla con la docilidad de nuestra sumision, y con una firmeza imperturbable

(1) *Ad Roman.*, XII, 4 y 5.

que jamas se separe ni de sus decisiones ni de sus preceptos. Si no podemos defenderla contra los tiranos, sostengámosla contra los artificios de la heregía, contra los insultos de la licencia, contra los ataques de la incredulidad; y no suframos que nadie, ni de ningun modo la ataque en nuestra presencia, sin manifestar del modo que nos sea posible nuestra desaprobacion. Esto es lo menos que la debemos, esto es lo que hemos prometido en el bautismo, y esto es lo que vos debeis prometerla ahora nuevamente.

Ya veis, señor, lo que es la Iglesia, ya escuchais lo que exige de vos. Ahora pues consultad vuestro corazon, examinad si os manteneis en la disposicion del otra dia, y esplicadme si me ratificais las promesas que me hicisteis entonces. Decidme pues si renovais de corazon vuestro bautismo, si renunciais de nuevo al demonio, á la carne y las pompas del mundo; si pedis á la Iglesia que os admita en su santa sociedad, protestándola vivir y morir en su comunion, creyendo cuanto enseña, obedeciendo cuanto manda, y suplicándola os reciba como su vasallo, su hijo y miembro de su cuerpo místico. ¿Lo haceis así, señor?

Yo le respondí con los ojos llenos de lágrimas, y mas con la accion que con las palabras, sí padre. Vuestra voz ha llegado hasta el cielo, me dijo con un tono inflamado, los ángeles se han alegrado, y Dios la ha recibido en su seno: prostrémonos ahora en su presencia, y haced la protestacion de la fe. Yo dije

con el corazon enternecido, y con la voz balbuciente el *Credo*, el *Padre nuestro* y el *Ave María*; y cuando acabé de decir mis oraciones, el padre, como si se sintiera inspirado de un espíritu divino, con voz sonora, y con un tono que mostraba toda la fe y el ardor de su corazon, echó la bendicion sobre mí, y me dijo:

Yo, ministro de la Iglesia, aunque indigno, legítimamente autorizado, yo que en este momento la represento imitando el espíritu de su divino esposo, Dios de misericordia, que está siempre pronto á recibir al pecador arrepentido que se acoge á su seno, yo recibo en su nombre vuestras promesas; yo os admito en su santa sociedad, yo os declaro de su comunion, yo os abro las puertas de su misericordia. Desde este instante ya participais de sus oraciones, y de todos los frutos espirituales de sus sacrificios y buenas obras. Ella os admitirá á todos sus sacramentos, os recibirá á penitencia cuando vengais á confesarla vuestros pecados, os dará lugar á su tiempo en la mesa del Señor, y ahora le pido con ella que cultive en vuestro corazon las santas disposiciones que os ha inspirado, y os haga la gracia de vivir y morir en su seno.

Despues que me dijo estas palabras con tal uncion y eficacia que me llenaron de un terror religioso, se volvió á mí, y con espresion dulce y magestuosa me añadió: ya estais, señor, en el gremio de los Cristianos, ya sois de la nacion santa, y, espero, del número de los escogidos. Ya tambien sois mi hermano en Jesucristo, ya somos hijos del mismo padre; yo le

bendigo por tantas misericordias. Permitidme que para sellar esta celeste union yo, aunque indigno, pueda daros el ósculo fraterno de la caridad cristiana; y el venerable pastor, enlazándose entre mis brazos, imprime sus puros y inocentes labios sobre mis mejillas, que estaban anegadas en mi llanto. ¿Cómo podré esplicarte, Teodoro, la impresion que me produjó esta accion inesperada? El corazon me palpitaba y daba latidos impetuosos, y toda mi sangre se encendió en un fuego divino que me corria por las venas.

¡Qué diferencia, amigo, de este ósculo santo de la virtud á los únicos que yo conocia, á los ósculos profanos y carnales del vicio! ¡O cuán brutales y groseros me parecian los otros entonces! Jamas habia sentido sensaciones tan dulces ni halagos tan deliciosos. Esta fue la primera vez que comencé á entrever que habia delicias castas muy superiores á las que habian sido toda la ocupacion de mi vida. Cuando consideraba que un hombre santo, querido de Dios y agradable á sus ojos, habia tocado mi carne impura con labios que no se ocupaban mas que en las alabanzas del cielo y en los ejercicios de la virtud; que un varon puro, templo vivo de Dios, que quizas no habria profanado jamas su boca con un contacto profano, se dignaba, impelido por la caridad, de dar el ósculo á un monstruo de abominacion, me hallaba tan humillado como complacido, y sentia en mi alma un rasgo de la dulzura celestial que se derrama en un corazon penitente, cuando empieza á desterrar las angustias duras y las congojas tur-

bulentas de los remordimientos. ¿ Será posible, le dije yo, apretando con mis labios su santa mano, que el Dios de bondad se apiade de mí, y quiera restablecerme en la generacion de los que le buscan y que le gozarán eternamente?

No lo dudeis, señor; y lo primero que debemos hacer es darle gracias por tan inmenso beneficio. Considerad que este es el dia mas precioso de vuestra vida; este es el primer paso que dais en el camino del cielo; y sacando un papel me le dió, diciéndome: Ved aquí una oracion que os suplico la digais todas las mañanas por espacio de ocho dias, y que ahora por la primera vez diréis conmigo. Nos pusimos de rodillas; el padre la rezaba, yo le seguia repitiendo lo que habia dicho; y la oracion era en estos términos:

» ¡Dios omnipotente y eterno! ¡Dios trino y uno! ¡Dios misericordioso! yo la mas indigna de tus criaturas te doy de lo íntimo de mi corazon humildes gracias por los muchos beneficios que te debo, y en especial por el que me dispensas este dia. Tú me hiciste nacer en el seno de tu Iglesia, yo por mi corrupcion apostaté y me separé de esta santa madre, que es la única que te adora como tú quieres ser adorado. Tú por una bondad tan rara como no merecida me has llamado de nuevo, y me permites volver á tu santa sociedad.

» Tú me admites en el número de tus hijos. Tú te dignas alimentarme con la doctrina de tu Iglesia, de esta Iglesia que Jesucristo, tu Hijo unigénito y su cabeza invisible, cimentó con su sangre; de esta Igle-

sia que confió á San Pedro y á sus sucesores para que ocupasen su lugar, de esta Iglesia católica, apostólica y romana, que es la única Iglesia verdadera, la inespugnable columna de la verdad, y que sostiene tu mano protectora.

» ¡Dios de misericordia! yo te imploro para que me inspires una tierna y religiosa veneracion á esta santa madre, un afectuoso interes á todo lo que la pertenece, y un zelo vivo de su honor, estension y pureza. Haz por tu bondad que yo me glorie siempre de contarme entre sus hijos, y que, aunque sea el mas indigno de todos, cuanto ella nos ordena me sea siempre sagrado, venerable y precioso.

» Concédeme la gracia de que sin perder nada de la humildad y desprecio que debo tener de mí mismo, todo lo que la ofenda á ella lastime tambien mi corazon, que en todas sus aflicciones y dolores no padezca nada que no lo padezca yo con ella, que esta confesion que hago en tu divina presencia borre los delitos de mi infidelidad. Yo quisiera hacerla en la de todo el universo para reparar con mi arrepentimiento público el escándalo de mi apostasía. Te prometo no ocultar á ninguno de los que puedan observarme esta feliz mudanza de mi corazon. ¡Qué consuelo para mí si pueden ver en mis humillaciones la amargura de mi dolor y la grandeza de tus misericordias!

» Tambien te pido un espíritu de docilidad para creer y someterme á todas las decisiones de tu Iglesia. Tú nos has dicho que en todos tiempos tendrá enemigos

migos y perseguidores, que siempre habrá incrédulos; yo soy por mi desgracia una prueba patente de esta verdad.

» Pero, ¡Dios mio! haced que en adelante mi corazon esté con ella en todos sus peligros, que en todas mis dudas sea mi único oráculo, que una sumision rendida tranquilice las inquietudes naturales de mi orgullo, que mi fe crezca y se haga todos los dias mas segura, que enmedio de las tempestades que puede excitar mi amor propio ó la iniquidad de mi corazon, yo me arroje en la barca de San Pedro, que puede fluctuar, pero nunca jamas naufragar.

» No ignoro, Señor, que un espíritu dócil y sometido es el primer caracter de tus escogidos, que ninguno puede darnos esperanzas mejor fundadas. ¡Dios mio! aunque no lo merezco, dame siquiera este divino don, y no permitas que le pierda jamas. Mi ánimo es empezar á servirte, sujetarme á tu ley, rescatar mis iniquidades; y mi confianza nacerá de tu piedad, porque me has vuelto á poner en tu Iglesia. Yo sé que fuera de ella no hay salud, pues tú mismo nos lo dijiste en tu evangelio, cuando nos mandaste mirar como gentil al que no la escucha con afecto filial y reverente. Yo sé que no reconoces como oveja tuya, ni eres el pastor del que no está en tu aprisco, que es tu Iglesia.

» Yo, Señor, confieso como el profeta tu santo nombre; pero quiero confesarle en tu Iglesia. Yo quiero publicar tus grandezas y celebrar tus alabanzas, pero las quiero celebrar en tu Iglesia. Yo quiero

anunciar tu palabra y sus divinas verdades, pero las quiero anunciar en tu Iglesia. Tu Iglesia es la montaña santa de donde debia salir la ley, el templo augusto en que deben juntarse todos los pueblos de la tierra para presentarte su incienso y dirigirte sus votos, el santuario en que quieres recibir el único culto que te agrada, presentado por Jesucristo, nuestro pontífice supremo, y en fin la cátedra en que nos enseñas tus caminos por el órgano de los ministros de tu evangelio.

» Repito con uno de tus apóstoles que cualquiera otra sociedad de culto es sinagoga del demonio, y que toda otra cátedra lo es de pestilencia. Dichoso yo, si con una vida conforme á los santos documentos de esta Iglesia en que te dignas de volverme á admitir, obtengo por tu misericordia el título de tu hijo, y la gloria de tus escogidos. Amen ».

Cuando acabamos esta oracion me hizo sentar otra vez á su lado en el mismo banco, y me volvió á decir: Ahora me sigo yo á dar gracias á Dios por tantos beneficios; ahora debo adorar y alabar sus misericordias, pues veo que este buen padre las derrama sobre vos á manos llenas. ¿Quién puede dejar de descubrir este secreto de su predestinacion? Pues es visible que os ha traido aquí porque os ama, y quiere haceros suyo. Con este motivo me dijo cosas tan tiernas y tan propias para inspirarme confianza, que se me derretia el corazon, y ya no me fue posible resistir á la cordialidad de sus afectos.

Este discreto padre no me habia mostrado hasta allí

la menor curiosidad, ni me habia mostrado el mas leve deseo de saber mi nombre, mi calidad y circunstancias, y yo mismo habia puesto una especie de tenacidad en no decirle nada; pero en aquel momento, vencido de la dulzura de sus espresiones, abrí todas las puertas de la confianza, arrojándome á sus pies otra vez, y mojando con mis lágrimas sus manos que tenia enlazadas con las mias: Angel de Dios, le dije, yo soy un monstruo, y lo soy desde mi niñez.

Vos estais viendo al mayor, al mas horrible de los delincuentes, al mas inicuo y depravado de los hombres; toda mi vida he sido esclavo de las pasiones mas infames. El vicio no ha dejado en mis entrañas nada que no esté infecto. No, no soy yo capaz de enmienda, y no es posible que entre la virtud en un corazon en que tan largo tiempo solo han dominado los vicios.

Diciendo estas palabras, los sollozos me sofocaban la voz, mi cabeza se reclinó sobre el pecho de mi celestial amigo. ¡Ay, Teodoro! ¡qué dulce conmocion sintió mi alma, cuando me hallé por otra vez afectuosamente abrazado por aquel hombre justo, cuyas lágrimas inocentes inundaban mis mejillas! Los dos nos quedamos largo tiempo en esta postura, guardando un silencio que decia mucho. ¡O Dios mío! ¡Dios de bondad! ¿cómo te complacias en esta muda y patética escena, en que la ardiente caridad de tu ministro y la compuncion de tu siervo hacian brillar tus misericordias?

El padre rompió esta inmobilidad, pidiéndome que

me sentase; y, ayudándome á levantar, con voz dulce y amable me dijo : Del hombre es errar, y de Dios es perdonar. No os ha traido á aquí sino para eso, y pues os da movimientos tan penitentes y proporciones tan favorables aprovechémonos sin tardanza. Desde mañana mismo empezad, señor, á disponer una confesion general de vuestra vida, y las aguas de la penitencia lavarán... ¿Yo, padre, confesion general? le interrumpí; ¿pues acaso sé yo lo que es eso? ¿acaso tengo la menor nocion ni la mas ligera idea? Nunca me he confesado ni pensado en ello. Por otra parte mi vida no es mas que un tejido continuado de todos los horrores y vicios, no hay una de todas mis respiraciones que no sea un delito. ¿Y cómo será posible que yo recoja ni pueda acordarme de prevaricaciones no interrumpidas, y que una grande parte de ellas está ya confundida con otras peores que he hecho despues? ¿quién podrá contar las hojas de los árboles ó las arenas del mar?

El padre con tono tranquilo y sosegado me respondió : Dios, señor, no pide cosas imposibles, y se contenta con nuestros prudentes esfuerzos, cuando los hacemos con sinceridad y buena fe. Su gracia os ayudará, y vos veréis que esas dificultades que ahora se presentan á vuestra imaginacion como montañas inestricables, en que no puede penetrar un rayo de luz, poco á poco se allanarán. Hay método que puede facilitaros esta empresa que os parece tan ardua. Si me lo permitis yo puedo contribuir á poneros en el camino. Mi ministerio me obliga á ello, y la

esperiencia me ha enseñado los medios de disipar estos obstáculos aparentes. Desde mañana empezaré á presentaros cada dia algunas reflexiones sobre la confesion, y los métodos que podeis seguir para disponerla. A medida que yo os los esplicaré vos los iréis poniendo en práctica.

No hay necesidad que la confesion se haga toda de una vez; no es preciso que vos os examineis á un tiempo de toda vuestra vida, ni que á un tiempo os confeseis de todo; esto puede hacerse por partes y en diferentes tiempos. En fin yo puedo dirigiros en esta santa obra, de modo que vos mismo veais desaparecer estos monstruosos embarazos que la imaginacion os representa. Me lisonjeo con la idea de que hallaréis mucho desahogo en vuestro corazon. Pongámonos pues en las manos de Dios, que visiblemente es el autor de nuestra empresa, y que no dejará de perfeccionarla. Estad cierto que haciendo de nuestra parte lo que podamos, se contentará con nuestra buena fe y sumision, y que no dejará de perdonar todos vuestros pecados; porque no os haya sido posible confesar los que habréis olvidado.

Yo respondí al padre que le habia ofrecido obediencia, y que en todo me sujetaba á su direccion. El padre me añadió: Yo debo tambien dar muchas gracias á Dios por haberme escogido para instrumento de misericordia tan alta; debo pedirle que me dé auxilios para concluirla á honra y gloria suya, y tambien debo suplicar que derrame sobre vos sus bendiciones, para que obtengais el perdon y esfuerzo

para ser en adelante un buen Cristiano. Yo voy ahora á decir misa; ya os dije ayer alguna cosa de este inefable sacrificio, que es el acto mas sublime y elevado de la religion, y el medio mas eficaz con que los pecadores mismos pueden conseguir de Dios las gracias necesarias para salir de su mal estado, y obtener el don de la penitencia.

Os aconsejo, señor, que la oigais ahora con devocion y afecto. Acordaos que es Jesucristo el que vais á ver, que es el mismo Jesucristo que será un dia vuestro juez, pero que ahora no viene sino como vuestro padre. Imaginaos verle en el altar como en el trono de su misericordia, y que tiene el mas vivo deseo de concederos todo lo que le pidais para el bien de vuestra alma. Pedidle pues que os inspire todo lo que necesitais para hacer esta confesion, para que os restituya su gracia y los dones que os concedió en el bautismo, y finalmente el de vivir en adelante y morir como buen Cristiano.

Para inspiraros mas confianza tened presente que el sacrificio que voy á celebrar no es otro que el del Hijo de Dios en el Calvario; que voy á renovar sobre este altar la muerte cruel é ignominiosa que le dió la rabiosa envidia de los Judios; que voy á poneros á los ojos, aunque cubierta con un velo, la hostia pura sin mancha que recibió el último golpe en el ara de la cruz, y que fue sacrificada por nuestra redencion en honor de la divina magestad; que este sacrificio fué libre y voluntario de su parte; y que su amor no contento con esto, aun despues de

resucitado y glorioso, quiere ser presentado de nuevo para mediar por nosotros.

Por eso quiere que todos los dias sus ministros le presenten como víctima á Dios, y él mismo se vuelve á ofrecer de nuevo, implorando las gracias de que necesitamos para no malograr los frutos de su redencion. Considerad tambien que este sacrificio es el mas excelente y superior de todos los sacrificios, pues es de un precio infinito: sacrificio único, pues los de la ley antigua no eran mas que su figura; sacrificio que es al mismo tiempo eucarístico ó de alabanza, de propiciacion y de impetracion. Como que es de alabanza, podemos con él alabar y glorificar á Dios; como que es de propiciacion, podemos aplacar la ira de Dios, y obtener el perdon de nuestros pecados; y como que es de impetracion, podemos pedir y conseguir todas las gracias de Dios. Esto debe bastar para haceros ver el espíritu con que debemos asistir, la reverencia y atencion con que debemos estar, y las ventajas ó frutos que debemos conseguir.

Nosotros pues ofrecemos el sacrificio del altar para glorificar á Dios como señor soberano, y darle gracias como bienhechor. Cuando María presentó á Jesucristo en el templo de Jerusalen, su objeto era presentarle á Dios como á su soberano señor, pues lo hizo obedeciendo á la ley, que mandaba presentar á Dios todos los primogénitos, á fin de reconocer su supremo dominio, que todo viene de su mano, que por consiguiente todo es suyo, y que la gloria de todo

le pertenece. Esto es lo que nosotros hacemos, presentándole el cuerpo y la sangre del Salvador.

Porque es un verdadero sacrificio el que se consuma en nuestros templos, todo está allí, altar, sacerdote, víctima, oblacion y consumacion. El sacerdote ofrece al mismo Jesucristo á su padre, Dios omnipotente y eterno, y se le ofrece para tributar á su soberana magestad un honor soberano. De todos los honores posibles el mayor es el sacrificio, y por eso no se puede tributar á nadie sino á Dios.

Pero como el sacrificio no consiste solo en la oblacion, sino que consiste tambien en la consumacion de la víctima, á fin de que quede destruida, el ministro despues de haberla presentado y consagrado la consuma, y con esta accion manifiesta que Jesucristo protesta á su padre, Dios del cielo y tierra, que él solo es el Señor, el Ser de los seres, en cuya presencia todos los demas deben desaparecer y reputarse como la nada. Si esta protestacion es gloriosa á Dios de cualquier modo que venga, ¿qué será cuando viene de parte de Jesucristo, Dios verdadero, y tan á costa suya?

Considerad pues ¡qué ejemplo, qué leccion es esta para nosotros! ¡qué regla para asistir dignamente al sacrificio del altar! Cada Cristiano puede proponerse un método para asistir devotamente, pero yo creo que el mas sólido es asistir al sacrificio con espíritu de víctima, considerar con las mas altas ideas posibles la grandeza de Dios, concebir las mas bajas de nuestra miseria, unirnos al sacerdote que sacrifica, ofrecer con él la misma víctima, y ofrecernos nosotros con

ella, y todo con ardiente deseo de glorificar al Señor supremo, de quien todos dependemos, y que es el fin y principio de todo.

Tambien con él damos gracias á Dios como á nuestro soberano bienhechor. Como su infinita bondad nos hace tantos beneficios era preciso que la religion tuviese un sacrificio de accion de gracias, y este es el de la misa. El sacerdote nos lo hace comprender bien, cuando en medio de los santos misterios, y antes de consagrar el cuerpo y la sangre de Jesucristo, nos advierte espresamente que levantemos el corazon á Dios, y demos gracias; y se las damos con una víctima cuyo valor excede á todo lo que hemos recibido de la divina liberalidad. El que no perdonó á su propio Hijo, y le entregó á la muerte por nosotros, ¿no nos ha dado con él cuanto nos podia dar? Este era el raciocinio del apóstol; y, segun esta regla, se puede decir que aunque es verdad que todo lo debemos á Dios, pues todo nos viene de su mano, tambien lo es que, cuando le presentamos su Hijo, todo se lo pagamos, y que parece no queda deudora nuestra gratitud.

Este pensamiento puede ocupar útilmente y santamente nuestra alma todo el tiempo que está presente al sacrificio. Repasa en su memoria los beneficios de Dios, no puede contarlos, porque son sin número; sabe que no los merece, porque ve su pobreza y miseria, lo reconoce así, y se humilla. ¿Qué haré pues? Dice con David, ¿qué daré al Señor por lo que me ha dado? No queda largo tiempo dudosa; al instante se

determina, porque tiene en el altar un tesoro pronto; y el mas abundante, la preciosa víctima que se ha sacrificado. Toma pues, siguiendo la espresion del mismo profeta, el cáliz de salud, y, llena de confianza, le presenta á Dios, y cree que paga todas sus deudas dignamente. ¡Con qué respeto, con qué afecto debe presentar esta ofrenda? ¿qué zelo y gratitud basta para un Dios tan bueno y magnífico, que no solo le dispensa tantos bienes, sino que la da un tesoro con que pueda corresponderle?

Tambien es sacrificio de propiciacion y de expiacion, pues expia y borra los pecados, aplacando la ira de Dios, tanto en favor de los vivos como de los muertos. Que sea sacrificio de propiciacion para los vivos no se puede dudar, pues el Salvador de los hombres, que le consumó en la cruz, derramó en ella toda su sangre para borrar los pecados del mundo, y aplacar á su Padre justamente irritado contra nosotros; y como el sacrificio del altar es el mismo que el de la cruz, pues es la misma hostia ó el mismo cuerpo y la misma sangre del Hombre Dios, es necesario que tenga la misma eficacia y virtud.

Solo hay una diferencia, y es que el de la cruz fué sangriento, y el del altar no lo es. Así lo dice en términos precisos el concilio de Trento, enseñándonos que Jesucristo no quiso que su sacrificio se acabase en la cruz, sino que, siendo sacerdote por una eternidad, y sacerdote segun el órden de Melquisedech, se propuso dos designios: el primero, que su sacrificio se perpetuase en la Iglesia hasta la consu-

macion de los siglos; el segundo, que se repitiese en las especies de pan y vino que Melquisedech ofreció al Señor; y esta doctrina está apoyada con las palabras del Hijo de Dios, que refiere San Pablo en su primera epistola á los de Corinto (1): *Siempre que comiereis este pan y bebiereis este vino anunciaréis la muerte del Señor.*

¿Qué quiere decir *anunciaréis?* No es decir solamente recordad, haced memoria de esta muerte, sino renovadla, y el mérito os será aplicado. Y por esta razon Jesucristo en el sacrificio del altar es víctima de propiciacion por nuestros pecados del mismo modo que lo fue en la cruz; y, siendo asi, vos debeis concebir que los pecadores, aunque lo sean, no deben alejarse de un sacrificio que ha sido instituido para ellos, y para solicitarles las gracias de la reconciliacion. Todos debemos asistir; pero los pecadores mas. Participar de este sacrificio, comulgando con conciencia de pecado, seria un enorme delito, y la Iglesia lo prohibe con graves penas; pero participar asistiendo, lo aconseja. En su desgracia esta es una esperanza para el pecador, y le importa mucho no perderla.

Venid pues, señor, á esta piscina saludable, empezad por oirla hoy, y continuad todo el tiempo en que os preparais á la confesion. Yo, como ministro de la Iglesia, pondré en movimiento, no una agua salutífera, sino una sangre divina; venid con la misma dis-

(1) 1, *Corinth.*, XI, 26.

posicion con que el Publicano fue á orar en el templo. Era un pecador, pero á la vista de sus iniquidades se humilló, se confundió, no se atrevia á levantar los ojos, y decia á Dios: Señor sedme propicio, que soy un pecador. Este debe ser vuestro modelo. El Publicano, cuando se retiró, ya iba perdonado, ya era justo. ¿Quién sabe si vos recibiréis la misma gracia? ¿si se os concederá la misma contricion? ¿y si en fuerza de ella seréis perdonado aun antes de llegar al tribunal de la penitencia?

Es tambien sacrificio de propiciacion en favor de los muertos, y la prueba invencible de esta verdad para todos los Cristianos es la antigua y constante práctica de la Iglesia. En todos los tiempos ha ofrecido por ellos el santo sacrificio, y tenemos testimonios seguros de este uso en todos los siglos y en cada uno de ellos. Pero aun hay mas; pues, subiendo á los de la ley antigua, tenemos el ejemplo en Judas Macabeo, y sabemos que mandó hacer sacrificios por los soldados de su ejército que habian muerto en un combate. La Iglesia no es menos tierna, ni cuida menos de sus hijos difuntos que la Sinagoga, y el sacrificio que ofrece por ellos es de un precio infinitamente superior al de todas las víctimas que se inmolaban en el templo de Jerusalen. Ella lo sabe, y sabe tambien que puede hacer gozar á sus hijos el rico tesoro de que es depositaria.

Por eso ha ordenado á sus ministros que siempre que celebren los santos misterios hagan mencion particular de los difuntos, y digan á Dios: Acordaos,

Señor, de los que nos han precedido, y estan en los sepulcros, y que reposan en el seno de la paz. Ve aquí en lo que se reconoce una madre caritativa. Y es muy estraño que la heregía pueda endurecer tanto los corazones, que les quite estos sentimientos de compasion y caridad; que el orgullo ó la obstinacion los mueva á negar este sacrificio ó socorro á tantos como pudieran ayudar; que la misericordia no los haga mas dóciles á oir una verdad que les ha dicho la Iglesia en todos los tiempos, que sus padres creyeron, y que interesa tanto á sus hermanos y amigos. La duda sola ¿no debiera bastar para determinarlos á tomar el partido mas seguro? ¿y no es terrible tenacidad esponerse á perderlo todo por no deponer sus errores?

En fin, señor, la misa es sacrificio de impetracion para obtener de Dios tanto las gracias espirituales como las temporales. Todo lo que la Iglesia pide á Dios lo pide y lo obtiene por los méritos de Jesucristo, y por eso acaba todas sus oraciones, diciendo: *Por nuestro señor Jesucristo, vuestro hijo, que vive y reina con vos en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos.* ¿Y donde pudiera valerse con mas eficacia de los méritos y mediacion de Jesucristo que en el sacrificio del altar, en que el mismo Jesucristo en persona es la víctima, y en donde se ofrece el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de este poderoso mediador?

San Pablo nos ha dicho que Jesucristo en los dias de su vida mortal fué oido por la reverencia que se

le debia. ¿Es acaso en su sacramento menos digno de este respeto? y cuando intercede y se interesa por nosotros como sacrificador y como víctima, ¿hay cosa que no debamos esperar? sobre todo cuando las gracias que pedimos por su mediacion son conformes á las ideas y al espíritu de Dios; porque hay gracias de diferentes especies, y las que tienen por objeto la vida eterna, como son la santificacion del alma, su adelantamiento en la virtud y su salvacion, que se llaman espirituales, son incomparablemente superiores á las otras.

Particularmente para esta especie de gracias la Iglesia presenta el sacrificio del altar. Jamas le ofrece sin pedir que todos los fieles, y especialmente los que asisten, sean admitidos en el gremio de los escogidos, y preservados de la reprobacion eterna; que entren un dia en la sociedad de los santos, y que Dios los llene en este mundo de todas sus bendiciones celestiales. Pero, porque estas oraciones son generales, y que, segun las ocurrencias, unas veces tenemos mas necesidad de ciertas gracias que de otras, la Iglesia en el discurso del sacrificio tiene oraciones propias para implorarlas. Ya pide una fe viva, ya un amor de Dios ardiente, ya la caridad para el prójimo, la humildad, paciencia, fortaleza, algunas la estirpacion de nuestros vicios, y otras la estincion de cismas y heregías, cada cosa por menor, y segun que es mas urgente en las circunstancias.

¿A qué afectos, á que meditaciones se deben excitar nuestras almas en aquellos preciosos momentos,

en que Dios se sacrifica por nosotros? ¡Qué ocasion tan favorable para que cada cual le esponga las miserias y necesidades de su corazon! El hombre las percibe cada dia, no se las puede ocultar, y se queja amargamente de ellas. Se queja de las malas inclinaciones que lo arrastran, de la tiranía de sus pasiones que lo dominan, de las ilusiones del mundo que lo encantan, de sus sequedades, de su indiferencia para el servicio de Dios, de la instabilidad de sus resoluciones, de sus pocos progresos en la virtud. No es malo sentir sus males, peor seria no conocerlos y on afligirse; pero si los sentimos y los lloramos sinceramente, ¿porqué no buscamos el remedio? ¿porqué no aprovechamos el tiempo en que podemos reclamar con fruto la asistencia divina? ¿porqué no asistimos al sacrificio del altar cuando se renueva en él la obra de nuestra redencion? Allí es donde se conceden y distribuyen con mas abundancia las gracias de la salud eterna, y allí es donde se reparten mas liberalmente á los que las piden con mas ardiente devocion.

Tambien se dan las gracias, y se piden los bienes temporales. Dios no prohibe pedirlos. En la ley de Moises habia hostias pacíficas, tanto para reconocer los beneficios recibidos como para pedir nuevos; y estos beneficios en aquella ley de esclavitud eran por lo ordinario temporales. David obtuvo con sacrificios que su reino se libertara de la peste que le afligia, y Onías obtuvo la salud de Heliodoro.

Hay otros muchos ejemplos en los libros santos; y

como, segun San Agustin y San Crisóstomo, el sacrificio de la ley nueva contiene eminentemente y reune en sí todas las propiedades de los antiguos, es claro que Dios le acepta tambien por los bienes temporales, cuando no son contrarios á los designios de su providencia. No es profanar los santos misterios emplear los méritos de Jesucristo para obtener semejantes gracias. La misma Iglesia ofrece el sacrificio por los frutos de la tierra, y por la fertilidad de los campos; y en esto mismo debemos admirar la inmensa caridad de Dios y su paternal condescendencia, pues parece que vela y cuida de todos nuestros intereses.

No lo hacemos nosotros así, pues en los negocios que tenemos no es este divino sacrificio nuestro primer recurso, siendo así que no hay otro ni tan eficaz ni tan seguro; pero con una condicion esencial, y es que no se emplee sino con justas causas, y en intereses legítimos; porque presentar este santo sacrificio, este sacrificio de alabanza, de propiciacion y de impetracion para tener con que contentar nuestras pasiones, para poder satisfacer nuestra vanidad, lisonjear nuestro orgullo, y fomentar nuestros desórdenes, seria el mas abominable de todos los abusos.

Yo espero, señor, que nosotros vamos á emplearle con la mayor reverencia en fines mas útiles y mas dignos de Dios. Dadme licencia para que vaya á llamar al que debe ayudarme, y estad prevenido, pues no tardaré en volver. El padre salió, y de allí á poco rato volvió á entrar con un hombre que, segun su modo y trage, me pareció doméstico de la misma casa.

casa. Ambos se encaminaron á una pieza que parecia sacristía, y sin duda lo era, para que el padre se revistiera.

¿Podrás imaginar, Teodoro, que en este corto intervalo miéntras el padre salió á buscar su ayudante, y se revestia, pasaron por mí cosas tan estraordinarias, que aun tengo vergüenza de acordarme? Yo no habia oido misa en mi vida, pues si alguna vez por circunstancias me he encontrado en los sitios en que se celebra, jamas estuve con atencion ni respeto. Siempre las habia mirado como unas meras ceremonias. ¿Y podrá persuadirse ninguno que mi corrupcion envejecida fuese de tanta perversidad, que despues de tanto como me habia dicho el padre, despues de lo que venia de decirme, volviesen estas ideas antiguas á perturbar mi cabeza? Sí, amigo, te lo confieso para confundirme, y para que se vea lo que es la miseria de un hombre mal acostumbrado.

Desde que el padre se apartó de mí, y consideré que iba á oir su misa, en un instante me hallé seco. Me acordé de tí y de todos nuestros compañeros en el desórden, y me pareció que se reirian de mí, si me vieran en el caso en que me hallaba. Yo mismo empezaba á sospechar que me habia empeñado muy apriesa. En fin mis antiguas ideas corrian por mi espíritu, procurando dominar mi corazon, cuando en este momento salió el padre revestido de sus vestidos sacerdotales, y el rayo no es mas veloz en sus efectos que esta vista á mi interior. Su presencia modesta y religiosa, el aspecto de compuncion y

recogimiento con que le ví acercarse al altar, produjo súbitamente otros impulsos diferentes. Como la luz destierra de un golpe las tinieblas, así el aspecto de su virtud desterró todas mis locas imaginaciones, y volvió á renovar en mi corazon las impresiones mas vivas y religiosas.

Arrojéme á los pies del altar, y avergonzado de mí mismo eché una vista rápida sobre todas las ideas que habia recibido de la divinidad de la religion y del sacrificio. Confundíme cuando reflexioné que Jesucristo, mi Dios y mi juez, iba á parecer delante de mí, y mas cuando, echando otra vista sobre toda la carrera de mi vida, ví con horror el largo curso de mis iniquidades; pero me acordé que no era ahora mi juez, que era mi padre, que el altar era el trono de su misericordia, que era su bondad la que me habia traido á su casa, tal vez con el designio de perdonarme. Yo me ejercité, miéntras duró el sacrificio, con ideas de esta especie no seguidas, no tranquilas, sino tumultuosas y desasosegadas.

Pero jamas podré esplicarte la impresion que sentí en el momento de la elevacion: cuando la campanilla me avisó que Jesucristo estaba allí un terror religioso se apoderó de mi alma, se me erizaron los cabellos de mi cabeza, la sangre me corria con ímpetu por las venas, y me parecia estar fuera de mí. Yo hubiera querido encontrar en mi corazon mas amor y confianza; pero, ¡infeliz de mí! considerando mis errores, y sobre todo mis insultos á la religion, me parece que sentí mas confusion y terror. Con todo,

á pesar de mi conturbada situacion, me parece que hubo momentos en que le pedí gracia y perdon, reconociendo con humildad que era menester que él me enseñase á pedirle, y que solo él podia inspirarme una confianza constante. Luego que el padre acabó la misa, me llevó á mi aposento, y se retiró diciéndome que al siguiente dia empezaríamos la confesion.

¿No admiras, Teodoro, el poder que tiene este padre sobre mí? ¿cuántas veces su presencia sola ha calmado ya mis turbaciones y serenado mi corazon? Su vista sola penetra mi alma de este sentimiento religioso, de esta impresion evangélica, que hace mirar con amor y respeto al virtuoso. En su recogimiento, su modestia, su afabilidad, en todo su esterior parece que estan retratados todos los consejos del evangelio, y con coloridos amables. Desde que conozco santos me ha parecido que una de las pruebas mas visibles de la divinidad de la religion es este asombroso é inimitable carácter de magestad, de franqueza y de serenidad, que da á los que viven segun su espíritu.

Tú no lo sabias ni yo tampoco, Teodoro; pero ya ves que hay en la tierra hombres ignorados del universo, que viven y mueren sin que lo sepa su siglo, y que con todo son á los ojos de Dios los únicos grandes hombres, que merecen el respeto y la admiracion pública. Las estatuas de los conquistadores y de otros mártires de la gloria humana se hundirán en el mismo abismo que se tragará todos los tronos y reinos de la tierra, y esto sucederá en el momento en

que se desaparezca de ella el último de los escogidos. Entonces toda dominacion y grandeza terrestre se borrará con el resplandor de la corona celestial, de que estará adornado el discípulo humilde y oscuro de la cruz y de la penitencia.

Entonces empezará la reputacion de los héroes de la gracia y de la eternidad. Entonces nada será estimado y admirado, si no es conforme á los pensamientos de Dios. El farol de la inmutable razon, de la incorruptible verdad alumbrará por la primera vez, y á su luz se contemplarán las empresas, los trabajos, y todos los movimientos que han agitado á cada uno de los hijos de los hombres. Entonces verán todas las criaturas que el universo no era un espectáculo augusto digno de la vista de su Criador, ni por la estension de sus imperios, ni por la magnificencia de sus capitales, ni por la celebridad de sus soberanos, sino porque servia de paso á los ciudadanos del reino de la eternidad, porque era el lugar destinado á las pruebas, á las tribulaciones y amarguras que era necesario padecieran antes de poderse elevar á la participacion de la gloria y de la vision beatífica de su Dios.

Entonces se verá que el gremio modesto y desconocido de los justos era el motivo secreto de toda la obra de la creacion; que todo se hizo y subsistia por él; que sus oraciones y gemidos eran la causa por que Dios diferia el castigo de los delincuentes, y que los suspiros de un corazon inocente y puro influian mas en los destinos de los estados y naciones, que

toda la política de los que se figuran gobernar el mundo, y tener en su mano la suerte de los pueblos.

Sí, Teodoro, solo Dios puede presentar al justo un objeto tan grande y excelente como es él mismo, y solo en la inmensidad de las eternas dichas puede hallar el modelo de lo que debe ser un dia. Los nombres de los dioses de la tierra estan escritos sobre el polvo; pero los que temen á Dios serán eternamente grandes, porque lo serán á sus ojos, y solo la divina gloria subsistirá despues de la ruina de todos los edificios y monumentos de la tierra.

¡Ay, Teodoro! yo quisiera decir á todos los que son tan insensatos como yo lo he sido: Hijos de los hombres, adoradores estúpidos de las pasiones y puerilidades de un mundo que se acaba! si la compasion que inspirais, viendo que perdeis una alma inmortal, no fuera mas fuerte que la indignacion que causa el horror de vuestra conducta, yo os diria que mereceis un yugo tan infame; porque solo los espíritus nobles y los grandes corazones son capaces de elevarse á la altura del evangelio, y solo ellos son dignos dè conocer la magestad y la hermosura de la religion.

Pero no me pertenece á mí, que he sido el mas infame de todos, improperar á mis hermanos. Nunca debo olvidar que todos los corazones perversos tienen derecho de preguntarme: ¿Quién es el que me ha sacado de en medio de ellos? El que por bondad de su soberano ha salido de la oscuridad y de la indigencia, debe enternecerse mas cuando ve las amarguras

que sufren los infelices que deja en su antigua situacion, y no perder nunca de vista que él ha estado en la clase de los miserables. La de los malos y perversos es la mia... ¡Desgraciado de mí! Si dejo un solo dia de pagar á mis compañeros un tributo de lágrimas con la memoria de que he estado cargado con las mismas cadenas, y con la esperiencia de los mismos males y tribulaciones que padecen ellos. A Dios, Teodoro mio, hasta mañana.

CARTA XXI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Este dia, Teodoro, vino el padre, y me llevó á la misma capilla donde dijo la misa. Me pareció que yo la oí con alguna mas tranquilidad y devocion, y que mi corazon empezaba á sentir algun consuelo con la idea de la presencia de su Dios. Luego que concluyó el padre, volvió á conducirme á mi aposento, y habiéndose sentado, me dijo:

Hoy, señor, debemos empezar á tratar de la confesion; pero ántes me parece conveniente haceros ver como y cuando recibió la Iglesia esta autoridad de Jesucristo; pues luego que veais con una luz mas clara que la del dia que en efecto nuestro Salvador divino la dió el poder de perdonar los pecados en su nombre, haréis esta grande obra con mayor confianza, y conoceréis al mismo tiempo la obligacion que impuso á los fieles de confesar los pecados.

Es muy de observar, señor, la circunstancia en que el divino Redentor comunicó á sus apóstoles el poder mas alto y estraordinario que se ha conferido jamas en la tierra, pues los estableció reconciliadores y salvadores de sus hermanos. Despues de haber consumado con su muerte el último misterio de su mision laboriosa; despues que, ya vencedor de la muerte y del infierno, sale de la tumba, y entra en posesion de la soberana potestad que se le ha dado en la tierra y

en el cielo; cuando ya el mundo no puede dudar de la verdad de su palabra, ni de su dominio supremo sobre todas las criaturas, porque habia visto brillar los rayos de su gloria en tantos milagros, que le aclamaban Señor del universo; y en fin cuando ya con su resurreccion habia mostrado su divinidad, entonces se prepara á formar otros hombres que se le parezcan en el órden de la gracia, quiere dejar sucesores, desea multiplicarse y perpetuarse él mismo en los que santifica con la virtud de su presencia y de sus discursos. Para esto se aparece á sus discípulos cuando estaban juntos; y como que conoce y quiere que conozcan que va á elevarlos hasta la altura de su soberana dignidad, como si quisiera acreditar que se prepara á una accion tan grande que necesita de un esfuerzo particular, *sopla sobre ellos....*

¡Sopla sobre ellos! ¡qué imágen, señor, un Dios que sopla sobre hombres! Con esta accion significa que quiere comunicarles su espíritu, infundirles sus propios alientos, pasar á aquellos corazones el fuego, la virtud, el calor que animaban el suyo. Parece que hace uno de los mayores y de los mas milagrosos esfuerzos de su inmensa caridad, y que por este movimiento estraordinario les quiere trasfundir su alma, su fuerza y su autoridad.

No hizo tanto para la creacion del mundo, ni jamas se le vió accion en que se manifestase tanto ardor. ¿Y que les dice despues de haber soplado sobre ellos? *Recibid el Espíritu Santo. Los pecados les serán perdonados á aquellos á quienes vos los perdona-*

reis, y retenidos á los que vos los retuviereis. Como si dijera: Yo soy el cordero que quita los pecados del mundo, yo he venido á sanar los pecadores; pero yo me voy, y os dejo en mi lugar; yo ratificaré lo que hagais en mi nombre, yo os hago mis legados. Vos seréis en mi ausencia, como yo soy, príncipes de la paz, padres del siglo futuro, árbitros del género humano, los verdaderos luminares de la tierra; y os envió á los que la habitan como mi padre me ha enviado á mí.

¿Quién puede concebir una mision tan alta? ¿una confianza tan digna y tan útil? El Hombre Dios puso en los apóstoles y sus sucesores en aquel momento cuanto la naturaleza mortal parece capaz de recibir de su gloria y de su magnificencia, que es su poder sobre el corazon y los pensamientos de los hombres. Este hijo muy amado y adorable los hizo, en cierto modo, como él es, la reverberacion del esplendor divino, la repeticion de la grandeza infinita, la figura de la impenetrable sustancia; y les dió, como él habia recibido, las naciones de la tierra por imperio. ¡Ay, señor! ¿se puede pensar que aquellos á quienes Dios ha concedido dignidad tan alta, y á quienes nos manda confesar nuestras miserias, no sean mas que hombres?

Sin duda que los confesores son hombres, y tal vez débiles como los penitentes; pero, como ministros de Dios, como revestidos de su autoridad, son otros tantos Cristos, hijos de Dios vivo, y estan marcados con un carácter divino, que, en cierta manera, los saca de la clase de hombres, que los hace de otra especie

diferente, y los eleva á un grado único en el mundo; que casi pertenece al cielo. Son hombres; pero la virtud del Altísimo reside en ellos, y son en su ministerio superiores á los ángeles, por la fuerza y asombrosa virtud que les comunica su incorporacion en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y por su union con él para conducir la mayor obra de Dios, que es la fundacion de su sublime é incorruptible imperio.

Jesucristo pues comunicó con un soplo de su boca el Espíritu Santo á los apóstoles; y por su virtud la comunican estos á sus sucesores, para que concedan en su nombre perdon de los pecados. Este perdon dado por el hombre viene del poder divino, y es obra suya; porque el hombre jamas pudiera concederle á otro hombre. Solo Dios puede perdonar los pecados; pero el hombre que ha recibido el Espíritu Santo puede concederle, porque el Espíritu lo puede todo, como que es Dios. Y como Jesucristo, hijo único del Padre, y cuyo espíritu es el espíritu del Padre, ha dado este espíritu á sus ministros, para que puedan perdonar los pecados, cuando les dijo, *Recibid el Espíritu Santo*, de aquí viene que ellos tienen la facultad de perdonarlos.

Nosotros pues debemos recurrir al Espíritu Santo para obtener este perdon, y se le debemos pedir, porque no le concederá sino á los que le desean y le piden. El Espíritu Santo no puede ser engañado. El hombre puede serlo; porque, aunque tiene el espíritu, no le ha recibido para conocerlo todo; solo le ha recibido para perdonar en nombre de Jesucristo, y por

la virtud del Espíritu Santo los pecados de que se le pide perdon. Pero no es posible engañar el Espíritu Santo, y el que fuera tan insensato que lo intentase no conseguiria mas que añadir mayor pecado. ¿Y qué delito fuera querer engañar al Espíritu Santo? horrible. Por este pecado murieron repentinamente Ananías y Sáfira. » No es á hombres, les dijo San » Pedro (1), á quien habeis mentido, sino á Dios ».

Este es un pecado tan terrible, que se llama pecado contra el Espíritu Santo, y del que dice el evangelio, que es muy difícil de perdonar. Esto sirve para conocer la rectitud y sencillez con que debe el penitente presentarse á los ministros de Jesucristo para obtener la remision de sus culpas. Pero con tal que el Espíritu Santo vea en el corazon lo que sus labios dicen, el pecador puede acercarse con confianza, y tanto el Espíritu Santo como su ministro le dirán: « Vete en paz, tu fe te ha salvado »; porque este poder no ha sido dado al hombre para perder los hombres, sino para darles la vida; y cuando el penitente estuviera tan muerto como un cadaver, el Espíritu Santo le resucitaria.

Las palabras de Jesucristo son tan claras, que no necesitan esplicacion. Soplando sobre los apóstoles, les dice que reciban el Espíritu divino. ¿Y para qué? para que puedan perdonar y retener pecados, ofreciendo ratificar lo que ellos hagan. Por eso el concilio de Trento, sostenido con el unánime consenti-

(1) *Actor.*, † 4.

miento de la tradicion, dice que la Iglesia ha reconocido siempre por estas palabras un sacramento instituido para la remision de los pecados que se cometieren despues del bautismo. Sin embargo de un orígen tan evidente como sagrado, los hereges de estos últimos tiempos se han atrevido á atacar la doctrina de la Iglesia sobre este artículo; pero lo que os diré en adelante os hará ver la poca razon y el ningun fundamento con que lo han hecho. Y para poder hacerlo con método ve aquí el órden con que me propongo esplicaros este asunto.

Empezaré hablando de lo que es mas sensible en el sacramento de la penitencia; esto es la confesion de los pecados. Os haré ver la necesidad, las razones, la preparacion y las condiciones. Despues de esto examinaré las disposiciones en que debe estar el penitente para recibir la absolucion, y en fin hablaré de la satisfaccion y de las precauciones necesarias para conservar la gracia de la reconciliacion; y aquí debo deciros, señor, que me parece que despues de largo tiempo vos me escuchais sin decir una palabra. ¿Qué? ¿no se os ofrece ninguna dificultad? ¿no necesitais de ninguna esplicacion?

Yo le respondí: Vos mismo, padre, me habeis recomendado el silencio para no turbar el órden de nuestras ideas. Esto era, señor, me dijo el padre, en el momento en que seguia el hilo de los hechos de la religion, y entonces dificultades interpuestas no solo le hubieran cortado, sino que podian alejarnos del blanco; pero ahora que tratamos puntos dogmá-

ticos, en que no hay ese riesgo, os suplico me interrumpais siempre que os parezca. Vuestras objeciones ó preguntas podrán por el contrario ayudar á entendernos mejor. Yo le prometí hacerlo siempre que me pareciese oportuno, y el padre continuó.

Empecemos hoy por establecer bien la potestad de la Iglesia de perdonar los pecados, y la obligacion que tienen los Cristianos de reconocerlos y confesarlos. Para esto pesemos las palabras de Jesucristo con tanta atencion como respeto, y en ellas hallaremos toda la instruccion necesaria. Repitamos estas palabras; Jesucristo dice: *Los pecados serán perdonados á los que vos los perdonareis, y retenidos á los que vos los retuviereis.* Yo pregunto, ¿de qué espresiones podia servirse para esplicar de modo mas claro y mas preciso un poder ilimitado sin distincion ni reserva? ¿quién tiene derecho de poner distinciones ó reservas, cuando él no las pone? ¿Podemos nosotros hacer conjeturas cuando él habla? ¿y cómo los hereges modernos, que no admiten para establecer su fe mas que la Escritura, y que nos improperan con amargura de qué nos apoyamos sobre tradiciones humanas, se atreven á sustituir sus visiones en un asunto tan importante, cuando una fiel y sagrada tradicion no hace otra cosa que proponer simplemente y literalmente el sentido natural y genuino de estas santas y solemnes palabras del evangelio?

Es evidente que la Iglesia no puede ni perdonar ni retener los pecados, si no los conoce; es tambien evidente que nadie puede obtener el perdon, si no

le pide. Pero que la Iglesia haya recibido de Jesucristo un poder ilimitado para remitir ó condenar á sus hijos los pecados que la confiesan, y de que la piden perdon, es una verdad tan claramente enunciada en las palabras de Jesucristo, y tan constantemente practicada desde los apóstoles á nosotros, que no se puede concebir como se ha querido alterar de nuevo una costumbre sostenida por la práctica y la profesion pública y solemne de la Iglesia en todo tiempo, que la Escritura y la tradicion unidas apoyan con tanta fuerza.

Supuesto este poder, es claro que, aun cuando no fuera tan cierta y tan consiguiente como lo es la obligacion de someternos á él, la prudencia sola nos aconsejaria hacerlo; porque en asunto de interes tan considerable, ó, por mejor decir, único y esencial, no se debe consultar otra ley ni seguir otro consejo que el de la mayor seguridad. Seria un estravagante raciocinio decir: bien sé que la Iglesia puede perdonarme mis pecados, y que si me los perdona Dios ratificará el perdon; sé tambien que mi mayor felicidad es que Dios me los perdone; con todo quiero ver si hay otro camino para conseguirlo, porque se le podria decir, no hay otro; y cuando le hubiera, no es tan claro ni tan seguro como este, ni Dios nos le ha manifestado. Vos podeis producir discursos, formar opiniones; pero jamas serán tan ciertas, y por mas que hagais nunca podréis establecer otro medio en que no haya mil dificultades y peligros.

Para hacer ver á los protestantes que se separan

de la Iglesia, lo insensata que seria esta disputa, yo quiero suponer por un momento que sea posible encontrar otro medio; pero no podrán negar que sea el que fuere no será tan claro, tan seguro, tan acreditado como el nuestro. Ellos no pueden negar, y lo confiesan, que el medio de la Iglesia es cierto, que no hay duda que Jesucristo la dió el poder de perdonar los pecados; pero añaden que no es tan claro lo que debe hacer el penitente, y si este debe confesarlos individualmente; y concluyen que pues esta obligacion no está espresada no es necesario sujetarse á ella. Pero, dejando aparte que esta obligacion está necesariamente supuesta, ve aquí en sustancia el raciocinio que hacen: Yo estoy cierto de obtener el perdon si la Iglesia me le concede, y dudoso si le podré obtener de otra manera; dejo pues el primer partido para abandonarme al riesgo del segundo; y tal es en sustancia la conclusion de su conducta. Nadie discurrirá así en el negocio mas ligero, y parece que solo en el de la salud eterna es permitido alejarse de la certidumbre.

Pero no dejemos ninguna oscuridad en asunto tan importante, y hagamos ver que es tan cierto y tan de fe que la Iglesia ha recibido este poder, como lo es que estamos obligados á ocurrir á ella, pedirla y recibir su perdon, cuando podemos, ó á lo menos, cuando no podemos, á desearlo con intencion de ejecutarlo luego que podamos. Y para esto volvamos á las palabras de Jesucristo: *No solo*, dice, *lo que perdonareis será perdonado, sino lo que retuviereis*

será retenido; y San Mateo esplica lo mismo con estas palabras (1): *Lo que vos desatareis será desatado, y lo que vos atareis será atado.* Observad bien estas espresiones, *lo que atareis, lo que desatareis*; porque ellas deciden el punto sin réplica, cuando se entiende como puede la Iglesia atar los pecadores ó los pecados.

Hablando con rigor, la Iglesia no puede atar á nadie con las ligaduras del pecado. Como Dios no puede ser autor del mal, su santa Iglesia tampoco. Ella puede obligar nuestra conciencia con preceptos, cuya inobservancia nos hiciera caer en pecado mortal, si los dejáramos de observar por desprecio de su autoridad; pero en este caso nos ata del mismo modo que Dios nos ata con sus mandamientos, y estos, lejos de ser la causa del pecado, no se han dado á los hombres sino para preservarlos. En una palabra, ni Dios ni su Iglesia son ni pueden ser la causa; es únicamente la voluntad del pecador la que forja los grillos y cadenas que le atan en su dura y vergonzosa esclavitud.

La Iglesia pues, lejos de atar ó apretar las ligaduras, no trabaja sino por romperlas; lo que hace únicamente es no desatar á los que, habiéndose atado ellos mismos con las ataduras del pecado, la fuerzan con su obstinacion á no concederles la gracia de su libertad: *Non impertiendo malitiam, sed non impertiendo misericordiam.* Así el atar de la Iglesia es lo que San Juan llama retener ó no desatar, y esto manifiesta

(1) *Matth.*, XVI, 19.

nifiesta la obligacion en que estamos de someter á su poder todo lo que nos ata; pues Jesucristo há dicho: Todo lo que vos remitiereis y desatareis será remitido y desatado en el cielo; tambien ha dicho: Todo lo que retuviereis y no desatareis quedará en el cielo no desatado. Y si la primera parte de estas palabras hace ver el poder que recibió la Iglesia de perdonar todos los pecados de que se le pide perdon, la segunda hace ver igualmente la obligacion que tenemos de pedirlo, si queremos que se nos perdonen.

De esto nacen dos verdades definidas por el concilio de Trento. La primera, que todos los pecados que nos escluyen del reino de Dios, y por consiguiente nos atan y detienen, que son los mortales, no pueden ser perdonados y remitidos sino por la absolucion que nos da la Iglesia; y esto es lo que dijo Jesucristo: Lo que no desatareis quedará atado. La segunda, que todos los pecados que no escluyen del reino de Dios, y que no atan, pueden someterse á su autoridad para que los perdone; pero que no es de obligacion hacerlo, porque como no atan ni escluyen del cielo, no es necesario desatarse de ellos para entrar en él; y todo esto está tan claramente contenido en las palabras de Jesucristo, que es inútil detenerse mas. Ellas solas lo dicen todo.

Por un lado dan á la Iglesia el poder de perdonar: *Todo lo que remitiereis y desatareis sera remitido y desatado*, esto es muy claro; por otro: *Todo lo que no desatareis quedará atado*, esto no lo es menos. Resulta pues que solo los pecados que no atan para el

cielo, que se llaman veniales, son los que se nos pueden perdonar sin que estemos obligados á pedir perdon al ministro de la Iglesia, aunque sea útil, santo y loable someterlos á su poder, como lo practican las personas piadosas. Esta es la doctrina del concilio de Trento tan conforme á las palabras de Jesucristo, que es imposible entenderlas de otro modo.

Algunos de los protestantes replican: Está bien que se sometan á la Iglesia los pecados públicos que son contra su policía esterior, y puede tener derecho para esto; pero, ¿qué derecho puede tener sobre los secretos que nadie sabe, y que yo solo conozco? Los que hacen esta objecion no consideran que es contra Jesucristo, que ha hecho la ley, y que dice positivamente que lo que la Iglesia no desate quedará atado. Cuando yo no supiera dar razon de ello nada importaria, pues desde que Jesucristo manda basta esponer su precepto, aunque no se pueda dar razon del motivo, sobre todo cuando es tan claro como este.

Pero preguntan, ¿qué derecho tiene la Iglesia? Yo respondo, el que la ha dado Jesucristo: seguramente no tiene ni puede tener otro; pero es claro que Jesucristo se le ha dado, pues la dice: Todo lo que no desatareis quedará atado. No ha distinguido lo público de lo secreto; sus palabras mismas escluyen esta distincion, pues dicen generalmente todo: *Quæcumque*. ¿De qué sirven pues todos esos miserables argumentos contra testo tan claro y tan preciso? O probad que solo los pecados públicos nos atan, ó si confesais que tambien nos atan los secretos, imaginad quien

podrá desatarlos sino la Iglesia, á quien Jesucristo dice que todo lo que ella no desatare quedará atado.

Los protestantes insisten, diciendo que la Iglesia no conoce los pecados secretos, y que es imposible los perdone sin conocerlos. Tienen razon; pero que no se olviden de lo que dicen, y vos, señor, tenedlo presente; porque precisamente de esta consecuencia el concilio de Trento con toda la Iglesia ha inferido la necesidad de confesar todos los pecados mortales para obtener su perdon; pues por lo mismo que es menester que los conozca para que los perdone, el que desea el perdon debe hacérselos conocer. Pero entretanto que vuelvo á tratar este punto les pregunto ¿si por ventura no hay otro medio de conocer un delito que su publicidad?

Si un delincuente, único testigo de su delito, aunque seguro que nadie puede descubrirle, se siente penetrado de horror y confusion; si va á echarse á los pies del rey ó de un ministro diputado para ello, y, confesando su iniquidad, implora gracia, ¿se puede dudar que no haya dado todo el conocimiento necesario para obtenerla? La misma obligacion de someterse al poder de la Iglesia para obtener el perdon de los pecados mortales prueba la que tenemos de confesarlos todos. ¿Y qué? ¿porque la Iglesia no pueda conocerlos sin que se la confiesen, será razon para que no se la pida perdon, aunque sea fácil darla este conocimiento? Esto parece absurdo. Pero aun digo mas, y es que los otros medios de conocer los delitos pueden servir para justificarlos legalmente,

para condenar y castigar al culpado, pero no para absolverle, y que solo su declaracion libre y voluntaria puede merecerle esta indulgencia, pues que ella sola puede probar su arrepentimiento, y que sobre ella sola puede fundarse su perdon.

Tambien nos dicen que basta confesar á Dios sus pecados, que él solo es el que los puede perdonar, y que con los pecados secretos solo á él se le ha ofendido, y no á otro alguno. Pero, ¿á quién pues confiesan los Cristianos sus pecados sino á Dios? La primera palabra que dicen es : *Yo me confieso á Dios.* Si el sacerdote que los oye no supiera que solo se diregen á él, porque representa la misma persona de Jesucristo, ¿tuviera el derecho de escucharlos? ¿se atreviera á permitir que se pusieran á sus pies? ¿y qué es él sino otro hombre como ellos, y quizá mas débil? ¿y qué es él sino siervo, como el penitente, del mismo soberano Señor? Es pues ciertamente á los pies de Jesucristo á quien se arrojan los penitentes, y ni ellos ni el sacerdote lo pueden dudar.

¿Este mismo Salvador no nos ha dicho que allí donde dos ó tres se junten en su nombre él estará enmedio de ellos? ¿Y cuándo lo dijo? Observad esto, señor, inmediatamente despues que habia dicho : Todo lo que vos desatareis será desatado ; para hacernos entender que su promesa de estar entre los que se juntan en su nombre se cumplirá principalmente en la confesion. Y en efecto, si los hombres pueden juntarse en nombre de Jesucristo, ¿dónde pueden hacerlo mejor que allí? ¿Jesucristo faltará á su palabra?

Es pues indubitable que está entre el ministro y el penitente para recibir su confesion. El ministro no la recibe sino en su nombre, y el penitente no la hace verdaderamente sino á él : *Yo me confieso á Dios.*

Que consuelo, señor, para una alma penetrada de dolor, confusion, esperanza y temor, saber que cuando se echa á los pies del ministro de la reconciliacion Jesucristo lo ve y está presente, y así es Jesucristo á quien adora, á quien habla, á quien se acusa de sus miserias, á quien implora, y el que le perdona y absuelve por la mano de su sacerdote. ¡ Ay ! tened esto presente en el momento que os confeseis, no olvideis que Jesucristo estará allí entre nosotros, y que es él á quien os dirigis cuando me hablais. ¿ Quién que tenga un átomo de fe irá allí á hacer distincion, á disputar con Jesucristo ?

Reflexionad que apenas habeis doblado la rodilla cuando ya está delante, que ya os escucha, que viene para perdonaros y concederos todo lo que le pidais, que es la suma bondad, y que jamas ha negado nada á nadie. Es verdad que no os concederá sino lo que le pidais y manifesteis. ¿Hallaréis pues ventaja en ocultarle alguna de vuestras llagas ó de vuestras necesidades ? ¡ qué delirio ! Lejos de eso, despues de haberle representado todo lo que sabeis, pedidle que añada lo que él sabe, y que vos no conoceis.

Ya sabemos que solo Dios nos puede perdonar los pecados, que él solo nos puede dar la absolucion ; pero, ¿ no es dueño de darla del modo y con las condiciones que quiera ? Y si no ha querido darla sino

por el ministerio de su Iglesia; si ha dicho que todo lo que ella no desate quedará atado, ¿todos nuestros discursos harán que no lo haya dicho, ó que mude el órden que quiso establecer? ¿Y cómo decis que los pecados secretos no ofenden mas que á Dios? Respondedme pues: ¿A quién habeis pedido, y de quién habeis recibido el bautismo? Acordaos de la primera pregunta que se os hizo en él: ¿Qué pides á la Iglesia de Dios? Vos respondisteis: la fe de la Iglesia. Pues recibisteis la fe. ¿Y qué fe recibisteis? ¿es acaso una fe muerta, una creencia simple y desnuda de las verdades de la religion, sin esperanza ni caridad? Escuchad al concilio de Trento (1).

«La fe, si no se juntan la esperanza y la caridad, » no nos une perfectamente con Jesucristo, ni nos » hace miembros vivos de su cuerpo. Por eso se dice » con verdad que la fe sin obras es fe muerta y ocio- » sa; que en Jesucristo la circuncision ó la incircun- » cision no son nada sin la fe, que obra por la caridad. » Esta es la fe que, segun la tradicion de los após- » toles, piden los catecúmenos á la Iglesia, cuando » la piden la fe que da la vida eterna; y la fe sin » esperanza ni caridad no la puede dar. Por esto la » Iglesia les responde inmediatamente: Si quieres » entrar en la vida guarda los mandamientos. Así » pues aquellos que la Iglesia engendra en Jesucristo » reciben la justicia cristiana, como una túnica pre- » ciosa, y deben guardarla pura y sin mancha hasta

(1) *Conc. Trid., sess.* VI, *cap.* VII, *circà med.*

á el dia de Jesucristo, para presentarse con ella á su » tribunal, y obtener por su medio la vida eterna ».

Palabras admirables, señor, que nunca debiéramos olvidar. Nosotros no nos unimos á Jesucristo sino por la Iglesia y por la fe que hemos recibido de ella, y esta fe no es una fe muerta, sino viva por la esperanza y la caridad. Esta es la fe que hemos pedido á la Iglesia, la que hemos prometido guardar hasta el dia de Jesucristo, la que debemos presentar en su tribunal para obtener la vida eterna. Es con estas condiciones que la Iglesia nos ha engendrado, nos ha unido con Jesucristo, y nos ha hecho hijos de Dios. ¿Y qué ha exigido de nosotros? Que guardemos los mandamientos; nosotros lo hemos prometido. Nos ha mandado que con solemne juramento renunciemos al demonio, á sus obras y sus pompas; y lo hemos jurado. Nos ha ordenado conservar pura la preciosa túnica de que Jesucristo nos ha revestido, y lo hemos jurado. Nuestros empeños han sido públicos, y si los pecados son secretos no por eso han sido menos violados.

Si por ser secretos no rompemos la comunion y las relaciones esteriores que tenemos con la Iglesia, pero las interiores que nos unian con su espíritu y su vida quedan todas relajadas y muertas. Ya no somos mas que miembros muertos de su cuerpo, y, lo que es peor, tambien hemos dado la muerte á la fe que nos unia con ella. La Iglesia nos la habia dado viva, nosotros habíamos prometido conservarla así; pero ya está muerta. ¿Y decis que con vuestros pe-

cados secretos no habeis ofendido mas que á Dios? ¿No habeis pues ofendido tambien á la Iglesia? ¿no la habeis herido hasta en lo mas íntimo? ¿no habeis roto los lazos preciosos que os unian con su vida?

¿Y quién podrá restituiros todos los bienes que habeis perdido, sino la misma que os los dió la primera vez? Dios no nos concede nada sino por ella. No podemos pues volver á entrar en gracia de Dios sino entrando en gracia de la Iglesia. Y así como ella sola puede hacer que volvamos á entrar en su comunion esterior, cuando por desgracia la rompemos; así ella sola puede hacernos entrar de nuevo en la comunion interior de su espíritu, cuando con los pecados secretos la rompemos. Lo que es mas, no tenemos otro recurso. Pero, ¿cómo ejercerá este poder, si el culpado no la confiesa libremente y voluntariamente su delito? Cuando la Iglesia conociera este pecado por otros medios, ¿pudiera descargarle, reconciliarle, y absolverle? Es pues claro que la confesion libre y voluntaria de todos los pecados públicos ó secretos es el único medio que puede poner á la Iglesia en estado de perdonar unos y otros.

Tambien nos dicen que la ley de gracia es una ley de amor, y que la confesion es insoportable; pero esto no es mas que un sofisma que depende de un equívoco. ¿De qué amor hablais? Sin duda no es del amor propio que se lisonjea, y que no trabaja sino por satisfacerse y halagarse á sí mismo. Si esto fuera, seria necesario borrar esta palabra de Jesucristo (1):

(1) *Matth.*, XVI, 24.

« Si alguno quiere venir en pos de mí, que renuncie » á sí mismo, que cargue su cruz y me siga. »; y esta otra de San Pablo (1) : « Los que son de Jesucristo » han crucificado su carne con todos sus deseos y » concupiscencias. »; y tambien la de San Pedro (2): « Absteneos de los deseos carnales que no cesan de » combatir el alma. »: en una palabra seria menester suprimir toda la Escritura y la religion, como tan enemigas del amor propio, y que no enseñan sino á vencerle y mortificarle.

Si la ley de gracia es ley de amor, es porque, verdaderamente amiga del hombre, no se propone mas objeto que su bien. ¿Pero cómo? Haciéndole conocer su dignidad, la grandeza de su origen, y la sublimidad de su vocacion; despojándole de todo lo que le mancha y envilece, y mandándole todo lo que debe hacerle feliz. Vé aquí como le habla esta ley de gracia :

Tú te engañas en todos tus estravíos; tú aspiras á ser feliz, y tienes razon, porque no has sido criado sino para serlo; pero estudia donde está el verdadero bien, donde se hallan la paz y la alegría del corazon, y empieza por ahí. Jamas la encontrarás, si te obstinas á buscarla donde no está. Tú has creido hasta ahora encontrarla en lo que lisonjea tu orgullo, tu ambicion, y el amor de las riquezas y placeres; pero este es tu engaño, y ya la esperiencia debia haberte convencido de lo que digo. Tú no la tienes de las

(1) *Ad Galat.*, v, 24. (2) 1. *Petr.*, II, 11.

dulzuras que yo prometo, porque nunca las querido probarlas; pero ya debes saber por lo menos que la paz del alma no se halla entre los placeres mundanos. Mira bien, observa á los que me siguen, y los verás llenos de alegria, y tú estás lleno de inquietud y de tristeza. Ellos, cuando combaten sus pasiones, hallan la paz que tú no encuentras cuando satisfaces las tuyas. Tú eres esclavo de su imperio tumultuoso, y gimes con el yugo con que te gravan. Ellos tranquilos mandan á sus tiranos, y gozan de su amable libertad.

Vé aquí lo que dice esta dulce ley de gracia y de amor: tratemos de aplicarla á la confesion de los pecados. El fuego de las pasiones precipita á un jóven en vergonzosos excesos. ¿Qué le queda cuando ya pasaron? Confusion y remordimientos: su alma sufre, y él apenas puede soportarse. Quisiera romper sus cadenas, y se enreda mas en ellas; condena sus pasiones, y le arrastran; se corre del oprobrio que le cubre, y no tiene fuerza para sacudirle. La conciencia tambien á veces se despierta y le importuna. Él hace esfuerzos para no oir sus gritos, pero á su pesar penetran hasta su corazon, y le llenan de horror. El gusano que no muere empieza á roerle, y hasta el ardor del fuego inestinguible le hace ya temblar.

Él entonces, para lograr alguna calma en tan intolerable situacion, se dice á sí mismo interiormente que no sabe lo que sucederá despues de la muerte, que algunos piensan que es la nada nuestro último

paradero, y que *puede ser*.. ¡Infeliz joven! tú agravas tus delitos; pero, ¿quién puede estar seguro de esto? ¿quién se atreve á fiar en tan estravagante *puede ser?* ¿quiénes son los profetas y los mártires de tan infundada é impía revelacion? Vos los conoceis tan bien como yo. Pero examínate bien. ¿Esa vil esperanza, que es la única que te queda, no es mas hija de tu deseo que de tu corazon? ¿el motivo que te la quiere persuadir no debe hacértela sospechar? ¿cómo has llegado á la miserable situacion de no conocer otra felicidad que la de tu eterna destruccion?

Tú dices *puede ser*... Cuando yo no te respondiera mas que permitírtelo por ahora; pero tambien *puede ser*... ¿Qué será de tí? ¡Infeliz! cuánto te compadezco! Tu situacion es deplorable; todos esos delirios son los esfuerzos de una conciencia que no puede disimularse que ha pecado y que ha faltado á su Dios; que todo pasa, que tu vida va á acabarse, que no sabe de que asirse para detener el movimiento que la arrastra, y á lo menos quisiera acabar la poca existencia que la queda con menos congojas y amarguras.

Su desdicha, señor, es mas deplorable, porque en la ceguedad que le ofusca no ve el único buen camino que le queda. Porque ha sido débil quiere ser malvado, y por no saber detenerse en su carrera se arroja él mismo al precipicio. La penitencia le está ofreciendo sus brazos para salvarle; pero le parece muy ruda, y lo que mas le arredra es la confesion.

Esta su confusa y enmarañada historia de horrores y de miserias le desalienta y acobarda. Él quisiera olvidarla, y es menester que la recuerde; deseara borrarla de su alma, y escondérsela á sí mismo, y es preciso que la refiera por menor á un hombre que la ignora. Si bastara avergonzarse solo delante de su Dios; pero cubrirse de rubor á la vista de un hombre que le verá como una especie de monstruo, esto es lo que no puede sostener. Vé aquí las ilusiones con que el amor propio y su propia flaqueza le seducen, y no considera que si esta confesion le parece amarga, lo es mucho mas la situacion en que se halla. Lo cierto es que no puede salir de ella sino por este camino; pero podrá salir por este medio de un estado tan miserable.

No se persuade que porque no ha descubierto las llagas que le lastiman, la corrupcion se ha aumentado hasta roer sus huesos; que todos sus lamentos serán inútiles miéntras él solo se los oye; que Dios, que mira en él un corazon obstinado, que le niega una confesion que solo pudiera aplacarle, le castiga con mano muy pesada, y para castigarle le abandona á su propio despecho. Un delincuente que puede dar noticia á su rey de un delito de que nadie pudiera instruirle, y se acoge á su bondad, está seguro del perdon; y la clemencia es indispensable, porque la justicia no pudiera entonces ejecutar ningun castigo. Es pues necesario decir á Dios: Yo te hice conocer mi delito, y no te oculté mi iniquidad.

Esta sola palabra por la nobleza y generosidad de

los sentimientos que supone lleva consigo la paz y el consuelo del alma. Porque, decidme, si fuera posible que Dios no supiera los pecados sino por el pecador que los confiesa, ¿seria posible dudar de su perdon? Todos juzgan, y con razon, que no; pero dicen, ¿cómo es posible esconder ni instruir de nada á Dios? Es verdad. ¿Cómo pues, dice el pecador, que él hallaria tranquilidad si bastara confesar sus pecados á Dios? Que conozca pues su error, que comprenda que si no los dice mas que á Dios, que ya los sabe, no confesándolos ante su ministro, no puede esperar su perdon, y que Dios para perdonarlos quiere saberlos por el mismo pecador.

Esto, señor, os parecerá un enigma, y es en efecto un misterio de su bondad. Esta confesion que parece un yugo insoportable no es mas que un medio sencillo y natural de asegurar el perdon. ¿Qué puede ser de tanto consuelo para el pecador como ver que su Dios se allana á tratar con él como un hombre con otro? ¿que consienta en no saber, digámoslo así, sino lo que la confianza en su bondad le inspire declararle? Esto es lo que hace Dios en la confesion. No ha dado el poder de reconciliacion á sus ministros sino para tratar con el pecador de esta manera, y que pueda este decirle con tanta confianza como verdad: Yo, mi Dios, os hice conocer toda la injusticia de mi pecado, y no os he ocultado mi iniquidad.

Demasiado la conoce el Señor, pero no nos está bien que solo la conozca por sí mismo. La desgracia

es que no la conozca mas que por sí, y no por aquel hombre su ministro á quien confirió el poder de perdonarla. Su deseo es saber por él todo lo que nos podamos acordar de nuestros desórdenes, y que nos acusemos nosotros mismos; porque si podemos decir una vez á Dios que nosotros le hemos hecho conocer nuestros delitos, sin haberle escondido nada, su clemencia unida con su justicia desde luego se reunen para darnos el ósculo de paz, y restituirnos á su amistad.

A este hombre pues que él envia en su nombre, y á quien confia su poder, es preciso que confesemos toda nuestra injusticia contra el Señor, que nos armemos de valor contra nosotros mismos; aun cuando no consideráramos nuestra obligacion, bastaria consultar nuestro propio interes. Nuestra ventaja no es disimular, sino acusarnos, porque nuestra confesion es la que nos procura el perdon de todo. Dije *confesaré, y tú me perdonaste.* El ministro mismo invocará al Señor, juntará sus oraciones y gemidos con los nuestros, y nos absolverá en nombre de nuestro Dios.

Esta absolucion penetrará hasta lo íntimo del alma, y nos dará el sosiego y la paz que nunca podemos hallar sin ella. Entonces desaparecen los justos temores que nos llenaban de amargura, el diluvio de iniquidades en que estábamos anegados se convierte en serenidad, porque Dios que era el objeto de nuestro terror lo es ya de nuestra confianza; es ya nuestro

refugio, se arma en nuestro favor, y nos liberta de los enemigos implacables que nos rodeaban.

¿Cómo es posible que siendo estos los efectos que produce una humilde y sincera confesion, pueda haber cristiano que diga que es un yugo insoportable? ¿qué mejor modo se podria imaginar para obtener el perdon de los pecados? ¿cuál otro nos pudiera dar mas seguridad ó mas consuelo y paz? No se exige del pecador sino que se deje instruir, se deje guiar al camino que conduce á la vida, que dome las rebeldías del amor propio, que disipe sus inquietudes, que imagine estar á la vista de Dios cuando se humilla á su ministro, que procure echar de sí los pensamientos tumultuosos que le sacan de sí, y le alejan de Jesucristo, en fin venga con buena fe y con deseo de obrar bien, con docilidad y sumision. Nada mas es menester, y presto conocerá todas las ventajas del órden que Jesucristo ha establecido. El insensato que no quiere ó no piensa en someterse no hará mas que perpetuar su tribulacion; pero el humilde que se arroje en los brazos de su Dios se verá cubierto de su misericordia.

Aquí dije yo al padre: Es tan claro que las palabras de Jesucristo dan á la Iglesia el poder de perdonar los pecados, es tan visible la obligacion que por consiguiente imponen á los Cristianos de confesarlos, y las ventajas del pecador son tan patentes, que no me puede quedar la menor duda. Pues siendo así, replicó el padre, hablemos del examen de la conciencia, y en esto hay mucho que decir, porque,

señor, el hombre es un abismo insondable, y lo que creemos conocer mejor es lo que conocemos menos, lo que se nos oculta mas en nuestro propio corazon; y el amor propio sabe tomar tantas formas, que siempre nos engaña, nos retrata como le acomoda, y nunca como somos en realidad. Os parecerá que no es buen modo de alentaros á hacer este examen empezar por esponeros la dificultad de conoceros; pero pues el espíritu de Dios nos dijo por Jeremias (1): *Cor omnium inscrutabile*, sin duda nos lo ha dicho para nuestra instruccion. Veamos cómo conseguirla.

Aunque el corazon del hombre sea impenetrable, no debemos turbarnos ni entrar en una desconfianza injusta, cuando no le podemos penetrar. Las inquietudes no harán que deje de serlo, porque está en el órden de Dios que lo sea. La virtud no consiste sino en andar segun el órden de Dios. Así debemos examinarnos, pues nos lo manda (2): *Probet autem seipsum homo*; pero nos debemos examinar del modo que nos ha prescrito, y segun las luces y principios que nos ha dado para conducirnos: caminar mas adelante seria querer romper los sellos que Dios ha puesto sobre el corazon.

Es pues indispensable examinarse y juzgarse segun las luces que nos ha dado Dios para este efecto. La bondad divina es tal, que, aunque sabemos que no podemos fiar mucho en nuestros juicios, quiere que en cierto modo el suyo dependa del nuestro, y como

(1) *Jerem.*, XVII, 9. (2) 1. *Corinth.*, XI, 28.

como que consiente en no juzgarnos, si nosotros mismos nos juzgamos con fidelidad. Y esto es lo que nos asegura el grande apóstol, cuando nos dice (1): *Quod si nosmetipsos dijudicaremus, non utique judicaremur.* Con todo nuestra flaqueza percibe la dificultad, no puede pensar en emprender este examen sin encontrar grandes embarazos. ¿Por donde empezaré? ¿cómo acordarme de tanto? ¿qué sé yo? Solo sé que quiero salvarme, y no sé lo que debo hacer.

¡Ah! le dijera yo, ¿quieres salvarte? Pues pierde el temor, esto ya te basta; no hay embarazos ni para el examen ni para lo demas que te queda que hacer hasta consumar este asunto. ¿Crees que San Antonio ó San Hilarion en su espantoso desierto, que los mártires en sus suplicios hayan querido otra cosa? ¿porqué todos los santos se han salvado, sino porque lo han querido? No necesitas pues indagar si has menester otra cosa; lo que te importa averiguar es si en efecto esta disposicion está en tu alma, y si está de manera que predomine sobre todo, que todo lo gobierne, que decida de todo. Si está de este modo puedes estar seguro de que tienes la simplicidad de corazon, á la que todo es permitido y todo se concede. Jesucristo nos ha dicho (2): *Si tu ojo es simple y derecho toda tu conducta será llena de luz.* El camino se abrirá él mismo; las dificultades, los embarazos, las oscuridades se disiparán. Tú no buscarás mas que á

(1) 1. *Corinth.*, XI, 31. (2) *Luc*, XI, 34.

Jesucristo, tú le hallarás; y quien le halla no anda en tinieblas. Por sí mismo y por sus ministros será tu guía y tu camino, hasta conducirte á esta salud eterna por que anhelas.

Pues deseas salvarte entremos en el examen de tu conciencia, para hacer una confesion que te encamine al cielo; empecemos por ver tu estado actual; porque no se te puede ocultar que es muy diferente el examen del que vive bien, y que solo trata de adelantar en la virtud, del que debe hacer un pobre pecador que, tocado de Dios, y lleno de buena voluntad, se presenta al ministro como el paralítico del evangelio, que no tenia por sí las fuerzas de ayudarse y entrar en la piscina. Añade que es menester tambien distinguir el examen necesario para empezar tu confesion del que tal vez será preciso para acabar, á fin de que no se reciba en vano la aspersion de la sangre de Jesucristo. Si hablamos de todo esto á un tiempo nos enredaremos; hablemos pues solo y por partes de lo que es necesario para hacer una buena confesion general.

Bien sé que esto al principio presenta dificultades. Es menester repasar una vida larga y llena de miserias. Es muy difícil en una maraña coger el primer hilo, las ideas se enredan, la memoria se confunde. El órden que se pudiera seguir no se presenta, se recurre á los libros en que se encuentran exámenes impresos; pero no se halla en ellos una medida justa, porque estan hechos para todos. A fuerza de querer examinar á un mismo tiempo todas las acciones de la vida se

presentan al entendimiento con mas oscuridad. ¿Cómo pues hacer este examen? Haciendo lo contrario de todo eso.

La mayor dificultad de los que, convertidos á Dios, forman el plan de una confesion general, es figurarse en el examen una montaña inaccesible. La memoria de sus pecados diferentes, su espantosa muchedumbre, los baldones amargos de haberlos cometido, la vergüenza de que se hallan cubiertos, el disgusto de contar á otro lo que quisieran ocultarse á sí mismos, el amor propio que les sugiere que pierden la estimacion del que los oye, el deseo de excitarse á la humildad y compuncion, el temor tambien de decir cosas inútiles, todo esto forma en su voluntad y entendimiento un tropel de ideas que se embarazan mútuamente, porque se empujan unas á otras, y ninguna está colocada en el lugar que debe.

Al ministro toca socorrer al pecador en esta situacion tan penosa. Él debe ponerse en su lugar, y sin hablar de la obligacion que su ministerio le impone, la caridad le basta. Su único objeto debe ser entonces procurarle el sosiego y la libertad de espíritu que le es tan necesaria, y que le será muy difícil adquirir, porque todas las circunstancias contribuyen á quitársela. La conciencia del penitente está como aquella masa informe de que Dios sacó el cielo y la tierra, que no era mas que un caos, un abismo cubierto de tinieblas; pero el espíritu de Dios le dió calor, y le puso en un movimiento arreglado. El mismo espíritu hará que en esta conciencia, que está como un caos,

se vea la hermosura de la justicia y del órden; lo que importa es tener valor y paciencia, y no imaginar que todo se puede hacer de repente.

Es menester distinguir dos especies de pecados, los unos claros y evidentes, los otros que necesitan de discusion para conocerlos. Empecemos por los primeros, porque ellos mismos se presentan, y no es necesario examen. Para hacerle con órden yo quisiera que el pecador examinara su vida á trozos. La vida tiene edades diferentes, que se dividen de ordinario en épocas precisas, tales, por ejemplo, como la primera comunion; ó algunos sucesos mas distinguidos; en fin quisiera que fijara cuatro ó cinco épocas, y creo que el mejor modo de examinarse seria detenerse en cada una de ellas tan absolutamente, que no se pensase en ninguna de las otras hasta dejar concluida aquella en que actualmente se ocupa.

Cada edad tiene sus obligaciones, sus pecados y sus afectos. Sus faltas mas sensibles contra la ley de Dios ó de la Iglesia se presentan naturalmente al espíritu. Empecemos pues siguiendo este método sencillo y claro, procuremos recorrer esta época de la vida, como si estuviéramos en la edad que la termina. Los pecados que pesan mas sobre nuestro corazon se nos presentarán con esfuerzo; descarguémonos de estos desde luégo, y si despues es menester entrar en alguna discusion, sera mas fácil, porque no saldremos de aquella época. Es difícil que en algunas de estas épocas Dios no nos haya hablado con algun remordimiento, y que no hayamos hecho reflexion sobre

nuestro mal estado. Estas reflexiones pueden habernos hecho mas ó menos fuerza. Procuremos observar cuanto han durado, con que graduacion se han debilitado y cuales han sido las causas; porque este abuso de lás gracias de Dios no debe ser lo que nos aflija menos en su presencia.

Esta division que pondremos en los trozos de nuestra vida nos ayudará mucho en el examen, y ayudará tambien al confesor atento, que por este medio podrá juzgar y formarse una idea general del caracter de su penitente, de su instruccion, de su pasion dominante, y tambien de la conducta de Dios, y de sus misericordias con aquella alma á pesar de sus infidelidades; de modo que podrá hacerle entrar en el fondo de su propio corazon, y acaso podrá conocerle mejor que el penitente mismo se conoce.

Pero aunque sea muy deplorable lo esterior de su conducta, aunque sus pecados sean sin número, y su naturaleza sea abominable, no es esto lo que le aflige mas; lo peor es la causa y el principio de aquel mal, lo peor es ver un corazon embriagado del amor de sí mismo, que jamas ha conocido ni seguido otra ley que la de sus sentidos y deseos, un olvido general de Dios y de sus obligaciones, una absoluta indiferencia de su salvacion, un gran desprecio de los bienes verdaderos, un ardor vivo para buscar los falsos, cuya seduccion le ha tenido alucinado.

Lo que mas le aflige tambien es la profanacion de la sangre de Jesucristo, con que fue lavado en su bautismo, la violacion universal de todos los empeños

que contrajo en él, el yugo del demonio preferido al de Jesucristo, los juicios de los hombres mas considerados que los de Dios, las máximas locas del mundo seguidas y antepuestas á las pocas que conoce del evangelio, la estimacion de los hombres tan buscada, la de Dios despreciada, y que jamas le ha merecido la menor atencion. Ved aquí lo que un confesor aplicado le hará observar como el verdadero principio de su desgracia, y le dirá:

¿Cuáles han sido los efectos de esta mala disposicion? el no haber amado la religion, el no haber conocido la adoracion de Dios en *espíritu y en verdad*, y acaso el no haber asistido mas que con el cuerpo á los santos misterios, y quizá haberlos profanado con indecencias y pensamientos que la santidad de los templos os debiera hacer ver con horror; haber sentido una secreta indiferencia á las cosas de la religion, á la Iglesia y á todo lo que la compone. Vos queríais cargarla de los defectos de las personas que no tenian mas que la apariencia de virtud, ó que, aunque tuviesen la realidad, no eran menos débiles y capaces de caer en faltas. Vos lo sabíais, pero esta malicia contentaba vuestro corazon.

No os merecian atencion las obligaciones particulares de vuestro estado, como ni las generales de la religion. Como no teniais el deseo de cumplirlas, no teníais cuidado de enteraros; como no queríais hacer mas que vuestra voluntad, os parecia inútil conocer la de Dios. Sin embargo esto no era difícil, os bastaba meditar las primeras palabras del catecismo.

¿*Para qué fuisteis criado?* ¿es para vivir á vuestro gusto, y no hacer mas que vuestra voluntad? Sin duda que no; sino para *conocer á Dios, amarle, servirle y gozarle*. Estas palabras lo dicen todo; pero vos las habeis olvidado, y habiendo desconocido hasta el principio de vuestro ser, no es estraño que no háyais puesto atencion en lo que debeis á Dios, y tambien á vuestro prójimo.

¿Qué uso habeis hecho de vuestros sentidos y potencias? Idólatra de vuestro cuerpo no vivíais sino para él, jamas os ha venido al pensamiento que es el templo de Dios, que debeis conservarle santo y puro, que todo lo que es indigno de la Divinidad que le habita es como un sacrilegio. En cuanto á vuestro entendimiento y voluntad, jamas habeis pensado que Dios no os ha dado el primero sino para conocer vuestras obligaciones, y la segunda para amarlas. Vos os habeis privado de los medios de instruiros: no oíais la palabra de Dios, no buscabais el trato de las personas virtuosas, no leíais buenos libros. Lejos de esto solo os divertian las lecturas propias á seducir el entendimiento y corromper el corazon. Vos temíais oir discursos ó leer libros en que no hubiérais encontrado mas que amenazas espantosas, cargos terribles, obligaciones justas, y promesas que, aunque grandes y magníficas, no eran capaces de interesar un corazon que solo se complace en los bienes visibles y presentes.

¿Y de esto qué ha resultado? Que habeis olvidado no solo lo que os debeis á vos mismo y á los prójimos

en general, sino tambien á vuestros hijos, criados y cuanto os rodea. Si ha sido menester satisfacer vuestra venganza, vuestras enemistades, ó la simple maligmidad del corazon, vuestra lengua ha sido cruel. El temor de presentar á vuestro hermano una ocasion de escándalo ó de caida jamas os ha detenido. En una palabra, vos habeis vivido sobre la tierra como si nunca debiérais dar cuenta de vuestra conducta, ó como si todo debiera acabarse con la vida. ¿Qué hacíais cuando os venia al pensamiento que hay un Dios que nos ha de juzgar, que su cólera es terrible, que nos amenaza con castigos que es menester evitar, que nos promete bienes eternos que debemos asegurar?

Ved aquí, Señor, pecados que no necesitan discusion, porque una simple ojeada los hace percibir. Cuando el pecador empieza por confesarse del todo ó parte de los que halla en su conciencia de esta especie, ya tiene hecho casi su examen, porque ya ha puesto á su confesor en estado de conocerlos; y este podrá, ayudándole en lo demas, facilitarle lo que le falta para la integridad y complemento de todo; pues no hay duda que entonces con poco trabajo podrá hacerle conocer lo restante, segun las circunstancias. Asi vuelvo á deciros que la confesion general, y el examen necesario para ella no son difíciles, con tal que no se abrace todo á un tiempo, y que no se examine mas que un trozo de vida, que sea cuando mas de diez ó doce años, y que no se pase adelante sino despues de haber examinado á los ojos de Dios todo lo que en él acusa y grava la conciencia. La esperien-

cia del confesor ayudará y suplirá lo que no alcance el penitente, no porque este no deba acordarse, si puede, y confesarlo todo, sino porque el confesor le pondrá en disposicion de hacerlo.

Yo no pude dejar de decirle, lleno de horror: ¡Ay, padre, que me haceis temblar! vos acabais de hacer mi retrato, y despues de eso otros tantos horrores mas. Pero, decidme, ¿bastará confesar así sus pecados por mayor? No, me dijo el padre; es menester esplicar el número y las circunstancias, cuando son sustanciales, y añaden un nuevo ó mayor pecado. Las indiferentes deben omitirse, y es muy difícil que la conciencia no advierta cuales son las sustanciales por los remordimientos que causan. La regla general es confesar todo lo que la conciencia acusa, y en caso de duda consultar al mismo confesor con simplicidad; pero estad cierto de que las circunstancias que mudan la especie de pecado deben confesarse.

Tambien debemos confesar el número de veces que hemos caido en la misma especie. Padre, ¿el número justo? Sí, del modo que se pueda; pero Dios no manda lo imposible. Si no podeis determinar precisamente el número de tales pecados, podeis esplicar poco mas ó menos el tiempo en que los habeis cometido, y las veces que los cometiais cada dia, segun os parezca mas verdadero.

En una palabra, vuestro objeto en este examen debe ser poner á vuestro confesor en estado de conoceros, para que él pueda haceros conocer todo lo que vuestra conciencia debe reprenderos, y que quizá

por falta de luz no os reprende; y al mismo tiempo de que pueda ayudaros á hacer examen de vuestro corazon, porque vos solo pudiérais perderos y enredaros, sobre todo en el principio, en ese enmarañado laberinto.

Pero es menester no confundir el examen de perfeccion con el de necesidad, y esto debe consolar mucho á los penitentes que, deseando volverse á Dios con todo su corazon, y conociendo no les basta examinar sus acciones sino tambien su corazon, imaginan que es necesario que le conozcan con tanta claridad, que no les quede absolutamente duda que descubrir. El examen del corazon debe ser el estudio y ocupacion de la vida, y lo ha sido de los Santos. Es menester pues que el penitente no desmaye en el principio de la conversion. No solo este conocimiento entero no le es necesario, pero no es segun el órden de Dios, que por su bondad gradua las luces que nos da.

Si el pecador se conociera tal como es podria caer en desaliento ó desesperacion. La mas terrible amenaza del Señor es mostrarle en el último dia como él es, y no trata así á los que sinceramente se arrepienten. Parece que no quiere descubrirles sus llagas, sino á medida que las cura, y sus miserias á proporcion que se las perdona. Cuanto mas se acercan á él, tanta mas luz adquieren, y se disgustan de sí mismos. La mejor señal de adelantar en la virtud es no poder sufrirse, con tal que no sea insoportable á

los otros, sino al contrario se advierta estar lleno de paciencia y dulzura para los demas.

Es pues ilusion imaginar que sea entonces necesario conocer su corazon tanto como lo podrá conocer despues, ó que porque no se le conoce sea menester detenerse en exámenes eternos, cuyo fruto seria el desaliento, porque no son segun el órden de Dios. Con tal que el pecador reconozca sinceramente su iniquidad, su olvido de Dios, y sus obligaciones, sus negligencias, el poco cuidado que ha tenido de instruirse; con tal que se presente á esta instruccion de buena fe, que la desee, y que tenga la intencion de cortar con fidelidad, segun las luces que Dios le diere, todo lo que le pueda ofender, esto basta, y todo irá bien. ¡Ay señor! El amo que servimos es el mejor de los amos. El que le teme como inflexible y duro no le conoce, ni conoce su servicio. Que los hombres pues reformen sus ideas, y abracen por fin un yugo que todo es dulzura y suavidad.

Así pues el principal objeto del penitente que quiere mudar de vida, y hacer una confesion general, debe ser examinar sus disposiciones actuales y presentes, tanto para detestar lo pasado, como para trabajar seriamente en reformarse, y no ser estremado en escudriñar las disposiciones de su corazon en tantos años, que es como imposible recordar. Lo que mas le importa es sentir y reconocer delante de Dios que el principio de todos los desórdenes de su vida ha sido la corrupcion de su corazon : *De corde* (1)

(1) *Matth.*, XV, 19.

exeunt cogitationes, dijo el mismo Jesucristo, y que no adelantará nada si no se aplica á corregir, á reformar este corazon, resucitando en él el conocimiento y el amor de las obligaciones que le imponen la religion y su estado.

Ved aquí cual debe ser el examen del corazon: debe empezar por su conversion, y debe seguir hasta que conozca lo que la religion le enseña para obedecerle, y lo que su estado le prescribe para cumplirlo. Esto supone el dolor de haber ofendido á Dios, que le manda la observancia de estas obligaciones; y así se ha de resolver á enterarse, y desempeñarlas lo mejor que pueda. No solo seria ilusion sino presuncion pretender que este segundo examen debe ser absolutamente perfecto para convertirse, pues, como he dicho, el estudio del corazon debe ser el de toda la vida.

¿Y qué entendeis, padre, dije yo, por lo que su estado le prescribe? ¿esto será hacer y vivir como las personas que tienen el mismo estado? El padre respondió: Ya he dicho, señor, que el fundamento de toda conversion es el deseo de salvarse. Nadie se convierte sino para esto. El convertido pues debe hacer que el estado ó la profesion en que vive le sirva de medio para lograr tan sublime deseo, por consiguiente dejar su estado si se lo impide, ó quitar en su estado lo que se oponga á su logro; porque no hay estado, no hay empleo, no hay profesion en que sea permitido condenarse; y cuando la religion no lo mandara, el propio interes debiera aconsejarlo.

El apóstol nos ha dicho (1) *Que la voluntad de Dios en todas cosas es nuestra santificacion.* La consecuencia de este principio no es que yo debo vivir como viven los de mi estado, sino hacer en mi estado la voluntad de Dios, y procurar mi santificacion.

Segun esta regla, vivir como nuestro estado nos prescribe, es vivir como quien se quiere salvar. Arreglar su mesa y su familia como quien se quiere salvar; criar sus hijos como quien se quiere salvar y salvarlos; tratar con los iguales, con los criados y con todos como quien no quiere mas que salvarse; y que mira la salvacion como su mayor y único negocio, que en este punto no da nada al acaso, al capricho, al gusto, al ejemplo ni á los usos, sino que, sabiendo que Jesucristo debe juzgarnos á todos un dia por las leyes del evangelio, toma este libro, le estudia con aplicacion, y le sigue con fidelidad. Esto es vivir en su estado como Dios manda. A todo se responde con esto, todo lo dicen estas cortas palabras: *La voluntad de Dios en todas cosas es nuestra santificacion*, y el modo de santificarse está declarado en el evangelio.

Yo le dije: El principio parece claro; con todo hay muchos que no condenan la vida de aquellas gentes que la pasan de ordinario en juegos, espectáculos y diversiones. El padre respondió: Cuando las consecuencias salen con evidencia de un principio seguro, ellas solas deben hablar; pero pues quereis

(1) *Ad Thessal.*, IV, 3.

que os diga mi dictamen, volveré al principio, y os haré juez á vos mismo. Decidme pues: no se puede dudar que estamos obligados á hacer en todo la voluntad de Dios. ¿Qué es lo que le pedimos en la oracion de todos los dias, sino que *se haga su voluntad?* Este ruego incluye dos cosas: una el deseo de obtener la gracia de hacerla nosotros primero, y despues la de contribuir con cuanto nos sea posible á que los otros la hagan. ¿Y de qué modo deseamos que su voluntad se haga? *Así en la tierra como en el cielo.* Es claro que en el cielo se hace en todo. Es pues indubitable que cada cual en su estado está obligado á hacer en todo la voluntad de Dios, y que todos los dias lo reconocemos.

Por otro lado no podemos dudar lo que San Pablo nos ha dicho: *Que la voluntad de Dios es nuestra santificacion;* por consiguiente es igualmente cierto que todas nuestras acciones deben dirigirse á nuestra salvacion, y que no se nos permite ninguna que pueda serla contraria. Despues de estos principios, usad de vuestra equidad natural, y decidme ¿si alguno ha podido jamas imaginar que una vida toda ocupada en delicias y diversiones, que este grande afan de adornos y de profusion en la mesa, que estos incesantes placeres, juegos y espectáculos, que este olvido de hijos y de familia, que esta santificacion de domingos y fiestas reducida á una misa que se oye de prisa y muy tarde, pueden bastar para santificarnos?

Me parece seria locura pretender que estos sean medios para abrirnos los cielos. Yo no veo que estas

acciones puedan ser las que entendemos, cuando decimos que todas las nuestras deben referirse á la gloria de Dios, al ejercicio de su voluntad y de nuestra santificacion. Con todo la vida de estas personas casi no se ocupa en otras, y por ellas suelen medir la decencia de su estado, segun lo practican las gentes de su clase. No es menester pues discurrir mucho para concluir que la vida de estas gentes es directamente contraria á la salvacion, porque es una infraccion continua de la voluntad de Dios, que es nuestra santificacion.

Os pregunto, señor, ¿si alguno, despues de haber hecho mucho tiempo pública profesion de buen cristiano, se mudara un dia, y viniera de repente á unirse con esas gentes, á vivir con ellas, á tomar parte en esas concurrencias, juegos y espectáculos, ¿qué es lo que estas gentes dirian? ¿no se escandalizarian? ¿no se burlarian? ¿no seria este hombre el objeto de sus escarnios? ¿no dirian que ha abandonado la virtud, porque le ha faltado la constancia para seguir su carrera?

¿Y qué dijerais vos mismo de mí, si, profanando sacrílegamente la palabra de Dios, me atreviera á deciros que no hay en eso nada que sea contrario al caracter de un cristiano, que lo podeis hacer con libertad, y que todo eso puede conciliarse con el evangelio? La Iglesia no dice nada que no pueda decir en público, pues se la ha dado el órden de predicar sobre los techos lo que se dice al oido; ¿dónde estan sus ministros que puedan justificar estas cosas en público? Yo

no los he visto, no los conozo, y no creo que los haya. La Iglesia no enseña ni consiente otras doctrinas que las que se pueden predicar públicamente.

Señor, en materias de salvacion todo es claro para el que quiere salvarse seriamente. La Escritura dice (1) «Que el camino del justo está lleno de luz»; y de ordinario es la voluntad la que ofusca la razon. Cuando el deseo de salvarse es sincero ve las cosas segun verdad, adquiere los conocimientos que le faltan, se enciende en el amor de la virtud, y practica todo lo que conviene á este fin. Pero me parece que ya es muy tarde, mañana con vuestra licencia podremos continuar.

El padre se fue, y yo, Teodoro, quedé afligido de no ver todavía como podia desenredar mi enmarañada vida. Esto último que acababa de decirme, lo hallé tambien demasiado severo; pero habiéndolo considerado atentamente, me pareció que sus razones no admitian réplica. En fin mañana te contaré lo que pertenece á aquel dia. A Dios, amigo.

---

(1) *Proverb.*, IV, 18.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

A

Abatimientos. Los de J.-C., lejos de hacer titubear nuestra fe, la fortalecen, *pág.* 80.
Abusos y desórdenes civiles. No se vieran en el mundo, si se siguieran las máximas del evangelio, 155.
Acciones. Todas deben contribuir á nuestra santificacion, 448 y sig.
Actos. Necesidad y utilidad de los actos de Fe, Esperanza y Caridad, 310.
Adorar á Dios como universal hacedor es el fundamento de todas las virtudes, 284 y sig. — *Adorarle* por la mediacion de J.-C. es el fondo y esencia del cristianismo, 339.
Adúltera. Notable mansedumbre con que la trató el Salvador, 217.
Adversidades. La resignacion en ellas es una de las virtudes mas importantes del cristiano, 357.
Afectos con que nos debemos llegar á recibir la sagrada Comunion, 299, 358 y sig.
Alma. Su excelencia y dignidad, 249 y sig.
Altar. El esterior es imágen del interior, que es nuestro corazon. 104.
Amabilidad de J.-C., 215 y sig.
Amor. Si no le tenemos á Dios, no podemos tenerle á nuestros prójimos, 107 y 319. — Tres modos de conocer si amamos á Dios, 321 y sig. — El que ame á los hombres no puede dejar de aprobar la doctrina del Evangelio, 159. — Cuánto debemos amar á nuestra madre la Iglesia, 376 y sig. — Amarnos mútuamente es el carácter

del cristiano, 322. — *Amor* grande que mostró J.-C. á sus discípulos, 224 y sig.
Amor propio, 323. — Cuánto importa mortificarle, 335.
Angel de Guarda. Cuán obligados estamos á serle devotos, 351.
Apariciones. Certeza de las de Cristo despues de resucitado, 36 y sig.
Apóstatas. Son los mas perversos de los hombres, 159.
Apóstoles. Sus cartas se leian públicamente en las iglesias, 14 y sig. — Cuán injustamente son notados de crédulos, 37 y sig. — Su desconfianza de la resurreccion de Cristo cuánto contribuyó á hacerla mas creible, 37 y sig. — Dióles Cristo el sublime poder de perdonar los pecados, 407 y sig.
Argumento á favor de la religion, sacado de los milagros de J.-C., 203 y sig. — Muy sencillo para hacer ver la locura de los incrédulos, 232. — De la ascension de J.-C., 205.
Asilo. La filosofía de los incrédulos es el asilo de los vicios, 164.
Autor primero de la incredulidad, quien y cual fue, 176.
Autoridades soberanas. Cuán fácil les es estinguir la incredulidad, 203 y sig.

B

Bautismo. Que trasformacion causa, 104. — Es una nueva y sobrenatural regeneracion, 266.
Bautizarse en J.-C. es morir á todo pecado, 269. — La grande obligacion que se contrae por el bautismo de defender la Iglesia, 380.
Beneficencia grande de J.-C., 210.

Bienes que nos vienen del Espíritu Santo, 302. —Que se nos comunican en la comunion sacramental, 365. —Magníficos que nos promete nuestra sagrada religion, 141 y sig. — *Temporales.* Cómo es lícito invocar á los santos para su logro, 344 y sig. — Con que condicion se han de pedir en el santo sacrificio de la misa, 399 y sig.

Bossuet. Juicio que hizo de las cartas de San Pablo, 14. — Su dicho contra los incrédulos, 69. — Su argumento por las penas eternas, 146.

C

Calidades. Cuáles deben de ser las de las tres virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad, 96 y sig.

Cananea. Cuánto agradó á J.-C. la importunidad de sus ruegos, 217.

Carácter de las profecías de Cristo, 59. — *Del bautismo.* No hay título de los que el mundo tiene por grandes que merezca comparársele, 267 y sig.

Caridad. Sola la religion cristiana ha sabido descubrir su orígen divino y sus leyes, 105 y sig. — Incluye dos amores, que en realidad no son mas que uno, 319.

Carne. La de J.-C. fue como un velo bajo del cual se mostró la luz divina al hombre, 78.

Castigos. Los con que Dios nos castiga en esta vida son efectos de su misericordia, 356.

Causa. Importa mucho en el examen que hace el hombre de su conciencia dar en la causa ó principio de sus desórdenes, 437 y sig.

Celso. Aunque tan impío, no se atrevió á negar los milagros de J.-C., 34.

Cristianos. Es locura pensar que alteraron las santas Escrituras, 19 y 20. — Cómo miran la muerte, 147. — Cómo deben portarse con los incrédulos, 166. — Son amigos y hermanos de J.-C., 225. — Qué deben hacer al levantarse por la mañana y al anochecer, 330 y sig.
Cicatrices. J.-C. despues de resucitado conservó las de sus llagas, 38.
Circunstancias de los pecados que deben confesarse, 440 y sig.
Ciudadano. No le hay como el cristiano, 153 y sig. — Entre los incrédulos no ha habido hasta ahora ni uno que haya parecido bien á los hombres de probidad, 163.
Comunion espiritual, 364 y 365.
Concupiscencia; Triple, descubierta por la religion cristiana, 102 y 123. — Enfermedad del corazon no conocida de los sabios de la antigüedad, 102.
Confesar los pecados á los ministros de la penitencia, es confesarlos al mismo Dios, 420 y sig.
Confesion de los pecados. Es el mas suave medio de alcanzar el perdon, 431 y sig.
Conocimiento de lo que es el hombre. Solo se adquiere en la religion cristiana, 99 y sig.
Consecuencias que se sacan de los milagros de J.-C., 30 y sig.
Consideraciones sobre lo que pasó con J.-C. y sus Apóstoles en la última Cena, 219 y sig. — Tres que muestran ser obra divina el triunfo de la religion, 64.
Conversion de un pecador. Regocijo grande con que se celebra en el cielo, 215, 252, 254.
Corazon. No puede estar sin amar, 242. — Porque, siendo Dios omnipotente, no hace que todos

se le conviertan, 251. — Gran dicha es tenerle humilde, 338.
Costumbres. Basta comparar las de los cristianos con las de los incrédulos, para decidir á favor de la religion, 170 y 171.
Creencia del cristiano. Cuán sumisa debe ser á la autoridad divina, 191 y sig.
Crítica humana. Segun ella aparecen los libros sagrados enteramente fidedignos, 25 y sig.
Cruz. Al paso que la mofaban los Judíos, adorábanla los Gentiles, 61. — En ella manifestó Cristo su magestad y su fuerza, 81.
Cuerpos. Conviene mortificarlos, pero con prudencia, 339. — Calidades con que resucitarán, 142 y sig.
Culto. El que dan los cristianos á María santísima es y debe ser mayor que el que dan á los demas Santos, 346 y 348. — El que damos á los Santos debe ser interior y esterior, 351. — El principal es el interior, *ibid.*

D

Decálogo. Tales son todos los preceptos del Decálogo, que su observancia aun acá en la tierra nos hace dichosos, 281.
Delitos. Son tanto mas graves cuanto es mayor la santidad de los estados, 270.
Desconfianza. El mayor de los delitos del hombre es la desconfianza de que Dios le perdonará, 259 y 318.
Desgracias. El cristiano halla como consolarse en ellas, no el incrédulo ó filósofo gentil, 115 y sig.
Devocion. Cuánto sirven á excitarla el rezo de los salmos, la lectura del Evangelio y cartas

apostólicas, 332 y 333. — A María santísima. Cuán ventajosa nos es, y en qué consiste su verdadera devocion, 345 y 350.
Devociones. Cuándo son útiles y buenas, y cuándo no, 284 y sig.
Dificultades en la reparacion del hombre vencidas por Cristo, 83.
Dilema invencible á favor de la Iglesia contra los protestantes, 312.
Dios. Que es, 86 y sig. — Ser Dios uno y trino, porque lo cree y debe creer el cristiano, 289 y sig. — Cuán digno es de ser amado, 292 y 320.
Doctrina católica sobre el culto y veneracion de los Santos, 341 y 344.
Dogmas cristianos. Es hablar contra toda razon tacharlos de contradictorios, 69. — El del infierno es conforme á la razon, 144. — Los de nuestra religion jamas han sido en la sustancia alterados, 198 y sig. — Los sobre el culto de los Santos dónde se deben aprender, 347 y sig.
Dolor. El mas perfecto dolor de los pecados es el que nace del amor de Dios, 294 y sig.
Dones de Dios. Aunque perfeccionan mucho al hombre, mas no le quitan del todo su mal fondo, 102.
Dudas. Las que se excitaban en otro tiempo sobre la autenticidad de los libros sagrados en algunas iglesias particulares, son otra prueba de los que en el dia reconocemos por auténticos, 25.
Dulzuras espirituales. No merecen compararse con las corporales, 124 y 125.

E

Efectos de la caridad cristiana, 105 y sig. — Maravillosos del santo bautismo, 266 y sig.

Elocuencia. No hay ninguna comparable á la de los libros sagrados, 162.
Encarnacion. Reflexiones sobre este misterio, 76 y sig. — Fue un hecho admirable que nunca hubiera podido imaginar el hombre, 224.
Epoca. No se nos señala, ni se puede señalar la en que se falsificaron los Libros sagrados, 21.
Escritores sagrados. Ni pudieron engañarse, ni quisieron engañarnos, 26.
Esperanza. Una de las virtudes teologales, 315.
Espíritus celestiales. Con qué ansia desean la conversion de un pecador, 249 y sig.
Espíritu Santo. Su maravillosa venida, 44 y sig. — Esfuerzo grande que comunicó á los Apóstoles, 302 y sig.
Estabilidad. La del gobierno social fue beneficio de la religion, 114.
Estado. Que es vivir conforme al nuestro, 445 y sig. — *Soberanos.* Cuán conveniente les es la religion, 152 y sig.
Eucaristía. De la institucion de este admirable sacramento, 220, 284 y 302.
Evangelio. No hay historia en el mundo que pueda gloriarse de tener tantos y tan calificados garantes, 12. — Su luz estinguió enteramente la de la filosofía de Platon y Epicuro, 168. — Nunca jamas fué alterado, 14. — *Falsos.* Cómo los rechazaban los primeros cristianos, 17 y sig.
Exámen de conciencia. Es menester distinguir entre el de perfeccion y el de necesidad, 442. — Método sencillo y claro de hacerlo para una confesion general de largo tiempo, 436. — Cosas que piden particular atencion en él, 437 y sig. — Importa mucho encontrar con la causa de la relaxacion, 437 y sig.

Excelencia de la moral cristiana, 95 y sig. — De los justos resucitados, 142.

F

Falsificadores. El incrédulo dice que los tuvieron los libros sagrados, pero sin poder citar ninguno, 21.
Fe. Debe ser humilde, y sin curiosidad, 97. — No escluye la razon, 75. — Aun cuando no se entiende lo que enseña, hay evidencia de que se debe creer, 76. — Los motivos que tenemos para creer son convincentes, 190 y sig. — Es la que vence el mundo: cómo lo vence, 120 y sig. — Sin obras es muerta, 313, 422.
Felicidad del cristiano aun en esta vida, 169.
Fiestas d los Santos. Cuál es el espíritu de la Iglesia en estas fiestas, 341.

G

Gentiles. No alteraron las santas Escrituras, 19. — Su conversion profetizada por Cristo, 57. — Tenian tambien sus sacrificios, 360 y 361.
Gerómio (San). Su dicho sobre la veneracion de las reliquias de los Santos, 342.
Gloria de la religion. Es grande considerar quienes son los que la atacan, 149.
Gobierno. No debe tolerar los incrédulos, 150 y sig. — Con solo velar sobre la reforma de las costumbres lograria su estincion, 202 y sig.
Gracia de Dios. Es necesaria para creer aun en medio de los milagros, 36. — Maravillosas conversiones que suele hacer en las almas grandes, 242 y sig. — De la que causan los santos sacramentos, 353. — Son gracias de Dios los remordimientos de la conciencia, de cuyo abuso nos de-

bemos acusar en el tribunal de la penitencia, 437. —Ser María santísima el canal por donde nos vienen todas las gracias, cómo se debe entender, 348.
Gracias ó favores temporales. Cómo los debemos pedir, 344.
Grandeza del plan de la religion, 161 y sig.

H

Hereges. En vano intentaron los de los primeros siglos corromper los santos Evangelios, 17, 21 y sig. — No creen mas que á su propio espíritu, 311. — Impugnando como impugnan el culto que damos á María santísima se muestran ignorantes del dogma, 347. — Cuán injustamente condenan que se ofrezca el santo sacrificio de la Misa por los difuntos, 396. — Refútanse los que niegan la necesidad de confesar los pecados á los ministros de la Iglesia, 409 y sig.
Heroes. Los mas famosos de la gentilidad son muy inferiores á los del cristianismo, 128.
Hijo de Dios. De las tres divinas personas, solo el hijo tiene imagen visible, 298.
Hijo pródigo. Reflexiones sobre esta parábola, 214 y 256.
Hombre. No ménos debe sujetar su razon á Dios que su corazon, 65 y 66. — Lejos de hacerse cobarde por la religion, se hace mas esforzado y valiente, 107 y sig. — Ni aun á sí mismo se conocia ántes de oir á J.-C., 87. — Él mismo es la causa de sus males, 67. — No hay ninguno que no tenga por que humillarse, 337. — Cuánto le importa considerar en que estado tiene su Fe, Esperanza y Caridad, 309. — Debe acostumbrarse á tener á Dios siempre presente, 330.

Honrado. El título de honrado cuán ageno es de los incrédulos, 150.
Humildad. Solo el evangelio descubre las ventajas de esta sublime virtud, 103. — Cuán preciosa es esta virtud, que no conocieron los sabios de la gentilidad, 336.

I

Ideas clarísimas é invariables de nuestra religion, 284.
Idolatría. Fue vencida á pesar de toda oposicion humana, 62.
Iglesia. La de los primeros cristianos mas era una sociedad de ángeles que de hombres, 112 y 113. — Sus oraciones deben ser el modelo de las nuestras, 325. — Es el único juez de las controversias, y la que puede fijar el verdadero sentido de las santas Escrituras, 312. — Veneracion que ha tenido siempre á los libros sagrados, 18. — Esplícase qué es la Iglesia, 371 y sig. — Varios modos de defenderla, 379. — Cómo se ha de entender la facultad de atar, que le dió J.-C., 416. — No nos es posible volver á la gracia de Dios, si primero no nos reconciliamos con ella, 423 y sig.
Incredulidad. Es efecto de un ánimo vil y bajo, y de poco ingenio, 160 y sig. — Es el mayor de los males, 174 y sig.
Incredulos. Tienen por bajeza la humillacion voluntaria de J.-C., 79. — Refútase este errado pensamiento, *ibid.* y sig. — Son mas osados y ciegos que los antiguos enemigos del cristianismo, 34. — Sus mismos argumentos se vuelven contra ellos mismos, 69 y sig. — Cuanto mas ponderan la incredibilidad de los misterios, tanto mas ensalzan la omnipotencia de Dios, que los

ha hecho creer á tantas gentes, 73. — Futilidad de sus conjeturas contra los libros sagrados, 17. — Todos elevan sospechas contra los mismos libros, sin poder probar ninguna, 22. — En materia de religion, cuán crédulos son en otras materias, 151. — Sus quejas injustas contra la eternidad de las penas, 146 y sig. — No deben ser creidos cuando dicen que el oponerse á la religion no es por su moral, sino por sus misterios, 149. — Ninguno está convencido de su sistema, 165. — Al tiempo de morir es cuando suelen desmentirse, y clamar por la religion, 147. — No ha habido entre ellos uno reconocido por buen filósofo, 163. — Su gran ceguedad é ingratitud en no amar á J.-C., 208 y sig. — Cómo se podrán curar, 178 y sig.

Infidelidad. Cuán enorme pecado es, 270 y sig.

Injuria. La mayor que se le hace á Dios es desconfiar de su misericordia, 318.

Isaías. Con qué claridad predijo las circunstancias de la pasion de Cristo, 6.

Israel. Fue este pueblo el primer objeto de la mision de Cristo, 54.

J

Jesucristo. En él se cumpliéron todas las profecías, 6 y 196. — Cuán digno es de nuestro amor, 208, 299, 300 y 316. — No solo restableció el reino de David, sino que lo mejoró, 11. — Cuánto deseó celebrar la última pascua con sus discípulos, 222. — Ceguedad de los Judíos en no reconocerle, 6 y 196. — Fue el blanco de todas las santas Escrituras, 10. — Cuando dió á sus discípulos la facultad de perdonar los pecados, les sopló: cuánto significó con esto, 408. —

No vino al mundo del modo que lo esperaban los Judíos, 9. — Fué el único maestro que hizo conocer á Dios, 85. — Morir en la fe de J.-C., qué es, 148.
Jerusalen. Su incredulidad y rebeldía, y su ruina profetizadas por Cristo, 57.
Joseph (San). Debemos serle muy devotos, 350 y sig.
Judíos. No alteráron las santas Escrituras, 19 y sig. — Cómo hablaban de los milagros de Cristo, 33. — Refutados, 34. — Permanecen sin acabarse, para ser unos testigos vivos de la verdad de nuestra religion, 198. — El no convertirse todos con los milagros de J.-C. es una prueba de la divinidad de nuestro Salvador, 35.
Juliano (*el Apóstata*). Ya que ni podia, ni se atrevia á negar los milagros de Cristo, que nombre les daba para disminuirlos, 34.
Justicia de Dios, que nos castiga como por fuerza, 87. — *Del cristiano*, debe ser superior á la de los que vivieron bajo la ley antigua, 53.
Justino (San). Su testimonio acerca de la religion, 119 y sig.
Justo. A peticion de Cristo es hecho uno con Dios, 227.

L

Lázaro. Su milagrosa resurreccion, 32 y sig.
Legislacion. La del Evangelio es superior á todos los sistemas políticos, 156.
Ley. La de J.-C. es ley de gracia y de favor, 111. — Porqué se llama y es ley de amor, 425. — Sin guardarla no puede ser feliz el hombre, ni aun en la tierra, 282 y sig.
Libertad. La de la esclavitud de nuestras pasiones

es el propio y peculiar carácter de nuestra religion, 114.
Libros sagrados. El primer carácter de su autenticidad, 12. — Los del nuevo Testamento han sido reconocidos desde el principio del cristianismo, 16 y 193. — Maravilloso enlace entre los del viejo y nuevo Testamento, 194. — *De los incrédulos.* Su ningun mérito, 152.
Locura. Lo es muy grande querer sujetar á examen los oráculos de Dios, 65.
Lucas (San). Reflexiones sobre su brevedad en referir las apariciones de J.-C. despues de resucitado, 39.

M

Mandamientos de Dios. Su cumplimiento es la señal cierta que le amamos, 321.
Manes (el impío innovador), 13.
Mansedumbre singular que mostró Jesus con la Magdalena, 213.
Marcion (impío innovador), 13.
Máximas. Las de los filósofos gentiles, son vestidos pomposos, pero inútiles, 102. — Las del mundo, cuán erradas son, si bien se consideran, 121 y sig.
Medio fácil de destruir la incredulidad, 203 y sig.
Miembros de la Iglesia. Su excelencia, 377.
Milagros. Certeza de los de Moises, 132. — Los de J.-C. son indubitables, 23. — Reflexiones sobre estos milagros, 31, 203 y 213. — No pudieron negarlos los Judíos, 34. — Los Apóstoles con milagros probaban lo que decian, 29. — Cuán frecuentes eran al establecimiento de la Iglesia, 52.
Ministros de la penitencia. Su excelencia, 409 y sig. — Son el instrumento con que Dios perdona

apostólicas, 332 y 333. — A María santísima. Cuán ventajosa nos es, y en qué consiste su verdadera devocion, 345 y 350.
Devociones. Cuándo son útiles y buenas, y cuándo no, 284 y sig.
Dificultades en la reparacion del hombre vencidas por Cristo, 83.
Dilema invencible á favor de la Iglesia contra los protestantes, 312.
Dios. Que es, 86 y sig. — Ser Dios uno y trino, porque lo cree y debe creer el cristiano, 289 y sig. — Cuán digno es de ser amado, 292 y 320.
Doctrina católica sobre el culto y veneracion de los Santos, 341 y 344.
Dogmas cristianos. Es hablar contra toda razon tacharlos de contradictorios, 69. — El del infierno es conforme á la razon, 144. — Los de nuestra religion jamas han sido en la sustancia alterados, 198 y sig. — Los sobre el culto de los Santos dónde se deben aprender, 347 y sig.
Dolor. El mas perfecto dolor de los pecados es el que nace del amor de Dios, 294 y sig.
Dones de Dios. Aunque perfeccionan mucho al hombre, mas no le quitan del todo su mal fondo, 102.
Dudas. Las que se excitaban en otro tiempo sobre la autenticidad de los libros sagrados en algunas iglesias particulares, son otra prueba de los que en el dia reconocemos por auténticos, 25.
Dulzuras espirituales. No merecen compararse con las corporales, 124 y 125.

E

Efectos de la caridad cristiana, 105 y sig. — Maravillosos del santo bautismo, 266 y sig.

Elocuencia. No hay ninguna comparable á la de los libros sagrados, 162.
Encarnacion. Reflexiones sobre este misterio, 76 y sig. — Fue un hecho admirable que nunca hubiera podido imaginar el hombre, 224.
Epoca. No se nos señala, ni se puede señalar la en que se falsificaron los Libros sagrados, 21.
Escritores sagrados. Ni pudieron engañarse, ni quisieron engañarnos, 26.
Esperanza. Una de las virtudes teologales, 315.
Espíritus celestiales. Con qué ansia desean la conversion de un pecador, 249 y sig.
Espíritu Santo. Su maravillosa venida, 44 y sig. — Esfuerzo grande que comunicó á los Apóstoles, 302 y sig.
Estabilidad. La del gobierno social fue beneficio de la religion, 114.
Estado. Que es vivir conforme al nuestro, 445 y sig. — *Soberanos*. Cuán conveniente les es la religion, 152 y sig.
Eucaristía. De la institucion de este admirable sacramento, 220, 284 y 302.
Evangelio. No hay historia en el mundo que pueda gloriarse de tener tantos y tan calificados garantes, 12. — Su luz estinguió enteramente la de la filosofía de Platon y Epicuro, 168. — Nunca jamas fué alterado, 14. — *Falsos*. Cómo los rechazaban los primeros cristianos, 17 y sig.
Exámen de conciencia. Es menester distinguir entre el de perfeccion y el de necesidad, 442. — Método sencillo y claro de hacerlo para una confesion general de largo tiempo, 436. — Cosas que piden particular atencion en él, 437 y sig. — Importa mucho encontrar con la causa de la relaxacion, 437 y sig.

Excelencia de la moral cristiana, 95 y sig. — De los justos resucitados, 142.

F

Falsificadores. El incrédulo dice que los tuvieron los libros sagrados, pero sin poder citar ninguno, 21.
Fe. Debe ser humilde, y sin curiosidad, 97. — No escluye la razon, 75. — Aun cuando no se entiende lo que enseña, hay evidencia de que se debe creer, 76. — Los motivos que tenemos para creer son convincentes, 190 y sig. — Es la que vence el mundo: cómo lo vence, 120 y sig. — Sin obras es muerta, 313, 422.
Felicidad del cristiano aun en esta vida, 169.
Fiestas d los Santos. Cuál es el espíritu de la Iglesia en estas fiestas, 341.

G

Gentiles. No alteraron las santas Escrituras, 19. — Su conversion profetizada por Cristo, 57. — Tenian tambien sus sacrificios, 360 y 361.
Gerómio (San). Su dicho sobre la veneracion de las reliquias de los Santos, 342.
Gloria de la religion. Es grande considerar quienes son los que la atacan, 149.
Gobierno. No debe tolerar los incrédulos, 150 y sig. — Con solo velar sobre la reforma de las costumbres lograria su estincion, 202 y sig.
Gracia de Dios. Es necesaria para creer aun en medio de los milagros, 36. — Maravillosas conversiones que suele hacer en las almas grandes, 242 y sig. — De la que causan los santos sacramentos, 353. — Son gracias de Dios los remordimientos de la conciencia, de cuyo abuso nos de-

hemos acusar en el tribunal de la penitencia, 437. —Ser María santísima el canal por donde nos vienen todas las gracias, cómo se debe entender, 348.
Gracias ó favores temporales. Cómo los debemos pedir, 344.
Grandeza del plan de la religion, 161 y sig.

H

Hereges. En vano intentaron los de los primeros siglos corromper los santos Evangelios, 17, 21 y sig. — No creen mas que á su propio espíritu, 311. — Impugnando como impugnan el culto que damos á María santísima se muestran ignorantes del dogma, 347. — Cuán injustamente condenan que se ofrezca el santo sacrificio de la Misa por los difuntos, 396. — Refútanse los que niegan la necesidad de confesar los pecados á los ministros de la Iglesia, 409 y sig.
Heroes. Los mas famosos de la gentilidad son muy inferiores á los del cristianismo, 128.
Hijo de Dios. De las tres divinas personas, solo el hijo tiene imagen visible, 298.
Hijo pródigo. Reflexiones sobre esta parábola, 214 y 256.
Hombre. No ménos debe sujetar su razon á Dios que su corazon, 65 y 66. — Lejos de hacerse cobarde por la religion, se hace mas esforzado y valiente, 107 y sig. — Ni aun á sí mismo se conocia ántes de oir á J.-C., 87. — Él mismo es la causa de sus males, 67. — No hay ninguno que no tenga por que humillarse, 337. — Cuánto le importa considerar en que estado tiene su Fe, Esperanza y Caridad, 309. — Debe acostumbrarse á tener á Dios siempre presente, 330.

Honrado. El título de honrado cuán ageno es de los incrédulos, 150.
Humildad. Solo el evangelio descubre las ventajas de esta sublime virtud, 103. — Cuán preciosa es esta virtud, que no conocieron los sabios de la gentilidad, 336.

I

Ideas clarísimas é invariables de nuestra religion, 284.
Idolatría. Fue vencida á pesar de toda oposicion humana, 62.
Iglesia. La de los primeros cristianos mas era una sociedad de ángeles que de hombres, 112 y 113. — Sus oraciones deben ser el modelo de las nuestras, 325. — Es el único juez de las controversias, y la que puede fijar el verdadero sentido de las santas Escrituras, 312. — Veneracion que ha tenido siempre á los libros sagrados, 18. — Esplícase qué es la Iglesia, 371 y sig. — Varios modos de defenderla, 379. — Cómo se ha de entender la facultad de atar, que le dió J.-C., 416. — No nos es posible volver á la gracia de Dios, si primero no nos reconciliamos con ella, 423 y sig.
Incredulidad. Es efecto de un ánimo vil y bajo, y de poco ingenio, 160 y sig. — Es el mayor de los males, 174 y sig.
Incredulos. Tienen por bajeza la humillacion voluntaria de J.-C., 79. — Refútase este errado pensamiento, *ibid.* y sig. — Son mas osados y ciegos que los antiguos enemigos del cristianismo, 34. — Sus mismos argumentos se vuelven contra ellos mismos, 69 y sig. — Cuanto mas ponderan la incredibilidad de los misterios, tanto mas ensalzan la omnipotencia de Dios, que los

ha hecho creer á tantas gentes, 73. — Futilidad de sus conjeturas contra los libros sagrados, 17. — Todos elevan sospechas contra los mismos libros, sin poder probar ninguna, 22. — En materia de religion, cuán crédulos son en otras materias, 151. — Sus quejas injustas contra la eternidad de las penas, 146 y sig. — No deben ser creidos cuando dicen que el oponerse á la religion no es por su moral, sino por sus misterios, 149. — Ninguno está convencido de su sistema, 165. — Al tiempo de morir es cuando suelen desmentirse, y clamar por la religion, 147. — No ha habido entre ellos uno reconocido por buen filósofo, 163. — Su gran ceguedad é ingratitud en no amar á J.-C., 208 y sig. — Cómo se podrán curar, 178 y sig.

Infidelidad. Cuán enorme pecado es, 270 y sig.

Injuria. La mayor que se le hace á Dios es desconfiar de su misericordia, 318.

Isaías. Con qué claridad predijo las circunstancias de la pasion de Cristo, 6.

Israel. Fue este pueblo el primer objeto de la mision de Cristo, 54.

J

Jesucristo. En él se cumpliéron todas las profecías, 6 y 196. — Cuán digno es de nuestro amor, 208, 299, 300 y 316. — No solo restableció el reino de David, sino que lo mejoró, 11. — Cuánto deseó celebrar la última pascua con sus discípulos, 222. — Ceguedad de los Judíos en no reconocerle, 6 y 196. — Fue el blanco de todas las santas Escrituras, 10. — Cuando dió á sus discípulos la facultad de perdonar los pecados, les sopló: cuánto significó con esto, 408. —

Honrado. El título de honrado cuán ageno es de los incrédulos, 150.
Humildad. Solo el evangelio descubre las ventajas de esta sublime virtud, 103. — Cuán preciosa es esta virtud, que no conocieron los sabios de la gentilidad, 336.

I

Ideas clarísimas é invariables de nuestra religion, 284.
Idolatría. Fue vencida á pesar de toda oposicion humana, 62.
Iglesia. La de los primeros cristianos mas era una sociedad de ángeles que de hombres, 112 y 113. — Sus oraciones deben ser el modelo de las nuestras, 325. — Es el único juez de las controversias, y la que puede fijar el verdadero sentido de las santas Escrituras, 312. — Veneracion que ha tenido siempre á los libros sagrados, 18. — Esplícase qué es la Iglesia, 371 y sig. — Varios modos de defenderla, 379. — Cómo se ha de entender la facultad de atar, que le dió J.-C., 416. — No nos es posible volver á la gracia de Dios, si primero no nos reconciliamos con ella, 423 y sig.
Incredulidad. Es efecto de un ánimo vil y bajo, y de poco ingenio, 160 y sig. — Es el mayor de los males, 174 y sig.
Incredulos. Tienen por bajeza la humillacion voluntaria de J.-C., 79. — Refútase este errado pensamiento, *ibid.* y sig. — Son mas osados y ciegos que los antiguos enemigos del cristianismo, 34. — Sus mismos argumentos se vuelven contra ellos mismos, 69 y sig. — Cuanto mas ponderan la incredibilidad de los misterios, tanto mas ensalzan la omnipotencia de Dios, que los

ha hecho creer á tantas gentes, 73. — Futilidad de sus conjeturas contra los libros sagrados, 17. — Todos elevan sospechas contra los mismos libros, sin poder probar ninguna, 22. — En materia de religion, cuán crédulos son en otras materias, 151. — Sus quejas injustas contra la eternidad de las penas, 146 y sig. — No deben ser creidos cuando dicen que el oponerse á la religion no es por su moral, sino por sus misterios, 149. — Ninguno está convencido de su sistema, 165. — Al tiempo de morir es cuando suelen desmentirse, y clamar por la religion, 147. — No ha habido entre ellos uno reconocido por buen filósofo, 163. — Su gran ceguedad é ingratitud en no amar á J.-C., 208 y sig. — Cómo se podrán curar, 178 y sig.

Infidelidad. Cuán enorme pecado es, 270 y sig.

Injuria. La mayor que se le hace á Dios es desconfiar de su misericordia, 318.

Isaías. Con qué claridad predijo las circunstancias de la pasion de Cristo, 6.

Israel. Fue este pueblo el primer objeto de la mision de Cristo, 54.

J

Jesucristo. En él se cumpliéron todas las profecías, 6 y 196. — Cuán digno es de nuestro amor, 208, 299, 300 y 316. — No solo restableció el reino de David, sino que lo mejoró, 11. — Cuánto deseó celebrar la última pascua con sus discípulos, 222. — Ceguedad de los Judíos en no reconocerle, 6 y 196. — Fue el blanco de todas las santas Escrituras, 10. — Cuando dió á sus discípulos la facultad de perdonar los pecados, les sopló: cuánto significó con esto, 408. —

los pecados, 342. — Calidades de los primeros ministros evangélicos, 55.
Misa. Excelencia de este sacrificio, 358, 362 y 391. — Cómo se debe asistir á él, 358 y 361. — Se ofrece por los difuntos, 394. — Cómo se ha de entender cuando decimos: *Misa de tal Santo*, 342.
Misericordia de Dios. El mas precioso de sus atributos, 318.
Misterios. Porque no son ocultos, 51, 73 y sig. — Aun en medio de su oscuridad despiden de sí brillantes rayos que consuelan, 160. — Sin esta oscuridad no podria el hombre hacer sacrificio á Dios de su razon, 190 y sig. — Aunque ocultos, aparecen todos dignos de Dios, 196.
Modelo visible de Dios para con los hombres es J.-C., 76 y sig.
Moral. La pureza y elevacion de la moral evangélica, 90. — Es la mas útil á los estados, 108. — En medio de su severidad muestra mucha dulzura, 167. — Estriba sobre dos grandes fundamentos, que son promesas magníficas y terribles castigos, 141. — Todos sus preceptos conspiran á la paz del alma, que es el mayor bien de esta vida, 305.
Moribundos. Hallan gran consuelo muriendo en el seno de la Iglesia, 180 y 375.
Mortificacion. Es necesaria para refrenar el amor propio, 324, 332 y sig. — Engaño grande pensar que es propia de los claustros, 334.
Moises. Autenticidad de sus libros, 49, 133, 192 y sig. — Un resúmen de estos libros, 130, 194 y sig.
Muerte. Solo el cristiano tiene motivo para no temerla, 116. — Cuándo será enteramente destruida, 143. — Sin religion es el escollo de la huma-

nidad, 148. — El incrédulo no ve en ella sino motivos de horror, 148 y sig. — Al contrario, al cristiano se le hace agradable, 357.

N

Naturaleza del hombre. Su degradacion por el pecado, 323.
Negacion de la propia voluntad, 117, 334 y sig.
Nombre de J.-C., la gran confianza que debemos tener, pidiendo en este nombre, 349 y sig.
Novedad de las falsas religiones. Es una prueba de su falsedad, 198.

O

Objeto grande de la religion, 161, 227. — Sola la religion presenta al corazon humano un objeto digno de su amor, 242. — Los dos objetos que ocuparon toda la atencion de Cristo eran el zelo de la gloria de Dios y la felicidad de los hombres, 215. — El objeto de todas nuestras acciones debe ser la gloria de Dios, 293.
Obligacion. Lo es de un cristiano compadecerse de los incrédulos mientras vivan, 166.
Obligaciones grandes que contrae el hombre por el bautismo, 268 y sig. — Cuán poco se meditan, 278 y sig.
Obras. Como son meritorias, 306 y sig.
Oscuridad. Hasta la de la fe es medicina del hombre, 75 y sig.
Observancias. Cuáles son las que caracterizan al cristiano, 283.
Obstinacion. Es mayor la de los incrédulos que la de los Judíos, 233.
Oracion. Que es, 324. — Necesita menos de pala-

bras que de afectos, 294 y 327. — La mejor de todas es el *Padre nuestro*, 296. — En ella se halla el remedio contra el amor propio, 324. — La regla mejor para la oracion es seguir el uso de la Iglesia, 325 y 397. — Su necesidad, 354. — Oracion en hacimiento de gracias, 383 y sig.
Orgullo. De esta fea pasion se valen los incrédulos para excitar á obrar á los hombres, 110. — Es el que mantiene en su impiedad al incrédulo, 178. — En la muerte le suelen perder los incrédulos, 147.
Orígen. Cuán antiguo es el de la religion, 1 y 197.
Oveja perdida. La gran solicitud con que la buscó el divino Pastor, 251.

P

Pablo (el Apóstol). Sus epístolas, 14 y sig. — Su conversion fue un argumento irrefragable contra los Judíos, 123.
Padre eterno. A él se debe dirigir nuestros ruegos por los méritos de J.-C., 299. — El pintarse como anciano ha sido por sola imaginacion de pintores, 297.
Padres (Santos). Su bien merecido elogio, 70.
Palabra. Gran dicha que es oir la de Dios y cumplirla, 212. — Dos del Evangelio enseñan mas que todos los libros de los filósofos, 97.
Partidarios. Tales son los de la incredulidad, que hasta la misma falsa filosofía se avergüenza de ellos, 164.
Pasiones. Cuán de otro modo juzga el hombre cuando se le empieza á calmar, 122 y sig.
Pecador. Cuánto debe esperar en J.-C., 256 y sig. — Es el objeto de la misericordia de Dios, 215, 259,

250, 251 y 253. — Cuanto le conviene oir con devocion el santo sacrificio de la Misa, 395.
Pecados. No solo hay obligacion de confesar los públicos, sino los secretos, 418 y sig. — Refútanse los protestantes, que lo contradicen, *ibid.* — Con los secretos ofendemos á Dios y á la Iglesia, 421 y sig.
Peligro. Cuál es el mayor para el que comienza á darse á la virtud, 126.
Penalidades. Las de esta vida son bienes para un cristiano, 116.
Penas eternas. Aunque espantosas, hacen nuestra religion mas preciosa y venerable, 143.
Perdon de los pecados, porque no tiene lugar en la otra vida, 144 y sig.
Persecuciones. Fueron favorables á la religion, 124 y 201.
Perseverancia en la virtud. Medios de alcanzarla, 355 y sig.
Philosofía. Aquella es la verdadera que mejora al hombre, 168.
Philósofos. Los gentiles ni supieron ni pudieron hablar dignamente de Dios, 85. — Deformidad de su moral, 95 y 100. — O hacian al hombre orgulloso ó abatido, 100. — Por librarse de un vicio caian en otro, 104 y sig. — Ningun incrédulo merece este nombre, 154. — Porque toda sociedad no les arroja de sí con indignacion, 157.
Piedad. La verdadera en que consiste, 283 y sig.
Pirronismo. Es menester introducir el incensato pirronismo para negar la resurreccion de Cristo, 39.
Platon. En el siglo sesto ya nadie hacia aprecio de su moral, 168.
Poder. Cuál es el de la Iglesia, 372 y sig. — Grande de la Cruz, 81.

Poetas. Ninguno merece compararse con los sagrados, 162.
Preces de la Iglesia por los moribundos, 180.
Predicacion de J.-C., 53 y sig.
Preludio. El mejor para la oracion es penetrarse de la presencia de Dios, 326.
Príncipes gentiles. Sus vanos esfuerzos contra la religion, 62.
Procesiones. Abusos que se ven en muchos de los que asisten, 352.
Prodigios. Los que obraba Cristo en los cuerpos eran imágen de los que obraba en los corazones, 111.
Protestantes. Jamas podrán justificar su rebelion y novedad, 312.
Providencia. Que estremada locura es murmurar de la de Dios, 358.

R

Razon. Debe el hombre sujetarla á la autoridad divina, 192. — Ella sola basta á convencernos de los premios y castigos en la otra vida, 305.
Reflexiones sobre los preceptos del Decálogo, 281 y sig. — Sobre la venida del Espíritu Santo, 42 y sig.
Religion. La verdadera debe ser tan antigua como el mundo, 198. Su bondad se conoce por las calidades, así de los que la siguen, como de los que la persiguen, 148 y sig. — La cristiana, hasta que punto permite ser examinada, 75 y sig. — No se atreven á atacarla los incrédulos sino en cosas accesorias, 152 y sig. — La verdadera en que consiste, 301 y sig. — Por lo comun se estudia poco, 278 y sig.
Remedios contra el amor propio, 324 y sig.
Remos. Para navegar en el golfo del mundo hay dos : *velar y orar*, 325.

Resurreccion de Cristo. Es como la basa y fundamento de la religion cristiana, 36 y 205. — Refútase la opinion de que los Apóstoles la predicaban sin creerla, 40 y sig.
Ruegos. Podemos dirigirlos directamente á J.-C., 299.

S

Sabiduría cristiana. Abate la vanidad y orgullo, 103.
Sabios gentiles de la Grecia. Un niño cristiano es mas sabio que todos ellos, 169.
Sacramentos. El de Eucaristía y Penitencia son dos grandes tesoros de nuestra religion, 353.
Sacrificios. El incruento del altar á solo Dios se puede y debe ofrecer, 342 y sig. — Los antiguos que se hacian á Dios de los animales que significaban, 360 y sig.
Samaritana. Con que afabilidad la trató Jesus, 216.
Sangre. La de J.-C. es la que en el bautismo borra los pecados, y nos hace hijos adoptivos de Dios, 298. — La de los mártires era como un riego que fecundaba la Iglesia, 201.
Santos. Los contemporáneos de los Apóstoles reconocieron el Testamento nuevo, 17. — Cuando interceden por nosotros, no presentan sus propios méritos, sino los de Cristo, 326 y sig. — Cómo los debemos venerar, 340. — No pueden por su virtud hacer milagros, 343.
Sectas. Todas al fin se desvanecen con el tiempo, en prueba de su debilidad, 200.
Sencillez. La de los escritores sagrados es gran prueba de su veracidad, 26.
Sentencia. La de nuestra condenacion, que parecia irrevocable, fue revocada por Cristo, 82 y 83.
Sermon. El último que predicó J.-C. en la última cena es una suma del cristianismo, y el mejor retrato de su buen corazon, 222 y sig.

Sinagoga. Con los medios con que pensó acabar con la religion, la acrecentó mas, 60 y sig.
Sistema. El de la incredulidad es un monstruo del siglo décimo octavo, nunca jamas visto en los siglos anteriores, 175 y sig. — Cuán contrario es á la razon, 173 y sig. — El de la religion no es demasiado perfecto para nuestra flaqueza, 109 y sig. — Es superior á todos los políticos, 156.
Solitarios antiguos. Su vida era un prolongado martirio, 118.
Sufrimiento en los trabajos. Es una de las pruebas del amor de Dios, 321.
Supersticiones. No las detesta menos la Iglesia que los incrédulos, 152. — Son efecto de la simplicidad del pueblo, 153.

T

Talmud. Se hallaban en él vestigios de los milagros de Cristo, 34.
Temor filial. Es el mas sublime esfuerzo de la virtud del cristiano, 295.
Templos. Son figura del Templo vivo, el hombre, 104. — Cómo debemos estar en ellos, 351. — En ellos debemos con especialidad adorar á Dios, 293, 326 y 367. — Se dedican y consagran á solo Dios, en honor y memoria de los Santos, 342.
Tentaciones de desconfianza. Cómo se han de rebatir, 261 y sig. — Nadie se ve libre de ellas, 335.
Teología. La de los gentiles desfiguró con absurdas fábulas las penas eternas, 144.
Tertuliano. Cómo provocaba á los incrédulos de su tiempo, 231.
Testamento. El antiguo es como un cuadro magnífico de los acontecimientos de Cristo, 9 y sig.
Tibieza en los cristianos. De que procede, 279.
Título de mediadora. En qué sentido se le puede dar á María santísima, 348.

Tormentos de misericordia. Son los males naturales de esta vida, 116.
Tranquilidad del espíritu, y confianza del corazon, es el estado del cristiano, 169 y 425.
Tribunal de la penitencia. Cómo se deben llegar á él los cristianos, 411.
Trinidad. Del misterio de la Trinidad, 288 y 296.

U

Uniformidad constante de nuestra religion es su augusto y peculiar carácter, 198.
Valor. Tal es el de la víctima que se ofrece á Dios en el santo sacrificio de la Misa, que le pagamos cuanto le debemos, 393 y sig.
Vanidad. Los filósofos gentiles condenaban solo la esterior, sin tocar la oculta en el alma, 102.
Verdad. No basta conocerla para amarla, 172.
Versiones. Las de los libros sagrados son conformes en lo esencial, 24 y sig.
Vicio. Solo en nuestro siglo se ha visto autorizado con sistema, 175 y sig.
Vida eterna. Es al mismo tiempo don gratuito y recompensa, 307. — La vida de un buen cristiano es una gloria anticipada, 169 y 170. La de los incrédulos, ella sola basta para condenar su incredulidad, 149. — La del cristiano debe ser una continua penitencia, 356.
Virtudes. No hay ninguna que no contribuya al bien de la naturaleza, 282.
Virtudes heroycas. No se hallan sino en el cristiano, 108 y sig. — La virtud es muy combatida en este mundo, 126. — De las virtudes, unas son de obligacion, otras de consejo, 308.
Voltaire. Mostró contra la religion un furor indigno de un escritor de buena fe, 157 y sig. — Su fama,

cuan baja y despreciable es, si se compara con los escritores cristianos, 163. — Su desgracia en morir donde murió, 166.
Voluntad propia. De cuán gran provecho es mortificarla, 338 y sig.

Y

Yermos. Cuando cesaron las persecuciones empezaron á habitarse, porque, 117.
Yugo del evangelio. Cuán útil es aun á los estados, 167.

Z

Zelo. El zelo amargo no es propio de cristianos, 166.

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER

BOOK DUE

CANCELLED

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER

BOOK DUE

CANCELLED

HE BOR
E OVER
OT RET
N OR B
TAMPED
VERDU
CEMPT
VERDUE
TO E-R
BOOK DU

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER

BOOK DUE

CANCELLED